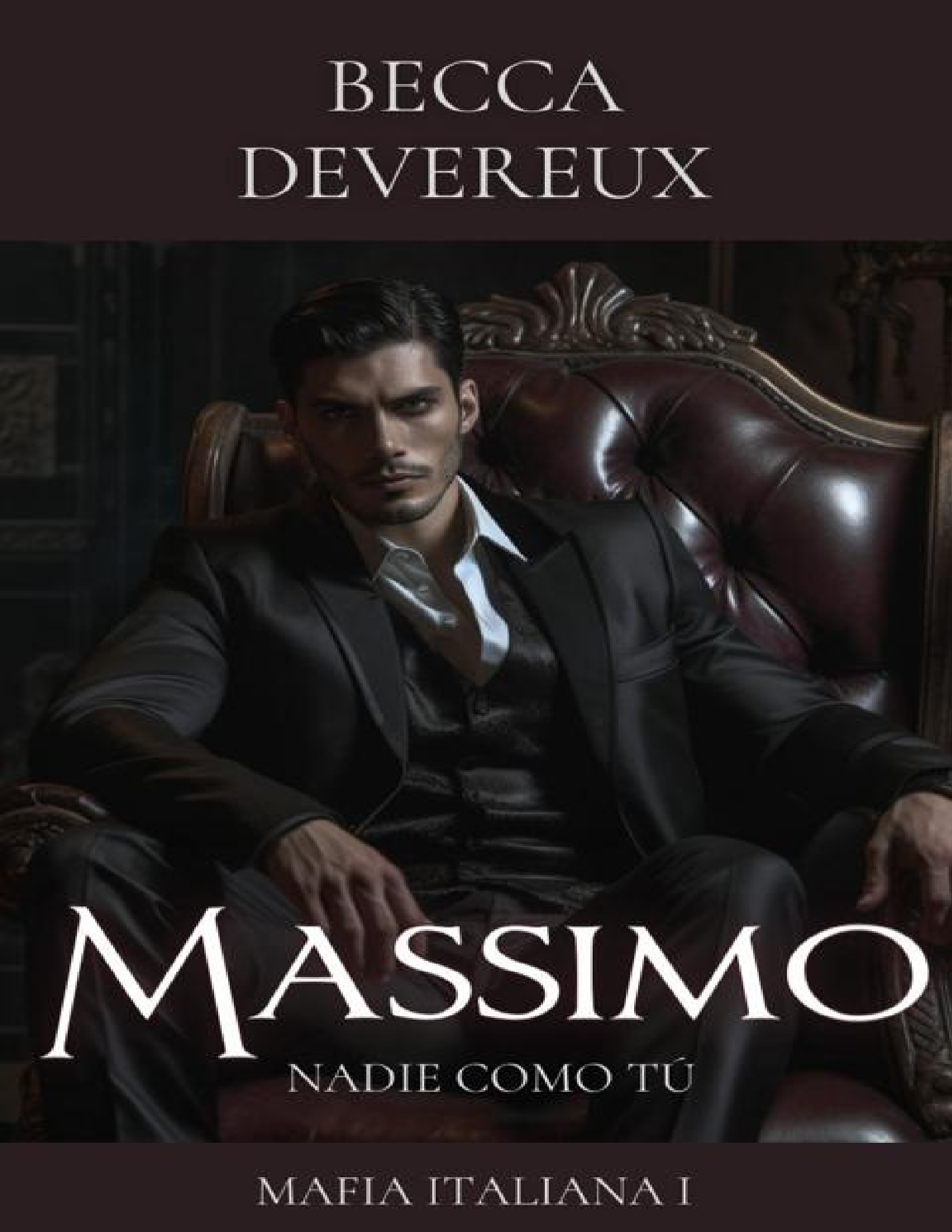


BECCA
DEVEREUX

A man with dark hair and a light beard is sitting on a dark, tufted leather chair. He is wearing a dark suit jacket over a dark vest and a white shirt. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is dark and ornate.

MASSIMO

NADIE COMO TÚ

MAFIA ITALIANA I

Massimo Nadie como tú

Becca Devereux

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux, agosto de 2022

© Imagen de la portada: @imfleurie (cuenta de Instagram)

A todos los lectores maravillosos que me animan a seguir escribiendo

ADVERTENCIA: Este libro es un Dark Romance. Hay cierto contenido que puede herir tu sensibilidad. En ningún momento pretendo romantizar ciertas situaciones o actitudes tóxicas. Solo es ficción, pero si no te gustan este tipo de historias, tal vez este libro no sea para ti.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Seis meses después...](#)

[¿Te has quedado con ganas de más?](#)

[Mis libros](#)

Capítulo 1

Massimo

—Oh, sí... —Bianca se retuerce de placer debajo de mi cuerpo—. Massimo, Massimo...

Estoy a punto de llegar al orgasmo, pero no me gusta dejar insatisfechas a las mujeres. Incluso un tipo despreciable como yo tiene sus principios. Aminoro el ritmo hasta que Bianca chilla. Entonces me dejo ir y me desplomo en el colchón. Necesito algo de tiempo para recuperarme. Por desgracia, Bianca se empeña en ponerse cariñosa y me acaricia la espalda. Me aparto irritado. Lo que faltaba.

—Te quiero —dice sin inmutarse.

Me froto la cara y suelto un suspiro. Sé que soy un cabrón, pero no se puede esperar otra cosa del capo de la mafia siciliana. No puedo lidiar con esta mierda. El amor es una pérdida de tiempo que pueden permitirse las personas sin una responsabilidad como la mía. Honor, familia, lealtad, poder; eso es lo que de verdad importa. El amor es una debilidad, y el líder del clan de los Morello no puede tener ninguna.

—Tienes que irte —le pido sin emoción.

Creo que está llorando. Sus lágrimas me dan dolor de cabeza. Le dejé muy claro lo que podía esperar de mí. No tengo la culpa de que haya aspirado a más. Ni siquiera sé qué ha visto en un hombre como yo.

—No importa que tú no... sientas lo mismo. Podemos seguir así —murmura con voz llorosa. Bianca me sorprende al abrazarme por la espalda—. Sé de quién me he enamorado.

—No lo sabes —respondo sin emoción. Me levanto de la cama para quitármela de encima—. Mi chófer te llevará a donde le pidas. Esta es la última vez que nos acostamos.

Me visto sin dirigirle una triste mirada. Sé que se está conteniendo para no gritarme. Es una mujer vengativa y calculadora, acostumbrada a tener muchos pretendientes. Pero también es lista, pues sabe que la paciencia no es lo mío. Bianca es la hija de uno de mis aliados políticos. Pensé que ambos queríamos lo mismo, pero es evidente que me he equivocado. De todos modos, jamás se atrevería a hacerme ningún reclamo. Nadie se mete con Massimo Morello.

Salgo de la habitación después de anudarme la corbata. Me cruzo con Lucrezia, mi hermana pequeña, que me lanza una mirada censuradora. Me entran ganas de gritarle que ya no tendrá que preocuparse por Bianca, a la que no soporta, pues no volverá a pisar nuestra casa.

Mis hombres de confianza ya me están esperando en mi despacho. Debería haberme reunido con ellos hace cuarenta y cinco minutos, pero Bianca se presentó por sorpresa en mi casa. Estaba estresado y pensé que sería bueno relajarme con ella. Ahora me arrepiento. Los negocios siempre son lo primero.

—¿A qué vienen esas caras? —pregunto mientras me siento detrás del escritorio—. No tengo paciencia para las malas noticias. Soltadlo ya.

Mis hombres se miran los unos a los otros sin abrir la boca. Respiro hondo. Sé que todos me tienen una mezcla de respeto y miedo. Me gusta que me teman. De lo contrario, alguno de ellos podría tener la absurda idea de traicionarme.

—Luciano —le ordeno—. ¿Qué demonios pasa?

—Alfredo Fernández —responde con tono serio—. El dueño de la cadena de concesionarios no ha cumplido su parte del trato.

Hago memoria. No es fácil recordar tantos nombres cuando hago negocios en todo el mundo. Al cabo de un rato, me acuerdo de aquel empresario español que nos pidió un favor. A cambio debía ayudarnos a mover la droga por España. Aprieto los dientes. No soporto a los hombres que incumplen su palabra porque me hacen parecer débil. Si lo tuviera delante, le pegaría un tiro.

—¿Qué hacemos? —me pregunta Stefano.

Me rasco la barbilla. Tengo que tomar una decisión que le demuestre no solo a ese empresario español, sino al resto de mis socios lo que sucede cuando se traiciona al clan de los Morello. No obstante, también debo ser inteligente. No puedo dejarme llevar por un impulso. Mi padre me enseñó justo lo contrario. No pienso ser como él.

—Tiene una hija —dice Luciano—. Es su única hija.

Sopeso los pros y los contras. La familia lo es todo para mí. Si alguien le hiciera daño a Lucrezia, me volvería loco y arrasaría el mundo para vengarme.

—Preparadlo todo —anuncio tras haber tomado una decisión—. Enseñadle a ese bastardo que nadie se la juega al clan de los Morello.

Mis hombres salen de mi despacho sin vacilar. Esbozo una sonrisa afilada. Me gusta resolver los problemas tan rápido. Ese malnacido se arrepentirá de haberme traicionado.

Capítulo 2

Sofía

Sé que soy una privilegiada.

Vivo rodeada de lujos y estoy acostumbrada a salirme con la mía. He crecido en una familia acomodada, he estudiado en los mejores colegios privados y he viajado en primera clase a lugares paradisíacos. Mi madre falleció cuando era demasiado pequeña para recordarla, pero mi padre se ha ocupado de que no me faltase de nada. Soy hija única: su niña mimada. Así que he tenido todo lo que podía comprarse con dinero. Hablo cuatro idiomas con fluidez, pero jamás he tenido que trabajar porque nos sobra el dinero.

«Soy una privilegiada», repito en mi cabeza. Pero esa molesta voz que no logro acallar grita: «Entonces, ¿por qué te sientes tan vacía»

Me doy la vuelta en la tumbona y esbozo una mueca. Últimamente no puedo dejar de escucharla. A lo largo de mis veintitrés años he conseguido ignorarla. Si la voz era demasiado insistente, iba de compras o hacía alguna escapada a algún lugar de playa. No entiendo qué me sucede. Supongo que los nervios por la boda están haciendo mella en mí. Aunque para ser sincera no estoy muy comprometida con los preparativos. Lo he dejado todo en manos de la *wedding planner*. Mi amiga Mónica considera que esa es otra de las razones por las que no debería casarme. Según ella, no estoy interesada en organizar mi propia boda porque no me hace ilusión. No obstante, yo opino que para algo pagamos a la *wedding planner*.

Mónica y sus tonterías...

Que conste que adoro a mi amiga, pero no podríamos ser más distintas. Ella es una rebelde por naturaleza. Su familia es dueña de un imperio hotelero, pero mi amiga se empeñó en estudiar veterinaria. A sus padres no les hizo ninguna gracia, pues querían casarla con el hijo de sus mejores amigos. Tuvo que renunciar a la fortuna de su familia para que la dejaran en paz. En cierto modo la admiro, pero soy honesta conmigo misma. Yo jamás podría vivir sin los lujos a los que me he acostumbrado. Además, Jorge es un buen partido. Es un hombre considerado que me quiere, me respeta y me da mi espacio. Se lleva genial con mi padre y han hecho negocios juntos. Llevamos un año y medio saliendo. Nunca discutimos. La opción más sensata fue decirle que sí cuando me propuso matrimonio. A pesar de que esa molesta voz de mi cabeza se empeñe en gritar que me estoy equivocando.

Mónica debe de leerme la mente, pues aparece en ese momento en mi campo visual. Me saluda con una sonrisa de oreja a oreja que le devuelvo. Somos uña y carne desde que teníamos seis años. Es un regalo en un mundo como el mío, lleno de personas interesadas e hipócritas.

—Ya has vuelto a poner esa cara —me sermonea.

—Hola, yo también me alegro de verte —bromeo.

Mónica se sienta a mi lado en la tumbona. Me rodea con sus brazos y me da un sonoro beso en la mejilla.

—Es obvio que me alegro de verte —responde poniendo los ojos en blanco—. De lo contrario, no habría venido de visita.

—Peeero...

—... sigo pensando que tenías esa cara de estar rayada por algo —insiste. Se quita la camiseta y me da la espalda para que le unte protector solar—. ¿Ya le has dicho a Jorge que te lo has pensado mejor?

—¿Qué se supone que tengo que pensar?

—Nada, porque en el fondo sabes que no quieres casarte con él.

—¡No seas pesada! —exclamo irritada. Dejo el bote de protector solar en la mesita baja y le doy un pequeño empujón para que se levante de mi tumbona. Mónica no se inmuta—. Ya te he dicho que quiero casarme con Jorge. Es un buen hombre, está enamorado de mí y ha aceptado vivir cerca de mi padre.

—Blablablá —murmura aburrida. De mala gana, se levanta y se sienta en la tumbona que hay justo al lado—. Cuando hablas de tu prometido enumeras sus virtudes como si fuera un caballo de carreras por el que vas a apostar. No digo que Jorge sea un mal tipo. Todo lo contrario. Me parece un buen hombre. Simplemente quiero que te cases por las razones correctas.

—Mis razones son correctas —enfático disgustada.

—No estás enamorada de él.

Mi cuerpo se pone en tensión. Mónica me conoce mejor que cualquier otra persona, pero se ha pasado de la raya. ¿Qué sabrá del amor una persona tan independiente como ella? Cada semana comparte su cama con un hombre diferente. Una vez le dije que yo soy su relación más estable. Se rio porque sabía que tenía razón.

—Pues claro que lo quiero —rebato indignada—. De lo contrario, no me casaría con él.

—Si ese es tu concepto del amor, lo siento muchísimo por ti. Te conozco, Sofía. Jamás cometerías una locura por Jorge. No te interpondrías entre él y una bala.

—¡Eso es ridículo! —Se me escapa una risilla nerviosa—. Por supuesto que no me interpondría entre Jorge y una bala. Valoro mucho mi vida. Creo que has leído demasiados libros románticos. Esa es la razón por la que nunca has encontrado a alguien con quien compartir tu vida. Tienes idealizado el amor. Lo siento por ti, Mónica. El señor Darcy te hizo mucho daño.

—Algunas preferimos no conformarnos con una relación aburrida y un hombre supuestamente perfecto al que no amamos. Yo al menos sé estar sola. No tengo ninguna prisa en emparejarme hasta que encuentre al hombre que me vuelva loca. Podría limitarme a observar cómo desperdicias tu vida, pero entonces no sería tu mejor amiga.

Aprieto los labios. Mónica siempre es brutalmente honesta conmigo. Sin embargo, que diga lo que piensa no significa que sea la dueña absoluta de la verdad.

—No tienes ni idea. Somos muy distintas —respondo molesta. Mónica va a decir algo más, pero en ese momento aparece Jorge, mi prometido. Estaba dentro de la casa hablando de negocios con mi padre. Al verme, su expresión se ilumina. Mi amiga murmura un comentario de los suyos. La ignoro y me levanto para saludar a mi futuro marido—. ¡Hola!

—Sofía. —Jorge me da un beso en los labios—. Me encanta cómo hueles.

Se refiere al protector solar con aroma a coco. Mi prometido me mira con sincera adoración. Me entran ganas de volverme hacia mi amiga con una sonrisa triunfal y soltarle: «¿Lo ves? ¿qué más se puede pedir en la vida».

—Hola, Mónica —la saluda—. Me alegro de verte.

—Ey —responde ella con desinterés.

Intento no poner mala cara para que Jorge no note que mi amiga no aprueba nuestro matrimonio. Es un poco difícil teniendo en cuenta que Mónica no se corta.

—Debo irme. —Me da otro beso—. Tengo una reunión muy importante dentro de una hora. Solo quería verte para decirte lo mucho que te quiero.

Creo que mi amiga acaba de introducir dos dedos en su boca para fingir una arcada. Me entran ganas de matarla, pero me controlo y me despido de Jorge. Cuando regreso a la hamaca, Mónica vuelve a poner una de sus caras.

—Eres lo peor —siseo.

—Se nota que te vuelve loca —dice con ironía—. Casi saltas de la hamaca al verlo.

—Cállate, pesada.

—Siempre podrás tener un amante con el que descubrir lo que es la pasión verdadera... Ya sabes, como esas ricachonas aburridas que les ponen los cuernos a sus maridos porque soy muy infelices.

Le grito que no tengo la menor intención de ser infiel a Jorge. No se lo merece. Mónica responde que discutir conmigo le da dolor de cabeza y se queda dormida. Sí, mi mejor amiga tiene una habilidad increíble para conciliar el sueño en las situaciones más surrealistas. Por desgracia para mí, tengo acidez de estómago después de nuestra discusión. Ahora la voz de mi cabeza es más aguda. Cierro los ojos con fuerza e intento ignorarla.

Soy una privilegiada.

Tengo una vida perfecta.

Voy a casarme con un buen hombre.

No me falta de nada... así que no entiendo por qué me siento tan vacía.

Capítulo 3

Sofía

Mónica y yo discutimos con la misma facilidad con la que hacemos las paces. Después de tomar el sol y darnos un chapuzón en la piscina, decidimos ir de compras para estrenar un modelito este fin de semana. Aunque tenga pareja, no soy la clase de persona que pasa de su mejor amiga. Así que seguimos yendo a las discotecas porque a ambas nos encanta bailar y darlo todo.

—¡Papá! —lo llamo antes de salir de casa—. ¡Nos vamos!

—Un segundo, cielo —me pide. Está en la cocina hablando por teléfono. Tarda menos de un minuto en despedirse de la persona con la que estaba charlando y venir a mi encuentro—. ¿Hoy duermes en casa?

Mónica me mira con una sonrisilla traviesa. Intento aguantarme la risa y pongo cara de buena para que mi padre no se preocupe.

—No me esperes despierto —Tengo veintitrés años y eso no le impide seguir tratándome como a una niña. Se lo perdono porque sé que se siente muy solo. Nunca rehízo su vida después de la muerte de mi madre.

—Portaos bien —nos suplica. Me da un beso en la mejilla y me mira con afecto—. Te quiero. ¿Sabes que eres lo más preciado que tengo?

—Lo sé, papá. —Le devuelvo el beso—. Yo también te quiero.

Mónica se está riendo cuando salimos de mi casa. Me subo de mala gana a su coche. No me gusta ir de copiloto. Conduce como una loca.

—¡Deja de reírte!

—Te quiero, papá —imita mi voz con un tono ridículo—. No me extraña que tengas esa personalidad. Tu padre te lo consiente todo.

Me encojo de hombros. Lo sé. Es algo innegable. Mi madre murió cuando tenía tres años. Desde entonces, mi padre me ha tratado como si fuera de cristal. Reconozco que quizá me he aprovechado un poco. ¿Qué puedo decir? Me encanta salirme con la mía.

—Ahora lo entiendo. —Se da una palmada en la frente.

—¿A qué te refieres?

—Vas a casarte con Jorge porque quieres tener a otro hombre al que manejar a tu antojo.

—Eres una zorra —la regaño sin acritud—. No sé por qué te quiero tanto.

—Necesitas una amiga que te cante las cuarenta de vez en cuando. De lo contrario, solo te rodearías de personas que te hacen la pelota.

Miro mi manicura perfecta.

—No veo qué tiene de malo.

Es cierto que con mi padre y Jorge siempre me salgo con la mía. Me gusta que me mimen. ¿A quién no?

—¡Conduce con precaución! —exclamo cuando coge una curva sin aminorar la velocidad.

—Uy, perdón —dice sin sentirlo—. He pensado que a tu vida de princesita le hacía falta un poco de emoción.

—Te odio —siseo.

Sintonizo mi emisora de música favorita y canto a grito pelado. Mi amiga se une a mis gallos. Apenas ha conducido un kilómetro cuando se ve obligada a frenar porque un par de coches están obstruyendo la carretera. No puede esquivarlos. Ambas fruncimos el ceño. Vivo a las afueras de Madrid. Por esta zona apenas hay tráfico.

—Qué raro. —Les pita para que se aparten—. ¿Qué hacen ahí parados?

De repente tengo un mal presentimiento. No me da tiempo a pedirle que se quede en el coche. Mónica es demasiado impulsiva. Algo no va bien, pero no puedo abandonar a mi amiga a su suerte. Cojo el spray de pimienta que tengo en el bolso y voy detrás de ella.

—¡Eh! —grita mi amiga a un hombre alto y fornido que se baja del vehículo que hay en nuestro carril—. ¡Mueve tu coche!

Todo sucede a una velocidad pasmosa. Varios hombres salen a nuestro encuentro mientras el más fornido apunta a mi amiga con una pistola. Mónica abre los ojos de par en par y pega un grito.

—¡Mónica! —chillo aterrada. Ni siquiera lo pienso. Agarro a mi amiga del brazo y la obligo a correr de regreso al coche, a pesar de que podrían dispararnos. La adrenalina me impide razonar con normalidad—. ¡Corre! ¡Deprisa!

—Pero ¿qué...? —Mi amiga tiene lágrimas en los ojos. Yo también lloraría si nuestra vida no dependiera de ello—. ¿Qué quieren?

—¡No lo sé! —Tampoco tengo pensado quedarme a averiguarlo.

Antes de que consigamos llegar al coche, una bala impacta en una de las ruedas. Mónica y yo gritamos a la vez.

—¡Quietas! —ordena un tipo con marcado aceto italiano.

Lo único sensato que podemos hacer es levantar los brazos. El corazón se me va a salir del pecho. Mi amiga solloza a mi lado. Escucho pasos a nuestra espalda y sé lo que debo hacer. Puede que sea una niña mimada que está acostumbrada a salirse con la suya. No obstante, el aprecio que siento por mi amiga, que es como una hermana, me impulsa a ponerme delante de ella para protegerla. Mónica abre los ojos de par en par.

—¿Qué haces? —musita aterrada.

—Defenderte —respondo como si fuera lo más normal del mundo.

—Sofía...

Lo que sea que vaya a decirme cae en saco roto cuando los tipos se acercan a nosotras. Tengo el spray guardado en el bolsillo trasero del pantalón. Mi cerebro trabaja a toda velocidad

para buscar una salida.

—Tenemos dinero —digo asustada. Sin embargo, algo me dice que no es dinero lo que buscan. Sus coches valen una pasta.

—¿Quién de vosotras es Sofía Fernández? —pregunta un gigante de ojos azules que tiene una cicatriz en el pómulos.

—Y-yo —tartamudea Mónica muerta de miedo.

—¡No digas bobadas! —Doy un paso al frente—. ¡Soy yo!

El gigante nos evalúa impaciente. Parece que es el que lleva la voz cantante.

—Es la rubia —le dice uno de sus compañeros. El gigante lo mira como si fuera imbécil, pues ambas somos rubias. El otro me señala—. Esa. La de las tetas gordas.

—¡Eh! —protesto indignada—. ¡Un poco más de respeto!

El gigante se abalanza sobre mí para cogerme del brazo, pero mi amiga es más rápida y le da una bofetada. El tipo se queda paralizado y aprieta los dientes. Su mirada se tiñe de odio. Mónica abre los ojos de par en par. Creo que ni siquiera ella es consciente de lo que acaba de hacer.

—N-no... le p-pongas las manos encima a mi a-amiga —balbucea sin vehemencia.

El gigante mascullla una frase en italiano y escupe al suelo. Mi amiga no entiende italiano, pero yo sí. La ha llamado zorra y le ha dicho que ha cometido un grave error. Entiendo lo que va a suceder al ver su mueca rabiosa, por lo que saco el spray y le rocío la cara. El gigante suelta un alarido. Aprovecho la conmoción para coger a Mónica de la mano y correr en dirección al bosque que rodea la carretera. Tendremos una oportunidad si nos adentramos en él. Nos quedan pocos metros para llegar cuando mi amiga aúlla de dolor. Uno de los hombres la ha alcanzado y la ha agarrado del pelo. Me abalanzo sobre él como una fiera y le araño el rostro.

—¡Suéltala! —grito como una loca—. ¡Desgraciado! ¡Animal!

Estoy fuera de mí. Lo ataco con tal violencia que no le queda más remedio que soltar a mi amiga. Le he hecho un bonito araño en la mejilla con mis uñas afiladas. Alguien me agarra del brazo y lo rocío con el spray de pimienta. Escucho maldiciones en italiano. Otro tipo aparece de la nada frente a mí. Le doy un rodillazo con todas mis fuerzas en la entrepierna.

Un tiro me deja congelada de golpe. Mónica cae al suelo delante de mis ojos. Mi amiga suelta un alarido y se lleva las manos a la pierna derecha. Le han disparado.

—Quieta, puta —me ordena el gigante, que tiene los ojos llorosos por culpa del spray.

Estoy muerta de miedo, pero eso no me impide tirarme al suelo para comprobar que la bala solo le ha rozado la pierna. Levanto la cabeza para contemplar con impotencia al hombre que le ha disparado y lo que veo en sus ojos me hiela la sangre. No ha fallado. Ha sido un aviso para que dejemos de intentar huir.

—¡Necesita un médico! —chillo, a pesar de que sé que no van a hacerme caso. De repente he dejado de ser la niña mimada a la que todos obedecen—. ¿Qué es lo que queréis de nosotras?

—Termina el trabajo —le pide el gigante en un perfecto español al tipo que ha disparado a Mónica. Lo ha dicho en mi idioma para que lo entienda—. Solo la necesitamos a ella.

—¡No, por favor! —Me tiro encima de Mónica, que está llorando a lágrima viva—. ¡No le hagáis daño! Haré lo que me pidáis...

—Sofía —gimotea mi amiga.

—Tranquila —digo, intentando controlar las lágrimas—. Todo saldrá bien.

El gigante y el tipo que ha disparado a mi amiga se enzarzan en una discusión. El hombre más bajo le grita que el jefe quería que fuese un secuestro limpio. Al escuchar la palabra jefe, el gigante asiente con mala cara.

Un segundo, ¿un secuestro? ¿van a...?

—¡Eh! —protesto cuando uno de ellos me agarra del brazo y me obliga a levantarme—. ¡Quítame tus asquerosas manos de encima!

—¡Sofía! —grita mi amiga—. ¿A dónde os la lleváis?

Mónica intenta agarrarme en vano, ya que el tipo es más fuerte y ella está convaleciente. Lo último que grito es su nombre antes de que me metan en un coche. Pataleo, araño y golpeo todo lo que tengo delante. Tienen que someterme entre varios. No me quedo quieta hasta que uno de ellos me da una bofetada. El coche arranca. Solo entonces llego a la conclusión de que estoy perdida.

Capítulo 4

Sofía

Los odio.

Los odio.

Los odio.

Se ríen de mí como si creyeran que no los entiendo. El gigante me mira con una mezcla de lascivia y perversa satisfacción. Dice que si el jefe se lo permite, se lo pasará muy bien conmigo. Hacen comentarios groseros sobre mis pechos. Luego me suben a un avión a pesar de que intento resistirme con todas mis fuerzas.

—Esta puta no se rinde —le dice el gigante al tipo que disparó a Mónica.

El otro me mira con una mezcla de incredulidad y pena, como si en el fondo se compadeciera de mi destino.

—Me gustaría mucho ponerla en su sitio —dice el gigante mientras me devora con la mirada.

Siento náuseas de solo imaginar que me toca con sus manazas.

—Ni se te ocurra, Luciano —le dice el otro—. Es propiedad del jefe.

Frunzo el ceño. ¿Qué soy propiedad de quién?

—Lo sé, Stefano —responde Luciano, el gigante—. Jamás le faltaría al respeto a Massimo. Pero si él me dejara...

—Os entiendo perfectamente —les espeto en su idioma. Ambos me miran sorprendidos. En este momento me puede más la rabia que el miedo—. No soy propiedad de nadie, capullos.

Se ríen en mi cara, lo que acrecienta mi enfado. Si no estuviera esposada... Bah, seguiría sin tener nada que hacer. La sensación de impotencia provoca que una bola de rabia me suba por la garganta.

—Creéis que sois muy hombres, pero habéis tenido que reducirme entre varios y me habéis esposado como si fuera muy peligrosa. En el fondo sois basura —digo dejándome llevar por la ira.

Luciano me mira como si quisiera partirme por la mitad. Ahora entiendo qué se lo impide. Ese tal Massimo. Su jefe. El hombre que ha ordenado que me secuestren. El tipo al que supuestamente pertenezco.

No sé quién es ese desgraciado, pero ya lo detesto con todas mis fuerzas.

No soy una posesión. Ni una damisela en apuros. Ni una niña que se doblega ante nadie. Se va a arrepentir de haberme secuestrado. No sé cómo acabaré con él, pero ya se me ocurrirá algo.

Capítulo 5

Massimo

—No me gusta que hayas ordenado que secuestren a esa pobre chica —me sermonea Lucrezia.

Intento no poner los ojos en blanco. Puedo llegar a entender que mi hermana se deje llevar por su carácter benévolo, pero se ha criado en el seno de la mafia. Es la hija menor del difunto Giuseppe Morello. Por el amor de Dios, soy El Don. ¿Qué esperaba que hiciera?

—Su padre debería haberlo pensado dos veces antes de traicionarme —respondo con frialdad.

—Los hijos no deben pagar los pecados de sus padres. Tú deberías saberlo mejor que nadie —la defiende sin conocerla—. ¡La has dejado en manos de tus hombres! ¿Y si ellos...?

—Tienen prohibido tocarla —la interrumpo con aspereza. Ya sabe lo que pienso sobre la violencia contra las mujeres. Puede que sea un mal hombre, pero incluso yo tengo mis límites. Odio a los maltratadores y a los violadores—. Ninguno de ellos me desobedecería. Esa chica no tiene nada que temer mientras no cause problemas. La liberaré cuando su padre pague el precio acordado.

—Que no tiene nada que temer... —Lucrezia sacude la cabeza con incredulidad—. ¡La han secuestrado! Va a vivir en un país extranjero. Si yo fuera ella, estaría aterrada.

—No lo eres. —Me pongo de pie para zanjar la discusión. Le doy un beso en la frente. Mi hermana lo es todo para mí. Puedo mostrarle cariño cuando estamos solos—. Tú eres intocable, Lucrezia.

Lucrezia suspira como si yo fuera un caso perdido. En el fondo me gusta que haya tanta bondad en su corazón. Al menos uno de nosotros no ha sido corrompido por este mundo.

Salgo al balcón, que tiene unas vistas privilegiadas de la playa. Los acantilados escarpados se funden con el agua turquesa. Inhalo con fuerza. Trato de estar en paz conmigo mismo. Cierro los ojos... y los abro de golpe al escuchar el motor de los coches. Mis hombres acaban de llegar. Observo con desinterés la escena. No es la primera vez que ordeno secuestrar a alguien. Lo normal es que la persona se muestre aterrorizada y sumisa. Por eso lo último que espero es a la fiera rubia que se revuelve con uñas y dientes cuando la bajan del coche. Grita y los insulta en español. Enarco las cejas. «Pero ¿qué demonios...?» Acaba de hacerle una peineta a Luciano, un hombre temido por hombres y mujeres. He de reconocer que no estaba preparado para semejante espectáculo. Incluso se las apaña para darle un codazo a Federico y salir corriendo, a pesar de que no tiene escapatoria. Al final Stefano consigue capturarla, aunque la chica ofrece resistencia hasta el último segundo.

Frunzo el ceño. No puedo creer que una decena de mis mejores hombres hayan tenido problemas con esa mujer diminuta.

Me froto la cara. Aprieto los dientes. La escena no es digna de la mafia de la Cosa

Nostra. Me van a oír.

Respecto a esa princesita española, más le vale relajarse en mi presencia. No pienso tolerar un comportamiento como el suyo. ¡Está secuestrada! ¿Cómo se atreve a intentar escapar? ¿No tiene ni una pizca de sentido común? Tendré que enseñarle por qué me llaman *Il Diavolo*...

Capítulo 6

Sofía

—Tranquilízate, *per favore* —susurra a mi oído el hombre que disparó a Mónica. Fue el mismo que le recordó a Luciano —el gigante de la cicatriz—, que no podía matar a mi amiga ni tocarme porque iba contra las órdenes de su jefe. Creo que se llama Stefano—. No te conviene enfurecer a *Il Diavolo*.

Me quedo quieta. Stefano afloja su agarre al ver que me relajo. Le dedico una mirada cargada de recelo.

—¿A quién? —pregunto, a pesar de que sé lo que significa *Il Diavolo*.

—Al jefe —me explica serio—. Él no tolerará tu rebeldía. Tienes que calmarte si quieres seguir con vida.

Tengo ganas de gritarle que estaría calmada si no me hubieran secuestrado. Sé que estoy en un país extranjero. Seguramente en alguna parte de Italia. Han disparado a mi amiga y no sé cómo se encuentra. Mi padre y Jorge deben de estar muy preocupados por mí. Estoy furiosa, pero este bruto me pide que me tranquilice para no enfurecer al demonio que ha ordenado secuestrarme, vete a saber por qué. A pesar de la rabia que siento, me limito a apretar los labios. Soy una mujer muy observadora. Me he dado cuenta de cómo ha cambiado la actitud de los hombres que me han secuestrado. En cuando hemos entrado en la casa, han adoptado un rol taciturno y obediente. Le tiene pánico a *Il Diavolo*, sea quien sea. No soy estúpida ni valoro tan poco mi vida como para no obedecer.

—Mejor así. —Stefano me da un apretón en el abrazo, como si me estuviera elogiando.

Le lanzo una mirada cargada de desprecio para que no se equivoque. No somos amigos. Hace unas horas disparó a Mónica. Lo odio casi tanto como a su jefe, el verdadero culpable de lo que me ha sucedido.

—Ya viene —escucho que alguien susurra en italiano.

Los hombres se cuadran y esbozan expresiones serias. Incluso Luciano, el gigante, ha perdido esa mueca chulesca que lo caracteriza. Observo con una mezcla de interés y temor al hombre que viene caminando hacia nosotros. Se me corta la respiración. Es... impresionante. Mide más de un metro ochenta, viste un traje que le sienta como un guante y tiene la mirada más fría y calculadora que he visto en mi vida. Se detiene cuando quedan un par de metros para llegar hasta mí, lo que provoca que mi estómago se contraiga. Ahora entiendo por qué lo llaman *Il Diavolo*. Es un demonio muy apuesto. Un hombre que emana respeto. Una bestia de cabellos negros y ojos oscuros como la noche.

—*Che delusione* —dice con frialdad. Su mirada se posa unos segundos en Luciano, que se encoge como si hubiera empequeñecido medio metro. Luego observa a cada uno de sus hombres. Parece que está sopesando la posibilidad de castigarlos.

Ni siquiera me ha mirado. No sé por qué me enfurece tanto. Debería agradecer que no se

haya fijado en mí. Sin embargo, siento una ira candente. El hombre que ha ordenado que me secuestren no me presta atención, como si quisiera decirme que solo soy una simple hormiga que podría pisar en cualquier momento. Eso, para alguien que está acostumbrada a ser el centro de atención, es un golpe directo a su orgullo. Y resulta que no hay nada más peligroso que una mujer herida, asustada y a la que han apuntado con una pistola...

—Eh, Belcebú —le espeto. Escucho algunos murmullos ahogados. Hago caso omiso de la expresión alarmada de Stefano—. ¿Vas a explicarme qué hago aquí o vas a continuar con las miraditas fulminantes?

Il Diavolo deja de observar a un hombre y se vuelve de golpe hacia mí. Sus ojos oscuros se encuentran con los míos. Estoy a punto de dar un paso atrás, pero me controlo justo a tiempo. Acabo de descubrir que hay miradas que matan de verdad. Hay una calma peligrosa en sus ojos. Una tormenta de oscuridad que me amenaza desde los escasos dos metros que nos separan.

—¿Cómo me has llamado? —pregunta en un perfecto español.

—Belcebú.

Resulta que sí soy estúpida y valoro muy poco mi vida.

El hombre me mira con los ojos entornados. Hay un destello de sorpresa en ellos. Levanto la barbilla porque no soporto sentirme tan pequeña.

—Puedes hablarme en tu idioma —digo con arrojo—. Estoy cansada de que tus hombres me insulten en italiano como si creyesen que no me entero. Si vas a humillarme, quiero que sepas que te entiendo.

—No es mi estilo —responde en español.

—¿Cuál es tu estilo? ¿Secuestrar a una mujer y disparar a su mejor amiga? —pregunto con la voz temblorosa por culpa del miedo y la rabia.

Tengo ganas de llorar, pero no voy a derramar ni una lágrima delante de este hijo de puta tan atractivo.

—Entiendo que te preguntes qué haces aquí —contesta sin inmutarse—. Tu padre ha cometido un grave error. Si hace lo que le pido, obtendrás tu libertad dentro de poco tiempo. Las condiciones de tu cautiverio son muy sencillas: no intentes escapar y no causes problemas. —*Il Diavolo* me observa con un brillo despiadado en los ojos—. ¿Te ha quedado claro?

—¡Mi padre no tiene nada que ver en esto! —grito indignada. ¿Cómo se atreve a culpar a mi padre?

Me dedica una sonrisa engreída que es peor que un insulto.

—Es lógico que una niña como tú no sepa nada de los negocios de su padre —dice con tono despectivo—. Stefano, llévala a sus aposentos.

—¡Suéltame! —Me revuelvo cuando Stefano me pone las manos encima. Lo he pillado desprevenido, por lo que no consigue atraparme cuando acorto la distancia que me separa con *Il Diavolo*. De repente, todos me miran con los ojos abiertos de par en par—. ¡Eres despreciable!

—¿Algo más, *principessa*? —pregunta con tono aburrido.

Tengo ganas de escupirle o abofetearlo. Si no lo hago es porque sé que alguno de sus hombres me pegaría un tiro. Así que me limito a mirarlo con desprecio para que sepa lo mucho

que lo odio.

—No te tengo miedo —le aclaro, a pesar de que es mentira—. Solo eres un mafioso del tres al cuarto que se esconde detrás de un montón de hombres armados. Me das asco.

Ahora sí que lo he enfadado. Lo sé por la forma en la que aprieta la mandíbula. Tal vez se esté planteando estrangularme delante de sus hombres para que sepan que nadie le habla de esa manera. Quiero echar a correr, pero mis piernas no responden. Ni siquiera sé cómo soy capaz de mantenerme en pie.

—Aprenderás a tenerme miedo. —Antes de que pueda ser consciente de que se ha movido, me coge de la barbilla y la levanta para que lo mire a la cara—. Si quieres seguir respirando, no vuelvas a insultarme. Primer y último aviso.

Sus dedos me calientan la piel. Lo tengo demasiado cerca. Sus ojos oscuros están repletos de motitas doradas. Tiene los labios gruesos y el mentón afilado. Estoy tan conmocionada que le doy un empujón para que me suelte.

—Prefiero que me pegues un tiro antes de que vuelvas a ponerme una mano encima —digo jadeando.

Ese brillo de sorpresa se apodera de nuevo de sus ojos. Retrocedo un paso para poner distancia entre nosotros. *Il Diavolo* endurece su expresión y me mira de una forma penetrante e indescifrable. Tal vez esté sopesando la posibilidad de deshacerse de mí.

—Llévaosla —le ordena a nadie en particular.

Una mano me agarra del brazo y me obliga a caminar. Intento zafarme, pero me tiene bien sujeta. Maldigo en español. Juro que me vengaré, algo completamente absurdo. Pataleo y chillo hasta que me quedo sin fuerzas.

Capítulo 7

Massimo

No puedo creer que esa chiquilla me haya insultado. ¡Me ha llamado Belcebú! ¿Acaso está loca? ¿No se ha dado cuenta de que está secuestrada? ¿Por qué tiene tan poco aprecio por su vida? Lo peor de todo es que me siento como un imbécil, pues me ha desautorizado delante de mis hombres. Debería haberla puesto en su sitio; ganas no me han faltado. Pero, por primera vez desde que soy el Don, no he sabido qué hacer. Jamás me he enfrentado a una mujer que no me respeta. Todas me temen o quieren meterse en mi cama. Esto es nuevo para mí.

—¡Maldita sea! —bramo enfurecido.

Le doy una patada a la silla, que sale volando por los aires. Luciano y Stefano se apartan con disimulo. Tengo ganas de golpear a alguien. Sé que debería haber sido más duro con ella. Por eso estoy furioso. No obstante, jamás le pondría una mano encima a una mujer. Además, algo me dice que las amenazas no surtirían efecto con esa chiquilla rubia de metro y medio. Tal vez esté mal de la cabeza. Lo que faltaba, he secuestrado a una lunática.

—Massimo —dice Stefano con cautela—. Quizá deberíamos...

—Cállate —espeto sin mirarlo—. ¿Podéis explicarme por qué no está aterrorizada? Vi como intentó escapar. ¡Habéis disparado a su amiga! No deberíais haber tenido problemas para abordar a dos mujeres desarmadas.

—Es peligrosa —se defiende Luciano.

Lo atravieso con la mirada. El antiguo *consigliere* de mi padre agacha la cabeza, avergonzado.

—Peligrosa —repito con incredulidad—. Apenas mide un metro sesenta, Luciano.

—Tiene mal carácter —coincide Stefano—. Nos lo puso muy difícil. Ninguno de nosotros esperaba que intentase escapar. Incluso sacó un spray de pimienta y...

—Basta —ordeno malhumorado. Ya empieza a dolerme la cabeza—. No quiero oír ni una palabra más.

—Jefe, no puedes permitir que te hable así delante de...

Luciano no consigue terminar la frase, pues le lanzo una mirada fulminante. Todos sabemos lo que ha sucedido hace unos minutos. No necesito que ninguno de mis hombres me recuerde lo débil que he sido.

—¿Tenemos noticias de España? —exijo saber.

—Su padre nos ha rogado que no le hagamos daño. Dice que necesita tiempo para cumplir con su parte del trato. Parecía sincero —informa Stefano.

—Cuatro semanas —respondo—. Ese es el plazo que tiene. Dile que, de lo contrario, se la entregaremos por fascículos en una caja.

—Si vamos a matarla, me ofrezco voluntario —interviene Luciano—. Pero antes me gustaría divertirme un poco con ella...

Algo violento e impredecible se apodera de mí. Voy hasta él y lo agarro de la camisa. Lo empotro contra la pared. Luciano, que me saca algunos centímetros, abre los ojos de par en par. Acerco mi rostro al suyo y le digo con un gruñido:

—No vas a ponerle las manos encima. —Lo miro con una rabia que no sé de dónde nace—. Ninguno de vosotros va a tocarle un pelo, ¿entendido?

—S-sí... —farfulla.

Lo suelto como si me diera asco tocarlo. No sé por qué me he puesto así. Es cierto que no tolero que mis hombres sean violentos o se sobrepasen con alguna mujer. Pero sé que habría bastado con una simple advertencia. Simplemente no quiero que la toquen. La idea de que uno de ellos le pongo las manos encima saco algo muy primitivo dentro de mí.

—¿Qué hay de la 'Ndrangheta? —pregunto para cambiar de tema.

—Dominic Falsone sigue haciendo de las suyas —me explica Stefano—. Ha conseguido poner de su parte al clan de los Caruso.

Aprieto los puños. Dominic Falsone sigue siendo un dolor de huevos. Ese hijo de puta no se da por vencido. Maldito sea.

—Luciano, recuérdales a los Caruso a quien deben lealtad —le ordeno—. Disponlo todo. Si van a cambiar de bando, que sepan cuales son las consecuencias.

—Sí, Don. —Luciano desaparece sin preguntar nada más. Ya sabe lo que tiene que hacer.

Me dejo caer en la silla del escritorio con un suspiro ronco. Stefano va al minibar y sirve dos copas de whisky. Es mi mejor amigo desde que éramos unos niños. Ahora es mi *consigliere*. Antes de morir mi padre me pidió que mantuviera a Luciano en el puesto. Me aconsejó que no mezclase los negocios con la amistad. Por supuesto, no le hice ni puñetero caso. No soporto a Luciano, nunca me ha gustado. La única razón por la que sigue trabajando para mí es porque algunos hombres lo respetan y no quería tener más enemigos. De lo contrario ya me habría deshecho de él. Es tan odioso como el malnacido de mi difunto padre.

Stefano me entrega la copa y bebo la mitad de un trago.

—Esa española... —Stefano sacude la cabeza y ríe—. Es complicada, Massimo. Deberías dejarla encerrada en su habitación. Te conozco y sé que jamás golpearías a una mujer. No puedes permitir que te falte al respeto delante de los hombres.

—Lo sé —respondo de mala gana—. Debería estar asustada, ¿por qué demonios no lo está?

Stefano se sienta en la silla de enfrente. Parece tan confundido como yo.

—Ninguno de nosotros esperaba que el secuestro fuera tan complicado. He de reconocer que tiene agallas. Protegió a su amiga como una fiera.

Lo miro con renovado interés.

—Cuéntamelo todo —le pido.

Me duele la cabeza, por lo que voy a mi habitación para relajarme. Stefano me ha explicado todo lo necesario sobre mi nueva huésped. Sí, llamar huésped a una mujer que está secuestrada es una incongruencia. No obstante, ella podría limitarse a disfrutar de mi hospitalidad sin causar problemas. Una persona razonable estaría asustada y se mostraría dócil. Supongo que Sofía Fernández no tiene nada de razonable...

Ahora sé que habla italiano con fluidez, es el mayor tesoro de su padre y está prometida con un hombre que debe de estar muy enamorado de ella, pues nos ha ofrecido un millón de euros a cambio de liberarla. Casi me río cuando Stefano me lo ha contado. Pobre incauto. No es dinero lo que quiero, sino la obediencia del hombre con el que hice un trato. Esa chiquilla no tiene ni idea de nada. Si su padre hubiera cumplido su palabra, jamás habría ordenado que la secuestrasen. No tengo la culpa de que su progenitor sea un idiota. ¿Quién narices se mete con la mafia y espera salir impune? Nunca dejará de sorprenderme la estupidez de la gente.

Hablando de ella... la veo encaramada a la celosía cuando salgo al balcón. He ordenado que la encierren en la habitación anexa a la mía, pues quería tenerla vigilada. Reconozco que me sorprende que vuelva a intentar escapar cuando hace menos de una hora la amenacé de muerte.

Una parte de mí está furiosa por su rebeldía, pero la otra se limita a observa cómo se las apaña para descender por la enredadera de flores. Me apoyo en la barandilla y enciendo un puro. Tiene unas curvas generosas que harían las delicias de cualquier hombre. La cintura estrecha, grandes pechos y un trasero respingón. El diminuto vestido entallado se le sube hasta las caderas mientras se esfuerza en descolgarse por la enredadera. Esbozo una sonrisa ladina al ver el tanga de encaje rojo. Me encantaría darle una nalgada en el trasero. Tal vez así conseguiría bajarle los humos.

—¿Sigues sin darte por vencida? —pregunto con voz glacial en un intento por enmascarar la diversión que siento al observarla.

La rubia se sobresalta y pierde el equilibrio. Aterrizo de culo en el suelo del balcón y masculla una palabrota en español. Sus ojos se abren de par en par al reconocermela. Apenas tarda unos segundos en recomponerse antes de mirarme con una mezcla de rabia y desprecio.

—¡Me has asustado! —me recrimina furiosa—. ¡Por poco me mato por tu culpa!

Apago el puro en la barandilla y expiro con fuerza. Quiero demostrarle que su actitud me tiene cansado.

—¿Cuál de mis normas no has entendido? ¿La de no escapar o la de no causar problemas?

—Yo no acato normas de nadie —responde con chulería—. Y menos de ti, Belcebú.

Aprieto la mandíbula. No puedo creer que haya vuelto a insultarme. ¿Acaso no me tiene miedo? Me levanto sin perder la calma —me cuesta un gran esfuerzo—, y me encaramo con facilidad a la valla que separa nuestros balcones. A ella se le escapa un gemido y retrocede sin levantarse, como una gatita asustada.

Hace bien en temerme.

Lleva jugando con fuego desde que apareció en mi casa. Es hora de demostrarle quién

está al mando.

Capítulo 8

Sofía

Retrocedo a cuatro patas. No me da tiempo a ponerme de pie, pues *Il Diavolo* se acerca a mí como si fuera un ágil felino. Mi espalda choca con la pared. Me tiemblan las piernas y tengo ganas de hacerme un ovillo. Sé que lo he enfurecido. Me gustaría cerrar la boca, pero jamás he sido una mujer obediente, sino todo lo contrario, una acostumbrada a salirse con la suya, que se rodea de gente que siempre le da la razón (excepto Mónica, pero no está aquí para decirme que me estoy pasando de la raya, dadas mis circunstancias).

—¡No te acerques a mí! —chillo angustiada.

Il Diavolo me sonríe con una mezcla de maldad y satisfacción. Sabe que estoy aterrada. Eso me provoca otro conato de ira. No pienso mostrar miedo delante del hombre que me ha secuestrado.

—Tú no das las órdenes aquí —responde sin emoción en la voz. Se agacha para quedar a mi altura, pero no me toca—. Ya deberías haberlo entendido.

—Lo único que entiendo es que eres un sinvergüenza que disfruta intentando amedrentar a una dama.

Me observa con frialdad.

—No veo a ninguna dama por aquí.

—Seguro que a ti te gustan sumisas y calladitas. ¿Por qué no me dejas en libertad y buscas a otra que cumpla tus refinados estándares?

Un destello de diversión ilumina su mirada durante unos segundos. Frunzo el ceño. ¿Le hace gracia mi sufrimiento? El brillo desaparece tan rápido como ha llegado y es relegado por esa mirada fría y altiva.

—Por desgracia para todos, serás mi prisionera durante una temporada. Puedes ser una buena chica y no causar problemas, o puedes terminar atada a la cama. Le ordenaré a una de mis criadas que te alimente tres veces al día y tendrás que hacer tus necesidades en un cubo —me amenaza con calma—. ¿Qué es lo que prefieres?

—Eres... eres.... ¡Belcebú!

—Vuelve a llamarme así y yo mismo te ataré al cabecero de la cama.

—¿Cómo se supone que debo llamarte? —pregunto cabreada, a pesar de que conozco su nombre porque lo oí en el avión—. No me has dicho cómo te llamas.

—Señor o Don.

—¿Don? —replico alucinada. Por el amor de Dios, no estamos en *El padrino*—. ¿En serio?

—Sí.

—Ya, claro. —Suelto un bufido para apartarme un mechón del ojo—. Como Don Omar.

—No sé quién es ese Don —responde confundido—. ¿Pertenece a algún clan de Europa?

Me entra un ataque de risa. Sé que no debería reírme delante de él, pero esta situación es absurda. Un mafioso me ha secuestrado y ahora me pide que lo llame Don. Para colmo, ni siquiera conoce a una de las mayores influencias del reguetón.

Me percato de que me está mirando con una mezcla de desconcierto y creciente enfado, así que me obligo a calmarme.

—Puedes llamarme Massimo —me informa como si estuviera haciéndome un favor—. Te conviene no insultarme delante de mis hombres. Es el último aviso.

—¿Puedo insultarte si ellos no están presentes? —le vacilo. Vaya, vaya, el Don está demasiado preocupado por lo que los demás piensen de él. No sabía que los mafiosos fueran tan inseguros.

—Inténtalo y sabrás qué sucede.

—Uuuh. —Le enseño las manos para que vea como tiemblo—. ¿Eres igual de simpático con todas las mujeres a las que secuestras?

—¿Y tú siempre eres tan inmadura?

—¡No soy inmadura! —replico indignada—. ¡Me has secuestrado! ¡Tengo derecho a estar enfadada! ¡Has culpado a mi padre de mi secuestro! ¡Me han apuntado con un arma! ¡Han disparado a mi amiga! —Las lágrimas pugnan por salir, pero consigo mantenerlas a raya—. Ni siquiera sé si sigue con vida. Mi familia debe de estar preocupada. Y esperas que te muestre respeto cuando solo te mereces mi odio...

Me cuesta respirar y soy incapaz de terminar la frase. Le doy la espalda cuando los ojos se me llenan de lágrimas. No merece verme llorar. No quiero demostrarle lo asustada que estoy. De eso nada.

—Tu amiga está bien —dice para mi sorpresa. Ahora su tono es sosegado—. Está recuperándose en un hospital. La herida fue superficial.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo? —pregunto con desconfianza.

—No lo sabes —responde de mala gana—. Te pediría que confiases en mí, pero sería ridículo. Respecto a tu familia, ya están informados de que estás bajo la custodia del clan de los Morello. Tu padre ha prometido cumplir su parte del trato. Si te quiere, pronto quedarás en libertad.

—¡Mi padre no tiene la culpa de esto! —Me vuelvo hacia él hecha una furia, pero lo que veo en sus ojos me deja callada. Hay un profundo hastío, como si estuviera discutiendo con una niña díscola.

—Entiendo que para ti es más fácil culparme. Tu padre ya sabía las consecuencias cuando hizo negocios con la mafia. Entrarás en razón cuando dejes de estar enfadada. Mientras tanto, no causes problemas.

—Te voy a odiar hasta el fin de mis días —le prometo.

Massimo me mira como si no le importase en absoluto. Va a abrir la boca, hasta que se percata de algo. Sus ojos se convierten en dos llamas oscuras. Se inclina hacia mí. Se me corta el

aliento. Intento retroceder, pero no puedo porque mi espalda está apoyada en la pared. Su mano se posa con delicadeza en mi mejilla.

—No me to...

—¿Cómo te has hecho esto? —exige saber. No sé a qué se refiere, hasta que su pulgar me acaricia el corte del labio—. ¿Te lo has hecho al trepar por la enredadera de flores?

Intento apartar la cara, pero él me lo impide sujetándome la nuca con la otra mano. Su caricia debería resultarme desagradable, pero me toca con una ternura que me desconcierta. Sostengo su mirada para que sepa que lo detesto con todas mis fuerzas.

—Fue uno de tus hombres —le explico—. Me abofeteó cuando me subieron al coche a la fuerza.

Una emoción violenta se apodera de su expresión. Tengo un nudo en la garganta. No sé qué hay dentro de su cabeza. Sinceramente, no quiero averiguarlo. En este momento, Massimo —*Il Diavolo*—, me inspira muchísimo miedo. Deja caer su mano, se pone de pie y sale del balcón como una exhalación.

No tengo ni idea de lo que acaba de suceder.

¿Por qué estaba tan furioso? ¿A dónde ha ido?

Capítulo 9

Sofía

—¿Hola? —pregunta una voz dulce.

Estoy tumbada bocarriba en la cama mientras maldigo mi mala suerte y pienso en alguna forma de escapar. Me siento y observo con recelo la puerta cerrada. ¿Será una de las criadas de Massimo? No pienso permitir que me aten al cabecero y me alimenten a base de papillas.

—¡Me portaré bien! —exclamo de mala gana—. ¡No hace falta que me esposéis!

—No he venido a esposarte —responde la desconocida—. Vengo en son de paz. ¿Puedo pasar?

No debería confiar en ella. Sin embargo, es la única persona que me ha tratado con respeto desde que estoy aquí. Además, ahora me pica la curiosidad. Supongo que si quisiera atarme ya habría entrado, pues estoy encerrada bajo llave.

—Entra —claudico.

Una chica preciosa asoma la cabeza por la puerta. Me sonrío con timidez. Tiene el cabello negro y unos enormes ojos verdes. No debería fiarme de ella, pero su rostro me transmite simpatía.

—Soy Lucrezia —se presenta. Me mira indecisa, como si no supiera qué decir—. Tú debes de ser Sofía. Quiero que sepas que lamento muchísimo tu situación. Entendería que quisieras estar sola, pero he pensado que tal vez te apetecería tener un poco de compañía. —Me ofrece una botella de agua—. ¿Tienes sed?

Estoy a punto de abalanzarme sobre la botella. Freno porque cabe la posibilidad de que esté envenenada. Lucrezia comprende mi reticencia, abre el tapón y le da un sorbo.

—Es normal que desconfíes de mí. —Se pone en mi lugar—. ¿Puedo sentarme contigo?

Asiento y luego le doy un trago al agua. Lucrezia me observa con una mezcla de interés y pena. Pone mala cara al ver el corte que tengo en el labio. Entonces me percato del botiquín que sostiene.

—¿Me dejas que te cure?

—Prefiero hacerlo yo —respondo recelosa.

Es cierto que está siendo amable conmigo, pero aquí no me fío ni de mi propia sombra. Empapo un algodón en agua oxigenada y me desinfecto el corte mientras ella me observa.

—Siento mucho que uno de los hombres de mi hermano te haya golpeado. Su comportamiento no tiene justificación. ¡Pegar a una mujer! Qué sinvergüenza. —Parece sincera—. Sé que tienes motivos para estar disgustada con él, pero te prometo que no es tan... malo. Él jamás ha tolerado la violencia contra las mujeres. Ese hombre ha desobedecido sus órdenes.

—Un segundo. —Me aparto de ella como si fuera venenosa—. ¿Quién es tu hermano?

—Massimo —responde con un hilo de voz.

—¿Belcebú es tu hermano? —pregunto escandalizada.

Lucrezia abre mucho los ojos y se tapa la boca. Mira a nuestro alrededor, como si tuviera miedo de que alguien me hubiese oído.

—¿Cómo lo has llamado?

—Belcebú.

—Ay, Dios. ¡No puedes llamarlo así!

—Que lo hubiera pensado antes de haberme secuestrado.

—Massimo no tolera las faltas de respeto. Si lo insultas, lo haces parecer débil delante de sus hombres. Tienes que entender que te pones en peligro. ¡Podría haber ordenado que te pegasen un tiro! —Me coge las manos y me mira con ansiedad—. Por favor, no vuelvas a insultarlo.

No sé por qué cedo. Hay algo tan puro en esta chica, a pesar de que su hermano sea el mismísimo Belcebú, que me impulsa a hacerle caso. Asiento de mala gana y ella se tranquiliza.

—No entiendo cómo puedes ser hermana de ese... —Me muerdo la lengua—. No os parecéis en nada.

—No es tan malo —lo defiende.

Pongo los ojos en blanco. Ya, claro. Los cerdos vuelan y los unicornios existen.

—Tengo que irme. —Lucrezia se pone de pie—. Se supone que debes estar sola. Solo me ha permitido curarte.

—Muy amable por su parte —digo con ironía.

Lucrezia va hacia la puerta. Antes de abrir, se vuelve y me mira.

—Ya sé que no tengo derecho a decirte cómo debes vivir tu cautiverio. Sin embargo, me veo en la obligación de hacerte una recomendación. Todos temen a mi hermano. Es un hombre muy respetado y a veces puede ser cruel. Pero, si no le das ningún motivo para que te castigue, será justo contigo.

¿Motivos para que me castigue? ¿Quién se cree que es? ¿Mi padre? Además, ni siquiera él me castiga. Yo siempre hago lo que me da la gana. Me trae sin cuidado que un mafioso haya decidido secuestrarme porque supuestamente mi padre ha incumplido un trato. A mí nadie me ata ni me da órdenes. Ni siquiera el mismísimo *Il Diavolo*.

Estoy aburrida, hambrienta y preocupada. No sé si Massimo, *Il Diavolo* o Belcebú ha sido sincero conmigo. Prefiero pensar que mi amiga está recuperándose en un hospital. Respecto a lo que ha dicho sobre mi padre, me cuesta creer que un respetable hombre de negocios como él haya hecho un trato con la mafia italiana. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Salgo al balcón, esta vez sin la intención de escapar. Ya he tenido un escarmiento después de mi infructuoso intento de fuga. La enredadera de flores es demasiado débil para

sostener mi peso.

No sé dónde estamos, pero el paisaje es una delicia para los ojos. Me apoyo en la barandilla y contemplo el acantilado. El mar es de un precioso azul turquesa. Algunas casas de piedra salpican el horizonte. Si tuviera que apostar, diría que estoy en algún pueblo de la costa siciliana.

De repente, algo llama mi atención en la entrada de la casa. Hay un hombre que se arrastra por el suelo como una serpiente. Me tapo la boca para ahogar un grito. El hombre está cubierto de sangre. Parece un despojo humano. Siento lástima por él hasta que descubro que se trata del hombre que me abofeteó en el coche. Entonces comprendo la escena de golpe. A unos metros de distancia, Massimo se está limpiando las manos con un trapo. Tiene la camisa remangada y se ha quitado la chaqueta. Nuestras miradas se cruzan. Mi estómago se contrae con un montón de sentimientos contradictorios. Me doy la vuelta y entro corriendo en la habitación. Apenas puedo respirar.

Le ha dado una paliza al hombre que me abofeteó. Ha sido brutalmente despiadado. Su hermana dice que es cruel, pero se ha quedado corta. Ese hombre es una bestia. Un ser sin escrúpulos que ha golpeado a uno de sus hombres porque ha desobedecido sus órdenes. Si es capaz de ser tan violento con uno de los suyos, ¿qué hará conmigo?

Me tapo la cabeza con la almohada y rompo a llorar. Estoy en el infierno. No sé qué va a ser de mí.

Capítulo 10

Massimo

—Que lo que le ha sucedido a Giancarlo sea un aviso para todos —les digo a mis hombres mientras termino de limpiarme las manos—. Nadie le tocará un pelo a Sofía.

Tiro el trapo al suelo y entro en la casa. Tengo los nudillos doloridos. Me he desquitado con ese cabrón. Dudo que alguno de ellos vuelva a ponerle una mano encima a Sofía, pero no está de más recordárselo.

Me doy una ducha, me cambio de ropa y bajo a cenar. Mi hermana está esperándome en el salón. Tiene esa expresión que no augura nada bueno. Me paso una mano por el pelo y respiro hondo para no perder la calma.

—¿Dónde está nuestra invitada?

—No es nuestra invitada —me corrige con severidad—. La has secuestrado, Massimo.

—No me gusta que me hagan esperar —digo irritado—. ¿Por qué no ha bajado a cenar?

Lucrezia se mira los pies. Se supone que debería haberla avisado. No entiendo por qué no está aquí. La cena se sirve a las diez en punto. No soporto a las personas impuntuales.

—No va a venir —dice en voz baja.

—¿Qué?

—No quiere bajar a cenar.

—¿Le has dicho que yo lo he ordenado? —pregunto sin dar crédito.

—Sí.

—La princesita ha agotado mi paciencia —mascullo mientras salgo del salón y subo las escaleras de dos en dos.

—¡Massimo! —Mi hermana intenta detenerme—. Déjala, por favor. Está aterrada.

—Esa chiquilla no sabe lo que es el miedo —respondo furioso—. Pero va a averiguarlo.

Lucrezia se queda paralizada cuando le lanzo una mirada llameante. Mi hermana sabe que mi paciencia tiene un límite. He sido demasiado indulgente con esa princesa española. Ya va siendo hora de que conozca al verdadero Massimo Morello. Tardo tres segundos en plantarme delante de la puerta de su habitación. Giro la llave e intento abrir. Me llevo una sorpresa al descubrir que ha atrancado la puerta. Joder, esto es el colmo. ¿Pretende hacerme quedar como un imbécil delante de mis hombres? Retrocedo varios pasos para coger impulso y derribo la puerta con el hombro. La encuentro sentada en el centro de la cama, abrazándose las rodillas contra el pecho. Me quedo paralizado al verla. Está temblando. Quería que me respetase, pero esto es...

—No pienso bajar a cenar contigo —balbucea sin mirarme—. Prefiero morirme de hambre antes que respirar el mismo aire que tú.

Sus palabras son como una daga que se hunde lentamente en mi estómago. No sé por qué

me escuecen tanto. Hace unos segundos quería que me tuviese miedo. Sin embargo, ahora siento que algo está mal.

Carraspeo incómodo. Ella sigue con el rostro enterrado en las rodillas.

—No tienes nada que temer de mí —me obligo a decir—. Jamás te haría daño.

No responde. Su silencio me está matando. No soporto que la gente lllore delante de mí, pero el hecho de que ella me esconda sus lágrimas es... No lo sé, no puedo aguantarlo.

Doy un paso vacilante hacia ella. De repente, he perdido el control. No sé lo que hacer.

—Te prometo que...

—¡Tus promesas no valen nada para mí! —chilla hecha una furia. Levanta la cabeza y me mira. Tiene los ojos brillantes por culpa de las lágrimas que se niega a llorar en mi presencia—. ¡Eres una bestia! ¡Le has dado una paliza a ese hombre!

Tenso los hombros. Así que está disgustada por eso. No me arrepiento en absoluto. Volvería a hacerlo. De hecho, acabo de decidir que mataré a todo aquel que le ponga una mano encima o se atreva a mirarla mal.

—Se lo merecía —digo con tono gélido—. Les pedí que no te tocaran.

—¿Tan horrible eres que golpeas a tus hombres cuando incumplen una de tus órdenes? —pregunta horrorizada.

—Sí.

Ella sacude la cabeza, como si fuera incapaz de creerme. Algo me impulsa a acortar la distancia que nos separa. Sofía extiende los brazos para que no me acerque a ella. Hay una mezcla de rabia, miedo y asco en sus ojos.

—Nadie volverá a ponerte una mano encima —le aseguro—. Ahora estás bajo mi protección.

Se echa a reír con incredulidad, lo que me obliga a fruncir el ceño. No entiendo a esta mujer. Esperaba cualquier reacción menos esta.

—¿Se supone que debo darte las gracias? —pregunta con sorna—. No permites que nadie me toque porque quieres que todos piensen que soy tuya.

—Sí —miento. En realidad, es algo más complicado y primitivo.

—No soy tuya, ni de nadie —me aclara con fiereza—. Te odio, Massimo Morello. Seré feliz el día que te pudras en el infierno. Si quieres que cene contigo, tendrás que arrastrarme y darme de comer a la fuerza.

—No me tientes, princesa.

—No soy tu jodida princesa.

—Serás lo que yo diga que...

Me lanza un cojín que me da en la cabeza. Estoy tan sorprendido que tampoco logro esquivar el segundo. Está a punto de lanzarme un tercero, pero soy más rápido y me abalanzo sobre ella. Se pone a gritar cuando la agarro de las muñecas y la inmovilizo, colocándole los brazos por encima de la cabeza.

—Para —le ordeno, con el rostro a escasos centímetros del suyo. Me pierdo en sus ojos

color miel y siento que me hierva la sangre. Debería tener ganas de estrangularla por lo que ha hecho, pero solo deseo besarla—. No vuelvas a hacer eso. No me pongas a prueba, princesa.

—Te odio —dice mientras se revuelve como una fiera—. ¡Te odio!

—Ya te oí la primera vez.

—¡Suéltame, desgraciado!

—Eres una kamikaze —digo con los ojos clavados en su apetitosa boca—. ¿Acaso quieres morir?

—Si tengo que pasar un solo segundo cerca de ti, entonces sí.

Su respuesta me obliga a soltarla. La miro con una mezcla de confusión y doloroso anhelo. ¿Tanto me odia que ni siquiera soporta estar a mi lado? La respuesta la obtengo al observar sus ojos. Están llenos de rabia y de una valentía que me impresiona. Quizá esa es la razón por la que me pongo de pie y me alejo de ella. Nunca he conocido a una mujer igual.

—Ordenaré que suban la cena a tu habitación —digo con voz monótona.

—¿No vas a pegarme un tiro? —pregunta con recelo—. ¿No vas a obligarme a bajar a la fuerza?

—No es mi estilo. —Agarro el pomo de la puerta—. Nunca he obligado a una mujer a disfrutar de mi compañía.

—Dudo que haya una mujer en su sano juicio que disfrute de tu compañía —dice con sincera repugnancia—. Eres despreciable.

Mi respuesta consiste en dar un portazo. No soporto a esa condenada española. No entiendo por qué se muestra tan belicosa. Lo único que sé es que no soy la clase de hombre que le impondría su presencia por la fuerza.

Ojalá esa princesa rubia de ojos color miel no estuviera empeñada en llevarme al límite, pues cada vez que estoy cerca de ella pierdo la poca cordura que me queda.

Capítulo 11

Sofía

—*Buongiorno!* —exclama una voz enérgica—. *È ora di svegliarsi. Devi fare colazione.*

Estoy profundamente dormida cuando esa mujer entra en la habitación gritando en italiano. Me tapo con la sábana. No tengo ropa, así que solo he dormido con el sujetador y las bragas. La bandeja de la cena sigue intacta en la mesita. Anoche, después de que Massimo se fuera y me dejara completamente aterrorizada y desconcertada, uno de sus hombres apareció con la comida. Pero tenía el estómago revuelto y no pude probar bocado.

—¡Tienes que comer! —La mujer observa con disgusto la bandeja. Rondará los sesenta años. Tiene el pelo entrecano y un rostro amable. No sé por qué, pero me causa una simpatía genuina—. ¡Vamos, levanta!

Tira de la sábana hasta que la suelto. Al ver que estoy medio desnuda, suspira y sale de la habitación. Regresa al cabo de unos minutos con un vestido de punto de color blanco.

—Vístete y baja a desayunar —me ordena.

En condiciones normales me pondría a discutir con ella, pero estoy extenuada después de todo lo que he vivido. Necesito darme una ducha y comer algo, así que entro en el baño. Después de ducharme, me las apaño para entrar en el vestido. Supongo que es de Lucrezia, la hermana de Massimo, pues me queda muy pequeño. Mis pechos rebosan por el escote y apenas me cubre los muslos. Cuando salgo del baño me encuentro con la mirada censuradora de la mujer. Pongo los ojos en blanco. ¿Qué esperaba? No tengo la culpa de ser una chica bajita y voluptuosa.

—¡Qué desastre! —Chasquea la lengua—. ¿Tienes hambre, preciosa?

—Un poco —admito de mala gana.

—¡Hablas mi idioma! —exclama gratamente sorprendida—. Es una buena señal. Te costará menos adaptarte. Soy Marcella. He cuidado de Massimo y Lucrezia desde que eran unos bebés.

«Te compadezco», pienso. Soy una mujer que no sabe enmascarar sus emociones, por lo que Marcella se acerca y me pone las manos en los hombros. Me mira con una compasión que me produce muchas ganas de llorar.

—Lo siento, dulce niña. —Me acaricia el pelo como haría una madre—. Pórtate bien y *mi* Massimo será bueno contigo. No es tan horrible como parece.

Me muerdo la lengua. Puedo llegar a entender que lo defienda. Esta mujer lo ha criado. Al igual que su hermana, le tiene aprecio. Esa es la razón por la que es incapaz de reconocer que Massimo es una bestia. Para mí, siempre será el demonio que me ha secuestrado.

Marcella me acompaña a la cocina, donde Lucrezia ya está desayunando. Estoy tan derrotada que incluso me alegro de verla, pues necesito un rostro amigo. La chica me sonríe con timidez y llena un vaso de zumo de naranja. Me lo ofrece con una sonrisa.

—Buenos días, Sofía —me saluda—. ¿Qué tal has dormido?

Al ver la cara que pongo, aprieta los labios. Me pilla desprevenida cuando me da un abrazo que no logro corresponder.

—¡Lo siento! Qué tonterías digo. Por supuesto que has pasado una noche horrible. Sé que mi hermano fue a tu habitación. Se enfadó muchísimo cuando lo desobedeciste. Espero que no fuera muy duro contigo. Intenté detenerlo, pero...

—Tranquila, no es culpa tuya —digo agotada. Sé que es la hermana del hombre que me ha secuestrado, pero eso no significa que debamos ser enemigas. Es evidente que ella no tiene nada que ver en la decisión de ese demonio—. Estaba muy enfadado, pero no logró salirse con la suya.

Recuerdo con todo lujo de detalles lo que sucedió. Mi cuerpo reaccionó de una forma muy confusa cuando lo tuve encima de mí. Sí, estaba asustada. Pero Massimo es un hombre muy atractivo y... ni idea. No quiero pensar en ello. Lo único que sé es que se marchó y ordenó que subieran mi cena. Fue un gesto que me sorprendió, pues pareció arrepentido de haber irrumpido en mi habitación. No entiendo a ese hombre, lo que me asustada todavía más.

—No lo provoques, por favor —me pide angustiada—. Es el Don de los Morello. No puedes llevarle la contraria. Todo será más fácil para ti si te limitas a obedecer.

¿Obedecer al hombre que me ha secuestrado? ¿Fingir que disfruto de su compañía? Antes muerta. No obstante, entiendo que Lucrezia se ha criado en un ambiente muy diferente al mío. Es normal que respete a su hermano. Yo también le temo, lo que no significa que vaya a mostrarle sumisión. Cojo una tostada que unto con mantequilla y mermelada.

—Debo enseñarte algo, pero antes prométeme que no vas a alterarte —dice cuando terminamos de desayunar.

No puedo hacer tal cosa, pues soy muy impulsiva. Pero me puede la curiosidad y asiento. Lucrezia coge su móvil y me enseña una foto. Se me escapa un gemido y abro los ojos de par en par. Es una foto de Mónica en la que aparece saliendo de un hospital con la ayuda de unas muletas. Los ojos se me llenan de lágrimas por culpa del alivio.

—Está bien... —musito, sorbiéndome las lágrimas.

—Massimo quería que supieras que no te ha mentado. Ya no tienes que preocuparte de tu amiga. Como ves, está sana y salva.

—Le dispararon —le recuerdo con aspereza—. Seguro que está traumatizada y muy preocupada por mí...

—Intentaré convencer a mi hermano de que te deje llamarla.

—Ja, eso no va a suceder —respondo segura. *Il Diavolo* jamás mostraría semejante piedad.

—Yo no tiraré la toalla tan pronto —intenta animarme—. Tu padre va a llamarte dentro de una hora. Uno de los hombres de mi hermano estará contigo, pero al menos podrás hablar con él.

—¿En serio? —pregunto sorprendida.

—Sí. —Me regala otra de sus sonrisas tímidas—. ¿Ves como no todo es tan malo?

Espero con ansiedad la llamada de mi padre. Stefano permanece conmigo en una pequeña salita. Le he gritado que me dejase intimidad, pero me ha ignorado. Me ha explicado que pondrá el altavoz y solo podré hablar unos segundos con mi padre para decirle que no he sufrido ningún daño.

—Me apuntasteis con una pistola —le recuerdo—. ¡Uno de tus colegas me dio una bofetada!

—Y lo ha pagado con creces, ¿no crees?

Desvío la mirada hacia otra parte. Desde luego que sí. Pero yo no tengo la culpa de que Massimo le diera una brutal paliza. No le pedí que lo hiciera. Detesto la violencia. Además, solo lo golpeó porque el hombre incumplió sus órdenes. No lo hizo por mí.

Salto de la silla cuando suena el teléfono. Stefano me hace un gesto para que vuelva a sentarme. Estoy atacada, pero no quiero desperdiciar la oportunidad de hablar con mi padre, por lo que obedezco sin rechistar.

—¡Papá! —chillo cuando suena el móvil.

—Hija, ¿estás bien? —pregunta con voz llorosa—. ¿Te han hecho daño?

—Estoy bien —miento para no preocuparlo.

—Oh, gracias a Dios —dice con un profundo alivio—. Por favor, Sofía. No hagas ninguna locura. Te conozco perfectamente, tesoro. Deja que yo lo solucione. Han prometido que no sufrirás mientras yo haga lo que me han pedido. Dentro de poco volverás a estar conmigo.

—¡Explícales que se han equivocado! —le suplico alterada—. Dicen que incumpliste un trato con ese... —Me muerdo la lengua porque Stefano me está vigilando—. Papá, no lo entiendo. ¿Por qué no les explicas que han cometido un error?

Mi padre guarda silencio. Lo único que escucho es su respiración pesada al otro lado de la línea. Entonces lo entiendo. Massimo tenía razón. No me entra en la cabeza. ¿Cómo es posible?

—Papá... —murmuro horrorizada—. ¿Cómo has podido?

—Tenía que hacerlo, tesoro —se defiende llorando—. No lo entiendes. La empresa tuvo muchas pérdidas. Hacer un trato con la mafia fue la única forma de mantener nuestro nivel de vida. Quería protegerte...

—¡No te atrevas a decir que lo hiciste por mí! —grito escandalizada—. ¡Habríamos encontrado una forma de salir adelante! ¿Cómo pudiste hacer un trato con ellos? ¡Dispararon a Mónica! ¡Me han secuestrado por tu culpa!

—Sofía, por favor, no digas eso... —gimotea. No reconozco a este hombre. Pensé que mi padre era un empresario honrado. Siempre ha sido mi héroe—. Eres lo más preciado que tengo.

Stefano cuelga antes de que pueda volver a gritarle. Estoy tan devastada que ni siquiera

consigo moverme. La verdad me ha destrozado. Mi padre hizo un trato con la mafia italiana, lo incumplió y el jefe me ha secuestrado para vengarse. Y lo peor de todo es que él se justifica alegando que lo hizo por mí, para mantener nuestro nivel de vida. Sé que soy una estúpida princesa mimada que jamás ha dado un palo al agua, pero habría preferido trabajar muy duro antes que haber permitido que mi padre hiciera un trato con la mafia italiana.

—¿Estás bien? —Stefano me pone una mano en el hombro.

—¡No me toques! —grito alterada—. ¡Os odio a todos!

Salgo del pequeño salón sin saber a dónde voy. No puedo escapar, ahora lo sé. Mi única opción es confiar en que mi padre cumplirá su palabra. Si lo hace, podré regresar a casa.

Capítulo 12

Sofía

Estoy muy alterada y necesito relajarme, por lo que le pido un biquini a Lucrezia. Hace buen tiempo y me apetece tomar el sol en la piscina. Me encanta broncearme. Lucrezia es una chica más delgada que yo, así que el traje de baño de dos piezas que me ha prestado es demasiado pequeño para mí. Apenas tapa mis partes nobles. Uf, echo de menos mi ropa.

Hay un hombre nadando en la piscina. Al principio no lo reconozco. Extiendo la toalla en la tumbona y decido ignorarlo. Al cabo de unos minutos, el hombre sale del agua y me tapa el sol. Lo miro con evidente molestia para que se haga a un lado y... *madre del amor hermoso*. Puede que sea el mismísimo demonio, pero es muy atractivo. Las gotas de agua resbalan por su pecho cubierto de vello oscuro. Tiene una espalda ancha y los brazos musculosos. Se da cuenta de que lo observo, por lo que enmascaro mi expresión de sorpresa por otra de fastidio.

—¿Todo bien, *principessa*? —pregunta en español.

Pongo mala cara. Massimo ignora mi gesto y coge la toalla que hay en el bordillo. Se seca con parsimonia. Está demasiado bueno. Y lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Clavo los ojos en el suelo justo cuando esboza una sonrisa socarrona. Lo odio.

—Puedes hablarme en tu idioma —le espeto en italiano.

—Solo intentaba que te sintieras más cómoda —contesta en italiano.

—Eso tiene fácil solución: deja que me vaya.

Lo miro a los ojos para que sepa lo mucho que lo detesto. Su mirada implacable se encuentra con la mía. Tengo la boca seca y el corazón me va a mil por hora, pero ni en un millón de años le mostraría sumisión a este canalla. Quiero que entienda que lo voy a despreciar hasta el fin de mi existencia. Algún día se arrepentirá de haberme secuestrado.

—No —responde con ese tono glacial que me saca de mis casillas—. Supongo que es una palabra que no sueles escuchar mucho, princesa.

—Pues ya tenemos algo en común, Belcebú.

Massimo entorna los ojos. Hay un brillo peligroso en ellos. Entiendo por qué lo llaman *Il Diavolo*. Tiene una mirada despiadada. Finjo que no me impresiona. Ya sé que me advirtió que no volviera a insultarlo, pero soy incapaz de no tensar la cuerda. De repente, su expresión cambia. Al principio no sé lo que sucede. Los músculos de sus brazos se contraen y sus ojos se oscurecen de modo que no distingo la pupila del iris. Estoy a punto de preguntarle qué diantres sucede, hasta que su mirada se clava en mis pechos con un deseo que me hace sentir poderosa. Me cruzo de brazos y enarco las cejas.

—¿Te gusta lo que ves, Don? —pregunto con tono burlón. Sé de sobra que mis pechos son mi mejor atributo femenino. A Jorge le encantan.

—¿Me estás tentando, princesa? —replica sin dejar de mirarme.

—Jamás te tentaría con algo que no va a ser tuyo. Esto —señalo mi cuerpo mientras le sostengo la mirada—, nunca vas a tocarlo. Voy a casarme con un hombre maravilloso. Es el quien lo disfruta. No tú.

Massimo da un paso hacia delante. Me aferro a la toalla con un miedo primitivo. Quizá me he pasado de la raya. No debería olvidar que es un mafioso. Este hombre no tiene escrúpulos. Mi corazón palpita con fuerza. Me sudan las manos.

—Es un hombre afortunado —admite sin pestañear, con una voz grave que parece una caricia—. La próxima vez busca un biquini de tu talla, princesa.

—No tengo mucho donde elegir, Don —respondo con ironía—. Es lo que pasa cuando te secuestran.

Massimo se queda mirándome de esa forma penetrante que me hace sentir desnuda. Trago con dificultad. No me gusta que me observe como si pudiera ver dentro de mí. Ningún hombre debería poseer una mirada como la suya.

—¿Has hablado con tu padre? —pregunta sin venir a cuento.

—Sí —respondo deshecha—. Tenías razón.

—Nunca te mentiría. —No hay una pizca de arrogancia en sus palabras, lo que me descoloca—. Puedo ser muchas cosas, pero no soy un mentiroso, princesa.

—¡Deja de llamarme así! —me altero—. ¡No soy tu jodida princesa! Me tienes secuestrada. No veo el momento de que me liberes. Volveré a ser feliz el día que te pierda de vista.

—No hace falta que me lo recuerdes —responde crispado.

No puedo gritarle, pues se marcha como una exhalación. Solo entonces lo miro tal y como deseaba hacer. Sí, es un ser despreciable. Pero tengo ojos en la cara. El cabrón es muy guapo. Cierro los ojos, furiosa con la vida. Debería estar prohibido que una bestia como Massimo Morello fuera tan atractivo.

Capítulo 13

Massimo

Esa condenada mujer va a acabar conmigo...

Me froto la cara. Por poco he perdido la cabeza cuando la he visto medio desnuda. ¿No se da cuenta de que su cuerpo es un jodido pecado? Soy un hombre con un gran autocontrol, pero al verla con ese ridículo trozo de tela que apenas le tapaba los pechos he estado a punto de correrme en los pantalones.

Y cuando me ha recordado que su cuerpo solo puede tocarlo su prometido, he estado a punto de abalanzarme sobre ella. Por suerte para la princesa, jamás tocaría a una mujer sin su consentimiento. No soy esa clase de animal. Aunque ganas no me han faltado. Ahora no puedo dejar de sentir unos celos venenosos por el hombre con el que va a casarse. No lo entiendo. Jamás he suplicado la atención de ninguna mujer. Debería estar agradecida de que la deje pasear por mi casa con tal libertad, dadas las circunstancias. Sin embargo, está empeñada en ponerme a prueba.

—¿Se puede? —Marcella llama a la puerta de mi despacho.

—Adelante.

—He pensado que te apetecería un tentempié después de hacer ejercicio.

Marcella es como una madre para mí. Cuando el desgraciado de mi padre falleció hace algunos años, me vi obligado a asumir el cargo de Don de forma prematura. Ella siempre ha cuidado de mí. Durante mi infancia me ofreció el cariño que necesitaba, pues mi madre nunca actuó como tal y mi padre estaba demasiado ocupado sembrando una dictadura de caos y destrucción.

—Gracias, Marcella.

Deja una tabla de quesos y una copa de vino en mi escritorio. Echa un vistazo por encima de mi hombro. Sé lo que está mirando. Detrás de mí está el ventanal que da a la piscina. Hace un rato estaba observando a Sofía como un vulgar acosador. No me reconozco.

—Necesita ropa —dice Marcella.

La miro sorprendido. ¿Se supone que debo encargarme de algo así? Lucrezia puede hacerlo.

—No es buena idea que utilice ropa tan pequeña —insiste Marcella antes de marcharse.

Me doy la vuelta para observar por qué lo ha dicho. Comprendo a qué se refiere al ver la escena. Luciano está vigilando a Sofía. O al menos se supone que lo hace. He ordenado que haya un hombre pegado a ella las veinticuatro horas del día, pues no me fío de que no vuelva a intentar escapar. No obstante, mi hombre se la come con los ojos en lugar de vigilarla. La española se da cuenta de la mirada hambrienta que le dedica. Está a una distancia prudencial de ella, pero ni siquiera las gafas de sol ocultan el deseo con el que la observa. Ella levanta el brazo

y le hace una peineta. Luego se tumba bocabajo para seguir tomando el sol. Aprieto los dientes. Me hierve la sangre. Salgo del despacho hecho una furia y llego a la piscina en un tiempo récord. A Luciano se le descompone la expresión al verme.

—Vuelve a mirarla y te arranco los ojos —le advierto.

—Me has pedido que la vigile, Don —se disculpa nervioso.

—Ya sabes a qué me refiero.

Luciano asiente con gesto circunspecto. No me quedo a escuchar sus excusas. Voy a la tumbona en la que Sofía está bronceándose. Se da cuenta de que alguien le tapa el sol y se vuelve para mirarme. Pone mala cara al verme.

—¿Qué quieres? —pregunta molesta.

—Acompáñame.

—¿A dónde? —inquieta con recelo—. No pienso ir ni a la vuelta de la esquina contigo.

No tengo tiempo para esto. La cojo en brazos y ella pega un grito. Intento ignorar las sensaciones que me invaden. Sus pechos grandes se aprietan contra mi cuerpo. Respiro hondo y acelero el paso. Sofía se revuelve como una fiera y me golpea los hombros para que la suelte. Sonrío con suficiencia. Soy más fuerte que ella, es un hecho.

—¡Bájame! —ordena hecha una furia. La ignoro y sigo caminando. La tengo bien sujeta. Uno de mis brazos la agarra por la cintura y el otro por detrás de las rodillas—. ¡Idiota! ¡Bruto! ¡Patán!

Sus gritos son música para mis oídos. Algunos de mis hombres me miran impresionados. Les hago un gesto con la cabeza para que sigan a lo suyo. Sofía continúa golpeándome el pecho.

—¡Te odio! ¡Te odioooo!

—Dime algo que no sepa —respondo, intentando no reírme. Soy un hombre con escaso sentido del humor, pero esta situación se ha vuelto muy absurda. No sé por qué sigue peleando. Es evidente que no tiene nada que hacer contra mí.

—¡Te voy a matar!

—¿Tú? —Freno y la miro a los ojos. Tiene el rostro congestionado por la ira. Las pupilas dilatas y las mejillas sonrojadas. Está preciosa—. ¿Cómo se supone que vas a hacerlo?

—No lo sé —admite jadeando—. Pero encontraré la forma.

Le miro los labios. Ella se da cuenta y traga con dificultad. Creo que siente miedo. Está bien que me tema. Debe entender que soy un hombre peligroso.

—Deja de luchar. Solo conseguirás hacerte daño.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunta aterrada—. ¿Vas a...?

Frunzo el ceño. ¿Qué cree que pretendo? Comprendo a qué se refiere cuando sus ojos color miel brillan de pánico. Siento un profundo desprecio hacia mí mismo. Es una sensación extraña, pues jamás he experimentado remordimientos. He torturado y matado a sangre fría y después he dormido a pierna suelta. Pero saber que ella me cree capaz de ponerle una mano encima sin su consentimiento... Joder, me destroza. Me siento como una mierda, al igual que anoche en su habitación, cuando me marché porque no soportaba que llorase por mi culpa.

—No voy a hacerte daño —le prometo agobiado—. Solo voy a...

—¡Bájame! —chilla sin escucharme—. ¡No pienso acostarme contigo!

—Sofía.

—¡Suéltame, bruto!

—Sofía —digo con tono categórico. Se queda callada y me mira con los ojos abiertos de par en par. Parece un cervatillo en mitad de una autopista—. Voy a ponerte en el suelo. No intentes nada raro.

Tarda algunos segundos en responder.

—Vale —musita.

La dejo en el suelo como si fuera una muñeca de cristal, a pesar de que ha mostrado una gran fortaleza desde que la conozco. Tengo que contener el impulso de apartarle un mechón de la cara. Sé que odia que la toque. No quiero darle más motivos para que desconfíe de mí.

—Jamás te pondría una mano encima sin tu consentimiento.

—No te creo —responde con voz temblorosa—. Eres un animal.

Me paso una mano por el pelo. Respiro hondo. Comprendo que no se fíe de mí. Lo que no entiendo es por qué me fastidia tanto.

—No tienes nada que temer de mí —le prometo con voz ronca. Ella me mira con desconfianza. Doy un paso atrás para que sepa que siempre mantendré la distancia—. Por favor, vístete. Voy a llevarte a un sitio.

—¡No pienso ir contigo!

—Te gustará.

Sigue mirándome con recelo.

—¿A dónde vamos?

—Necesitas ropa de tu talla. Voy a llevarte de compras.

Se le ilumina la expresión, aunque intenta disimularlo. Su gesto espontáneo casi me hace sonreír. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice. Al fin y al cabo, el líder de la mafia siciliana no tiene permitido mostrar flaquezas en público.

Capítulo 14

Sofía

Reconozco que ir de compras me pone tontorróna. Que conste que sigo odiando a Massimo, pero no me entra en la cabeza que el Don de la mafia siciliana me haya traído a una boutique de lujo. Podría habérselo ordenado a uno de sus hombres. Sin embargo, ha conducido desde el recóndito pueblo en el que nos encontrábamos hasta la ciudad de Trápani. Sabía que estábamos en Sicilia. Ahora que lo he confirmado estoy un poco más tranquila. A nadie le gusta que la encierren en un lugar al que no puede ponerle nombre. Bueno, en realidad, a nadie le agrada que la tengan secuestrada.

Massimo me cede el paso para que entre primero en la boutique. Me sorprende que sus hombres no nos hayan seguido. No tengo nociones de cómo funciona la mafia, pero creí que un hombre tan poderoso como el Don siempre iba acompañado de sus secuaces. Como no tengo tarjeta de crédito, ni dinero en efectivo, doy por hecho que el pagará sin mirar el precio. Puede permitírselo. Además, es lo menos que puede hacer por mí dadas las circunstancias.

—Lo que no encuentres aquí puedes comprarlo por Internet —dice mientras pone su mano en el centro de mi espalda para que me acerque a ojear un perchero repleto de tops—. Lucrezia te ayudará con mucho gusto.

—Tu hermana me cae bien —respondo con sinceridad. Me aparto de él como si tuviera una enfermedad contagiosa. Hace un rato dijo que jamás me tocaría sin mi consentimiento. El contacto no ha sido desagradable, pero quiero que comprenda lo mucho que lo detesto. Por eso levanto la barbilla y lo miro con desagrado antes de añadir—: No puedo decir lo mismo de ti.

Massimo se limita a mirarme de esa forma penetrante que no sé descifrar. Lo ignoro y ojeo los tops veraniegos. Son preciosos, pero no hay ninguno que me quede bien. Me percató de que Belcebú se ha puesto cómodo en una silla, aunque no me quita la vista de encima mientras finge estar pendiente del móvil. Estoy empezando a ponerme nerviosa. No me gusta que me vigile, sobre todo mientras intento encontrar una prenda de mi talla. Soy consciente de que mis atributos femeninos son atractivos para la mayoría de los hombres, pero eso no significa que esté cómoda con mi cuerpo el cien por cien del tiempo. Tengo algunos complejos. Mi estómago no es plano y mis muslos no son tan tersos como me gustaría. En Madrid sé a qué tiendas debo acudir para encontrar ropa, pero aquí estoy fuera de mi territorio. Al cabo de un rato, me doy por vencida y voy a buscar a la dependienta.

—Hola —la saludo. Ella levanta la vista del mostrador y me observa con una sonrisa falsa. Le enseño un top rojo cereza que me ha encantado—. ¿Lo tienes en una talla más?

La dependienta ni siquiera mira el top.

—Lo siento, corazón. No tenemos ropa de tu talla en esta tienda. Eres demasiado... robusta.

—Ni siquiera lo has comprobado —respondo alucinada.

—No lo necesito —dice con un desagrado que ni siquiera se esfuerza en disimular—. Debes de pesar más de sesenta kilos. Ya te lo he dicho: no vendemos ropa de tu talla. Prueba en un sitio de tallas grandes.

Después de insultarme con semejante «educación», se da la vuelta y comenta algo con la otra dependienta. Un intenso calor me sube por las mejillas. Hacía muchísimo tiempo que no sufría tanto bochorno en una tienda de ropa. Creí que a mis veintitrés años ya era inmune a las críticas sobre mi físico. Dios, tengo muchísimas ganas de llorar. Para colmo, Massimo no me quita la vista de encima. No pienso venirme abajo delante de este energúmeno. No quiero que vea lo débil que soy. Hago todo lo posible por tragarme las lágrimas y camino con fingida desenvoltura hacia él.

—¿Nos vamos? —le pido.

—No has comprado nada.

—No me gusta la ropa de este lugar. Quiero ir a otra tienda.

Massimo guarda el móvil en el bolsillo.

—Te ha gustado ese top rojo.

—¿Qué pasa? —replico irritada—. ¿No has dejado de vigilarme?

—Me gusta mirarte —responde con naturalidad—. ¿Cuál es el problema?

—No lo tienen en mi talla. Vámonos.

—Aquí hay un montón de ropa.

—¡Vámonos! —grito perdiendo la paciencia.

—No nos iremos hasta que me expliques por qué de repente tienes tanta prisa. —Ignora mi mirada llameante. Está extrañamente calmado—. Sofía, ¿cuál es el problema?

—Quiero irme —insisto al borde de las lágrimas. Lo odio. No entiendo por qué me obliga a hablar del tema—. Por favor, Massimo.

—Por supuesto. —Deja de mirarme y clava la mirada en otro sitio. De repente parece furioso—. ¿Esa dependienta ha sido maleducada contigo?

—Ha dicho que soy demasiado robusta para la ropa de su tienda —respondo de mala gana para que lo deje estar—. ¿Nos vamos?

Massimo no responde. En lugar de hacerlo, se acerca al mostrador y habla con la dependienta que me ha tratado mal. Ella se queda pálida. Cinco minutos después, aparece el encargado. Desde aquí no puedo escuchar la conversación, pero es obvio que se está disculpando. Me quedo alucinada cuando el encargado discute con la dependienta que me ha atendido. No sé lo que está sucediendo, hasta que ella se marcha de la tienda hecha una furia. Joder, creo que acaba de despedirla. ¿Massimo ha obligado al encargado de la tienda a echar a su empleada porque ha sido grosera conmigo?

Trago saliva.

Esto es...

—Señorita. —Una dependienta de sonrisa amplia aparece delante de mí—. Estoy aquí para ayudarla en todo lo que necesite. ¿Quiere que miremos los tops? Hay uno de color verde

índigo que le quedará precioso con su tono de piel.

—Eh... —Estoy aturdida. Ni siquiera puedo pensar con claridad—. Sí, gracias.

Una hora y media después, salgo de la tienda con más bolsas de las que puedo cargar. Massimo me las quita de las manos. Al final resulta que sí tenían el top rojo en mi talla. A pesar de que he comprado muchísima ropa, tengo el estómago revuelto. Me gustaría alegrarme de que esa dependienta haya recibido su merecido, pero siento que ha sido un castigo desproporcionado.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Massimo mientras guarda las bolsas en el maletero.

—Has sido cruel —digo en un susurro.

Massimo ni siquiera reacciona. Su rostro es una máscara impasible.

—La dependienta debería haberlo pensado antes de faltarte al respeto.

—Pero... —Niego con la cabeza. Debe entender que lo que ha hecho está mal. No puedo creer que no tenga ni una pizca de remordimientos—. No sabes cuál es su situación económica. Quizá debe pagar una hipoteca, o tiene un hijo al que mantener.

—No me importa. Te ha hecho llorar. —Está a punto de acariciarme la mejilla para borrar una lágrima traicionera, pero se controla justo a tiempo—. No debes sentirte incómoda con tu cuerpo. Eres perfecta.

Me aparto de él con brusquedad. No sé lo que pretende. No lo entiendo. ¿Por qué se comporta de esa forma? No me entra en la cabeza que el mismo hombre que me ha secuestrado quiera protegerme. ¡No tiene ningún sentido!

—No pienso darte las gracias por haber hecho que despidieran a una mujer que ha sido grosera conmigo. Es un castigo desproporcionado.

—No esperaba que me dieras las gracias.

—¡No puedes ser así!

—Sí puedo —responde con calma—. Nadie te hará llorar mientras estés bajo mi protección, princesa. No espero que lo entiendas. Solo es un hecho.

Tengo la boca seca. No puede estar hablando en serio.

—Eres...

Massimo no se molesta en escuchar lo que voy a decir. Abre la puerta del copiloto para que suba. Dejo escapar un gruñido de frustración y obedezco de mala gana, pues sé que no tengo otra opción. No tiene sentido discutir con él. Es una bestia. No tiene escrúpulos ni remordimientos. Solo ha ordenado que despidieran a esa mujer para que todos entiendan que nadie se mete con Massimo Morello. Lo odio, lo odio, lo odio...

Hacemos una parada en un elegante restaurante que está en un mirador con vistas a la playa. No tengo apetito, pero eso no impide que Massimo pida comida para los dos. Me niego a probar bocado delante de este bruto. Es un inepto emocional. Supongo que no se puede esperar menos del líder de la mafia siciliana.

Lo peor es tener que presenciar como todos le hacen la pelota: el aparcacoches, el maître

que ha levantado a una pareja para que Massimo pudiera sentarse en su mesa favorita, el camarero que nos atiende; cada uno de ellos besa el suelo que pisa. Es repugnante. ¿En serio no hay nadie que no le tenga miedo?

—Come —ordena.

—No me da la gana —respondo utilizando el mismo tono que él—. No soy un perro al que puedas darle órdenes.

—Ya me he dado cuenta.

Le doy un trago al vino para quitarme el resquemor ácido que sube por mi garganta. Echo un vistazo a nuestro alrededor. No hay rastro de sus hombres. Tal vez podría escapar si echase a correr. Podría llegar hasta la comisaría más cercana. Me muerdo el labio. Si me levanto ahora...

—No es buena idea. —Pone su mano encima de la mía. Un hormigueo recorre mis dedos—. Mis hombres están por todas partes. Que no los veas no significa que no te estén vigilando. Ni siquiera podrías salir del restaurante. Si uno de ellos tuviera que reducirte por la fuerza y te hiciera daño, me vería obligado a estrangularlo con mis propias manos. ¿Eso es lo que quieres?

—¿Intentas que me sienta culpable porque tienes un carácter de mierda? —replico alucinada—. Lo pillo, Belcebú. No te gusta que toquen lo que es tuyo. Pero yo no lo soy.

—Estás bajo mi protección. Tómatelo como quieras. Es un hecho. —Me acaricia la mano de una forma que no me resulta del todo desagradable—. De todos modos, no tienes de qué preocuparte. Tu padre ha entrado en razón. Cumplirá su parte del acuerdo. Dentro de un mes estarás en libertad.

Aparto la mano de golpe. No quiero que siga tocándome. Es un hombre tóxico. No sé por qué he vacilado durante unos segundos. Su atractivo no lo convierte en una buena persona. Al fin y al cabo, hay flores bellísimas que son venenosas.

—Un mes —digo en voz alta—. Un mes para que desaparezcas de mi vida.

—Puede que me cojas cariño, princesa. —Hay un brillo perverso en sus ojos.

Suelto una carcajada. No me importa que algunas personas me miren. Massimo —alias el mafioso más arrogante sobre la faz de la tierra—, aprieta la mandíbula. Ya no parece tan pagado de sí mismo.

—Seguiré despreciándote hasta el fin de mis días —le prometo.

Capítulo 15

Massimo

Me trae sin cuidado que me mire como si fuera la peor persona del mundo. No me arrepiento de lo que he hecho. Supe que algo iba mal mientras vigilaba a Sofía desde la distancia. Me hirvió la sangre cuando me di cuenta de que intentaba no llorar por culpa de aquella condenada mujer.

—¿Un castigo desproporcionado? Ni de coña.

Simplemente he puesto en su sitio a una dependienta que la ha ninguneado. Haré lo mismo con cualquiera que la mire o la trate mal. Mi princesa —aunque ella odie que la llame así—, es una mujer bellísima. No le sobra ni un gramo. Tiene un cuerpo perfecto y un rostro de diosa. Ver cómo se tragaba las lágrimas delante de mí fue como si me dieran una puñalada en el corazón.

—Come —le ordeno. No ha probado bocado. Me enfurece que la opinión de aquella idiota haya podido afectar a su autoestima—. Sofía, come.

—No tengo hambre —dice sin tocar el tenedor.

Respiro hondo. No quiero perder la paciencia con ella. No soporto que me mire con miedo.

—¿Qué tengo que hacer para que te alimentes? —pregunto con suavidad.

Tiene la vista clavada en la servilleta de tela. Mi cambio de actitud la obliga a levantar la cabeza. Me mira con una mezcla de desconcierto y recelo.

—No darme órdenes.

—Estoy acostumbrado a que la gente me obedezca, princesa.

—Yo no soy uno de tus perros falderos —responde indignada.

—Mis hombres me obedecen por una cuestión de lealtad y honor. No espero que lo entiendas. Este no es tu mundo.

—Desde luego...

—¿Podrías comer un poco, por favor? —insisto con tacto.

Ella me mira con los ojos entornados. Estoy a punto de fruncir el ceño. No puedo creer que haya pronunciado esa palabra en voz alta. Menos mal que mis hombres están demasiado lejos para haberme escuchado. Yo nunca pido; ordeno.

—Bueno —refunfuña. Coge el tenedor y pincha un trozo de queso de la ensalada—. Tiene buena pinta.

Me relajo al verla comer. Le doy un trago al vino. Sofía sigue comiendo sin quitarme la vista de encima.

—No sabía que pudieras pedir las cosas por favor.

—No sabes mucho de mí.

—No fui a la clase sobre Mafia Italiana que dieron en el colegio.

Su comentario me saca una sonrisa. Ella enarca una ceja.

—¡Sabes sonreír!

—No te acostumbres.

—No he dicho que me guste.

Sonrío de medio lado. Su desvergüenza debería resultarme insultante, pero es un soplo de aire fresco en un mundo donde todos me obedecen y me hacen la pelota.

—Háblame de ti —le pido con interés.

Sofía deja de comer. No sé si está molesta o desconcertada.

—¿Por qué?

—Siento curiosidad.

—¿Haces esto con todas las mujeres a las que secuestras?

—No.

En realidad solo he ordenado secuestrar a tres personas a lo largo de mi carrera como Don. Un niño de ocho años que era el hijo de un empresario italiano que intentó jugármela, la heredera de una farmacéutica alemana y el primogénito de un clan rival. Todos fueron puestos en libertad cuando su familia pagó el precio acordado. Ninguno de ellos me causó problemas. No les presté atención.

—No entiendo qué quieres...

—Todo —la interrumpo—. Quiero saberlo todo de ti.

—¿Es alguna clase de ejercicio psicológico? —pregunta recelosa—. ¿Finges interés para que me fíe de ti? No soy idiota, Massimo.

«Ojalá el interés que siento por ti fuese fingido...».

—¿Quieres hablar con tu amiga? —Cambio de táctica. Soy un hombre acostumbrado a obtener lo que quiere. No pienso darme por vencido—. ¿Quieres llamarla por teléfono?

—¡Por supuesto que sí!

—Entonces háblame de ti —me relajo en mi asiento—, y te dejaré hablar con ella.

—¿De verdad?

—Sí.

Sofía no está del todo convencida, pero sabe que es su única opción. Suelta un suspiro y se encoge de hombros.

—No sé qué quieres saber. No hay mucho que contar.

«Lo dudo, princesa. Eres la mujer más interesante que he conocido nunca».

—Mi madre murió cuando era muy pequeña. No tengo recuerdos de ella —me explica con tono mecánico—. Lo soy todo para mi padre. Nunca me ha faltado de nada. He estudiado en los mejores colegios y he viajado alrededor del mundo. Mónica es mi mejor amiga y te

agradecería que...

—Así no. —Me inclino hacia delante y entrelazo las manos—. No quiero que resumas tu vida como si fuera la sinopsis de un mal libro. ¿Qué cosas te gustan? ¿Cuál es tu comida favorita? ¿Qué te saca de quicio?

—Me encanta montar a caballo, la música pop y tomar el sol. Mi comida favorita es la paella. Me pirra el chocolate con leche. Me sacan de quicio los mafiosos que te secuestran y creen que les debes un favor porque no te han pegado un tiro —responde irritada—. ¿Algo más?

—¿Cómo aprendiste a hablar italiano? —pregunto sin inmutarme.

—Estuve un par de meses en Florencia. Me enamoré de la ciudad cuando tenía dieciséis años y decidí pasar allí el verano. Tengo facilidad para los idiomas. ¿Puedo llamar ya a Mónica?

—Estás muy unida a tu amiga. Stefano me contó que la protegiste con uñas y dientes.

—Mónica es como la hermana que nunca he tenido —dice emocionada—. Ella es la única persona que me lleva la contraria. La echo muchísimo de menos.

—¿Y a tu prometido? —La pregunta me pilla desprevenido. No sé por qué he mencionado a ese idiota.

—Pues claro que echo de menos a Jorge —responde a la defensiva—. Es el hombre con el que voy a casarme. Estoy enamorada de él.

Intento que mi expresión continúe impasible, pero los celos me carcomen por dentro. No tiene ningún sentido. Apenas la conozco. Dentro de un mes la perderé de vista.

—Para estar tan enamorada de él, ni siquiera lo has nombrado. Es raro que prefieras hablar con tu amiga antes que con tu prometido —la provoco. No sé por qué quiero molestarla.

—Tú no sabes nada del amor —espeta con desagrado—. Sé que Jorge está preocupado por mí. Pero dispararon a mi amiga y luego vio cómo me secuestraban. Debe de estar aterrorizada. Necesito hablar con ella. Eso no significa que no quiera a Jorge.

—No he dicho que no lo quieras. Aunque resulta curioso que sientas esa necesidad de defenderte. Mi opinión no debería importarte. Al fin y al cabo, solo soy un mafioso que te ha secuestrado y cree que le debes un favor porque no te ha pegado un tiro.

—Además de ser un cabrón —puntualiza furiosa—. Un cabrón que siempre se sale con la suya.

—En lo que a ti respecta, todavía no me ha salido con la mía.

Sofía se echa hacia atrás. De repente, mi cercanía parece incomodarla. Le tiembla el labio inferior. Empiezo a conocerla. Algo me dice que está más inquieta que enfadada. ¿La pongo nerviosa? Vaya, vaya...

—¿Intentas jugar conmigo? —inquieta confusa. Se cruza de brazos y me lanza una mirada asesina—. Yo también puedo hacerlo. Háblame de ti, Massimo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Te pone secuestrar a mujeres indefensas? ¿Es algún tipo de fetiche?

—No eres una mujer indefensa —la contradigo sin perder la calma—. Seguro que puedes hacerme otra pregunta más interesante.

—¿Dónde están tus padres?

Mi cuerpo se tensa de golpe.

—Muertos —respondo con frialdad—. ¿Quieres saber cómo fallecieron?

De repente estoy furioso. No soporto hablar de mi pasado. He iniciado este juego porque quería saberlo todo de ella. Sin embargo, Sofía no ve el momento de perderme de vista. Me desprecia. Haría bien en metérmelo en la cabeza.

—Lo siento —dice en voz baja.

Cojo mi teléfono y lo pongo en la mesa. Soy un hombre de palabra.

—Llama a tu amiga.

—¿En serio? —pregunta impresionada.

—Ya te dije que no soy un mentiroso.

—Yo... —Sofía mira el móvil con indecisión—. Gracias, Massimo.

Asiento en un intento por fingir que no me ha gustado que me dé las gracias. Esta mujer está fuera de mi alcance. Me fastidia no tener algo que deseo con todas mis fuerzas. Sin embargo, incluso el Don de la mafia siciliana tiene su propio código de honor.

Capítulo 16

Sofía

Estoy a punto de coger el móvil cuando la copa de Massimo estalla en pedazos. Doy un respingo. No sé lo que acaba de suceder. ¿Qué ha pasado? El plato que tengo delante se rompe. Solo entonces soy consciente de que nos están disparando. Los comensales comienzan a gritar. Los camareros corren a refugiarse dentro del restaurante. Se desata el caos.

—¡Al suelo! —ordena Massimo.

No soy capaz de reaccionar. El miedo me ha dejado paralizada. Alguien me empuja debajo de la mesa. Tengo los ojos cerrados. Me cuesta respirar. Ni siquiera puedo gritar. Un hombre me está cubriendo con su cuerpo y me susurra algo al oído. Hay una lluvia de balas que arrasa con todo lo que encuentra a su paso. Una mujer suplica que la ayuden porque han disparado a su marido.

«Oh... Dios... voy a morir».

Nunca imaginé que este sería el final de mi vida.

—Sofía —dice Massimo con la voz entrecortada—. ¿Estás bien?

Me cuesta digerir lo que está sucediendo. Abro los ojos, pero no puedo ver nada. Massimo está protegiéndome de las balas con su propio cuerpo.

—Sofía —insiste. Hay una gran desesperación en su voz—. ¿Te han disparado?

—Creo... —respondo con la voz estrangulada por el miedo—, creo que no.

—No dejaré que te pase nada. Te doy mi palabra.

Parece sincero, lo que no tiene ningún sentido. Me dijo que sus hombres estaban cerca aunque que no pudiese verlos. Espero que no me haya mentido. Tal vez ellos puedan detener esta carnicería. La gente sigue gritando. Solo veo sombras borrosas. De repente, un hombre aúlla de dolor. Estoy convencida de que está muerto.

—No mires —me ordena Massimo—. Cierra los ojos. Pronto pasará.

Me aferro a sus palabras, pues es lo único que tengo en este momento. Al cabo de unos segundos, el bombardeo de balas cesa. Escucho a una mujer llamar a voces a su marido. Algunas personas lloran. No quiero moverme por si vuelven a dispararnos.

—Ya ha pasado —dice Massimo con un resuello. Sus manos me palpan por todas partes. Estoy tan aterrada que no me importa—. Princesa, dime que estás bien.

Noto un líquido caliente deslizarse por mi hombro. No lo entiendo. Parece sangre, pero no me duele nada. Mis ojos se encuentran con los de Massimo. Está pálido y tiene la mirada perdida.

—¡Te han disparado! —grito horrorizada.

—Estoy bien —responde con los dientes apretados—. No es nada.

Le doy un empujón para quitármelo de encima. A pesar de que le han disparado, muestra mucha resistencia para ser un hombre que está malherido. Levanta el brazo para apartarme un mechón de la cara. Su caricia es débil. El roce me estremece.

—Sofía... —murmura con voz débil.

No sé qué hacer. Observo su herida con impotencia. La sangre mana a borbotones de su pecho. Massimo aprieta mi mano cuando intento levantarme. Supongo que cree que voy a escapar.

—Necesito algo para taponar la herida —lo tranquilizo.

—No te muevas —ordena con un gruñido—. Podrían volver a dispararnos.

—Te vas a desangrar.

—Estate quieta —replica con debilidad—. No te levantes. No quiero que salgas herida.

—¡No voy a dejarte morir! —exclamo alterada.

—Sofía —insiste con los dientes apretados. Es incapaz de sostenerme la mirada.

Miro a nuestro alrededor. No tengo ni idea de dónde provenían los disparos. Hay personas tendidas en el suelo mientras otras intentan ayudarlas. No puedo quedarme de brazos cruzados. No sé dónde están los hombres de Massimo, pero si no hago nada, morirá desangrado.

—Tú no me das órdenes, Belcebú —le recuerdo en un intento por no sonar angustiada.

—Maldita seas, princesa...

Massimo se rinde y cierra los ojos. Me levanto para coger un puñado de servilletas de tela. Luego presiono con fuerza contra la herida. Le doy una bofetada para que se despierte. Él abre los ojos con debilidad y masculla una palabrota.

—Estoy aquí —digo con voz temblorosa—. Eres el Don de la mafia siciliana. Una bala no puede acabar contigo.

Me niego a que muera en mis brazos. No quiero que haya más desgracias. Odio la violencia. Puede que desprecie a este hombre, pero acabo de descubrir que soy la clase de persona incapaz de no ayudar a otra cuando se debate entre la vida y la muerte.

—Sofía... —Me acaricia la muñeca con debilidad.

—Sigo aquí —intento tranquilizarlo—. Vas a curarte. La ayuda viene en camino.

Solo es una mentira para que no se rinda. Presiono la herida para detener la hemorragia. Es lo único que puedo hacer. Le grito que no se duerma cuando cierra los ojos. Alguien me pone una mano en el hombro y le exijo que llame a un médico.

—Yo me encargo —dice Stefano.

—¿Dónde demonios estabas? —le recrimino hecha una furia.

—Deteniendo a los hombres que os han disparado. —Stefano me aparta con delicadeza—. Tenemos que llevarlo al hospital.

—¡No dejes de presionar la herida!

Stefano me mira impresionado, pero obedece sin rechistar. Ya sé que no soy quien da las

órdenes, pero su jefe se desangrará si no hace lo que le pido. Algunos de sus hombres aparecen comandados por Luciano. Alguien me obliga a entrar en el coche. Persigo con la mirada a Massimo hasta que lo introducen en otro vehículo que supongo que va directo al hospital. Me derrumbo en el asiento y rompo a llorar. Tengo las manos y la ropa manchadas de la sangre del hombre que me ha secuestrado. ¿Quién nos ha disparado? ¿Cuándo acabará este horror?

Capítulo 17

Sofía

Sigo conmocionada cuando llego a la mansión. Tres de los hombres de Massimo me han acompañado. El resto ha llevado al Don al hospital. Estoy temblando cuando salgo del coche, pero eso no me impide rechazar la ayuda del hombre que me ofrece una mano. No quiero que nadie me toque.

—¡Sofía! —grita Lucrezia. Frena al ver mi aspecto. Abre mucho los ojos—. ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde está mi hermano?

Los hombres de Massimo intentan calmarla en vano. Necesito limpiarme la sangre. Deshacerme del horror que acabo de vivir. No obstante, Lucrezia está sufriendo un ataque de pánico. Ni siquiera Marcella consigue tranquilizarla.

—Se pondrá bien —intervengo con la poca calma que me queda—. Tu hermano se recuperará.

Lucrezia ignora a Marcella y a los demás y viene hacia mí. Me mira con los ojos anegados en lágrimas. Esta mujer que debería ser mi enemiga adora a su hermano. Al mismo hombre que me ha protegido en el tiroteo. De no ser por él, sería yo quien estaría en el hospital.

—¿De verdad? —pregunta con un hilo de voz—. Es mi única familia. Es todo lo que me queda...

—Te lo prometo —miento. No estoy del todo segura. La herida tenía mala pinta, pero le digo lo que necesita escuchar—. Ahora debería darme una ducha...

Lucrezia asiente y ordena a los hombres de su hermano que bajen las bolsas de la compra del coche. Casi había olvidado la ropa. Cuando estoy bajo la alcachofa froto todo mi cuerpo con una esponja para deshacerme de la sangre. No me importa hacerme daño. Necesito sentirme limpia. Quiero olvidar.

Tuve la oportunidad de escapar mientras se desataba el caos, pero decidí quedarme al lado del hombre que me ha secuestrado.

Solo lo hice porque de lo contrario habría muerto. Necesitaba mi ayuda. En aquel momento solo quise salvarle la vida.

Pienso en mi padre, Mónica y Jorge. Ojalá algún día puedan perdonarme por haber ayudado a ese diablo. Sin embargo, al recordar su mirada cargada de preocupación mientras me protegía de las balas, sospecho que hay humanidad dentro de él.

No sé quién es Massimo Morello.

Mi captor.

Un hombre acostumbrado a tener todo lo que quiere.

El hombre que me ha salvado la vida.

Capítulo 18

Massimo

—¡Sofía! —grito al abrir los ojos.

Tengo un montón de cables conectados al cuerpo. Intento arrancármelos, pero solo consigo hacerme daño. Gruño de frustración. Estoy en un maldito hospital. Necesito asegurarme de que Sofía no ha sufrido ningún daño. Lo último que recuerdo es que me dijo: «Tú no me das órdenes, Belcebú». Daría lo que fuera por que volviera a insultarme. Si le han pegado un tiro por mi culpa...

—Por favor, cálmese —me suplica una enfermera.

—¿Dónde está? —exijo saber.

—¿Quién?

—¡Sofía! ¿Dónde está Sofía?

—Ha ingresado solo. No sé de quién me habla...

Intento incorporarme, pero la enfermera me pone una mano en el hombro para que no lo haga. Le lanzo una mirada asesina y retrocede asustada. Hace bien en temerme. En este momento soy capaz de todo.

—Joder, Massimo —protesta Stefano, que acaba de entrar en la habitación—. Hace dos horas que saliste de quirófano. Cálmate un poco.

—Pregunta por una tal Sofía —le chiva la enfermera.

Stefano me mira de una forma que no me gusta ni un pelo. Supongo que no le impongo tanto mientras estoy tumbado en la cama de un hospital vestido con una ridícula bata. Le hace un gesto a la enfermera para que nos deje solos.

—Está en casa. No ha sufrido ningún daño —me tranquiliza Stefano—. Fue ella quien evitó que te desangraras.

Esa información me deja momentáneamente fuera de juego. No lo entiendo. Me odia. Debería haber intentado escapar. Ha desperdiciado la oportunidad perfecta.

—Quiero a nuestros mejores hombres apostados en la entrada de la casa. Si Lucrezia o Sofía...

—Cálmate —me interrumpe Stefano—. La mitad de nuestros mejores hombres están aquí para proteger a su Don. La otra mitad está en tu casa.

—¡Duplica los hombres en mi casa! —grito hecho una furia.

—No seas imbécil, Massimo. Iban a por ti. Sofía solo fue un daño colateral. No voy a permitir que maten a mi mejor amigo solo porque se haya obsesionado con una tía.

—Si vuelves a hablarme así... —comienzo a decir con los dientes apretados.

—Soy tu mejor amigo —replica sin venirse abajo—. Si no tenemos público, puedo

hablarte como me dé la gana. Se te está yendo la cabeza con esa chica. ¿Qué demonios te pasa? ¿Cómo se te ocurre protegerla de las balas? ¡Has estado a punto de morir por su culpa!

—La culpa la tiene quien ordenó dispararnos —respondo irritado—. Supongo que ya habéis averiguado de quién se trata.

—Eran hombres de Dominic. Hemos matado a tres. El resto consiguió escapar. Capturamos a uno y Luciano le está sacando información.

Ese cabrón de Dominic Falsone... Ha iniciado una guerra, pero seré yo quien la acabe.

—Dominic quería vengarse porque le has arrebatado el apoyo de los Caruso.

—Ese... —intento incorporarme y siento un pinchazo de dolor en el pecho—, ese desgraciado hijo de puta...

—El médico dice que debes guardar reposo. Has tenido mucha suerte. Un centímetro arriba y no lo habrías contado. La bala te rozó el corazón. Necesitas descansar.

—Necesito ir a casa.

—Massimo...

—Quiero el alta voluntaria.

—Te lo repito: ella está bien.

Ignoro a mi mejor amigo. No lo creeré hasta que la vea con mis propios ojos. Mientras tanto, seguiré sintiendo esta angustia que apenas me permite respirar.

Ignoro el consejo de los médicos y salgo del hospital cuatro horas después de haber recibido un disparo que casi acaba con mi vida. Lo que ha sucedido no va a quedar impune. La Cosa Nostra y la 'Ndrangheta llevan años en guerra. Sin embargo, a Dominic se le ha ido la cabeza. Sé que es un hijo de puta ambicioso que quiere hacerse con todo el control de la mafia italiana. Pero atentar contra el Don de Sicilia es cruzar un gran límite. Acaba de demostrar que no me tiene ningún respeto. Tengo que enviarle un mensaje. A él y al resto de las familias que lo respaldan. De lo contrario, estoy perdido.

—Si tu padre estuviera con vida... —lamenta Luciano.

—Vuelve a nombrar a mi padre y será lo último que hagas —le advierto.

Luciano asiente sin decir nada. Sé cuál era la posición de mi padre. Era un carnicero que mataba a todo aquel que se interponía en su camino. No distinguía entre hombres, mujeres y niños. La culpa de que el clan de los Morello y los Falsone haya llegado a este punto es suya. Ahora me toca a mí resolver esta guerra.

—¿Qué vas a hacer, Massimo? —pregunta Stefano.

—Voy a darle un ultimátum a Dominic —decido—. Ese malnacido debe entender que Sicilia nos pertenece.

—Dominic Falsone está loco. No es un hombre con el que se pueda dialogar. No atiende a razones. —Mi amigo me mira preocupado—. Además, el odio que siente por tu familia

alimenta su existencia. No puedes llegar a un trato con él.

—Todo el mundo tiene un precio. Sé cuál es el suyo. —Esbozo una sonrisa malvada. Haré que ese cabrón se arrepienta de haber atentado contra mi vida. Le demostraré quién es el verdadero Don. Así sabrá por qué me llaman *Il Diavolo*.

Capítulo 19

Massimo

—¡Massimo! —grita mi hermana en cuanto salgo del coche.

Se arroja a mi cuello para darme un abrazo. Se me escapa un gruñido. Ella me mira consternada.

—¿Te duele?

—No es nada, pequeña —miento, a pesar de que estoy rabiando de dolor.

—Deberías estar en el hospital.

—Eso le he dicho —interviene Stefano—. Ya sabes cómo es.

Lucrezia y Stefano intercambian una mirada seria. No quiero que mi hermana se preocupe, así que le paso un brazo por encima de los hombros y le doy un beso en la frente. Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Pensé que te perdía. Eres la única familia que tengo. No podría soportar que te pasara nada.

Entiendo a qué se refiere. Lucrezia sí lamentó en cierto modo la muerte de nuestros padres, pero yo no puedo decir lo mismo. No tenía una relación estrecha con mi madre. Respecto a mi padre, cometió tantos errores que por su culpa ahora llevo una carga muy pesada.

—Ya sabes lo que dicen: mala hierba nunca muere.

—¡Massimo! —me censura—. Al menos Sofía tenía razón...

—¿Sobre qué?

—Estaba segura de que saldrías de esta. De no haber sido por ella, me habría vuelto loca. Esa mujer es increíble, Massimo. Si yo hubiera estado en su lugar, me habría desmayado. Admito que he sido una anfitriona pésima. Sofía ha pasado todo el día intentando tranquilizar a la hermana de su secuestrador. No sé cómo lo ha soportado.

—¿Dónde está?

—Hace cinco minutos que fue a descansar a su habitación. Creo que está traumatizada, pero es demasiado orgullosa para hablar del tema. Además, yo tampoco he sido de gran ayuda.

Le doy otro beso en la frente y un apretón cariñoso en el brazo. Mi dulce hermanita es demasiado buena para este mundo. No entiendo cómo es posible que sea tan bondadosa si fuimos criados por dos padres de mierda.

—No te preocupes. Iré a cerciorarme de que está bien.

Lucrezia me mira con los ojos entornados.

—Te preocupas mucho por ella —dice con tonillo acusador—. No es habitual en ti.

—No puede sucederle nada mientras esté bajo mi protección. Le di mi palabra a su padre.

Tengo que devolvérsela intacta. Todos saben que mi palabra es sagrada —le resto importancia—. ¿Por qué no vas a descansar? Ha sido un día duro para todos.

—He oído a tus hombres —dice dudosa—. Sé que ha sido cosa de Dominic Falsone.

—No te preocupes por eso. Lo tengo controlado.

—Massimo... —insiste desesperada—. Entiendo que quieras mantenerme alejada de los asuntos de la mafia. Pero estoy aquí. Soy tu familia. Puedo ayudar.

Me pongo serio. Conozco sus intenciones. Ya le dejé claro que no iba a dejar que se involucrase.

—No.

—Massimo...

—Jamás permitiré que te cases con Dominic Falsone para aliviar las tensiones entre nuestras familias. Ese hombre no tiene corazón, Lu. Te mereces a alguien mejor. De hecho, no hay hombre en este mundo que pueda estar a tu altura. Estás loca si crees que consentiré ese matrimonio.

—La mayoría de las familias lo hacen. Acuerdan matrimonios. No es el fin del mundo. Papá dijo que...

—No soy papá —zanjo furioso.

Mi hermana asiente. Sabe que jamás daré mi brazo a torcer. Prefiero que me corten una pierna antes que ver como tira su futuro por la borda atándose a un hombre que la maltrataría para vengarse de mí. Por desgracia, Lucrezia es tan buena persona que haría lo que fuera con tal de protegerme. Incluso sacrificarse.

Salgo al balcón a fumar un puro. Para mi sorpresa, Sofía está apoyada en la barandilla. No se ha dado cuenta de mi presencia. Tiene la mirada fija en el mar. Me pregunto si le gustaría montar a caballo por la playa.

—Hola, princesa.

Se sobresalta, pero tarda unos segundos en darse la vuelta. Por una vez no sé lo que hay en su expresión. Es evidente que no se alegra de verme, pero tampoco parece enfadada.

—Estás vivo. —No sé descifrar su tono.

—Porque me salvaste la vida.

—Tú hiciste lo mismo conmigo —le resta importancia—. Esa bala habría impactado en mi cuerpo si no me hubieras protegido.

Expulso una bocanada de humo. Está preciosa bajo la luz de la luna. Lleva un camisón de seda que deja poco a la imaginación. Me muero por tocarla. Qué fácil sería arrancarle ese trozo de tela.

—Me cuesta entender que no aproveches la oportunidad para escapar —admito.

—Estaba asustada. La próxima vez saldré corriendo. No tengo experiencia en tiroteos.

Su ironía me provoca una sonrisa.

—Eres demasiado buena persona para permitir que un hombre se desangre, incluso cuando ese tipo te ha secuestrado.

Ahora sí me mira furiosa. El rubor se apodera de sus mejillas. Imagino cómo sería hundir los dedos en su pelo. Sé que huele de maravilla. Las pocas veces que he estado cerca de ella desprendía un aroma dulce y tentador.

—No me conoces.

—Sé que no te arrepientes de haberme salvado la vida. Si volvieras atrás, habrías hecho exactamente lo mismo. Por eso estás tan enfadada. Quieres odiarme, pero no puedes —digo convencido.

Sus ojos color miel brillan con furia. Acorta la distancia que nos separa. Permanece al otro lado de la barandilla que separa nuestros balcones.

—Por supuesto que te odio —dice con vehemencia—. No sabes cuánto. Jamás había odiado tanto a alguien.

Apago el puro en la barandilla y me acerco a ella. Noto cómo tiembla, aunque levanta la barbilla para sostenerme la mirada. Joder, me cuesta mucho no colocarle ese mechón de pelo detrás de la oreja o acariciarle la mejilla. Es una tentación.

—Cuidado, princesa —digo con los ojos clavados en su apetitosa boca—. Ya sabes lo que dicen: del odio al amor solo hay un paso.

Esboza una mueca de desprecio. Me encantaría besarla a la fuerza para demostrarle que la atracción que siento podría ser mutua. Estoy convencido de que conseguiría que lo disfrutara.

—Mi corazón ya está ocupado —me recuerda—, por un hombre al que no le llegas a la suela de los zapatos. Es un caballero íntegro y que no necesita secuestrarme para llamar mi atención. Ni siquiera sé por qué me esfuerzo es explicártelo. No eres más que un mafioso sin escrúpulos incapaz de sentir empatía o remordimientos. Eres una bestia, Massimo Morello. La palabra odio se queda corta para definir lo que siento por ti.

La rabia corre por mis venas. La deseo tanto que me duele. Jamás había experimentado algo parecido por otra mujer. Sin embargo, ella me desprecia. Estoy tan cabreado que estoy a punto de cruzar mis propios límites.

—Aun así, me salvaste la vida —contesto mientras intento mantener a raya la ira.

—¡No soy un monstruo como tú!

—Si fuera un monstruo...

—¿Qué? —espeta—. ¿Qué más harías?

—Te llevaría a la fuerza a mi cama y te follaría hasta que gritases mi nombre y te doliese el cuerpo al día siguiente.

Sofía se queda conmovida. Tiene las manos clavadas en la barandilla y los nudillos blancos de apretar con fuerza. Le tiembla la boca y le brillan los ojos.

—¿Sabes? —Ladeo la cabeza y esbozo una sonrisa socarrona—. En el fondo creo que lo disfrutarías. Apuesto a que el soso de tu prometido nunca te ha follado como deseas. Por eso me

pediste que te dejara llamar a tu amiga, en lugar de al hombre con el que vas a casarte.

Abre la boca y retrocede un paso. Durante unos segundos, se limita a observarme con una mezcla de horror y sorpresa. Mi sonrisa se ensancha. Sé que he dado en el clavo. De lo contrario me estaría gritando como una loca.

—Vaya, vaya... Conque el príncipe perfecto no te tiene satisfecha —me burlo.

—Eres un cerdo —dice al fin.

—Te encanta que lo sea —respondo con chulería—, pero todavía no lo has descubierto.

—¡Majadero! ¡Animal! —grita mientras entra en la habitación. Al cabo de unos segundos, sale y me arroja una zapatilla que esquivo de puro milagro—. ¡Sinvergüenza!

—¿Algo más? —replico divertido.

—¡Te odio!

—Algo que no sepa y sea verdad.

—¡Te odioooo!

—Te deseo —digo sin pensar.

Sofía se queda callada y entorna los ojos. Abre la boca para decir algo, pero al final la cierra. Me dedica una peineta. Suelto una carcajada. He de reconocer que no me aburro con ella. Su mal temperamento me la pone dura.

—Me tocaré pensando en ti —la provoco—. Solo tienes que llamar a mi puerta si cambias de opinión. Conmigo por lo menos conseguirías correrte.

Introduce dos dedos en su boca y finge una arcada. Sigo riéndome cuando se encierra en su habitación. Sacudo la cabeza. Enciendo otro puro. Una parte de mí está furiosa por generar semejante efecto en una mujer a la que deseo, pero la otra está divertida por su actitud. Nunca había conocido a alguien que supusiera un reto para mí. La princesa es una caja de sorpresas. Puede que me odie, pero tengo un mes para hacerla cambiar de opinión. Soy un hombre ambicioso, paciente y que siempre consigue lo que quiere.

Capítulo 20

Sofía

¡Lo odio!

¿Cómo se atreve a decir que me desea y que se tocará pensando en mí?

¡Es un demonio!

Lo peor de todo es que por un instante me he preguntado lo que sentiría si me tocara. Ha sido un segundo de desconcierto. Uno en el que mi cuerpo ha reaccionado de forma primitiva y contradictoria. Odio a ese hombre, es la pura verdad. Sin embargo, es un tipo atractivo que me dedica miradas profundas y me observa como si quisiera tumbarme en una cama y arrancarme la ropa.

Tengo los vellos de punta. Me froto los brazos para entrar en calor. Necesito salir de aquí. Estoy perdiendo la cabeza. El mismo hombre que me ha secuestrado me ha salvado la vida. Es normal que empiece a experimentar ciertos sentimientos confusos. Estoy cautiva. Mi cerebro está jugándome una mala pasada.

¿Estaré viviendo la primera fase del síndrome de Estocolmo?

Dios santo, no soy tan estúpida, ¿no? No caería en las redes de Massimo Morello ni aunque fuera el último hombre del planeta. Es un criminal. Un asesino sin escrúpulos. Un secuestrador.

Debo escapar.

De repente, lo veo clarísimo. Si no salgo de aquí, acabaré perdiendo la cordura. Me quito el camisón, escojo la ropa más cómoda del armario y me ato las zapatillas. La casa está en silencio. Tal vez tenga una oportunidad si no hago ruido y encuentro una salida que no esté vigilada.

Salgo de la habitación conteniendo la respiración. Bajo los escalones de puntillas y miro a mi alrededor. No veo a nadie. Pero eso no significa que sus hombres no estén aquí, así que soy extremadamente silenciosa. En lugar de salir por la puerta delantera, doy un rodeo y voy al jardín.

«Puedo hacerlo», insisto para mis adentros. He sobrevivido a un secuestro y a un tiroteo. No soy una mujer débil.

Camino a hurtadillas por el césped. De vez en cuando, miro detrás de mí para cerciorarme de que nadie me sigue. Voy escondiéndome detrás de los árboles. Me separan seis metros de la valla. No hay puerta trasera, pero la valla no es tan alta. Tal vez pueda trepar por ella. Respiro hondo y salgo de mi escondite. Alguien me pone una mano en el hombro y pego un grito.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta Luciano.

La mirada hostil que me dedica hace que trague saliva. Su expresión está llena de ira. Sé lo que está pensando. Este hombre me desprecia. Se está conteniendo porque su jefe le ha

prohibido tocarme. De lo contrario, no quiero saber lo que me haría.

—Estaba tomando el aire —miento para salir del paso.

—El Don se cansará de ti —dice mientras sus ojos libidinosos resbalan por mi cuerpo—. Tal vez me deje jugar contigo cuando llegue ese momento.

Me agarra con fuerza del brazo y me arrastra de regreso a la casa. Me está haciendo mucho daño, pero no voy a derramar una lágrima. Abre una puerta y me arroja dentro. Termino tirada en el suelo. Esta vez sí lo miro con desprecio. Luciano me dedica una sonrisa perversa.

—No te quitaré los ojos de encima —me advierte—. Sigue cabreando al jefe. En algún momento agotarás su paciencia. Tiene muchas putas a las que recurrir. Ni siquiera eres la más bella.

Chillo frustrada cuando cierra la puerta. No me molesto en intentar abrirla, pues sé que estoy encerrada. Me pongo de pie y cruzo los brazos. No tengo más remedio que esperar el castigo.

Permanezco más de una hora encerrada. Lo sé porque hay un reloj en la pared. Me pongo a dar vueltas de un lado a otro de la estancia. Supongo que estoy en el despacho de Massimo. Hay un escritorio y he intentado abrir los cajones, pero están cerrados con llave. Rebusco por todas partes hasta que encuentro un afilado abridor de cartas que guardo en el bolsillo trasero del pantalón justo cuando la puerta se abre.

—Pensé que ya habías llegado a la conclusión de que es imposible escapar —dice Massimo con hastío.

Me cruzo de brazos y me siento en el borde del escritorio.

—Siempre es un buen momento para intentar perderte de vista —respondo con desagrado—. Llevo una hora esperando.

—Tengo cosas más importantes que hacer que encargarme de ti. —Se apoya en la puerta y me mira con una mezcla de furia y cansancio—. No soy un hombre que ceda a los caprichos de una niña.

—No soy una niña —respondo sacando pecho.

—Pues deja de comportarte como tal.

—Genial, ¡libérame!

Massimo se pasa una mano por el pelo. Parece más agotado que furioso.

—Deja de ponerme las cosas difíciles, Sofía. Cada vez que me retas, haces que pierda autoridad con mis hombres. Se supone que debo castigarte para sembrar ejemplo. ¿Eso es lo que quieres, princesa? ¿De verdad tengo que llegar a ese extremo?

Me agarro al borde del escritorio. Algo me dice que sería incapaz de castigarme. Es un mal hombre, de eso no tengo la menor duda. Pero quizá se rige por un código moral que le impide golpear a una mujer. De lo contrario, no tiene ningún sentido que parezca tan afectado.

—No voy a dejar de intentar escapar —le aseguro.

Sus ojos brillan con furia.

—Claro que sí.

—No —insisto sin pestañear—. ¿Qué vas a hacer, Belcebú? ¿Vas a pegarme? ¡Atrévete a tocarme!

Todos sucede demasiado rápido. Massimo acorta la distancia que nos separa con dos largos pasos. Una de sus manos va directa a mi mejilla. Me encojo al creer que va a darme una bofetada. Cierro los ojos, atemorizada. Su pulgar se desliza por mi pómulos. Me está acariciando.

Se me corta el aliento.

El corazón me da un vuelco.

Mi estómago se contrae.

Oh... joder. ¿Por qué diantres me gusta que lo haga?

—¿Qué haces? —pregunto conmocionada.

—Obedecerte —responde con voz ronca.

Su otra mano sube hasta mi clavícula y se apoya con delicadeza en mi piel. Mi pulso se desboca. No entiendo lo que sucede. No comprendo por qué no me aparto. Me está tocando, pero lo que provoca en mi interior es muy contradictorio. Estoy asustada, aturdida y fascinada. Es... no lo sé.

—¿Qué más quieres que haga? —pregunta mientras clava una mirada hambrienta en mi boca.

Separo los labios sin poder evitarlo. Sus ojos se oscurecen. El pulso me late en las sienes. Su pulgar traza círculos en mi mejilla mientras la mano que está en mi clavícula sube hasta mi cuello. Me arde la piel. Estoy mareada.

—Tienes una piel muy suave. —Inclina la cabeza y me acaricia la barbilla con la boca. El roce me estremece—. Me pregunto si tu boca será tan dulce y apetitosa como parece.

Le doy un empujón para apartarlo. Massimo retrocede, a pesar de que no lo he empujado con mucha fuerza. Estoy temblando. No entiendo lo que acaba de suceder. ¿Por qué demonios he permitido que se acercara a mí? Cojo el abrecartas con las dos manos y lo empuño como si fuera un cuchillo.

—¡Te mataré! —le prometo—. Si vuelves a tocarme...

La mirada de Massimo se enfría de golpe.

—Suelta eso.

—¡Quiero ir a mi habitación!

—Vas a hacerte daño —insiste con tono glacial—. No me obligues a quitártelo.

Lo miro a los ojos. No le costará desarmarme. Ambos lo sabemos. No tengo nada que hacer contra él. Me invade una rabia que me impide pensar con claridad. Pongo el filo del abrecartas contra mi cuello. Massimo abre los ojos de par en par y da un paso hacia mí.

—¿Qué demonios haces?

—A-acabar con esto —digo con voz temblorosa.

—No vas a hacerlo —responde convencido, pero el pánico tiñe su voz.

—No me conoces. No sabes de lo que soy...

Massimo se mueve con una rapidez que no esperaba. Agarra mi muñeca y pasa un brazo alrededor de mi cintura para inmovilizarme. Aprieta con fuerza hasta que tiro el abridor. Estoy fuera de mí. Intento zafarme, pero es imposible. Cuanto más me muevo, más me aprieta contra su pecho, hasta que acabo con el rostro enterrado en el hueco de su garganta.

—Por favor, princesa —suplica con una desesperación que me deja aturdida—. Basta, no me lo pongas más difícil. No quiero castigarte. No me obligues a ser duro contigo.

Massimo me abraza. Es lo último que esperaba. Me estrecha entre sus brazos, de tal modo que ya no puedo moverme. Es un abrazo categórico, pero también cargado de una ternura que me desconcierta. Soy incapaz de resistirme. Estoy agotada de tener miedo y sentir rabia. No puedo más. Me dejo abrazar. Aspiro su olor sin poder evitarlo. Cuando nota que me tranquilizo, afloja el agarre y me acaricia el pelo con una mano.

—Sé buena —susurra a mi oído—. No quiero hacerte daño. No soportaría hacerte daño. Tienes que dejar que te proteja.

Sus palabras son como una caricia prohibida. No quiero confiar en él. Siento que soy demasiado débil si sucumbo a este demonio de manos cálidas y voz ronca. Sin embargo, me puede el cansancio y asiento. Massimo me pilla desprevenida cuando sostiene mi rostro y me da un beso en la frente.

—Ve a tu habitación.

Parece tan cansado como yo. Quizá obedezco por esa razón. Ha sido un día duro para ambos. Prefiero no hacerme preguntas para las que no tengo respuestas. Como, por ejemplo, por qué me ha gustado un beso que debería haberme parecido repulsivo.

Capítulo 21

Sofía

A la mañana siguiente, durante el desayuno, estoy más callada de lo normal. Lucrezia se da cuenta e intenta sacarme conversación, pero desiste al percatarse de que no tengo ganas de hablar. Massimo sale a primera hora acompañado de varios de sus hombres. No hemos hablado después del extraño abrazo que compartimos anoche. En el fondo lo prefiero. Así no tengo que analizar lo sucedido.

—Sofía —me llama Stefano antes de que salga de la cocina.

Lo miro con desgana. Es el tipo que mejor me cae de todos los hombres de Massimo, lo que no significa que me agrade.

—¿Quieres hablar con tu amiga?

Lo miro incrédula. Tal vez no lo he oído bien.

—¿Puedo hablar con ella?

—Massimo lo ha ordenado. Yo estaré delante. No puedes hablar de nada relacionado con el clan de los Morello. Tienes prohibido dar nombres, localizaciones... pero podrás charlar con ella todo el tiempo que quieras.

—¿En serio? —No lo puedo creer. Anoche intenté escapar. Massimo debería castigarme si no quiere parecer débil delante de sus hombres. No entiendo que haga esto por mí.

—¿No quieres hablar con tu amiga?

—¡Por supuesto que sí! —exclamo ilusionada.

Acompaño a Stefano hacia la sala en la que hablé por teléfono con mi padre. Sé de memoria el número de Mónica y le pido que lo marque. Me muerdo el labio. Ahora estoy nerviosa.

—¿Diga? —pregunta mi amiga.

—¡Mónica! —grito emocionada—. ¡Soy yo! ¿Estás bien?

—¡Sofía! —Mi amiga rompe a llorar—. Soy yo quien debería preguntarte si estás bien. Tu padre me ha contado... Joder, no entiendo nada. Dice que unos hombres muy peligrosos te han secuestrado y que no puedo ir a la policía. Le grité que había perdido la cabeza. Pero luego unos tipos se presentaron en casa de mis padres y les dijeron que me convenía tener la boca cerrada. Siento que soy la peor amiga del mundo por no haber denunciado tu secuestro. Estaba asustada, pero tampoco quería que te pasara nada malo por mi culpa. Por favor, dime que no te han hecho daño.

—Estoy bien. —Tengo que hacer un gran esfuerzo para no llorar—. Ya sé que es muy complicado de entender. Dentro de menos de un mes volveré a casa. Por favor, cuida de mi padre. Tiene razón. No podéis ir a la policía.

—No entiendo nada... —solloza. Sus lágrimas me parten el corazón—. Jorge habló el

otro día con tu padre. Los oí discutir cuando vinieron a visitarme al hospital. ¿De verdad que estás bien? Esos hombres que te han secuestrado parecían muy agresivos. Si te han tocado un pelo...

—No he sufrido ningún daño —la tranquilizo—. Sé que esto es una mierda, pero no puedo hablar del tema. Solo quiero saber que estás bien. La última vez que nos vimos te habían disparado.

—Soy dura de roer —intenta bromear—. La bala solo me rozó la pierna. Ahora tengo una bonita cicatriz en forma de medialuna. El enfermero que me curó dijo que era una monada. Era guapo, pero no estaba de humor para coquetear con él.

—Deberías ligar con ese enfermero tan majo —la aliento—. Dentro de poco estaré contigo. Quién sabe si es el amor de tu vida.

—Tú eres el amor de mi vida —gimotea—. No soporto estar lejos de ti. Olvida lo que te dije sobre Jorge. Vuelve y cástate con él. Seré tu orgullosa dama de honor. Jamás volveré a meterme contigo ni a criticar tus decisiones. Haré cualquier cosa con tal de que regreses.

—Mónica —digo afectada—. No fue culpa tuya.

—No te protegí. Estaba tan asustada...

—Eh —intento calmarla—. Volveré, te lo prometo.

—¿Lo prometes?

Pienso en todas las veces que he desautorizado a Massimo. Anoche intenté escapar. Si sigo tensando la cuerda cabe la posibilidad de que uno de sus hombres me pegue un tiro. Tengo que tranquilizarme y esperar a que mi padre cumpla el trato. Si tengo paciencia, dentro de menos de un mes seré libre.

—Lo prometo —digo más segura.

Lucrezia y yo estamos viendo *Babi* —una serie italiana que me ha recomendado—, cuando Massimo y sus hombres regresan. Siento un hormigueo nervioso en el vientre. Le he dado mi palabra a Mónica de que volveré a casa. Para ello debo dejar a un lado mi impulsividad. Por eso hago de tripas corazón y me levanto del sofá.

—¿A dónde vas? —pregunta Lucrezia.

—Tengo que hablar con tu hermano.

—No creo que sea una buena idea —contesta indecisa—. Sois dos personas muy temperamentales. Anoche intentaste escapar. Dudo que esté de humor para charlar contigo.

—No le queda otro remedio.

Ignoro el gesto preocupado de Lucrezia y salgo al porche. Massimo está dándoles órdenes a sus hombres. Soy una mujer observadora. Luciano y Stefano son sus hombres de confianza. Puedo entender que se fíe de Stefano, pero no entiendo por qué confía en Luciano. Es un tipo despreciable y dudo que lo aprecie de verdad.

Cuando doy un paso al frente, uno de sus hombres se interpone en mi camino.

—El Don no tiene tiempo para ti.

Antes de que pueda abrir la boca, una mano aprieta el hombro del tipo, que se encoge con gesto dolorido. Massimo está detrás de él. Lo mira como si le estuviera perdonando la vida.

—La próxima vez que hables por mí, te cortaré la lengua, Anthony —dice sin perder la calma.

Anthony asiente. Está completamente pálido. Se aparta de nosotros y va con el resto de los hombres. El brillo furioso de los ojos de Massimo desaparece cuando me mira.

—¿Qué necesitas, Sofía?

Su voz es una caricia aterciopelada y a la vez peligrosa. Tengo la boca seca. No entiendo que su estado de ánimo pueda ser tan variable.

—Te has quedado sin palabras —dice incrédulo—. ¿Va todo bien? ¿Alguien te ha hecho daño en mi ausencia?

—¡No! —exclamo con vehemencia. No quiero que la tome por error con otro de sus hombres—. Todos han sido muy... *amables* conmigo en tu ausencia.

Massimo se relaja de golpe.

—¿Cuál es el problema?

—Nada. —Miro mis zapatos. No sé por qué estoy tan nerviosa—. Gracias por haberme dejado hablar con mi amiga. Ha sido un detalle teniendo en cuenta que anoche intenté escapar.

—En el restaurante te hice una promesa. Ya te dije que soy un hombre de palabra.

Asiento sin mirarlo. Su mirada penetrante es demasiado para mí en este momento. Siento que me desmorono bajo el escrutinio de sus ojos oscuros. Hace un momento ha amenazado con cortar la lengua a un hombre. No sé quién es el verdadero Massimo. Tengo miedo de averiguarlo.

—¿Va todo bien? —pregunta tenso.

—No voy a volver a intentar escapar —digo sin mirarlo—. No te causaré problemas. Lo único que quiero es volver con mi familia. Has dicho que eres un hombre de palabra, así que confío en que me liberes cuando mi padre cumpla con su parte del trato. Solo quería que supieras que voy a ser más dócil.

Massimo no dice nada. Su silencio me sorprende, por lo que levanto la cabeza para mirarlo. Esboza una sonrisa de medio lado que me deja trastocada. Massimo es un hombre de pocas sonrisas. Frunzo el ceño. No lo entiendo. ¿Se está riendo de mí?

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto enfurruñada.

—Puedes ser muchas cosas, pero no eres una mujer dócil —comenta divertido—. Me alegro de que hayas decidido aceptar mi hospitalidad.

—No te equivoques, sé que soy una prisionera. Esto es un secuestro. Simplemente estoy aceptando mi destino.

—¿Lo ves? —Pone dos dedos bajo mi barbilla para que lo mire—. No eres dócil, princesa. Eso es lo que más me gusta de ti.

Retrocedo para que deje de tocarme. Lo fulmino con la mirada, lo que provoca que su sonrisa se ensanche. Quiero gritarle que es un retorcido hijo de perra, pero me limito a darme la vuelta y entro en la casa con la cabeza bien alta. Me arde la piel, justo donde me ha tocado.

Maldito Massimo Morello.

Il Diavolo.

El hombre de mirada penetrante, manos cálidas y sonrisa ladeada que ha puesto mi mundo del revés de un día para otro.

Capítulo 22

Massimo

Lucrezia y yo estamos jugando al ajedrez. Mi padre nos enseñó. Era un jugador paciente y calculador. Fue una de las pocas cosas que nos inculcó, aparte de la importancia del poder y el respeto a través del miedo. Mi hermana y yo solemos jugar todas las noches. Además, hoy tenemos una espectadora. Sofía finge no prestarnos atención, pero nos mira de reojo mientras ve la tele.

—Jaque mate. —Muevo la reina y le dedico una sonrisa engreída a mi hermana, que resopla.

—Voy a dormir.

Lucrezia se levanta e intenta aparentar que no está enfadada. Me hace gracia que tenga tan mal perder. Es una joven con un carácter tímido y risueño, pero siempre se enfurruña cuando pierde.

—Buenas noches, Sofía —se despide de ella.

—Buenas noches, Lucrezia. —Sofía le sonríe. Ojalá tuviera una de esas sonrisas para mí —. Que descanses.

Es la primera noche que no se encierra en su habitación. Supongo que es una buena señal. Ha dicho que no intentaría escapar. Sé que sigue sin estar cómoda, pero al menos empieza a tolerar mi presencia.

—¿Quieres que te enseñe a jugar al ajedrez? —le pregunto.

Sofía deja de mirar la tele y me observa irritada.

—¿Por qué das por hecho que no sé jugar? —replica indignada—. ¿Crees que soy idiota?

—No he dicho que...

—De hecho, soy una gran jugadora. —Se levanta y se sienta enfrente de mí. Su arrojo me pillaba desprevenido—. Ni siquiera eres tan bueno como crees.

—¿Cómo lo sabes?

—La partida ha sido bastante mediocre. No tengo nada en contra de tu hermana, pero no es una buena rival. Le falta agresividad.

—El ajedrez es un juego de estrategia —la contradigo.

—La agresividad es una táctica. —Coloca las piezas con rapidez y le da la vuelta al tablero para jugar con las negras—. Blancas mueven primero.

La miro con los ojos entornados. Parece muy segura de sí misma. Incluso me ha ofrecido la ventaja de jugar con las blancas. Algo cálido resbala por mi pecho. Me gusta que sea tan atrevida. Así disfrutaré cuando la machaque y le demuestre quién está al mando.

Sofía me deja perplejo. Tarda cinco minutos en aniquilar mi torre, el alfil y tres peones. Es verdaderamente agresiva en su juego. Ni siquiera parece que piense los movimientos, lo que

me pone más nervioso. La observo impresionado. Tal vez esté utilizando esta táctica para obligarme a jugar sin pensar. Caray, está funcionando.

—Jaque mate, Don.

—No puede ser. —Observo el tablero con el ceño fruncido. Estaba tan concentrado en seguirle el ritmo que no me he percatado de que ha acorralado a mi rey. En efecto, ha ganado. En diez puñeteros minutos. Soy un imbécil.

—Acepta tu derrota con deportividad, Massimo.

—¿Dónde aprendiste a jugar así? —pregunto impresionado.

—Fui capitana del equipo de ajedrez en el instituto. Era bastante buena. Competí en algunos torneos nacionales —dice sin una pizca de humildad. Me gusta que reconozca su talento.

Me reclino en la silla y sonrío. Sofía me mira con recelo. Sé lo que está pensando. Cree que tengo mal perder. No me conoce en absoluto. Admiro a las personas inteligentes. Ha sido una gran rival. La próxima vez intentaré estar a la altura. Le ofrezco la mano.

—Bien jugado.

Ella intenta contener una sonrisa mientras estrecha mi mano. La suya es pequeña. Tiene las uñas ovaladas pintadas de rosa pálido. Admito que tardo más de lo normal en soltarla, pero ella no parece incómoda.

—¿Una copa? —Voy al minibar para servirme un whisky con hielo. Ella asiente, por lo que cojo otro vaso—. ¿Nunca pensaste en dedicarte profesionalmente al ajedrez?

—Me aburro rápido de todo. —Acepta el vaso que le ofrezco. Le da un trago y se le llenan los ojos de lágrimas—. Argh, ¿cómo puedes beber esto?

Le entra un ataque de tos. Le froto la espalda y suelto una carcajada. Sofía deja la copa en la mesa. Tiene la cara colorada y los ojos vidriosos.

—¡No te rías de mí!

—¿Prefieres un licor más dulce? —Niega con la cabeza, pero la ignoro y regreso al minibar—. Creo que tengo algo que te gustará.

Cojo la botella de licor de almendras y le sirvo otra copa. Doy por hecho que va a tirármela a la cabeza, pero la acepta y da un pequeño sorbo.

—Está dulce —dice sorprendida. Le da otro trago—. No sé cómo puedes beber ese veneno.

—Esta botella vale tres cifras. Es un whisky escocés de doce años. Fue un regalo de un antiguo amigo.

—Créeme, ese amigo te odia.

—Me traicionó y ahora está muerto.

Sofía ríe, pero se queda callada al ver que mi rostro permanece impassible. Cómo olvidar a Enrico. Fue el primer hombre que maté.

—¿Por qué? —pregunta con un hilo de voz.

—Mi padre acababa de morir y me convertí en Don a los veintiocho años. Enrico era su mejor amigo y mi padrino. Se suponía que debía apoyarme, pero aprovechó la muerte de mi

padre para intentar hacerse con el poder. —Le doy un trago al whisky y cierro los ojos—. Enrico debería haber sido leal a mi familia. Sabía cuál era su lugar. No debería haberlo olvidado.

—¿Te arrepientes de haber matado a tu padrino?

—No —respondo sin vacilar. Abro los ojos y la miro—. Si no lo hubiera hecho, no solo habría perdido mi posición. Enrico habría asesinado a mi hermana y luego a mí para reafirmar su liderazgo. No podía dejarnos con vida.

—¿A cuántos hombres has matado?

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunto con sorna. Dejo la copa encima del tablero. Sofía me mira sin pestañear. Tiene la boca entreabierta. Desde aquí puedo notar lo rápido que respira. No sé por qué lo hago. Me inclino hacia ella y le aparto el pelo de la cara con delicadeza. Joder, tiene la piel tan suave... Me moría de ganas de tocarla—. No los he contado. No tiene sentido que lo haga.

—¿Puedes dormir por las noches? —inquire con un hilo de voz

Le acaricio la mejilla con el pulgar. Ella atrapa mi mano para que deje de hacerlo, pero no me obliga a apartarla. Me ahogo en el océano de miel de sus ojos. Es tan preciosa que necesito besarla.

—No disfruto al acabar con una vida. No pretendo justificarme; no soy una buena persona. Pero hay un montón de gente que depende de mis decisiones. Arrasaría con el mundo entero con tal de protegerlos.

Sofía deja escapar el aire que estaba conteniendo. Me da un manotazo para que deje de tocarla. Me duele la distancia que ha puesto entre nosotros. Una parte de mí quiere agarrarla de los hombros y estampar mi boca contra la suya. La otra sabe que debe dejarla escapar.

—¿Acabarías con mi vida si fuera necesario? —exige saber.

La pregunta me deja fuera de juego. Retrocedo impactado. Nunca he sopesado esa posibilidad. Al menos, no la he contemplado después de conocerla. Lo único que deseo es protegerla.

—Nadie va a...

—Imagínate que mi padre no cumple el trato —me interrumpe con la voz impregnada de rabia—. En ese caso, tendrías que matarme para demostrarle a todo el mundo que nadie te desobedece. Supongo que no te costaría tomar esa decisión. Seguirías durmiendo plácidamente por las noches. Solo sería un número más en la lista de cadáveres de Massimo Morello.

—No sabes lo que dices —respondo con tono grave.

—No te pega ser un cobarde —me provoca. Se pone de pie y levanta la barbilla—. Admite que me pegarías un tiro. No tienes escrúpulos.

Por primera vez en mi vida aparto la vista, pues no soporto mirarla. Yo, Massimo Morello, el capo de la mafia siciliana, soy incapaz de mirar a los ojos a la mujer que ha secuestrado.

—O tal vez ordenarías a uno de tus hombres que hiciera el trabajo sucio —insiste con ironía—. Supongo que se lo pedirías al desgraciado de Luciano.

—Cállate.

—¿Me violaría antes o después de pegarme un tiro?

Pierdo la poca cordura que me queda. La cojo de los hombros y la empujo contra la pared. Sofía suelta un grito y me mira con los ojos abiertos de par en par. El pulso me late en las sienes. La observo con una mezcla de furia, anhelo y miedo. Esta mujer va a ser mi condena. Ahora lo sé.

—Nadie va a ponerte una mano encima —prometo con un gruñido—. ¿Qué es lo que no entiendes, princesa? Estás bajo mi protección. Mi palabra es la ley. Mis hombres harán lo que yo ordene. Si tengo que viajar hasta Madrid para arrancarle la cabeza a tu padre porque no ha cumplido con el trato, te juro que lo haré y dormiré a pierna suelta por la noche. Pero tú no vas a pagar por los errores de ese malnacido, ¿lo comprendes?

—¡Suéltame!

—Di que lo comprendes.

—¡Estás loco!

Apoyo mi barbilla en su cabeza y la abrazo con fuerza para que esté quieta. Al principio se revuelve. Tarda varios segundos en darse por vencida mientras grita un puñado de insultos en español.

—No hagas daño a mi padre —musita con voz llorosa—. Maldito seas, mátame a mí.

—Nunca —digo con vehemencia—. Ya te lo he dicho, princesa. Nadie va a tocarte un pelo.

—¿Por qué...?

—Porque yo lo ordeno —zanjo, estrechándola entre mis brazos para que se calme—. Porque es mi voluntad. Porque eres mía.

—¡No soy tuya! —Me da un empujón que casi consigue apartarme—. No soy tuya, ni de nadie. Mi padre cumplirá el trato y me dejarás en libertad. Eres el peor hombre que he conocido en mi vida. Estás mal de la cabeza. Eres un psicópata.

La suelto de mala gana. Su mirada llameante encuentra mis ojos. De repente, siento que estoy perdido. Jamás había estado en una encrucijada semejante. Quiero proteger a esta mujer, pero su terquedad supone un gran desafío.

—Te odio —sisea.

—Lo has dicho tantas veces que tengo la impresión de que tratas de convencerte a ti misma —digo con desdén.

Salgo del salón porque no soporto estar tan cerca de una mujer a la que no puedo tocar. Esto no tiene ningún sentido. Es mi prisionera. Entonces, ¿por qué siento que soy su presa?

Capítulo 23

Sofía

Por la mañana desayuno sola. No hay rastro de Massimo, aunque tampoco lo busco. Sé que ha salido porque la casa está en silencio y solo hay un puñado de sus hombres vigilando mis pasos. Me sorprende no ver a Lucrezia, pero Marcella me explica que se ha despertado con fiebre. La hermana de Massimo es lo más parecido a una amiga que tengo en este lugar, así que voy a su habitación después de desayunar.

—¿Qué tal te encuentras? —le pregunto preocupada. Está tumbada en la cama y tiene mal aspecto. Es lo contrario a su hermano. Massimo es un hombre que desprende salud y autoridad. Lucrezia, sin embargo, parece un pajarillo frágil.

—Solo tengo unas décimas de fiebre. Mi hermano ha llamado al médico. Es un exagerado. Suelo tener gripe un par de veces al año. Sobre todo con los cambios de estación. Nada grave. Pero Massimo es así de protector.

Pienso en lo que sucedió anoche entre nosotros. Me abrazó y se puso hecho una furia cuando insinué que sería capaz de matarme si mi padre incumplía el trato. Incluso me gritó que era suya. Está mal de la cabeza.

—¿Necesitas algo? —me ofrezco—. ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—Eres demasiado considerada conmigo —responde desconcertada—. Al fin y al cabo, soy la hermana del hombre que te ha secuestrado...

—Tú no tienes la culpa. —Me siento en el borde de la cama y le aprieto la mano—. Sé que si fuera por ti no estaría aquí. Es un error buscar culpables donde no los hay.

—Cuando te vi por primera vez pensé que eras una niña rica, asustada y vulnerable —admite con una sonrisilla—. Las apariencias engañan.

—¡Qué va! Soy una niña rica, asustada y vulnerable, pero me hago la fuerte todo el tiempo.

—Permíteme que lo dude —insiste sin perder la sonrisa—. Anoche te oí discutir con mi hermano. ¿Qué sucedió entre vosotros cuando me fui?

—Nada importante. —Me encojo de hombros—. Lo de siempre.

—Tenéis una relación muy rara.

—¿Qué clase de relación pueden tener dos personas como nosotros? Estoy secuestrada.

—Massimo se preocupa por ti —dice en voz baja, como si tuviera miedo de mi reacción.

—Massimo es un hombre posesivo que está acostumbrado a dar órdenes. Solo quiere que lo respete. No soporta que nadie lo desobedezca. Ni siquiera yo.

—No es por defender a mi hermano, pero se nota que no lo conoces. Nunca muestra demasiado interés en una mujer. Lo normal hubiera sido que estuvieras encerrada en una

habitación y no te prestara atención. Créeme, se preocupa por ti. Sé de lo que hablo, pues conmigo es absolutamente protector.

—O sea, que se ha obsesionado conmigo porque le llevo la contraria —busco una explicación—. Lo entiendo, es el Don de la mafia siciliana. Su palabra es la ley. Él lo dijo anoche. Pero lo último que obtendrá de mí será respeto. Porque el miedo y el respeto no son lo mismo.

—Dios, ¡nunca vais a poneros de acuerdo! —Lucrezia ríe con incredulidad—. Creo que Massimo estará lamentándose por haber secuestrado a la española más cabezota.

—¡Eh! —Le doy un golpe sin fuerza—. No soy cabezota, simplemente tengo carácter.

—En realidad sí necesito algo. —Me hace un hueco en la cama para que me tumbe a su lado—. Podríamos seguir viendo Babi. Me encanta esa serie.

Me acuesto con ella y Lucrezia coge el mando para encender la tele. Comentamos la serie como si fuéramos amigas de toda la vida. Tengo la impresión de que Lucrezia ha vivido encerrada en esta mansión bajo la tutela de su hermano, así que tiene pocos amigos. En el fondo la compadezco. No debe de ser fácil ser la princesa de la mafia siciliana. No tiene libertad.

—Lucrezia, ya ha llegado el médico. —Massimo entra sin llamar en la habitación de su hermana. Al verme se queda sorprendido—. Hola, Sofía.

—Massimo —digo con evidente desagrado.

Salgo de la cama y me despido de Lucrezia con una sonrisa forzada. Massimo se aparta de la puerta y aspiro su olor. Huele a gel de baño, loción para el afeitado y una colonia con tonos cítricos. Apenas he dado un par de pasos cuando pronuncia mi nombre. Estoy tentada de seguir caminando, pero algo me impulsa a volverme. Tiene mal aspecto, como si hubiera dormido mal. Empiezo a conocerlo y sé que debajo de esa coraza imperturbable hay un hombre muy complejo.

—¿Te apetece dar un paseo a caballo por la playa?

La pregunta me pillla con la guardia baja.

—¿Qué?

—Te he preguntado si te apetece...

—Ya te he oído —respondo confundida—. No entiendo por qué...

—Dijiste que te encantaba montar a caballo. He pensado que tal vez...

—Sí —respondo sin pensar. Estoy cansada de hacerme la dura. Lucrezia se equivoca; no soy fuerte. Solo soy una joven asustada que quiere volver a casa.

No pongo ninguna objeción cuando Massimo me acompaña. De todos modos, dudo que hubiera servido de algo. Subo a lomos de la yegua de pelaje blanco inmaculado. Ni siquiera me pregunto por qué ha tenido este gesto conmigo. No quiero desentrañar los engranajes de la mente de Massimo. Es un hombre oscuro y fascinante. O sea, un tipo muy peligroso.

—Tienes estilo —admite mientras cabalga a mi lado.

—Lo sé —respondo orgullosa.

Tiene un porte imponente subido a caballo. Se nota que es un jinete experimentado. Su caballo es un precioso ejemplar andaluz negro como la noche. Espoleo a mi yegua para que acelere el ritmo. Estamos cabalgando en la orilla. Hace un día precioso. No quiero que ninguno de mis pensamientos enturbie este momento.

—¿Intentas dejarme atrás? —bromea. Massimo obliga a su caballo a acelerar y vuelve a colocarse a mi lado—. Trueno es muy veloz. Lamento decirte que no tienes nada que hacer contra nosotros.

—No insultes a esta preciosidad. —Acaricio la crin de Atenea—. Que las yeguas sean más dóciles no significa que no puedan ser igual de rápidas. He ganado muchas carreras a lomos de Luna, mi yegua desde que tenía once años. Te aseguro que no quieres ponerme a prueba.

—¿Por qué no? —A Massimo le brillan los ojos. Parece divertido. Me gusta esta versión de él. Sé que sus hombres están en algún lugar de la playa, aunque no pueda verlos.

—¿No te importa quedar en evidencia delante de sus súbditos?

—Estás muy segura de que puedes vencerme.

—Anoche me subestimaste —le recuerdo.

Es un hecho: soy buena en todo lo que me propongo. Quizá porque soy muy competitiva. En el instituto fui una gran ajedrecista. Durante un tiempo competí en los mejores hipódromos de Europa. Podría haber tenido una gran futuro como ajedrecista o jinete si me lo hubiera propuesto. El problema es que me aburro con facilidad.

—Nunca cometo el mismo error dos veces. —Massimo agarra las riendas y me dedica una mirada inquisitiva—. ¿Qué nos jugamos?

Lo medito durante unos segundos. Estoy siendo muy osada al aceptar su apuesta, pero no puedo resistirme. Me encantan los retos.

—Mi libertad —decido.

Massimo echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Te respeto demasiado para creer que no puedes vencerme. No soy tan estúpido, princesa. Prueba con otra cosa.

Me muerdo el labio. Tenía que intentarlo.

—Si gano, podré hablar con mi amiga siempre que quiera. Tendrás que darme un móvil. Te prometo que no lo utilizaré para llamar a la policía.

—No te serviría de nada si lo intentaras. Tengo a los *carabinieri* comprados.

Pongo los ojos en blanco. No sé de qué me sorprende. Es un hombre con muchísimo poder.

—De acuerdo, acepto el trato —decido en un impulso—. ¿Y tú qué quieres?

—Un beso tuyo.

Estoy a punto de caerme de la yegua. De repente, me cuesta respirar. Debe de estar bromeando. ¡No pienso besarlo! Le miro la boca sin poder evitarlo. Tiene unos labios gruesos y tentadores. Pero ¡qué digo! Tentadoramente asquerosos. Todo en él me repugna.

—Ni de coña.

—No te pega ser una cobarde —me provoca.

La ira se apodera de mí. ¿He dicho ya que soy muy competitiva? Saco pecho y agarro las riendas. Voy a darle una lección a este engreído. Alguien debe ponerlo en su sitio.

—La meta es la roca. —Massimo la señala con la cabeza. Está a unos ochocientos metros de distancia—. ¿Trato hecho?

No pienso desperdiciar la oportunidad de hacerle morder el polvo.

—¡Arre! —exclamo para pillarlo desprevenido.

Espoleo a la yegua y levanto el trasero para aumentar la velocidad. Sonrío para mis adentros. Massimo se ha quedado rezagado unos metros. Solo tengo que mantener el ritmo. Reconozco que he sido un poco tramposa, pero el juego sucio está permitido cuando tu contrincante es un mafioso sin escrúpulos. Para mi sorpresa, Massimo consigue alcanzarme cuando queda poca distancia para llegar a la meta. Me pongo nerviosa y cometo un grave error al mirarlo. El viento le revuelve el pelo y tiene la mirada cargada de determinación. Es bellissimo. Al darme cuenta de lo que acaba de suceder, espoleo a Atenea para que acelere. Por desgracia, mi distracción me cuesta muy cara. Massimo consigue llegar a la roca unos segundos antes que yo. Maldigo en voz alta. ¡No puede ser! Casi lo tenía...

—La próxima vez no te quedes embobada mirándome, princesa. —Me guiña un ojo.

—¡Cretino! —grito hecha una furia.

Massimo está evidentemente complacido. Aprieto las riendas e intento no mirarle la boca. No sé en qué estaba pensando cuando hice un trato con el diablo. Ahora tengo que asumir las consecuencias.

Capítulo 24

Sofía

Estoy nerviosa. Sé que él sabe que lo estoy. Supongo que esa es la razón por la que no intenta besarme. Es un alivio, pues no se lo habría impedido. Los tratos están para cumplirlos.

—¿Tienes hambre? —Massimo baja del caballo y me ofrece una mano—. La carrera me ha abierto el apetito.

No acepto su mano para bajar del caballo. Él suspira exasperado. Dos de sus hombres aparecen de la nada para coger las riendas de los caballos. Me pregunto dónde estarían escondidos.

—Tengo muchísima hambre —admito.

Massimo señala una mesa que hay a pocos metros de distancia. Cuando iniciamos la carrera no estaba ahí. Está repleta de comida. Supongo que sus hombres se han encargado de disponerlo todo mientras nosotros competíamos. La boca se me hace agua al ver la succulenta paella de marisco. Entonces recuerdo que le dije que la paella es mi comida favorita. Lo miro de reojo mientras tomo asiento.

—¿Por qué haces esto? —pregunto con recelo.

—¿A qué te refieres?

—El paseo a caballo, la comida... —enumero con rabia—. ¿Qué pretendes?

Massimo enarca una ceja.

—¿Debo disculparme por intentar que te sientas cómoda?

—Me has secuestrado.

—Eso no significa que tu estancia deba ser un infierno. No soy el monstruo por el que me tomas. —Se queda callado. Se rasca la barbilla y niega con la cabeza—. De acuerdo, sí lo soy. Pero no tienes nada que temer de mí. Quiero que te sientas a salvo.

—Me sentiré a salvo cuando regrese a mi casa —respondo sin picar el anzuelo.

—Haces que todo sea tan difícil... —Massimo sirve una copa de vino. Antes de llenar la otra me dedica una mirada expectante—. ¿Quieres vino o crees que está envenenado?

—Muerta no te sirvo de nada.

—Creí que ya habíamos dejado claro que no voy a matarte.

—Perdón por no fiarme de ti, señor secuestrador.

—Eres *tan* divertida.

—Es uno de mis múltiples encantos —respondo con sequedad. Le doy un largo trago al vino. Massimo resopla. Parecemos una pareja en plena discusión. Seguro que sus hombres están disfrutando del espectáculo.

—Solo quiero ser amable contigo —insiste desesperado.

—¿Por qué?

—¡No lo sé! —exclama fuera de sí—. ¿Por qué tienes que hacerlo todo tan complicado?

—Qué puedo decir. No me agrada que me secuestren... —murmulo con retintín.

Cojo el cazo y me sirvo un plato de paella. Massimo extiende el brazo para que le dé el cucharón, pero lo ignoro. Me fulmina con la mirada. Pruebo la paella y asiento con aprobación. Está deliciosa.

—¿Te gusta?

—Mucho —admito—. Dale mi enhorabuena al cocinero.

—Puedes pedirle que cocine todo lo que quieras a cualquier hora del día.

—¿Sabías que la esclavitud de abolió a mediados del siglo XIX?

—Eres una mujer imposible.

—Dijo el mafioso que me ha secuestrado...

Comemos en silencio. No sé cómo no sufro una indigestión. Es complicado alimentarse mientras el líder de la mafia siciliana te observa como si quisiera estrangularte.

—Ya sé que te debo un beso —aclaro como si no me afectara—. Soy una mujer que siempre cumple sus promesas. Puedes besarme. No te apuñalaré con el tenedor.

Pongo las manos en la mesa para que sepa que voy en serio. Cierro los ojos. Cuanto antes lo haga mucho mejor. No quiero seguir pensando en sus labios. Al cabo de unos segundos, lo miro contrariada. Massimo ni siquiera me observa. Tiene la vista clavada en el mar.

—¿Qué pasa? —exijo saber.

—En este momento no me apetece besarte.

—¿Disculpa? —replico indignada—. ¿Ahora te resulto desagradable?

—Intento entender por qué deseo a una mujer tan exasperante. Ni siquiera me caes bien.

—¡Soy yo la que piensa que eres insufrible! —exclamo enojada.

Massimo me mira como si fuera un auténtico incordio.

—El sentimiento es mutuo, princesa.

—Admite que has orquestado este teatro para impresionarme —insisto, más humillada de lo que he estado en toda mi vida—. El paseo a caballo, la comida...

—Estás acostumbrada a gustarle a todo el mundo —comprende de golpe. Se reclina en la silla, sacude la cabeza y sonrío de medio lado—. Admito que eres preciosa. Pero que me sienta atraído por ti no significa que me guste tu interior. Eres una niña mimada, insufrible y caprichosa.

—¡Y tú un idiota! —Pego un puñetazo en la mesa—. Ya sé lo que pretendes. Me estás provocando para que exija que cumplas el trato. No voy a caer en tu juego, Massimo.

Se levanta ante mi mirada atónita. Tengo ganas de zarandearlo. Ahora resulta que el mafioso cree que soy una persona insufrible. Ver para creer. ¿De qué coño va?

—Uno de mis hombres te escoltará de camino a casa —dice sin mirarme, como si se

hubiera aburrido de mí.

Algo se apodera de mí. Cojo un trozo de pan y se lo tiro a la cabeza. Tengo buena puntería. Le doy en la ceja derecha. Massimo se queda atónito. Me mira como si quisiera matarme.

—¿Acabas de lanzarme un trozo de pan?

—Sí —respondo como si fuera lo más normal del mundo—. Te he tirado un trozo de pan, Belcebú.

Massimo me estudia con calma, lo que comienza a ponerme nerviosa. Intento sostenerle la mirada. De repente, esboza una sonrisa engreída.

—Estás enfadada porque no te he besado.

—¡Tú alucinas!

—Pídemelo con educación, Sofía. Quizá me lo replantee.

—Como si no te murieras de ganas.

—No tienes ni idea de lo que hay dentro de mi cabeza —me advierte más serio.

Me pongo de pie para zanjar la discusión. Esto es absurdo. Ni siquiera sé por qué estoy tan enfadada.

—Ya has demostrado lo poco hombre que eres...

Massimo no deja que termine la frase. Acorta la distancia que nos separa y sostiene mi rostro. Se me escapa un gemido de sorpresa. Lo miro con los ojos muy abiertos. Hay un brillo peligroso en los suyos. Me tiemblan las piernas mientras un montón de pensamientos confusos se cuelan en mi cabeza.

—No juegues conmigo. —Levanta mi rostro para que lo mire—. No te atrevas a jugar conmigo.

Abro la boca para pedirle que me suelte, pero no sale ni una palabra de mis labios. Una de sus manos baja por mi mejilla. Acaricia el contorno de mi boca con el dedo índice. Me pesan las extremidades. Me arde la piel. Lo miro con la vista nublada por un deseo irracional que no debería existir, pero me consume.

—Quieres que te bese —adivina satisfecho. Su pulgar acaricia mi labio superior—. Puede que me desprecies, pero tu cuerpo arde de deseo cada vez que te toco.

Quiero gritarle que no sabe lo que dice.

Empujarlo.

Golpearlo.

Sin embargo, estoy congelada. No puedo moverme ni hablar. No entiendo qué me pasa. Esta no soy yo.

—Lo entiendo, princesa. —Acerca su rostro al mío. Su respiración cálida me acaricia la punta de la nariz—. Lo prohibido siempre resulta tentador.

Entierra una mano en mi pelo y me obliga a echar la cabeza hacia atrás. No estoy acostumbrada a semejante rudeza. Me sorprende que no me desagrade. Sobre todo cuando mira mi boca como si quisiera morderla.

—Reconozco que todas las noches me acuesto pensando en ti —dice sin pestañear. Su voz es como una caricia cálida—. Sueño con tu cuerpo. Sueño que pronuncias mi nombre mientras entierro la cabeza entre tus piernas. Sueño que te follo de tal forma que no sé dónde acaba tu cuerpo y empieza el mío.

Doy por hecho que va a besarme cuando se acerca más, pero entonces entierra la cara en mi pelo y aspira mi olor. Me estrecha entre sus brazos. Si no me estuviera sosteniendo me caería de espaldas. Cuando termina de olerme, me acaricia la mejilla con la boca de una forma lenta y deliciosa.

—Sé que te mueres de ganas de que te bese —me susurra al oído—. Pero eso no va a pasar, princesa. No voy a besarte por haber ganado una ridícula apuesta. Solo te besaré cuando me lo pidas. —Me da un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja—. Solo te besaré cuando me lo supliques.

El hechizo se rompe. Le doy un empujón para quitármelo de encima. Massimo no opone resistencia. Acaba de dejarme en evidencia. Ha jugado conmigo. Lo peor es que se lo he permitido.

—Nunca voy a pedirte que me beses —prometo con voz temblorosa.

Massimo ni siquiera me mira por última vez cuando se aleja caminando. Ambos sabemos que ha ganado. Acaba de demostrar que me siento atraída por él. Puede que lo desprecie, pero mi cuerpo no es inmune al suyo. Solo por eso lo odio todavía más.

Capítulo 25

Sofía

—¡Sofía!

Me quedo paralizada al oír mi nombre. Massimo, que iba caminando varios metros por delante, también frena. Siento una mezcla de pánico y alivio al escuchar la voz de mi prometido. Me doy la vuelta creyendo que ha sido una alucinación y veo sus ojos castaños. Solo necesito unos segundos para comprender la escena. Jorge está acompañado de varios hombres armados que apuntan a Massimo. No puedo creerlo. ¡Ha venido a rescatarme!

—¡Jorge! —Echo a correr hacia él sin pensarlo. Lo único que quiero es escapar de este infierno y del demonio peligroso y tentador que intenta confundirme.

—Cariño. —Jorge separa los brazos para que me refugie en él—. Dios, pensé que... —Tiene la voz llorosa—. Tu padre me pidió que estuviera al margen, pero no podía quedarme de brazos cruzados. ¿Te han hecho daño? ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Inhalo su olor y me aferro más a él en un intento por sentirme segura. Algo falla, pues tengo muchísimo miedo—. Has venido...

—Pues claro que he venido. —Sostiene mi rostro para inspeccionarme—. Eres la mujer de mi vida, Sofía. Tenía que intentarlo.

Le sonrío con tristeza. No sabe lo que dice. Massimo jamás permitirá que me vaya. De repente, la expresión de mi prometido cambia. Se coloca delante de mí mientras sus hombres apuntan a Massimo, que se acerca caminando con calma hacia nosotros.

—Diles a tus hombres que bajen las armas —le ordena Massimo sin inmutarse.

A pesar de que lo están apuntando, es él quien parece dominar la situación. Primero observa a Jorge con irritación y luego centra su mirada calculadora en mí. No me gusta lo que veo. Sé que es capaz de todo con tal de salirse con la suya.

—¡No des un paso más! —grita Jorge. Le tiembla la voz. Sé que no es un hombre de acción. Ha debido de contratar a un puñado de mercenarios para que me encuentren. Le aprieto el brazo—. ¿Estás sordo? ¡No tienes nada que hacer!

Massimo lo observa con desprecio. Sus labios se curvan en una sonrisa de medio lado. Comprendo lo que está a punto de suceder. He visto lo cruel que puede llegar a ser. Si no intervengo, Jorge y sus hombres morirán a manos de sus esbirros. No puedo verlos, pero seguro que están vigilándonos a la espera de que el Don dé la orden de disparar.

—Jorge —lo llamo con suavidad—. Tienes que irte. Se trata de la mafia italiana. Sus hombres están por toda la playa.

—Tranquila, Sofía —responde sin mirarme. Tiene la vista clavada en Massimo, que lo observa con total tranquilidad—. Yo me encargo.

—Deberías hacerle caso —dice Massimo. Ignora a Jorge y me mira de una forma que me hiela la sangre antes de volver a centrarse en mi prometido—. Si te vas ahora, te perdonaré la

vida. Estás a tiempo de evitar una masacre.

Jorge duda al ver la seguridad que desprende Massimo. Le aprieto el brazo con fuerza. Estoy aterrorizada. Sé que Massimo solo necesita hacerle un gesto a sus hombres para que se encarguen de la situación.

—Mientes —contesta mi prometido con voz temblorosa—. Sofía vendrá conmigo. Ella no tiene la culpa de que su padre haya hecho un trato con la mafia italiana.

Massimo chasquea la lengua. Está perdiendo la paciencia. Clava una mirada oscura en la mano que tengo apoyada en el brazo de Jorge. Por un instante estoy tentada de soltarlo, pero no quiero alejarme de él. De lo contrario, Massimo sería capaz de ordenar que le disparen. Debo permanecer a su lado, aunque el Don me esté mirando como si fuera a abalanzarse sobre mí.

—Tampoco tiene la culpa de que el imbécil de su prometido la haya puesto en peligro al creer que podía vencer a la mafia siciliana con un puñado de mercenarios. —Massimo levanta el brazo. Todos sus hombres descubren su posición. Son más de veinte. Están apostados en el acantilado y apuntan a Jorge y los mercenarios con sus armas. Jorge retrocede impactado—. ¿De verdad creías que podías enfrentarte a mí? Solo eres un niño rico que no tiene ni idea de dónde se ha metido. Tu atrevimiento es insultante. Vas a pagarlo muy caro.

—Massimo... —Doy un paso al frente. Jorge intenta detenerme, pero lo ignoro. Los ojos oscuros del Don se encuentran con los míos. Su mirada vacila unos segundos, pero luego vuelve a recomponerse—. No le hagas daño. Deja que se vaya. Solo ha intentado rescatarme.

—No te merece —dice con desagrado. Aprieta la mandíbula cuando Jorge agarra mi mano—. Te ha puesto en peligro al presentarse aquí con un puñado de inútiles.

—¿Qué yo la he puesto en peligro? —pregunta atónito Jorge—. ¡Tú eres quien la ha secuestrado! Ahora mi futura mujer está...

—No vas a casarte con ella. —Massimo lo apunta con una pistola que tenía escondida en la parte trasera de la chaqueta—. Lárgate, último aviso.

Jorge palidece. Me llevo las manos a la boca y ahogo un gemido. Dios mío, tengo que evitar esta matanza.

—No me iré sin ella —responde Jorge con debilidad.

—Massimo —ruego desesperada—. Por favor...

Massimo me mira y noto como su expresión vuelve a ablandarse. Jorge está hecho un flan. Sé que no voy a escapar con él. Lo único que puedo hacer por mi prometido es protegerlo de la ira de Massimo.

—Massimo —insisto con los ojos llorosos—, por favor...

—Sofía, apártate —ruge.

No me muevo del sitio. Si quiere disparar a Jorge tendrá que acabar conmigo. No puedo permitir que mate a un hombre que solo intentaba rescatarme. Massimo me mira con una mezcla de exasperación y súplica. Le sostengo la mirada mientras intento contener las lágrimas.

—Tendrás que dispararme primero a mí —digo con un hilo de voz.

Massimo aprieta la mandíbula, pero baja el arma. Tengo ganas de llorar de alivio.

—Ordena a tus hombres que se retiren. Si todavía no te he pegado un tiro es porque no quiero que ella lo presencie. Estoy siendo demasiado benévolo al perdonarte la vida —dice Massimo sin emoción alguna. De repente, levanta el brazo y dispara. Uno de los hombres de Jorge aúlla de dolor. Massimo acaba de pegarle un tiro en la pierna—. Último aviso.

—Joder... —masculla Jorge. Me mira agobiado. Tiene los ojos vidriosos por culpa del miedo—. Sofía...

—Tranquilo —le sonrío con tristeza—. Todo está bien. Tienes que irte.

—No quiero dejarte.

—Te matará —digo desesperada—. Llévate a tus hombres. Estaré bien.

Jorge me mira angustiado. Luego observa con impotencia a Massimo, que ha vuelto a apuntarle. Sabe que no tiene nada que hacer. Por eso se rinde, tira el arma al suelo y les pide a sus hombres que hagan lo mismo. Jamás había visto a un hombre tan derrotado.

—Sabía decisión. —Massimo camina hacia él sin dejar de apuntarlo—. ¿Cómo sé que no volverás a intentar una estupidez semejante?

—Yo no... —Jorge traga saliva—, te doy mi palabra...

—Tu palabra no vale nada para mí —responde Massimo con desagrado—. Debería matarte.

—¡No! —Me interpongo entre ellos—. ¡Lo has prometido!

Massimo ni siquiera me mira. Tiene los ojos clavados en Jorge. Hay tanto odio en sus ojos oscuros que no lo reconozco. Sé que es una mala persona, pero pensé que era un hombre de palabra. Hasta el momento siempre había cumplido sus promesas.

—No he prometido nada —dice con frialdad.

Separo los brazos para proteger a Jorge. No voy a dejar que le pegue un tiro. ¿Qué clase de hombre he estado a punto de permitir que me besara? Ahora lo veo con total claridad. Este desgraciado no tiene corazón.

—Eres tan cobarde que te escondes detrás de una mujer —ruge Massimo con desprecio. Jorge rompe a llorar detrás de mí. Me agacho para consolarlo, pero Massimo me agarra del brazo para impedirlo—. Rompe con ella en este momento. Así sabré que no vas a volver.

—¡Basta! —le pido horrorizada. No entiendo cómo puede ser tan cruel. Intento zafarme, pero me tiene bien sujeta—. ¡Para de una vez!

—Sofía —dice Jorge con voz estrangulada. Massimo le pone la pistola en la cabeza. Mi prometido cierra los ojos. Las lágrimas resbalan por sus mejillas—. Sofía, lo siento, yo no...

Rompo a llorar. En el fondo deseo que luche por mí para demostrarle a Massimo que no es ningún cobarde. Sin embargo, sé que es ridículo. Jorge no es un hombre conflictivo y Massimo lo matará si no cede.

—Tranquilo —digo sorbiéndome las lágrimas—. Está todo bien. Lo entiendo.

—Lo siento, no puedo —se disculpa abochornado—. Esto es demasiado para mí. Se trata de nuestro compromiso o de mi vida. —Abre los ojos y mira a Massimo. Esta aterrorizado—. Te juro que no voy a casarme con ella. Pero, por favor, no le hagas daño.

Massimo lo observa con una mezcla de perversa satisfacción y desprecio.

—Que conste que te perdono la vida gracias a ella. Si vuelves a pisar Italia, no vacilaré en pegarte un tiro. —Me arrastra lejos de Jorge, que se derrumba en la arena y rompe a llorar como un niño.

Las lágrimas me nublan la vista. El dolor me atenaza el pecho. No puedo concebir tanta crueldad. El hombre que iba a casarse conmigo acaba de anular nuestro compromiso para salvar su vida, mientras el verdadero culpable me arrastra de regreso a mi prisión.

—¡Suéltame! —le grito cuando salimos de la playa—. ¿Cómo has podido? ¡Animal! ¡Psicópata!

—Te he hecho un favor —dice sin inmutarse—. Un hombre que renuncia tan fácilmente a ti no te merece.

—¡Tan fácilmente! —exclamo horrorizada—. ¡Lo estabas apuntando con una pistola!

—No tiene agallas.

—¿Y tú sí? —replico fuera de mí—. ¿Crees que eres más hombre que él porque careces de escrúpulos? ¿Porque habrías sido capaz de apretar el gatillo? ¿Porque eres un maldito mafioso que me obliga a permanecer a su lado?

—Sofía —me advierte con tono grave. Estamos rodeados por sus hombres, que fingen no prestarnos atención. Me trae sin cuidado. Acaba de obligar a mi prometido a romper conmigo mientras lo apuntaba con una pistola—. No voy a tolerar que...

Le cruzo la cara de una bofetada. Luciano y algunos de sus hombres dan un paso al frente, pero Massimo levanta el brazo para que se detengan. Sus ojos echan fuego. Me tiembla la mano, pero no me arrepiento de haberlo golpeado. Es menos de lo que merece.

—Adelante, vuelve a pegarme. —Pone la otra mejilla—. No importa lo que hagas. Seguirás perteneciéndome hasta que tu padre cumpla con el trato. Puedes gritarme, golpearme o insultarme. Incluso puedes llorar por ese cobarde que te ha abandonado para salvar su patética vida. Me trae sin cuidado.

Massimo me deja allí plantada. Sus hombres lo miran sin saber qué hacer. Alguien me pone una mano en la espalda para obligarme a caminar. Es Stefano.

—Sé que acabas de vivir un momento muy duro —dice en voz baja—. Por favor, camina. Sabes que no hay otra opción.

Por una vez obedezco sin rechistar. Tiene razón. No tengo más remedio que seguir al hombre que acaba de destruirme la vida. Pero puedo vengarme.

Capítulo 26

Massimo

Destrozo todo lo que hay a mi paso. Le doy una patada a una lámpara. Barro con el brazo lo que hay encima del escritorio. Rompo un cuadro de un puñetazo. Me desquito con cualquier cosa que pueda aniquilar, hasta que el cansancio se apodera de mí y voy al minibar —lo único que ha sobrevivido—, para servirme una copa. Levanto una silla y me dejo caer en ella con un resuello. Se me ha ido la puta cabeza.

Se suponía que hoy iba a ser un buen día. Quería regalarle un momento de paz a Sofía. Lo organicé para que fuera feliz durante unas horas. El paseo a caballo, la comida en la playa... Joder, no sé en qué momento consideré que era una buena idea.

—Massimo. —Mi amigo llama a la puerta y entra sin esperar que le dé permiso—. Tenemos que hablar.

—Quiero saber cómo se colaron en la playa ese inútil y sus hombres. Se supone que...

—¿De verdad quieres buscar culpables? —me interrumpe exasperado—. La mayoría de nuestros hombres están aterrorizados. No se atreven a mirar a Sofía, a pesar de que les has ordenado que la vigilen las veinticuatro horas del día. Acabas de dar un espectáculo lamentable. Por el amor de Dios, ¡has obligado a ese pobre infeliz a romper con la mujer que ama! ¿En qué estabas pensando?

—No me arrepiento —gruño de mala gana.

Sin embargo, lo que siento se parece demasiado a un ataque de culpabilidad. Sé por qué Stefano me está echando la bronca. Debería haber mostrado más autocontrol en lugar de haberme dejado llevar por mis emociones. Mi comportamiento no ha sido propio de un líder. Pero algo primitivo se apoderó de mí cuando vi a Sofía abrazar a su prometido.

—No podía flaquear delante de nuestros hombres —me defiendo—. ¿Qué se supone que debía hacer?

—Cualquier cosa menos actuar como un maldito perro despedido. —Le lanzo una mirada asesina, pero Stefano se limita a ir al minibar para servirse una copa—. Has perdido la cabeza por esa mujer. Te llaman *Il Diavolo* porque eres implacable, no porque sientas placer al ser cruel de manera gratuita.

—La puso en peligro cuando vino a rescatarla. ¿En qué estaba pensando?

—La gente es idiota. —Se encoge de hombros—. ¿Te acuerdas de aquel contable que nos robó dos millones de euros? Siempre habrá ingenuos que crean que pueden vencer a la mafia. Ese hombre pensaba que estaba haciendo lo correcto al intentar rescatar a su prometida.

—Ella debería estarme agradecida —insisto. Le doy un trago al whisky. El alcohol no hace que me sienta mejor—. Solo es un cobarde. Ha renunciado a ella en cuanto le he puesto una pistola en la cabeza.

—Joder, yo también me habría acojonado. Tú no te viste la cara de loco.

Termino la copa de un trago y luego relleno el vaso. Stefano sacude la cabeza. Odio que me mire con esa mezcla de lástima y decepción.

—Tienes que parar —insiste—. Acuéstate con ella y luego olvídala. Solo es una mujer. O fóllate a otra. Lo que sea. No puedes permitirte ser tan impulsivo. Eres el Don. Los hombres empiezan a murmurar que estás más pendiente de ella que de dirigir el negocio.

—¿Eso dicen? —Me tiembla la voz por culpa de la rabia—. ¿Susurran a mi espalda?

—¿Acaso puedes culparlos? —me recrimina—. Estoy aquí para recordarte cuáles son tus prioridades. Eres mi mejor amigo. Sé que en el fondo necesitas que te diga que no puedes ser débil. Tienes que alejarte de esa mujer. Puedo encargarme de llevarla a otra parte hasta que su padre cumpla el trato. Sabes que puedes confiar en mí.

Cojo la botella y bebo a morro. Sé que tiene razón. Stefano jamás le tocaría un pelo. Es evidente que estoy perdiendo la cabeza. No me reconozco. No estoy orgulloso de lo que ha sucedido en la playa. Lo mejor para todos es que me aleje de ella. Además, ya le he hecho suficiente daño.

—Massimo. —Mi hermana entra en mi despacho sin llamar. Observa el destrozo con los ojos muy abiertos—. ¿Qué ha pasado aquí?

—No es un buen momento —comenta Stefano con prudencia.

—Sofía me lo ha contado —me recrimina escandalizada—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

—Lucrezia, vete —ordeno con desgana.

—Sé que en el fondo estás arrepentido. —Suelto una carcajada ácida—. Te conozco, Massimo. No eres tan cruel como aparentas. Ha sido una forma penosa de demostrar que ella te importa. Aún estás a tiempo de pedirle disculpas.

Le hago un gesto a Stefano para que nos deje a solas. En cuanto se va, Lucrezia coge una silla y se sienta a mi lado. Evito su mirada, pues en este momento siento demasiada vergüenza.

—No eres el monstruo que todos creen —dice apenada.

—Pues claro que lo soy. Lo que acabo de hacer lo corrobora.

—No. —Pone sus manos en mis mejillas para que la mire. Tiene los ojos vidriosos—. Siempre has cuidado de mí. Me protegías de la ira de papá. Me diste el cariño que necesitaba cuando nuestra madre nos ignoraba. No sé qué habría sido de mí sin ti.

—No soy una buena persona, Lucrezia. Eres mi hermana. Entiendo que necesites creer en mí. Pero yo no...

—Incluso el Don de los Morello merece redención —me contradice con suavidad—. Siempre creeré en ti, Massimo. Sé que eres un hombre justo. Para mí eso significa mucho en un mundo como el nuestro.

Quiero gritarle que no tiene ni idea de lo que dice. Mi dulce hermana siempre consigue ver la bondad de todos los que la rodean. No soy un buen hombre. Tal vez lo fui mientras no estuve al mando de nuestra familia, pero la vida me ha obligado a cambiar.

—Oh, mierda —murmura al fijarse en algo.

—¿Qué pasa?

Lucrezia pone cara de circunstancias.

—Massimo, no te enfades.

—¿Qué diantres ha hecho ahora? —pregunto, a sabiendas de que se trata de Sofía.

Debí suponer que no tardaría en vengarse de mí. Tiene más agallas que su ex prometido. De hecho, tiene más aplomo que la mayoría de los hombres que conozco. Por eso me gusta tanto.

—Massimo. —Mi hermana me pone una mano en el hombro—. Tienes que entender que está enfadada. En el fondo no está haciendo nada malo...

La ignoro y me doy la vuelta para saber a qué viene tanto drama. Estoy a punto de caerme de espaldas. Sofía está haciendo toples en la piscina mientras la mitad de mis hombres la observan boquiabiertos.

Capítulo 27

Sofía

Todos los ojos están puestos en mí cuando me quito la parte superior del biquini. Sé que mis pechos son la parte más atractiva de mi anatomía. Tengo una talla cien de sujetador. ¿Quieren espectáculo? Yo puedo ser mejor maestra de ceremonias que su Don.

Me tumbo bocarriba y esbozo una sonrisa satisfecha. Los hombres de Massimo me observan como si fuera un apetitoso helado que se está derritiendo bajo el sol. Se dan codazos los unos a los otros para no perderse el espectáculo. Cojo el minúsculo trozo de tela y lo arrojo al césped para demostrar que no les tengo ningún miedo. Solo llevo un par de segundos caldeando el ambiente cuando un hombre enorme y cabreado se interpone en mi campo visual.

—¡Todo el mundo con la vista clavada en el suelo! —ruge Massimo hecho una furia. Se vuelve hacia sus hombres para comprobar que lo están obedeciendo—. Si descubro a alguno de vosotros mirándola, le arrancaré los ojos.

—¡Podéis mirar! —exclamo para provocarlo—. ¡No es el dueño de mi cuerpo!

Massimo me arroja la toalla que hay a mis pies.

—Tápate, maldita sea.

—No me da la gana. —Hago una bola con la toalla y se la tiro a la cara. Sus ojos se deslizan lentamente por mi cuerpo hasta clavarse en mis pechos. Enarco una ceja—. Soy una mujer soltera y hago lo que me place. Aunque tampoco es que me cortase cuando tenía pareja. Mi cuerpo, mi decisión.

—Mi casa, mis normas. —Massimo agarra la toalla—. No voy a repetírtelo.

—Será mejor que me pongas una pistola en la cabeza. Así es como consigues lo que quieres, ¿no?

—Sofía...

—¡Qué! —Me pongo de pie con las manos en las caderas. Tiene que hacer un gran esfuerzo para mirarme a la cara. Veo cómo traga saliva con dificultad. Este cabrón me desea, al igual que esos hombres a los que ha obligado a mirar al suelo—. ¿Qué pasa? ¿Te pongo cachondo, Don?

—Vístete —ordena con los dientes apretados—. Ya.

—No.

—Estás siendo muy inmadura.

—¡Mira quién fue a hablar! ¡El hombre que obligó a mi prometido a romper conmigo!

—Tu ex prometido —remarca la palabra—, es un cobarde. No tengo la culpa de que te valorase tan poco.

—¡Lo humillaste! —Le doy un empujón que ni siquiera lo mueve del sitio—. ¡Querías pegarle un tiro! ¡Tuve que suplicarte! ¿Qué clase de animal disfruta siendo cruel con un hombre

indefenso? ¿Acaso no tienes corazón?

—¿Qué intentas conseguir con esto? —pregunta a su vez. Su voz está teñida de una calma peligrosa. Sus músculos emanan tensión. Debería tener miedo, pero solo siento rabia—. ¿Ponerme celoso? ¿Eso es lo que quieres?

—¿Para qué? —Suelto un bufido—. No hago esto para llamar tu atención; ya sé que la tengo. ¿Recuerdas que te dije que iba a portarme bien? Trato cancelado, Massimo. Que te jodan. Puede que te llamen *Il Diavolo*, pero te juro que voy a convertir tu vida en un verdadero infierno.

—No te conviene amenazarme, princesa —dice desviando la mirada hacia mis pechos. Su mirada se oscurece. Noto un cosquilleo nervioso en el centro del estómago que intento ignorar—, sobre todo cuando estás prácticamente desnuda.

—¿O si no qué? —Levanto la barbilla para desafiarlo—. Primero obligas a Jorge a cancelar nuestro compromiso y luego... ¿Cuál es el plan?

—Ninguno —admite entre dientes—. En lo que respecta a ti, no tengo ningún plan. Voy improvisando sobre la marcha porque eres un maldito problema que no logro resolver.

—Veamos hasta dónde llega la obediencia de tus hombres...

—¿Qué haces? —Le tiembla la voz cuando mis manos bajan hasta los cordones de mi braguita del biquini—. ¿Crees que mirarán si me lo quito? En ese caso, ¿te pondrás a pegar tiros como un loco?

Me agarra de las muñecas para detenerme. Intento soltarme, pero me tiene bien sujeta. Mi mirada llameante intenta competir con la suya.

—¿A quién quieres poner a prueba, a mis hombres o a mí? Porque te aseguro que ellos no mirarán si yo lo ordeno, aunque pasees desnuda delante de sus ojos. —Tira de mí hasta que choco con su pecho. Mis pezones se endurecen al tocar la tela de su camisa—. Te voy a explicar cómo funcionan las cosas en mi mundo. Yo doy las órdenes, ellos las acatan sin rechistar. Si yo digo que no miren, ellos agachan la cabeza. No te conviene poner a prueba a un hombre con tanto poder como yo, princesa.

—Poder, respeto, miedo. No tienes ni idea de cuál es la diferencia. Métetelo en esa cabeza de mafioso ignorante: jamás voy a respetarte. Quizá consigas que te tema, pero eso solo demostrará la clase de hombre que eres. —Le dedico una sonrisa cargada de insolencia—. Para ellos lo eres todo, pero para mí no eres nada.

—¿Nada? —me contradice con otra sonrisa que rivaliza con la mía—. En la playa casi me rogaste que te besara. Me pregunto qué habría pensado tu queridísimo ex prometido si te hubiera visto tan mojada y excitada por culpa del hombre que te ha secuestrado. Probablemente no habría tenido que obligarlo a romper contigo, pues te habría despreciado por ser una niña temperamental y caprichosa que no sabe lo que quiere.

Massimo me suelta de golpe. Sus palabras consiguen el impacto que deseaba. Abro la boca, pero no consigo decir nada. Massimo aprovecha para envolverme con la toalla. Solo entonces reacciono.

—¡Desgraciado! ¡Bruto! ¡Animal! —lo insulto hecha una furia—. ¡No me toques! ¡Te odiooo!

El Don ignora mis insultos y me agarra de la cintura. Intento oponer resistencia, pero es

mucho más fuerte que yo. Me carga sobre su hombro como si fuera un saco de patatas. Grito y le golpeo la espalda. Ni siquiera se inmuta. El corazón me late desbocado cuando comprendo a dónde vamos. Me está llevando a mi habitación. ¿No pensaré...?

—Ni lo sueñes. —Me tira en la cama—. No follo con mujeres histéricas.

Le lanzo una almohada que esquivo con agilidad. El desgraciado se atreve a sonreír.

—Será mejor que me tengas encerrada en esta habitación hasta que me liberes —le advierto con voz temblorosa, lo que definitivamente no causa el efecto deseado.

Massimo se inclina hacia mí. Apoya las manos en el cabecero, a ambos lados de mi cabeza, por lo que quedo encerrada debajo de su cuerpo. Su sonrisa lobuna se ensancha. Una calor líquido corre por mis venas. Ni siquiera me toca, pero su cercanía despierta un volcán de placer en el centro de mi estómago.

—Tal vez lo haga —reflexiona—. O quizá te mande bien lejos y te ponga a cargo de un puñado de mis mejores hombres.

«Un segundo, ¿qué?»

—¡No puedes dejarme sola con esos animales!

—¿Te refieres a los mismos animales a los que has incitado a mirarte mientras te desnudabas? —Inclina la cabeza. Sus ojos brillan de diversión—. Princesa, no te entiendo. Cualquiera diría que ahora les tienes miedo.

No puede estar hablando en serio. La única razón por la que sus hombres no me han tocado es que él los ha mantenido alejados. De acuerdo, quería vengarme de él haciendo toples. Pensé que así le demostraría que no le tengo miedo.

—Haz lo que te dé la gana —respondo sin venirme abajo—. No pienso suplicar.

Massimo se aleja de mí y siento una inesperada sensación de abandono. A pesar de todo, con él me siento a salvo. Sé que nadie se atreverá a tocarme mientras esté bajo su protección.

—¿Hablas en serio? —pregunto atónita—. ¡No podrás controlarlos si no estás cerca!

—Ya eres mayorcita. Tú misma lo has dicho: tu cuerpo, tu decisión. —Se encoge de hombros mientras se dirige a la puerta—. Sabrás cuidarte sola. Te sobra mal genio.

—¡Massimo! —grito desesperada.

Por primera vez no quiero que me deje sola. Sin embargo, me ignora y cierra la puerta con llave. Me arrebujo dentro de la toalla. ¿Se ha marcado un farol o hablaba en serio? Porque estoy convencida de que si me deja a cargo de ese puñado de animales no saldré con vida.

Capítulo 28

Massimo

—Tienes una forma muy curiosa de disculparte —comenta Lucrezia con sequedad mientras cenamos.

—Se ha desnudado delante de mis hombres —le recuerdo, todavía furioso—. ¿Qué querías que hiciera?

—¿De verdad vas a mandarla lejos con algunos de tus hombres?

—Stefano podría encargarse de ella.

Por supuesto que no voy a enviarla con un puñado de mis hombres. Solo confío en Stefano. Es mi mejor amigo. Sofía estaría a salvo. Solo le he mentado para que dejara de armar jaleo.

—Primero obligas a su prometido a romper con ella y luego la asustas. Vas mejorando, Massimo.

—Su prometido rompió con ella porque es un idiota. Y prefiero que esté asustada antes de que vuelva a hacer toples delante de un montón de hombres que la desean. ¿Algo más?

Lucrezia suspira y sigue comiendo, como si yo fuera un caso perdido. Tal vez tenga razón. No entiendo por qué sigo preocupándome por una mujer que me desprecia. Debería enviarla bien lejos. Es lo mejor para todos. Entonces, ¿por qué soy incapaz de tomar la decisión?

Después de cenar hago unos largos en la piscina. El ejercicio no consigue relajarme, por lo que me doy una ducha y me encierro en el despacho. Sirvo una generosa copa de whisky. Luego cojo el móvil con la intención de llamar a alguna antigua amante. Recuerdo a aquella pelirroja con acento argentino que hacía buenas mamadas. ¿Por qué no? Es evidente que necesito echar un polvo. Marco su número y ella responde al primer tono, como si hubiera estado esperándome.

—Massimo, cariño —ronronea con voz melosa—. Te he echado de menos.

Su acento ya no me provoca lo mismo. Me toco por encima del pantalón. Nada. Antes solo necesitaba hablar unos segundos con ella para estar a tono. Mierda, ¿qué demonios me pasa?

—Me he equivocado de número —digo antes de colgar.

Tengo ganas de estrellar el móvil contra la pared. Si no lo hago es porque no puedo prescindir de este cacharro. Después de tres copas de whisky, subo a mi habitación. Estoy algo achispado, pero no lo suficiente para caer rendido en la cama. No paro de dar vueltas. Me rindo al cabo de una hora. Salgo de mi habitación y cojo la llave de la puerta de Sofía. Respiro hondo antes de entrar. No quiero que note lo desquiciado que estoy. Para mi sorpresa, ella está sentada en la cama, con las rodillas abrazadas contra el pecho. La bandeja de la cena está intacta en la mesita de noche. Parece asustada.

—No has probado bocado. —Señalo la bandeja con la cabeza.

—No tengo hambre —responde sin mirarme—. ¿A qué has venido?

No lo sé, así que no respondo. Solo necesitaba verla. Sé que debo enviarla lejos de mí. Podría pedirle a Stefano que la lleve a la villa que tengo en San Gimignano. O al piso de Roma. A cualquier sitio en el que esté lejos de mí y ya no suponga un problema con el que lidiar.

—¿Has venido a venderme a tus hombres?

—¿Por eso estás asustada? —pregunto con tiento. Sofía levanta la cabeza y me mira. Sus ojos están llenos de temor. Tengo que contener el impulso de cruzar la estancia, abrazarla y prometerle que no permitiré que nadie la toque—. ¿Crees que voy a dejarte a cargo de mis hombres?

—¿Has cambiado de opinión? —inquieta esperanzada.

—No voy a dejarte con ellos —la tranquilizo—. Jamás permitiría que uno de ellos te pusiera una mano encima.

Sofía respira aliviada.

—Eso no significa que no vaya a enviarte lejos.

—¿Qué? —Le tiembla la voz—. ¿A dónde? ¿Con quién?

—Stefano es mi hombre de confianza. Te protegerá con su vida. No tienes nada que temer.

Sofía no dice nada. No sé lo que está pensando. Parece disgustada. Ni siquiera me mira. Me atrevo a dar un paso hacia ella. Necesito entenderla.

—Pensé que te gustaría la idea.

Levanta el rostro y me mira con el ceño fruncido.

—Estarás lejos de mí. No tendrás que ver a un hombre que desprecias. Todos salimos ganando.

—No me fío de Stefano. No confío en ninguno de tus hombres.

—¿En mí sí? —replico atónito.

Sofía se muerde el labio. Me mira con una angustia palpable. Me ahogo en sus ojos color miel. Joder, no puedo llevarle la contraria cuando me observa de esa manera. Acabo de descubrir que es mi jodida debilidad.

—No quiero estar con Stefano —dice en un susurro.

—¿Prefieres estar conmigo?

—Sí.

El corazón me late como si quisiera escapar del pecho.

—¿Por qué?

—Porque, a pesar de que te odio, sé que jamás me pondrías una mano encima sin mi consentimiento —admite de mala gana—. Eres un hombre despreciable, pero haces que me sienta segura. Por favor, no me obligues a estar encerrada con Stefano o cualquier otro de tus hombres. Si tengo que suplicar...

—No.

Voy hacia ella y le pongo una mano en la mejilla. Sofía se sobresalta, pero no se aparta. No quiero que me suplique. No es necesario. No tiene ni idea de lo que sus palabras significan para mí. Entiendo que me desprecie, sobre todo teniendo en cuenta lo que ha sucedido en la playa. Pero al menos acaba de admitir que se siente segura a mi lado. Preferiría cortarme un brazo antes que enviarla a otra ciudad con Stefano, sobre todo sabiendo que está aterrorizada.

—Te quedarás conmigo, princesa.

Suspira visiblemente calmada. Le acaricio la mejilla con delicadeza y me sorprende que no se aparte.

—Pero si vuelves a desnudarte delante de alguno de mis hombres, te prometo que te enviaré muy lejos y estarás a cargo de Stefano —le advierto. Odio tener que amenazarla, pero dudo que haya otra forma de hacerla entrar en razón—. ¿Entendido?

—Sí —responde sin vacilar—. Ni siquiera quería hacer toples. Solo deseaba complicarte la vida. Fastidiarte un poco.

—Lo conseguiste —admito entre dientes sin dejar de acariciarla—. Me pusiste completamente celoso. Casi cometo una locura.

Sofía aparta el rostro con brusquedad. Me mira de una forma que no sé descifrar. Parece dolida, asustada y vulnerable. Aprieta los labios. Su silencio me está matando.

—Suéltalo —le pido.

—Jamás te perdonaré que hayas estado a punto de matar a Jorge, ni que lo hayas obligado a anular nuestro compromiso. Quiero que lo sepas. El hecho de que sienta que eres la única persona que puede protegerme en este infierno no significa que te aprecie, sino que soy una mujer práctica que valore su vida. Para mí eres un mal hombre, Massimo.

Dejo caer mi mano. La entiendo perfectamente, aunque me fastidie. Debería hacer caso a mi hermana y disculparme, pero soy demasiado orgulloso. Además, en el fondo me alegro de que haya roto con su prometido. Ese cretino no la merecía. De lo contrario, habría preferido que le pegase un tiro antes que renunciar a ella para salvar su patética vida. Es un gusano cobarde.

—¿Algo más? —pregunto con una frialdad fingida.

—Eso es todo —responde cansada.

Señalo la bandeja.

—Come algo.

—Ya te he dicho que no tengo hambre.

—Tienes que alimentarte —insisto. Cojo un trozo de queso—. No me iré de aquí hasta que comas un poco.

Sofía resopla y acepta el trozo de queso. Le sirvo un vaso de zumo que bebe de mala gana. Apenas prueba el queso y las uvas, pero me doy por satisfecho. Al menos ha cenado antes de dormir. No quiero que enferme.

—¿Contento?

—Sí.

Mira primero la puerta y luego a mí. Lo capto. Quiere que me vaya. Tengo muchísimas ganas de darle un beso de buenas noches. Si no lo hago es porque sé que me ganaría otra bofetada. Pega fuerte. No quiero repetir la experiencia.

—No te merecía —digo mientras camino hacia la puerta—. Estás mejor sin él.

—No tienes ni idea...

—Sé que una mujer como tú no debería conformarse con un hombre que elige salvar su vida antes que defender su compromiso. Yo habría preferido que me pegasen un tiro antes que renunciar a ti, princesa.

—¿Insinúas que eres mejor hombre que Jorge? —inquire atónita.

—No soy un buen hombre. —Abro la puerta y me vuelvo para mirarla—. Pero definiendo con uñas y dientes lo que quiero. Si fueras mía, jamás renunciaría a ti sin luchar, aunque eso me costara la vida.

Sofía abre la boca, pero no dice nada.

—Buenas noches, princesa.

Cierro la puerta sin llave y voy a mi habitación. Estoy seguro de que no podré pegar ojo. Es imposible que concilie el sueño mientras la mujer que me ha robado el juicio duerme en la habitación de al lado. Tan cerca. Tan fuera de mi alcance.

Capítulo 29

Sofía

Los últimos tres días transcurren con normalidad, o con toda la normalidad que cabe en un secuestro. Apenas veo a Massimo por la mañana. Suele salir con sus hombres y cuando vuelve ya ha atardecido, por lo que paso el tiempo viendo series con Lucrezia o bronceándonos en la piscina (sin hacer toples). Por las noches cenamos los tres juntos. Después de que Massimo derrote a Lucrezia al ajedrez, es mi turno de machacarlo. Admito que me encanta la cara que pone cada vez que digo «jaque mate». Cuando competía en el instituto me enfrenté a un montón de chavales inseguros que no se tomaban la derrota con deportividad, pero Massimo parece extrañamente complacido después de perder. Siempre me invita a una copa que rechazo, pues no quiero darle a entender que disfruto de su compañía. Una cosa es jugar al ajedrez para matar el tiempo y otra muy distinta emborracharme con un hombre por el que me siento físicamente atraída. Quiero marcar la distancia. Además, ¿qué culpa tengo de que mi cuerpo reaccione cuando está cerca del suyo? No es algo que pueda controlar. Eso no cambia el hecho de que sigo despreciándolo con todas mis fuerzas...

—Una fiesta —insiste Lucrezia—. Deberías venir. Es la gala anual de las familias de Sicilia.

Puedo acompañar a Massimo y Lucrezia a una fiesta repleta de mafiosos, o puedo quedarme en casa con Marcella y alguno de los hombres de Massimo. La última idea me fastidia. No se lo he dicho a Massimo, pues no quiero que la tome con sus hombres. Sin embargo, veo cómo me miran algunos desde que tuve la ridícula idea de hacer toples. La mayoría de estos energúmenos están acostumbrados a disparar cuando su Don lo ordena. No puedo esperar gran cosa de ellos.

—A Massimo le gustaría que vinieras.

—No me lo ha dicho —respondo extrañada.

—Cree que lo mandarás a la mierda porque nunca acatas sus órdenes. Yo también considero que te vendrá bien divertirte. —Lucrezia coge mis manos. En este corto periodo de tiempo nos hemos hecho muy cercanas. Creo que podría llegar a considerarla mi amiga—. A esa fiesta no solo van las familias de la mafia. También acuden políticos, empresarios...

—A veces olvido lo corrupto que es este mundo. —Sacudo la cabeza con incredulidad. Massimo dijo que no serviría de nada que acudiese a la policía, pues tenía sobornados a los *carabinieri*. No sé de qué me sorprende—. Me encantan las fiestas, pero no tengo nada que ponerme y...

—¡Deja que yo lo solucione!

Lucrezia hace un par de llamadas. Hasta que conocí a la familia Morello pensé que mi padre era un hombre poderoso. Sin embargo, la influencia de mi padre no tiene nada que ver con la autoridad de la familia Morello. Una hora después de que Lucrezia haya cogido el teléfono, la casa comienza a llenarse de mensajeros de las mejores boutiques del país. Lucrezia les ordena

que dejen todos los vestidos encima de mi cama. Hay más de treinta vestidos, un montón de cajas de zapatos, estuches de joyas y bolsos a juego. No puedo creerlo. Ha conseguido un armario de lujo en menos de una hora.

—¿Cómo han llegado tan rápido? —pregunto impresionada.

—Ni idea. —responde riendo—. Una vez estuve enferma con gastroenteritis casi una semana. Cuando me recuperé, eran las tres de la mañana y tuve antojo de pizza. Massimo cogió el teléfono y, a la media hora, apareció un repartidor con una cuatro quesos de mi pizzería favorita. Tengo todo lo que me da la gana. ¿Crees que está mal?

—Supongo —respondo con sinceridad—. Yo también he tenido todo lo que quería, pero mi padre no amenazaba a la gente. Solo pagaba un precio desorbitado. Siempre he creído que sus negocios eran legales... —Dejo escapar un suspiro pesadoso—. No tengo derecho a criticar tu estilo de vida, Lucrezia. Mi padre no es el hombre que yo creía.

—Lo siento. —Me da un beso en la mejilla para consolarme y luego me frota los brazos—. Que haya cometido un error no significa que sea un mal padre.

—Le grité cosas horribles por teléfono. Estaba tan enfadada con él...

—Pronto podrás verlo —promete—. Lo único malo es que dejaré de tener compañía. Me da pena perderte. Nunca he tenido una amiga.

—Siempre podrás contar conmigo. —Le aprieto la mano para que sepa que voy en serio—. Nuestra amistad me ha enseñado que incluso en las peores situaciones puede nacer algo bueno.

Lucrezia tiene los ojos vidriosos cuando se aparta de mí. Sé que se ha emocionado. Es una chica muy sensible y vulnerable. No tiene nada que ver con su hermano. No sé si lo que le ha impedido hacer amigas es su timidez o la férrea protección de Massimo.

—Pruébate este. —Coge un vestido de gasa de color rosa pálido con escote palabra de honor—. Es precioso.

Lucrezia se sienta en la cama para que haga un pase de modelos. La verdad es que lo pasamos genial. Soy bajita y curvilínea, por lo que algunos vestidos no me favorecen. De todos modos, su entusiasmo me anima a seguir probándome vestidos. Al final elijo uno de satén color rojo fuego con la espalda escotada y una enorme abertura hasta el muslo. No tiene ningún adorno. Es perfecto. Con él me siento poderosa y muy atractiva.

—Guau. —Lucrezia aplaude impresionada—. ¡Eres un pibón!

Se levanta y va directa a los estuches de joyería. Coge una gargantilla de diamantes que debe de costar una fortuna.

—Estarás perfecta. Solo necesitas recogerte el pelo. Cuando Massimo te vea...

—No he elegido este vestido para impresionarlo —le aclaro indignada.

—Bueno. —Lucrezia esboza una sonrisilla traviesa—. Eso no significa que no vaya a caerse de espaldas.

Espero a Lucrezia delante de su habitación. No sé por qué tarda tanto en arreglarse. Es

alta y tiene tipo de modelo. Cualquier vestido le sentará bien. Está hecha un flan cuando abre la puerta. Abro los ojos de par en par. Está espectacular. Lleva un vestido palabra de honor muy entallado. Apenas se ha maquillado, pues no lo necesita. El pelo suelto contrasta con el brazalete de oro blanco y los pequeños pendientes.

—¡Qué guapa!

—¿Tú crees? —pregunta indecisa—. Al verte siento que soy una niña. Tú eres muy exuberante, pero yo...

—Cielo, ojalá tuviera tu tipo. Pareces Kendall Jenner. Ignora esa ridícula voz de tu cabeza. Incluso las mujeres bellas son inseguras y hacen comparaciones absurdas con otras. Tú y yo somos muy diferentes, pero ambas estamos preciosas. No admito discusión al respecto.

Lucrezia se cuelga de mi brazo. Parece más tranquila. No me entra en la cabeza que una mujer tan poderosa como ella sea tan frágil. A los pies de la escalera encontramos a Stefano, que nos mira embelesado.

—Estáis impresionantes —admite sin pestañear.

Lucrezia se pone colorada como un tomate, balbucea que tiene que retocarse el maquillaje y va al baño. Sé que no le gusta Stefano. Simplemente se ha puesto nerviosa porque es incapaz de aceptar un cumplido.

—Gracias, Stefano.

—Espero que no se te ocurra quitarte ese vestido delante de nadie —comenta con picardía—. Te queda genial y no queremos armar ningún escándalo delante de las familias más importantes de Italia.

—Me portaré bien. —Le saco la lengua. Stefano me mira con recelo, por lo que añado—: ¡De verdad!

Stefano se relaja y me mira de arriba abajo.

—Estás preciosa.

Antes de que pueda responder, Massimo aparece detrás de Stefano. Pone una mano en el hombro de su amigo mientras me mira con intensidad. Su hombre de confianza contiene una sonrisa y se da la vuelta para marcharse. Pongo los ojos en blanco. ¿En serio acaba de espantarlo?

—¿Te molesta que me haya hecho un halago? —pregunto perpleja.

—Me molesta que cualquier hombre con ojos en la cara te mire.

—Me gusta que me miren.

—No necesitas que te digan lo guapa que eres. Es evidente.

—A todo el mundo le gusta recibir un cumplido. —Lo repaso lentamente. Lleva un esmoquin negro que le sienta como un guante. La corbata azul oscuro resalta sobre la camisa blanca inmaculada. Joder, está buenísimo—. Estás muy elegante, Massimo.

Se queda momentáneamente desconcertado por mi halago. Me cruzo de brazos y alzo una ceja.

—¿Lo ves? Es muy fácil.

—Creí que ya había dejado bastante claro lo que opino de tu aspecto —dice con voz grave. Sus ojos resbalan por mi piel, haciéndome sentir desnuda—. Empiezo a arrepentirme de haberle pedido a Lucrezia que te invitara a la fiesta.

—¿Por qué? —replico aturdida. Doy un paso atrás. Tal vez considera que no voy vestida de manera apropiada—. ¿Crees que no estoy a la altura?

—Cielo —dice con tono ronco. Me aparta un mechón de la cara que ha escapado del recogido. Su caricia me eriza la piel—. Es la fiesta la que no está a la altura de tu belleza. Estás perfecta.

Trago saliva.

—Entonces, ¿por qué te arrepientes?

—Es una fiesta para hacer negocios, pero voy a ser incapaz de concentrarme ya que estaré pendiente de ti en todo momento. —Me acaricia la mejilla con una delicadeza para la que no estoy preparada—. Eres mala para mi salud, princesa.

—¿Nos vamos? —pregunta Lucrezia.

Retrocedo para romper el contacto. Massimo deja la mano en el aire, como si quisiera seguir tocándome. Lucrezia nos observa de manera alternativa, con una sonrisilla que no me gusta en absoluto.

—Siento haber interrumpido —bromea.

—No has interrumpido nada —respondo con sequedad.

Soy la primera en salir de la casa. Siento que la mirada de Massimo me persigue hasta que subo al coche. Todavía me arde la mejilla. No entiendo por qué me gusta tanto que me toque si no lo soporto.

Capítulo 30

Massimo

Sé que ha sido una mala idea traer a Sofía a la fiesta en cuanto baja del coche. Todos los ojos están puestos en ella. Es una tentación demasiado golosa para pasar desapercibida.

—No te despegues de ella —le ordeno a Luciano. Se lo pediría a Stefano, pero le he ordenado que le dé un recado a un importante empresario alemán que prefiere subirse al carro de los Falsone.

—¿Quieres que sea su niñera? —replica molesto—. Puedes pedirselo a cualquier otro. Te seré de mayor utilidad si...

—Quiero que obedezcas sin rechistar.

Puede que Luciano fuera el *consigliere* de mi padre, pero eso no significa que yo le tenga la misma estima. Si lo he mantenido a mi lado es porque no quería iniciar una guerra con su familia. Tengo demasiados frentes abiertos.

—Como deseas, Don.

Se marcha evidentemente molesto. Me trae sin cuidado. Debería limitarse a cumplir mis órdenes.

Sofía es una mujer tan exuberante como extrovertida, así que no tarda en rodearse de un círculo de hombres que intentan llamar su atención. Luciano permanece a unos metros de distancia sin quitarle la vista de encima. Un tipo le roza la mano y ella se ríe por algo que él dice. Tengo que contenerme para no cruzar la estancia y darle un puñetazo a ese cretino. Conmigo nunca se ríe.

—Relájate —me pide Stefano—. Hemos venido aquí a hacer negocios.

—¿Le has recordado a Schmidt a quién debe lealtad?

—Ha captado el mensaje.

—Bien —respondo sin apartar la vista de Sofía—. ¿Nuestros hombres siguen vigilando el perímetro?

—No hay rastro de Dominic Falsone. No creo que sea tan estúpido como para dejarse caer por aquí.

—Con él nunca se sabe.

—Massimo, deja de mirarla.

—Se está riendo —respondo ofuscado.

—¿Y eso es malo?

—No, joder. —Me paso una mano por el pelo—. Nunca lo hace conmigo.

—Tú la has secuestrado. Le pusiste una pistola en la cabeza al hombre con el que iba a casarse. ¿Qué esperabas? Lo único que le produces es miedo. —Se interpone en mi campo visual para que no pueda seguir mirándola—. Bianca viene hacia aquí.

—No fastidies.

«Joder, la que faltaba...».

—Seguro que está más que dispuesta a atender tus necesidades. Deja que alivie tus penas. Luego vuelve a la fiesta y sé el Don al que todos estamos acostumbrados.

No tengo tiempo de decirle que Bianca es agua pasada, pues la susodicha llega en ese momento. Me echa los brazos al cuello y me da dos besos. Le sonrío con falsedad. Ya le dije que lo nuestro se había acabado. No sé por qué no lo pillá.

—Massimo, me alegro de verte.

—Bianca —la saludo con frialdad.

—Os dejo solos para que os pongáis al día. —Stefano me da una palmadita en la espalda.

—Te he echado de menos —me susurra Bianca al oído con voz melosa. Luego me acaricia el muslo—. No sabes cuánto.

—Para.

No sé si se lo digo a ella o al hombre que acaba de acercarse demasiado a Sofía. Joder, quiero estrangularlo. ¿De verdad tiene que hablarle a escasos centímetros de la cara? ¡No está sorda! Sofía echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¿Quién es esa? —pregunta Bianca al darse cuenta de que no le quito la vista de encima.

—Nadie que sea de tu incumbencia —le advierto.

—Ven conmigo. —Coge mi mano e intenta tirar de mí—. ¿Quieres llamar su atención? Puedo ayudarte.

Estoy a punto de gritarle que desaparezca de mi vista, pero entonces me percaté de que Sofía me mira fijamente. Acabo de captar su atención. Sé lo que parece. Bianca ha entrelazado nuestra manos y tiene la cara a escasos centímetros de la mía. Sofía frunce el ceño. Parece desconcertada.

—No quiero nada contigo —le aclaro. No me apetece que vuelva a hacerse ilusiones—. Vamos a tomar una copa a un lugar más tranquilo como dos viejos amigos.

Le pongo una mano en la espalda para conducirla a una sala más pequeña. Sofía ya no sonrío. Ahora no me quita la vista de encima. No sé si está confundida o celosa. Lo último no tendría ningún sentido, pero viniendo de ella puedo esperar cualquier cosa.

Estoy intrigado cuando me quedo a solas con Bianca. Ella me mira con los ojos brillantes de deseo. Sirvo un par de copas y le ofrezco una. Le da un trago y la deja en la mesa. Sus manos van directas a mi entrepierna.

—Lo pasábamos bien —dice juguetona—. Siento haberme puesto sentimental.

—Ya no estoy interesado —respondo con sequedad—. Hace un minuto te he dicho que no quiero nada contigo.

Bianca deja de tocarme. Está alucinada. No es para menos, pues acabo de rechazar un polvo con una mujer atractiva que hace muy buenas mamadas. Sin embargo, no pienso acostarme con ella mientras la mujer que deseo está en otra habitación, riéndose del chiste que le ha contado algún idiota.

—¿Es por esa rubia? —pregunta llena de rabia—. He oído que has secuestrado a la niñita de un empresario español. Por lo que veo, no te presta demasiada atención. Sabes de sobra que solo es un capricho pasajero. Se te pasará el calentón en cuanto le metas la polla.

—Prefiero estar solo. —Señalo la puerta para que se largue—. Tu compañía ya no me resulta placentera.

—Te gusta follar conmigo —insiste—. Esa niñata no puede darte lo mismo que yo. No va a complacerte, Massimo. Te gustan las mujeres sumisas, no las perras rabiosas.

—Vuelve a insultarla y será lo último que hagas. —Bianca retrocede asustada. Sabe que no bromeo—. Cierra al salir.

Se larga hecha una furia. Me acabo la copa de un trago. Jamás volveré a tocar a esa zorra. Es una mujer venenosa. Ni siquiera me conoce. De lo contrario, sabría que me gustaban las mujeres sumisas hasta que conocí a una española con mucho carácter que ha puesto mi mundo del revés.

Capítulo 31

Sofía

No entiendo lo que acaba de suceder.

¿Massimo tiene novia?

Hace un momento se ha marchado con una mujer. Los he visto encerrarse en una sala. Parecían muy cercanos. Incluso ella le ha acariciado el muslo.

—¿Qué opinas, Sofía? —me pregunta el pesado que no consigo quitarme de encima.

—Disculpa, voy a por algo de beber.

—¡Ya voy yo!

El pesado se va, por lo que aprovecho para dar un paseo. Prefiero que no me encuentre cuando regrese. La fiesta está lleno de babosos. Le prometí a Stefano que me portaría bien, por lo que he intentado ser amable y sonreír, pero comienzo a estar harta. No sé qué pinto aquí. Para colmo, Lucrezia ha tenido que atender a unos antiguos amigos de su familia, por lo que me he quedado sola.

Seguro que Massimo está follando con esa atractiva morena. Pensé que le gustaban las rubias. A ver, me trae sin cuidado. En realidad prefiero que eche un polvo. Así estará más relajado. Simplemente me cabrea que me haya invitado a una fiesta si luego no pensaba prestarme atención.

—Hola. —La morena me pilla desprevenida cuando aparece delante de mí—. Sofía, ¿verdad?

La miro con desconfianza. No me gusta que sepa mi nombre. Dudo que Massimo haya hablado de mí con ella mientras se lo montaban. Aunque han tardado muy poco, la verdad. Menuda decepción. Esperaba más del Don de la mafia siciliana.

—¿Y tú quién eres? —replico a la defensiva. Solo he necesitado echarle un vistazo para decidir que no me gusta.

—Bianca, la novia de Massimo. —Me enseña una sonrisa que es todo dientes—. Quería conocer a la niña que vive en la casa de mi pareja. Pensé que serías más impresionante.

«La niña, eh»

Me cruzo de brazos. No quiero pelear con esta tipeja, pero tampoco pienso dejar que me pisotee. Yo no tengo la culpa de los problemas de comunicación que hay en su relación.

—No sabía que Massimo tuviera una novia que lo soporta. Te compadezco. La verdad que nunca habla de ti.

La sonrisa de Bianca se esfuma. Ahora solo hay odio en sus ojos.

—Te crees muy especial, eh. —Hace un mohín—. Solo eres el nuevo juguete de Massimo. Se cansa con facilidad de sus juguetes, por cierto. No te hagas demasiadas ilusiones.

—Para no ser tan especial, te estás tomando muchas molestias conmigo. Si tan insegura

te hago sentir, deberías hablarlo con tu novio en lugar de ponerte en evidencia conmigo.

—Mírate. —Me señala con un gesto despectivo—. ¿De verdad crees que estás a mi altura? Eres una enana a la que le sobran por lo menos diez kilos.

—No voy a entrar en tu juego.

Sé lo que pretende, pero no va a conseguirlo. Vine con la intención de no causar problemas. No voy a rebajarme con esta víbora que está celosa. Creí que Massimo tenía mejor gusto. No puedo entender qué ha visto en ella.

—Bianca, ¿qué haces aquí? —Lucrezia aparece en el momento perfecto—. ¿Estás molestando a mi amiga? Massimo se cabreará cuando sepa que te has metido con su protegida.

—Su protegida —repite Bianca con sorna—. No sabía que ese era el nombre que se le daba a una mujer que ha sido secuestrada.

Bianca desaparece dejando una estela de perfume caro. Arrugo la nariz. Lucrezia me mira preocupada, por lo que fuerzo una sonrisa.

—Tranquila, no ha podido conmigo.

—Ni caso. Es un veneno.

—Ya me he dado cuenta...

—¡Sofía! —El pesado aparece con mi copa—. ¡Te he buscado por todas partes!

—Gracias, Vittorio.

—Lorenzo —me corrige un tanto molesto.

—Ah, perdona. Tengo mala memoria para los nombres. —Le doy un trago al Gin-tonic—. Mi amiga también está sedienta. Tal vez podrías...

—¡Por supuesto! —exclama deseoso de complacerme.

Lucrezia se parte de risa cuando el pesado se marcha.

—Ha sido impresionante.

Dejo la copa en una bandeja que porta un camarero. Le doy la mano y la arrastro hacia la pista de baile.

—Será mejor que nos movamos antes de que regrese.

—¡No sé bailar!

—Casi nadie sabe bailar. —Le doy la mano para que dé una vuelta—. ¿Lo ves? Solo déjate llevar.

—Espero que Bianca no te haya arruinado la fiesta.

—Bah, ya ni siquiera me acordaba de ella.

«Mentira», grita la molesta voz de mi cabeza. «En el fondo sigues preguntándote cómo es posible que Massimo se haya fijado en una mujer como ella». «Son tal para cual —respondo para mis adentros—, dos personas odiosas».

La diversión dura poco, pues el pesado consigue encontrarme. No le he dado pie a que crea que estoy interesada en él. Solo he sido educada. El hecho de que forzara un par de carcajadas cuando me contó un mal chiste no significa que quiera acostarme con él. Por desgracia, algunos hombres confunden la amabilidad con una invitación sexual.

Lucrezia pone cara de circunstancias cuando Lorenzo —el pesado—, baila demasiado pegado a mí. Le doy la espalda y sigo a mi bola. Supongo que en algún momento tendrá que captar que no me interesa. Mi amiga me ha chivado que es el hijo de un influyente político con el que Massimo ha hecho negocios. No quiero causarle problemas a Massimo. Esa es la única razón por la que no le he pegado cuatro voces a Lorenzo. Lo único que quiero es divertirme como si fuera una chica de veintitrés años a la que no han secuestrado. Joder, iba a casarme con un hombre maravilloso. ¿No merezco un poco de diversión?

—Baila conmigo —insiste Lorenzo. Me tenso cuando me da un beso en el cuello—. Eres tan guapa...

Vale, se acabó. Me da igual que sea el hijo del socio de Massimo. No pienso soportar que siga invadiendo mi espacio personal. Hasta ahí podíamos llegar.

—No vuelvas a besarme. —Me doy la vuelta para quedar de cara a él—. ¿Entendido?

—No seas exagerada. —Se ríe como si fuera una dramática—. Solo ha sido un beso amistoso. Aunque, si tú quieres, podemos ser más que amigos.

—No quiero —espeto.

Lorenzo finge que no me ha escuchado y rodea mi cintura para pegarme a su cuerpo. Pongo las manos en su pecho para separarlo. No me da tiempo a empujarlo, pues alguien le aprieta el hombro. El pesado esboza una mueca de dolor y me suelta. Abre mucho los ojos al ver a Massimo, que lo observa con una expresión que no augura nada bueno.

—Hola, Massimo.

—Para ti soy el señor Morello —le aclara. Sigue apretándole el hombro. Lorenzo contrae la expresión. Se nota que está haciéndole mucho daño—. La señorita te ha dejado claro que no quería que la tocaras. ¿Estás sordo?

—N- no —titubea Lorenzo—. Solo quería bailar con ella...

—Si vuelves a tocarla, te mato. —Massimo aparta la mano y el pesado se encoge de miedo—. ¿Te ha quedado claro?

—Tu padre y el mío son...

Massimo ladea la cabeza. Ese simple gesto consigue que Lorenzo cierre la boca y asienta.

—Le debes una disculpa.

Lorenzo me mira agobiado. Me gustaría decir que disfruto de la situación, pero en realidad no lo hago. Lo único que quiero es que se vaya. Eso es todo.

—Lo siento, Sofía.

—No pasa nada —respondo mientras miro a Massimo.

Massimo le hace un gesto a Lorenzo para que se marche. Respiro aliviada cuando

desaparece.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sé defenderme sola.

—No es eso lo que te he preguntado.

—No tenías por qué amenazarlo —insisto irritada—. Si no lo he mandado a la mierda ha sido porque sé que tienes negocios con su padre. No quería causarte problemas.

Massimo me mira desconcertado, hasta que su expresión se endurece.

—Hago negocios con la mitad de los hombres de esta fiesta, pero si alguno de ellos te molesta o simplemente te mira mal, tendrá que vérselas conmigo —aclara hecho una furia—. Así que no vuelvas a contenerte con un idiota al que has rechazado. No tienes por qué hacerlo. Te invité a la fiesta para que te divirtieras. Siento que las cosas no hayan salido como las planeé.

Me quedo boquiabierta. No puedo creer que acabe de disculparse conmigo. Es cierto que no me estoy divirtiendo. Además, el hecho de que anteponga mi bienestar a sus negocios es... Dios, no lo sé. Nunca estoy segura de nada cuando se trata de Massimo Morello.

—¿Quieres algo de beber? —se ofrece al ver que permanezco callada.

—Puedo ir a por mis propias copas.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta sin entender nada.

—No —miento. En realidad estoy disgustada, pero no entiendo la razón, lo que me hace estar más enfadada—. Por cierto, dile a tu novia que no vuelva a molestarme. Tenéis un grave problema de comunicación, pero no es mi problema.

Massimo me mira de una forma que no me gusta en absoluto. Tiene la desfachatez de sonreír. Me cruzo de brazos. ¿De qué va?

—Bianca no volverá a molestarte —asegura con tranquilidad—. Te doy mi palabra.

—Bien.

—¿Estás celosa?

Lo fulmino con la mirada.

—¿Yo? —Suelto una carcajada desprovista de humor—. Me da igual lo que hagas con tu vida, Belcebú. Ya sabía que eras un mal hombre. Has intentado coquetear conmigo a pesar de que tienes pareja.

—Coquetear contigo —repito divertido.

—Tus miradas intensas, el momento que compartimos en la playa... ¡Hasta tuviste la desfachatez de decirme que te tocarías pensando en mí! —le recuerdo con las mejillas encendidas de indignación—. No quiero seguir hablando contigo. Estoy sufriendo una ruptura. No me molestes.

—No parece que estés muy afectada por la ruptura —comenta sin dejar de sonreír.

—¡Tú qué sabrás! —exclamo alterada—. Olvídame, necesito una copa.

Joder, no entiendo por qué de repente estoy tan cabreada. Una parte de mí esperaba que Massimo me dijera que Bianca no es su pareja. No entiendo cómo ha podido fijarse en una mujer

tan despreciable. Además, ¿por qué ha estado prestándome tanta atención si tiene novia? Ahora resulta que no soy tan especial para él. A ver, que me importa un bledo. Encima tiene la caradura de recriminarme que no estoy sufriendo lo bastante por mi ruptura. ¿Cómo se atreve?

Llego a la barra y pido un Gin-tonic muy cargado. Es evidente que mi secuestro está pasándome factura. De lo contrario, me traerían sin cuidado las palabras de Massimo y el hecho de que haya decidido compartir su vida con una víbora.

Capítulo 32

Massimo

Sofía está borracha.

No le he quitado la vista de encima mientras me dedicaba a estrechar manos y entablar conversaciones. Para que luego digan que los hombres no sabemos hacer dos cosas a la vez.

Ha ido seis veces a la barra. Al principio dejé que bebiera y bailara. Necesitaba divertirse. Cuando comprendí que estaba descontrolada, le pedí a Luciano que ordenara al camarero que le sirviera agua en lugar de ginebra. Eso no le ha impedido seguir bailando mientras un puñado de hombres la miran sin atreverse a tocarla. El idiota de Lorenzo ya ha aprendido la lección, lo que ha hecho que se corra la voz de que mi acompañante es intocable.

Me fastidia que Sofía haya dado por hecho que antepondría mis negocios a su integridad. Prefiero asesinar uno por uno a mis socios antes de que uno de ellos crea que puede ponerle las manos encima sin su consentimiento. O con su consentimiento. A estas alturas ya he decidido que ninguno de esos idiotas va a tocarla aunque ella se lo suplique.

Es hora de irse, pero antes debo hacer algo. Voy al extremo opuesto de la sala, donde Bianca está charlando con un viejo conocido. Una simple mirada basta para que el hombre se esfume. Bianca sonríe al verme, pues cree que lo he obligado a marcharse porque quiero su atención. No podría estar más equivocada. Por mí como si se folla a todos los hombres de esta fiesta. Me trae sin cuidado.

—Massimo. —Me echa los brazos al cuello—. ¿Has cambiado de opinión, querido?

La agarro por las muñecas para que me suelte.

—En lo que a ti respecta tengo las cosas muy claras. —Me aparto de ella—. No vuelvas a acercarte a Sofía, ¿entendido?

A Bianca le tiembla el labio inferior. Sus ojos se llenan de lágrimas. Respiro hondo. No quiero perder la paciencia con esta arpía. Debería haber escuchado a mi hermana cuando me advirtió que no era trigo limpio. Ahora me arrepiento de haberla metido en mi cama.

—Solo quería ser amable con ella. —Juega con un mechón de su pelo—. He visto que estaba sola y se sentía desubicada. Pensé que valoraría mi compañía. ¿Acaso te ha contado otra cosa? Porque te juro que...

—Basta. —Estoy cansado de sus juegos sucios—. Si vuelves a molestarla, lo pagarás caro.

—Massimo —lloriquea—, te juro que no...

—No me obligues a tomar represalias, Bianca. Sabes de lo que soy capaz. Aprecio a tu padre. Ponme las cosas fáciles. Sal de mi vida. De lo contrario, atente a las consecuencias.

Me doy la vuelta y la dejo llorando. Creo que ya le ha quedado bastante claro. Stefano está apoyado en un pilar, sonriendo como un idiota mientras Sofía se contonea en el centro de la pista. ¿Por eso quiere que me aleje de ella? ¿Para tener una oportunidad?

—¿Disfrutando del espectáculo? —pregunto furioso.

—Oh, sí —responde sin dejar de sonreír—. Ha bebido demasiado.

—Deja de mirarla como si creyeras que vas a meterla en tu cama.

—¿Te pelearías conmigo por una mujer? —Me mira con incredulidad—. Siento que no te conozco, Massimo.

Lo observo sin pestañear. Espero que eso no suceda. Es mi mejor amigo. De hecho, es el único amigo que tengo. No quiero que me obligue a elegir.

—Es preciosa, pero no me gustan las mujeres que suponen un problema. Además, jamás te haría algo así.

Me relajo de golpe. Stefano me mira como si no me reconociera. Lo ignoro y centro la vista en Sofía. Me gusta que lo pase bien. Levanta los brazos, echa la cabeza hacia atrás y se mueve al ritmo de la música. Intenta atrapar a mi hermana, pero ella se resiste y corre al otro extremo. Me agrada su amistad. Lucrezia siempre se ha sentido muy sola. El hecho de que Sofía le haya dado una oportunidad, a pesar de que sea mi hermana, habla muy bien de ella.

—Tengo que sacarla de aquí.

—Es la primera frase coherente que has dicho desde que llegaste —reconoce Stefano—. Puedo encargarme de todo. Llevaré a tu hermana a casa cuando la fiesta termine.

—Eres un buen amigo, Stefano.

—Hace un minuto querías estrangularme.

Lo ignoro y voy a por Sofía. Odio que saque mi parte más posesiva. Antes de conocerla no me consideraba un tipo celoso. Me acostaba con muchas mujeres y les dejaba claro lo que podían esperar de mí. Nunca me importó que ellas pudieran fijarse en otros hombres. Lo único que quería era divertirme. Sexo sin compromiso ni complicaciones.

—Sofía —la llamo.

Sigue bailando, pero me mira. Tiene el rostro colorado y algunos mechones escapan de su recogido. Me señala y se ríe.

—¡Belcebú!

Menos mal que la música está demasiado alta para que alguien la escuche. Todos se han dispersado cuando me he acercado a ella. Saben que no les conviene molestarme en este preciso momento.

—Nos vamos.

—¡No! —protesta—. ¿Justo ahora? ¡Lo estoy pasando genial!

—Has bebido demasiado.

—Solo estoy un poco contentilla. —Se parte de risa—. No me arruines la diversión.

Me cruzo de brazos e intento contener la sonrisa. Está más que contenta. Me da pena cortarle el rollo, pero no puedo dejar que siga bailando con tal desenfreno en una fiesta llena de hombres poderosos. Si alguno intenta acercarse a ella, me veré en la obligación de interceder. Stefano tiene razón. Lo primero deberían ser los negocios. Por eso debo sacarla de aquí.

—¿Estás sonriendo? —pregunta incrédula. Presiona el dedo índice contra la comisura de

mi boca—. Estás muy guapo cuando sonríes. Deberías hacerlo más a menudo.

—¿Entiendes por qué has bebido demasiado? —replico divertido—. Acabas de hacerme un cumplido.

—No pareces *tan* capullo cuando sonríes.

—Seguiré tomándomelo como un cumplido. —La atrapo del brazo antes de que consiga alejarse. Está empezando a tambalearse—. Se acabó la fiesta.

—¡No! ¡Amargado! —Me saca la lengua—. Ocúpate de tu novia.

—Tú eres más peligrosa que Bianca.

—¡Es una lagarta! —Intenta zafarse en vano—. No sé qué has visto en ella. Pensé que te gustaban más las rubias.

Estoy a punto de soltarla. Sabía que estaba celosa. Lo vi en sus ojos cuando me marché con Bianca.

—No tengo ningún prototipo —respondo con sinceridad—. Me gustan las mujeres atractivas.

—¿Te parece más atractiva que yo?

—Es una mujer muy atractiva —reconozco. Tiro de ella para que comience a andar—. Sofía, camina.

—No puedo creer que la desees más que a mí.

—Esa no es la pregunta que me has hecho.

—¿Te gusta más que yo?

En lugar de responderle, paso un brazo por su cintura para que se enderece. Me trae sin cuidado que algunos de los hombres más importantes de Sicilia nos observen con curiosidad. Pueden mirar lo que quieran. Esta mujer es mía.

—Deberías llevarla a su casa en lugar de ocuparte de mí. ¿O ya te has cansado de ella después de ese polvo tan rápido? No sabía que durabas tan poco. Esperaba algo más de *Il Diavolo* —se burla.

Freno cuando llegamos al umbral de la puerta. Sofía apenas puede sostenerse en pie. Me mira con una sonrisilla traviesa. Sabe que acaba de tocarme la moral.

—Me gusta cuando te pones celosa. Estás muy guapa.

—¡No estoy celosa!

—Tranquila, princesa. —Le aparto un mechón de la cara con la mano que tengo libre—. Después de lo que hice con Bianca, sigo teniendo energía para ti. Te lo puedo demostrar cuando lleguemos a mi casa.

A ella se le escapa el aliento cuando me mira la boca. El corazón me da un vuelco. Esta vez no lo he imaginado. Me desea. Aunque solo haya sido por una fracción de segundo. Sé lo que he visto.

Traga saliva antes de girar la cara. Sus mejillas se tiñen de un precioso tono rojo.

—¿Tienes calor? —la provoco.

—Son náuseas por tenerte tan cerca.

—Eres una borrachilla mentirosa. —La obligo a seguir caminando. Sofía se tropieza con el primer escalón—. ¿No puedes caminar?

—¡Claro que puedo!

Está a punto de doblarse el tobillo, pero consigo actuar justo a tiempo. Le paso una mano por debajo de las rodillas y otra alrededor de la espalda. Sofía ahoga un grito. La agarro con fuerza para que no se caiga. Por primera vez no se queja. Se limita a mirarme. Ha enmudecido.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

—Voy a vomitar...

—No hace falta que finjas que... —Ella reprime una arcada—. Oh, mierda.

Salgo a la calle y la dejo en el suelo. Sofía vomita en la maceta del enorme ficus que hay en la entrada. Lo único que puedo hacer por ella es sujetarle el pelo. Una pareja se queda mirando y atravieso con la mirada al tipo. Se largan espantados.

—¡No mires! —lloriquea después de haber echado la pota—. ¡Es culpa tuya!

—¿Mía? —intento no reírme. No quiero hacerla sentir peor—. Yo no te he obligado a beber seis Gin-tonic.

—¿Lo has contado?

—Por supuesto. No te quité la vista de encima mientras ibas a la barra. —Le hago un gesto al chófer. El comprende lo que le pido y busca una caja de pañuelos. Cojo unos cuantos y se los entrego a Sofía—. Te sentirás mejor después de dormir un poco.

Acepta los pañuelos y se limpia la boca. Me rasco la nuca. Pobre ficus. Cojo mi cartera y le entrego un par de billetes de cincuenta al conserje, que finge no mirarnos. Lo hago porque sé que será él quien deba limpiar el desastre. El hombre los acepta encantado y hasta me hace una reverencia. Sofía me mira con el ceño fruncido mientras la ayudo a subir al coche.

—¿Qué?

—Hoy no pareces tan capullo —responde. Va a acariciarme la cara, pero al final lo piensa mejor y deja caer el brazo—. No, olvídalo. Tienes novia. Pues claro que eres un capullo. ¡Un capullo infiel!

Sacudo la cabeza y suelto una carcajada. Cierro la puerta, le ordeno al chófer que nos lleve a casa y rodeo el coche para entrar por el otro lado. Estoy convencido de que no voy a olvidar esta noche.

Capítulo 33

Massimo

He tenido que pedirle al chófer que pare seis veces. Sofía no ha dejado de vomitar. Cada vez que abría la puerta, le sujetaba el pelo y luego le ofrecía un clínex para que se limpiara. Ahora está agazapada en el asiento. Ojalá pudiera hacer algo más por ella. Menos mal que solo quedan un par de kilómetros para llegar a nuestro destino.

Estoy mirando por la ventanilla cuando escucho un hipido. Me vuelvo hacia ella y me percato de que está llorando. Es la primera vez que lo hace delante de mí. Me está dando la espalda y se tapa la cara con las manos.

—Tranquila, pronto te encontrarás mejor. —Pongo mi mano encima de la suya—. Ya estamos llegando.

—¡Odio que me veas llorar!

—Cerraré los ojos.

—¡No te burles de mí! —grita con la voz llena de lágrimas—. ¡Odio que seas tan considerado conmigo!

—¿Preferirías que fuera más duro?

Lo piensa durante unos segundos. Luego niega con la cabeza, pero sigue sin mirarme.

—No —susurra—. Pero no sabía que pudieras ser tan tierno. He manchado tu coche de vómito.

—El coche me importa una mierda. Lo único que quiero es que estés bien.

—¿No estás enfadado porque he bebido demasiado?

—Todos nos hemos emborrachado alguna vez —le resto importancia—. Tenía catorce años la primera vez que cogí un buen pedo.

Sofía separa los dedos para mirarme. Acabo de captar su interés. La verdad es que nunca le había contado la historia a nadie, pero estoy dispuesto a hacer una excepción con ella con tal de que se sienta mejor.

—¿Qué pasó? —pregunta con curiosidad.

—Solo quería divertirme como cualquier otro chaval de mi edad. Fui a una discoteca. Tenía prohibido salir sin escolta. Cuando mi padre se enteró, mandó a un par de sus hombres a buscarme. Luego... —me aclaro la voz. Creí que ya lo tenía más que superado—. Me dio una paliza. Para eso no necesitó a ningún hombre.

Sofía aparta las manos. Tiene los ojos muy abiertos. Me mira horrorizada.

—Mientes —dice en voz baja.

—Ojalá. —El coche se detiene—. Ya hemos llegado.

Salgo del coche y voy hacia su puerta para ayudarla a bajar. Está pálida. Parece que ya ha

vomitado todo lo que tenía en el estómago. Me agacho y ella se sobresalta cuando le cojo un tobillo. Me da rabia que siga teniéndome miedo. Ojalá pudiera hacerle entender que no tiene nada que temer de mí.

—Los tacones —la tranquilizo—. Caminarás mejor sin ellos.

Se los quito y los lanzo al césped.

—¡Valen una fortuna!

—El dinero solo es dinero. —Vuelvo a cogerla en brazos. Ya ni siquiera se queja. De todos modos, añado—: No quiero que te hagas daño por caminar descalza.

—Tú eres el que se hará daño. —La miro sin entender. Ella se agarra a mi cuello, como si fuera a dejarla caer—. Peso demasiado.

—Bobadas.

La aprieto contra mi pecho para que sepa que no me supone ningún esfuerzo cargarla. Debería haber sido más duro con aquella maldita dependienta que criticó su aspecto. No le sobra ni un gramo. Sofía es perfecta.

—Tu novia me dijo que soy una enana a la que le sobran por lo menos diez kilos.

Estoy a punto de tropezarme con mis propios pies. Tengo ganas de matar a Bianca.

—¿Y tú la creíste?

—No.

—Sofía...

—Tal vez, durante unos segundos. Casi todas las mujeres tenemos algún complejo con nuestro cuerpo. Ya sé que solo intentaba hacerme daño.

—No va a volver a acercarse a ti —le prometo con la voz temblorosa por culpa de la ira.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se lo he ordenado. Sabe lo que le conviene. No te preocupes por ella.

—Es natural que esté enfadada. Es tu novia y...

—No es mi novia —le aclaro. La dejo en el suelo cuando llegamos al salón—. Nunca he dicho que lo fuera.

Sofía se limita a mirarme durante lo que me parece una eternidad. Se muerde el labio. Me pilla desprevenido al dar un paso y acariciarme la cara. El aire se congela en mis pulmones. Cierro los ojos y atrapo su muñeca para que no deje de acariciarme. Me gusta demasiado que lo haga.

—Eres un demonio bellissimo —dice fascinada—. Odio que seas tan guapo.

—Hay muchas cosas que odias de mí.

—Odio que a veces tenga ganas de besarte. Odio no llorar por mi prometido. Odio que te cuesles en mis pensamientos. Odio no poder odiarte tanto como me gustaría —dice de carrerilla.

Soy incapaz de no sonreír como un imbécil. Acaba de admitir que tiene una lucha de voluntades. Bajo su mano hasta mi boca y le doy un beso en la palma. Sofía no hace el amago de retirar la mano.

—¿Vas a besarme? —pregunta con los ojos clavados en mi boca.

—No.

Ladea la cabeza. Parece confundida.

—Pensé que te gustaba —dice decepcionada.

—La palabra gustar se queda corta, princesa.

—¿Entonces...?

—No voy a besarte mientras estés borracha —le aclaro con rotundidad—. Ya sé que consideras que soy un mal hombre. Pero incluso un mal hombre como yo tiene principios. Jamás te besaría sabiendo que mañana puedes arrepentirte. Además, te dije que solo te besaría cuando me lo pidieras.

Sofía abre la boca, seguramente para protestar o insultarme, pero se da la vuelta y vomita dentro de un jarrón de porcelana china que cuesta más de quince mil euros. Vaya, y yo que pensaba que tenía el estómago vacío.

—Te odio —murmura con debilidad.

—Claro que sí. —Le froto la espalda—. Voy a llevarte a tu habitación.

La ayudo a subir las escaleras. Al llegar a su habitación quito el edredón para que pueda tumbarse. Sé que dormiría más cómoda sin ropa, pero no puedo desvestirla. Sofía se desploma en la cama con un sonoro suspiro.

—Siento mucho lo que te hizo tu padre. —Agarra mi mano—. Ojalá alguien hubiera cuidado de ti como tú has hecho esta noche conmigo.

—No pienses en ello. —Le acaricio la mejilla con cariño—. Fue hace mucho tiempo.

—Pero te sigue doliendo. Lo veo en tus ojos.

No sé qué decir. Tiene razón.

—¿Tu madre era buena contigo?

—Mi madre solo quería ser libre —respondo con un nudo en la garganta—. No supo encargarse de nosotros. Las familias idílicas no existen en un mundo como el mío. Por eso me alegro tanto de que seas amiga de Lucrezia. Ella te necesita.

—Sí, Lucrezia me cae bien... —Sofía se tumba de lado y bosteza—. Si vuelvo a vomitar...

—No te preocupes por eso. —Le retiro el pelo de la cara con delicadeza. Me gusta que no se aparte—. ¿Quieres que me quede contigo hasta que te quedes dormida?

—No debería sentirme segura a tu lado. —Le pesan los ojos y apenas puede mirarme—. Obligaste a Jorge a romper conmigo. No eres de fiar. Podrías hacerme daño...

—Nunca. —Sigo acariciándole el pelo—. Solo quiero cuidar de ti, princesa.

—Odio no poder dudar de ti.

Se queda profundamente dormida al cabo de unos segundos. La observo embelesado. Es tan guapa que me duele mirarla. No puedo resistir la tentación de darle un beso en la frente. Sofía balbucea algo que no llego a entender. La arropo con la sábana y salgo de su habitación.

«Mi dulce Sofía. Cuánto he aprendido de ti en una sola noche. Ojalá mañana despiertes odiándome un poco menos».

Capítulo 34

Sofía

«Me estoy muriendo», es lo primero que pienso al abrir los ojos.

Tengo la boca seca, me escuece la garganta y la cabeza me va a explotar. Joder, ¿por qué tuve que beber tanto? Ah, sí, ya lo recuerdo. Estaba furiosa con Massimo después de que me quitara a aquel pesado de encima. Furiosa y celosa. No lo entiendo, pero la repentina aparición de su novia fue un dardo envenenado a mi orgullo.

«No es mi novia —recuerdo sus palabras—, nunca he dicho que lo fuera».

Ay, Dios...

Me siento en la cama, lo que me produce un súbito mareo. Mierda, lo recuerdo todo con demasiada claridad. Ojalá fuera la clase de persona que no se acuerda de nada después de haber bebido hasta el agua de los floreros. Me tapo la cara con las manos. Tengo ganas de llorar.

Massimo me vio vomitar. No una, ni dos, ni tres veces. Fue amable conmigo. De hecho, se comportó de forma muy considerada. Incluso le pregunté si iba a besarme y me enfadé cuando se negó porque estaba borracha.

—¡Mierda! —exclamo indignada conmigo misma.

¿Se puede hacer más el ridículo? Bah, lo dudo.

Recuerdo lo que me contó sobre sus padres. Un nudo de tristeza me atenaza el pecho. No quiero sentir lástima ni empatía por el hombre que me ha secuestrado, pero en este momento me resulta muy complicado. Supongo que las circunstancias nos definen. Fue criado por un padre cruel y sospecho que una madre ausente. Lo prepararon para ser el Don de la mafia siciliana. En su mundo no hay espacio para la piedad. Sin embargo, ayer se portó como un caballero conmigo.

—¡Basta!

Me pongo de pie y consigo arrastrarme hacia el baño. He dormido con la ropa puesta. Massimo habría podido acostarse conmigo. Sé que anoche no me habría negado. Los dos lo sabíamos. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué tuvo que ser tan considerado?

«Odio no poder odiarte, Massimo. Lo odio con todas mis fuerzas, pues sé que te mereces mi odio por haberme secuestrado».

Me desnudo y lleno la enorme bañera. No me siento mejor después de haberme dado un baño caliente con espuma. Ahora tengo que salir de la habitación. Es hora de dar la cara, pero no tengo fuerzas. Por eso cojo ropa cómoda y vuelvo a meterme en la cama. Me da vergüenza mirar a Massimo a los ojos.

—¡Buenos días! —exclama Marcella. Llega con una bandeja en la que hay un tazón humeante y un par de tostadas—. Me han dicho que estás un poco pachucha.

—¿Quién te lo ha contado?

—Massimo me ha explicado que anoche te sentó mal la cena. Es una pena que tuvieras

que volver tan pronto de la fiesta. Me ha pedido que cuide de ti. Te he traído una infusión de manzanilla y un par de tostadas con aceite y pavo. Es lo que suelo prepararle a Lucrezia cuando tiene dolor de estómago.

—Gracias, Marcella, pero no tengo mucha hambre.

—Bebe al menos la infusión.

Obedezco porque se ha tomado la molestia de prepararla. La verdad es que agradezco que Massimo le haya mentido. Me da vergüenza haberme emborrachado. No sé por qué tuve que beber tanto. Ya no soy una cría.

—Ah, ¡casi lo olvidaba! —Marcella me ofrece un teléfono móvil. Lo miro como si acabara de entregarme una pistola—. Massimo me ha pedido que te lo diera. Dice que tal vez te gustaría llamar a tu amiga.

—¿Quiere que tenga un teléfono? —pregunto alucinada.

—Supongo que ya sabes que no sirve de nada que llames a la policía... —murmura con tono prudente.

Aprieto el teléfono contra mi pecho. Anoche me emborraché y probablemente lo dejé en evidencia delante de un montón de hombres poderosos. Vomité mientras me sujetaba el pelo. Y, a cambio, él me ha dado un teléfono para que pueda hablar con mi amiga sin vigilancia.

—No entiendo a Massimo —balbuceo agobiada.

—¿Qué hay que entender? —Marcella me acaricia la cabeza como si fuera su hija—. Ese hombre está loco por ti. Lo supe la primera vez que vi cómo te miraba. Mi querido muchacho ha perdido el juicio. No sabes cuánto he rezado durante todos estos años para que apareciera una mujer que ablandara su corazón.

—Yo no... —me atraganto con mi propia saliva—. Nosotros no... Iba a casarme con un buen hombre, pero él...

—Tranquila. —Marcella me aprieta la mano con cariño y luego se dirige a la puerta—. Te dejaré sola para que puedas hablar con tu amiga.

—¡Espera! —le pido antes de que salga. Marcella me mira con interés—. ¿Cómo puedes creer que es un buen hombre? Ha cometido muchos crímenes.

Marcella inspira profundamente.

—Llevo toda mi vida trabajando para los Morello. Mis padres fueron empleados de los abuelos de Massimo. Estoy acostumbrada a tratar con hombres déspotas y crueles. He visto de todo. Ya casi nada puede impresionarme. Sin embargo, cuando sostuve a Massimo por primera vez siendo un bebé, supe que él sería diferente. —Me sonrío como lo haría una madre que defiende a capa y espada a su hijo—. Él y Lucrezia no tuvieron una infancia normal ni fácil. No pretendo defender sus actos, pero sé que hay bondad dentro de él. Tu mundo y el suyo son muy distintos, querida. Para sobrevivir en su mundo hay que ser implacable. Me gusta pensar que habría sido un hombre legal si hubiera tenido la oportunidad de criarse en otro ambiente. Al fin y al cabo, hacemos lo que podemos para sobrevivir.

Marcella se va, dejándome más confusa de lo que ya estaba. Me digo que los actos de Massimo no tienen justificación. Da igual que se viera obligado a ser el líder de la mafia

siciliana. Todos podemos escoger nuestro camino, ¿no?

Capítulo 35

Sofía

No puedo permanecer eternamente encerrada en la habitación, por lo que salgo a tomar el aire. Al bajar las escaleras me tropiezo con Lucrezia, que aprieta los labios para intentar no reírse.

—¿Qué tal?

—He tenido días mejores —respondo con la voz ronca. Me duele la garganta, supongo que por haber vomitado tanto.

—Ay, pobre. —Me mira con empatía—. Por eso yo nunca bebo.

—Haces bien. Los Gin-tonic los carga el diablo. —Recuerdo cómo llaman a su hermano y pongo cara de circunstancias—. La verdad que anoche Massimo fue muy amable conmigo. ¿Dónde está? Me gustaría disculparme por haber sido una irresponsable.

—¡No es para tanto! —le resta importancia—. No sé dónde está. Esta mañana salió. ¿A qué te refieres cuando dices que fue mi amable contigo?

Comienzo a sonrojarme. Tengo muchísimo calor y soy incapaz de mirar a Lucrezia a los ojos. No sé cómo explicar lo que sucedió sin darle mayor importancia. Va a notar en mi cara que estoy demasiado afectada por el comportamiento de su hermano.

—Cuidó de mí —respondo sin entrar en detalles.

—Cuidó de ti —repite con recelo—. ¿De qué forma?

—Me sujetó el pelo mientras vomitaba e intentó que me sintiera mejor.

—Massimo te sujetó el pelo mientras vomitabas.

—¡Deja de repetir lo que digo!

—Es que... —Lucrezia está atónita—. Jamás habría pensado que mi hermano le sujetaría el pelo a una mujer que estaba vomitando en lugar de apartarse asqueado. Perdona, no quiero ser insensible. Es solo que no me pega nada viniendo de él. Las mujeres solo le interesan para una cosa. —Lucrezia esboza una sonrisilla cómplice—. Sabía que le gustabas, pero no tenía ni idea de que fueras tan importante para él.

—¡Venga ya! Solo se cuidó de alguien que lo necesitaba...

—Es el Don de nuestra familia. Incluso una persona como tú, ajena a nuestro mundo, debe comprender lo raro que fue que anoche se marchara de la fiesta para hacerse cargo de ti. —Lucrezia me evalúa sin pestañear—. Creo que por eso estás tan nerviosa. Massimo ya no te cae tan mal. Has empezado a mirarlo con otros ojos.

—¡Por supuesto que no! —protesto escandalizada—. Qué tontería. Sigo furiosa con él por lo que pasó en la playa. De hecho, le tengo muchísimo rencor. Le puso una pistola en la cabeza a mi ex prometido. ¿Qué clase de persona sería si no lo tuviera en cuenta?

Lucrezia finge pensarlo durante unos segundos.

—Una que se deja llevar por el corazón.

—Tiene gracia que menciones el corazón cuando tu hermano carece de él —contesto mosqueada—. Entiendo que lo defiendas, pero no pretendas que yo lo vea desde tu punto de vista. Me ha secuestrado. Cómo se nota que no puedes ponerte en mi lugar.

Lucrezia retrocede un paso. Le he hecho daño, pero estoy demasiado alterada para retirar mis palabras.

—No pretendía enfadarte. Solo digo lo que veo.

—Ya, pues te equivocas.

—Vale —responde compungida—. Lo siento.

Tengo un nudo en la garganta. De repente siento muchísimas ganas de llorar. No comprendo mis sentimientos. Me enfurece no ser capaz de odiar a Massimo. ¿En qué clase de persona me estoy convirtiendo? Ignoro a Lucrezia y salgo de la casa para tomar el aire. Tal vez me encuentre un poco mejor después de dar un paseo. Es obvio que necesito aclarar mis ideas.

Me dirijo al jardín, que es tan espectacular como la casa. Está repleto de arbustos florales. Es un paisaje lleno de tonos alegres. Entierro la nariz en un rosal y aspiro su olor. Ojalá las cosas no fueran tan complicadas. En este momento mis emociones me desbordan. Quiero ser fuerte. Me encantaría mirar a Massimo sin una pizca de deseo. Estar delante de él y no sentir nada, excepto desprecio.

¿Soy una mala persona por no odiar al hombre que estuvo a punto de matar a Jorge? Joder, no lo sé. No entiendo na...

Me quedo congelada cuando noto el cañón de una pistola presionando contra mi nuca.

—Quieta, puta —ordena un hombre.

El corazón me da un vuelco. La sangre se me hiela.

—¿Quién eres? —pregunto con un hilo de voz.

El tipo me agarra del brazo para girarme. Estoy a punto de chillar cuando lo reconozco. Es Giancarlo, el hombre que me abofeteó. El mismo al que Massimo dio una paliza. Comprendo lo que está a punto de suceder cuando lo miro a los ojos. Hay una rabia visceral en los suyos.

—He pasado varios días en el hospital recuperándome de las heridas —me explica. Su mirada resbala por mi cuerpo. Agradezco haberme puesto un chándal, pero eso no le impide contemplarme como si fuera desnuda—. El cabrón de Massimo me expulsó como si fuera una rata. Pero el muy idiota olvidó que conozco demasiado bien esta casa. Sé cómo colarme sin ser visto.

Me aparta un mechón de pelo con la pistola. Esboza una sonrisa perversa. Siento náuseas.

—¿Qué quieres? —balbuceo.

—Ya sabes lo que quiero, zorra. —Me baja la cremallera de la sudadera. Estoy tan asustada que solo tiemblo—. El Don considera que sus hombres no son lo bastante buenos para divertirse con su nueva putita.

—Para —le pido en un susurro—. Te estás sentenciando a muerte. Cuando Massimo

descubra que...

Me cruza la cara de una bofetada. Un segundo después un líquido cálido resbala por mi labio. El tipo me arranca la sudadera sin dejar de apuntarme.

—Ni siquiera te has puesto sujetador. —Me agarra un pecho y aprieta con fuerza. Suelto un chillido que le provoca una sonrisa malévola—. En el fondo lo estás deseando.

—No me toques —digo completamente aterrorizada.

—Alguien debería recordarte cuál es tu lugar. —Se baja la cremallera mientras se lame el labio inferior. Mi estómago se retuerce por el asco—. El Don ha perdido el juicio por tu culpa. Ya no es el hombre al que admiraba. ¡Me apaleó como si fuera un perro!

Me da un empujón que me tira de espaldas. Quiero echar a correr, pero sé que no es una buena idea porque no deja de apuntarme con la pistola. Se baja los pantalones y me enseña su miembro erecto. Aparto la mirada con brusquedad, pero él se agacha y me sostiene la barbilla.

—Chúpamela, puta.

Me agarra por el cuello para acercarme a su pene. Intento zafarme, pero me tiene bien sujeta. Solo puedo chillar.

—¡No! ¡Socorro! ¡Massimooo! —grito su nombre con desesperación—. ¡Massimooo!

—¡Cállate! —Me da otra bofetada—. ¡He dicho que te calles!

Me tapa la boca y me dedica una mirada furiosa. Aprieta la pistola contra mi pecho. Mira a su alrededor y luego me baja los pantalones de un tirón. Le muerdo la mano y él masculla una palabrota. Me tira del pelo. No pienso permitir que me viole sin oponer resistencia. Prefiero morir antes que dejar que me toque.

—¡Estate quieta, zorra! —Mete la rodilla entre mis muslos para obligarme a separar las piernas—. En el fondo te va a gustar...

Tiene que apartar la mano que ha puesto en mi boca para agarrarme las muñecas, así que aprovecho para gritar con todas mis fuerzas.

—¡Ayudaaa! ¡Socorrooo! ¡Massimooo! ¡Massimooo!

Grito su nombre una y otra vez. Me revuelvo con todas mis fuerzas. Por desgracia, este tipejo es mucho más fuerte que yo. Me da un puñetazo que me deja aturdida y luego me arranca la camiseta. Me muerde un pezón. Pataleo, grito e intento resistirme todo lo que puedo.

«Por favor, no dejes que ocurra».

«Por favor, mátame».

«Por favor, por favor, por favor...».

Me está bajando las bragas cuando alguien lo derriba de un puñetazo. Estoy en shock. No puedo moverme. Lo veo todo borroso. Escucho gritos. Me gustaría taparme, pero apenas puedo respirar. Lo presencio todo como si fuera la espectadora de una película que tiene miopía y ha olvidado las gafas. Creo que escucho un disparo.

—¡Sofía! —grita una voz ronca y cálida—. Oh, princesa. Lo siento tanto...

—¿Massimo? —consigo murmurar.

Me duele muchísimo la cabeza, supongo que por el puñetazo. No sé si estoy fantaseando.

Quizá ese desgraciado ha conseguido violarme y mi mente está creando una ilusión para sobrevivir.

—Estoy aquí. —Me sube los pantalones y luego me tapa con algo. Creo que es su chaqueta, porque huele a él—. Estoy aquí. Estás a salvo.

Lo veo todo negro antes de perder la conciencia. Lo último que recuerdo es el sonido de la voz rasgada de Massimo.

Capítulo 36

Massimo

—¡Conduce más rápido! —le ordeno a Stefano mientras acuno a Sofía en mis brazos—. ¡Joder!

—Voy todo lo deprisa que puedo.

Stefano conduce a más de ciento ochenta kilómetros por hora y esquiva los coches como un verdadero kamikaze. Sin embargo, no es suficiente. Mi dulce princesa agoniza en mis brazos. No sé qué hacer. Le acaricio la mejilla. Tiene el rostro magullado por culpa de las manos de ese cabrón. Se ha desmayado y no reacciona a mis súplicas.

—Princesa, no me dejes —le pido muerto de miedo.

Todo es culpa mía. Debería haber matado a ese perro sarnoso en lugar de haberle dado una paliza. Se ha vengado de mí de la peor forma. Jamás me lo perdonaré.

—Ya no puede hacerte daño. —Le acaricio el pelo con infinita delicadeza—. Por favor, despierta.

Stefano maldice cuando un coche no se aparta del carril izquierdo. Le pita y baja la ventanilla para asomar la cabeza. Desconecto y sigo acunando a Sofía. Ojalá abra los ojos y comience a insultarme. Necesito que me llame Belcebú. Quiero que me golpee o que intente escapar. Cualquier cosa menos esto, joder.

—Sofía —la llamo desesperado—. Sofía, despierta.

—Ya estamos llegando —intenta tranquilizarme mi amigo.

—¿Por qué no abre los ojos? —pregunto aterrado.

—No lo sé, Massimo. —El silencio pesa entre nosotros durante unos segundos—. Es una mujer muy fuerte. Estoy seguro de que se recuperará.

Jamás se repondrá de esto, pienso con amargura. Ese cabrón le ha puesto las manos encima. No sé hasta dónde ha llegado. Casi me dio un infarto cuando escuché gritar a Sofía. Supe que algo iba mal nada más oír mi nombre en sus labios. Gracias a Dios que decidí regresar antes a casa para comprobar qué tal estaba. Por desgracia, la encontré medio desnuda bajo aquel animal que la manoseaba. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Creo que le di un puñetazo. Me habría encantado matarlo a golpes, pero Sofía me necesitaba, así que le pegué un tiro cuando él suplicó clemencia. Después Sofía murmuró mi nombre antes de perder la conciencia. De eso hace más de diez minutos.

—¿Cuánto falta? —gruño.

—Menos de cinco minutos.

Sofía sigue sin reaccionar. No sé hasta dónde alcanzan sus lesiones. No sé si ese malnacido consiguió violarla.

—Sofía —pronuncio su nombre en voz baja—. Por favor, despierta. No me hagas esto.

Un Don nunca suplica. —Le acaricio la mejilla con el pulgar—. Me pondré de rodillas si es necesario. Por favor, Sofía...

Observo su rostro herido. Ni siquiera pestañeo durante el resto del trayecto. Tengo la esperanza de que abra los ojos. Quiero ser lo primero que vea cuando despierte. Necesito pedirle disculpas por no haberla protegido. Puede que me odie, pero al menos confiaba en mí. Y le he fallado.

Joder...

Me cuesta soltarla cuando Stefano abre la puerta para que los médicos la depositen en la camilla. Corro detrás de ellos y les grito que no pienso quedarme en la sala de espera cuando intentan detenerme.

—Massimo. —Stefano me pone una mano en el hombro—. Lo mejor que puedes hacer por ella es dejar que los médicos hagan su trabajo.

Tiene razón. Me quedo detrás de la puerta de cristal mientras observo a los médicos con impotencia. Le suplico a un dios en el que no creo que salve la vida de Sofía. Es demasiado buena para mí, lo sé. Ella no tiene la culpa de nada. Ahora entiendo por qué me llaman *Il diavolo*. Si pudiera, haría un trato con el mismo demonio para salvarla. Le ofrecería mi patética existencia a cambio. Le daría todo lo que me pidiera.

Capítulo 37

Sofía

Lo primero que veo al abrir los ojos es un nubarrón gris. Me pesan los párpados y me duele todo el cuerpo. Alguien pronuncia mi nombre, pero vuelvo a rendirme al cansancio. De pronto, estoy tumbada en un suelo cubierto de grava. Me sangran los codos, que tengo clavados en la arena mientras intento quitarme de encima al hombre que me está arrancando la ropa. Su peso no me deja respirar. Tengo la garganta atenazada por las lágrimas.

No puedo gritar.

No puedo moverme.

No puedo huir.

«Por favor, que acabe pronto».

«Por favor, mátame».

«Por favor, por favor, por favor...».

—¡No! —chillo con los ojos abiertos de par en par—. ¡Suéltame!

—¡Sofía!

Unas manos cálidas me sujetan por los hombros. Tengo la vista borrosa. Me cuesta enfocar. Una intensa luz blanca me deslumbra. No entiendo nada. ¿Estoy en el cielo? Solo quiero que la persona que me está agarrando me suelte. Quiero descansar.

—Princesa —dice una voz grave—. Estás a salvo.

Dejo de moverme al reconocer la voz de Massimo. Tengo una aguja clavada en el brazo y me duele muchísimo la cabeza. Creo que me pide que intente respirar. Abro la boca para tomar una bocanada de aire. Me cuesta tranquilizarme, pero lo voy consiguiendo cuando mis ojos se acostumbran a la luz. Parece que estoy en una habitación de hospital, lo que significa que no he muerto.

—Ya ha pasado. —Massimo me acaricia la mano con extrema delicadeza—. Te prometo que no tienes nada que temer.

Vuelvo la cara para mirarlo. Apenas reconozco al hombre deshecho que está arrodillado a los pies de mi cama. Massimo no lleva la americana. Tiene la camisa arrugada y el pelo hecho un desastre. Sus ojos están brillantes por culpa de la emoción y un poderoso alivio. Quiero levantar el brazo para acariciarle el pelo, pero estoy muy cansada.

—Massimo —digo con la voz raspada.

—Dime, princesa. —Toma mi mano entre las suyas y me mira preocupado—. ¿Te duele algo? ¿Quieres agua? ¿Necesitas que llame al médico?

Niego con la cabeza, lo que me produce un intenso dolor. Esbozo una mueca. Me percateo de que Massimo aprieta los dientes. No ha dejado de acariciarme la mano, pero está temblando. Es extraño. Lo único que quiero es consolarlo. No sé cuánto tiempo he permanecido

inconsciente, pero sé que ha sufrido por mi culpa. Lo veo en sus ojos. Jamás pensé que el Don pudiera emocionarse.

—Háblame —me suplica—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—¿Has llorado? —pregunto con voz débil.

Massimo suelta mi mano con brusquedad, se pone de pie y sale de la habitación. Quiero gritarle que no me deje sola, pero no tengo voz. No comprendo su reacción. En realidad, siento que nunca llegaré a entenderlo. No sé si se ha marchado porque está enfadado o porque quería esconderme sus lágrimas.

—Señorita Fernández —dice una enfermera de semblante amable—. Su novio nos ha dicho que había despertado. No se ha separado de usted en ningún momento. ¿Qué tal se encuentra?

«¿Mi novio?». La miro desconcertada, por lo que ella me sonrío con dulzura.

—El hombre apuesto que parece sacado de un anuncio de perfumes —bromea con una sonrisilla cómplice—. Nunca había visto este lugar tan lleno de enfermeras. Eres una mujer afortunada.

Agacho la cabeza para echarle un vistazo a mi cuerpo. Tengo los brazos llenos de moratones. No necesito un espejo para saber el aspecto de mi cara. La enfermera aprieta los labios. Se ha sonrojado.

—Lo siento muchísimo —se disculpa avergonzada—. No debería haber dicho eso teniendo en cuenta sus circunstancias...

—No pasa nada —le resto importancia—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Doce horas. —La enfermera comprueba el monitor y apunta algo en el expediente que hay a los pies de mi cama—. Ese hombre debe de quererla mucho. No ha salido de la habitación hasta que se ha despertado. Voy a llamar al médico. Ahora vuelvo.

Pienso en lo que ha dicho la enfermera. No sé cómo sentirme al respecto. Me duele la cabeza y sigo confusa. Ojalá Massimo no se hubiera marchado en cuanto me he despertado. Necesito ver un rostro conocido.

—Buenas tardes, señorita Fernández —me saluda un médico enorme. Al verlo siento una punzada de inquietud. Los recuerdos de lo que pasó me golpean con fuerza—. Voy a hacerle algunas pruebas...

—¡No! —chillo aterrada. Levanto los brazos para impedírselo—. ¡No me toque!

—Señorita Fernández, solo intento hacer mi...

—¡Quítame las manos de encima! —grito fuera de mí—. ¡No te acerques!

Alguien agarra al médico cuando intenta tomarme el pulso. Es Massimo. Tengo ganas de echarme a llorar.

—¿Qué demonios pasa? —brama furioso.

—Necesito hacerle un chequeo —se excusa el médico—. Solo intento hacer mi trabajo.

Massimo me observa sin decir nada. Me hago un ovillo con las sábanas. Estoy a punto de gritarle que no permita que ese hombre enorme me toque, pero no es necesario. Massimo suelta

al médico y le espeta:

—Llame a una doctora.

El médico abre la boca para protestar. Al ver la expresión implacable de Massimo, la cierra y asiente. Solo consigo respirar con normalidad cuando nos quedamos a solas. Entonces rompo a llorar, pues lo recuerdo todo con mucha claridad.

—Sofía...

—¡Me has dejado sola! —le recrimino con voz llorosa.

—Nunca. —Se arrodilla a los pies de la cama—. Estaba en el pasillo. Solo me he alejado un par de metros. Por eso he entrado tan rápido cuando te he escuchado gritar.

—No vuelves a irte...

—Lo siento. —Massimo me acaricia la mejilla con infinita delicadeza—. ¿Quieres que me quede mientras la doctora te examina?

—Sí —respondo sin dudar.

Su presencia me hace sentir a salvo. Sé que fue él quien me quitó de encima a aquel miserable. Estoy tan alterada que no me pregunto cómo es posible que el hombre que me ha secuestrado sea el único que puede tranquilizarme. Solo necesito que permanezca a mi lado. Ya tendré tiempo para cuestionar los motivos.

La doctora entra en la habitación unos minutos después. Supongo que soy dócil porque es una mujer. Me trata con muchísima empatía, lo que me produce más ganas de llorar. Cuando termina de examinarme le pide a Massimo que salga un momento de la habitación. Él se niega, pero asiente para que le haga caso. No tengo miedo de esta médica. Massimo sale de mala gana y anuncia en voz alta que estará en el pasillo.

La doctora me explica con tono profesional que he sufrido un traumatismo craneoencefálico. Por esa razón estoy mareada y tengo dolor de cabeza. También dice que el resto de las heridas son superficiales y que permaneceré en observación un par de días antes de que me dé el alta.

—No recuerdo si aquel hombre me... —Trago saliva. Soy incapaz de pronunciar la palabra en voz alta—. Necesito saber si él...

—No hay rastros de penetración —dice con tono profesional. Un poderoso alivio se apodera de mí—. De todos modos, ha vivido una experiencia muy traumática. El hospital pondrá a su disposición una psicóloga.

—Solo quiero que me dejen descansar.

—Has sufrido un intento de violación, Sofía —dice con tacto—. Déjate ayudar.

—¿Puedes llamar a Massimo?

La doctora respira hondo y mira hacia la puerta. Su gesto se ensombrece cuando me observa. Hay una mezcla de preocupación y lástima que no me gusta en absoluto.

—Sé quién es —dice con desagrado—. Massimo Morello. Tiene sobornados a la policía y a un montón de funcionarios. Se las ha apañado para que no se abra una investigación por lo sucedido. El hombre que te ha atacado debería ser juzgado en un tribunal, pero él ya se habrá

encargado de darle su merecido. No sé qué clase de relación tienes con el señor Morello, pero ahora mismo solo veo a una chica vulnerable y asustada que le está infinitamente agradecida por ser su salvador. No te dejes engañar, Sofía. Los hombres como Massimo Morello son peligrosos.

—Ya sé quién es —respondo irritada.

—Querida. —Me mira con algo cercano a la lástima—. No tienes ni idea

Estoy hecha un flan cuando la doctora se marcha. Por supuesto que sé que Massimo es un hombre peligroso. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que ahora mismo solo me siento segura a su lado. Si no hubiera llegado a tiempo, aquel malnacido me habría violado. No tengo ganas ni fuerzas de cuestionar mis sentimientos.

—¿Qué tal estás? —pregunta Massimo un segundo después de que la doctora se haya ido.

—Quiero el alta.

—Sofía... —Coge una silla para sentarse a mi lado—. Quieren que estés en observación. Son médicos. Saben lo que hacen.

—Odio los hospitales.

—Yo también odio que estés aquí.

—Prométeme que vas a quedarte conmigo hasta que me den el alta.

Massimo me mira como si me hubiera vuelto loca. Me hundo en el colchón. Es un hombre con muchas obligaciones. Pues claro que no va a quedarse a hacer de niñera. Tiene cosas más importantes que hacer.

—Podrías llamar a Lucrezia o Marcella para que me hagan compañía...

—No voy a moverme de esta habitación hasta que te den el alta. No hacía falta que me lo pidieras. Ya había tomado la decisión.

—Ah. —Sonrío con debilidad—. Vale, gracias.

—No me des las gracias. —Niega con la cabeza. Coge mi mano y la aprieta entre las suyas—. Lo que te ha pasado es culpa mía.

Lo miro alarmada. No puede hablar en serio.

—No, Massimo. Ese hombre...

—Debería haberlo matado. Le perdoné la vida. Fui débil. Quiso vengarse de mí y tú pagaste las consecuencias. Joder, no sabes cuánto lo siento.

—Massimo. —Hago un gran esfuerzo al levantar la mano para acariciarle la mejilla. Él se sobresalta al sentir mis dedos—. La compasión no es un signo de debilidad. Siento que te criases con un padre que te enseñó lo contrario.

Massimo no dice nada. Cierra los ojos para disfrutar de mi caricia. De repente, se lleva mi mano a su boca para darme un beso que me roba el aliento. Entonces me mira con una tristeza infinita.

—Eres demasiado buena para mí.

—Una princesa y un mafioso —intento bromear—. Jamás podría funcionar.

—No volverá a hacerte daño —dice más serio—. Tienes mi palabra.

—¿Lo has matado?

Massimo asiente. No debería alegrarme de la muerte de una persona, pero reconozco que siento un gran alivio. Tenía miedo de que ese miserable volviera a encontrarme. Al menos puedo respirar tranquila.

Me pesan los párpados de nuevo. Massimo me acaricia el pelo y me pide que descanse. No quiero dormir, pero soy incapaz de permanecer despierta. Supongo que todavía sufro el efecto de los calmantes. Lo último que veo son sus ojos oscuros, cargados de afecto, antes de rendirme al cansancio.

Capítulo 38

Sofía

Massimo cumple su palabra y no se separa de mi lado. Al despertar un par de horas después lo encuentro dormido en el incómodo sofá. Su mano todavía sostiene la mía. Parece agotado. Me pregunto cuánto tiempo llevaría sin dormir. Suelto nuestras manos y el mascullo algo que no llego a entender. Me han prescrito reposo, pero necesito ir al baño y me niego a llamar a una enfermera. Me levanto arrastrando el mecanismo del gotero y contengo la respiración cuando me encuentro con mi reflejo en el espejo. Joder, estoy espantosa. Tengo un hematoma morado en el ojo izquierdo y el labio inferior inflamado.

—¡Sofía! —grita Massimo.

Estoy a punto de caerme de espaldas mientras hago pis.

—¡Estoy en el baño!

Massimo está enfrente de la puerta cuando salgo. Tiene los ojos hinchados por culpa del cansancio.

—Me has asustado —se queja—. Despiértame la próxima vez que...

—Ni siquiera he salido de la habitación. —Massimo me ayuda a llegar hasta la cama como si no pudiera caminar. No tengo ganas de discutir con él, así que dejo que me trate como si fuera de cristal—. No me habías dicho que estaba tan horrible.

—No te entiendo. —Su desconcierto casi me hace sonreír.

—Mi cara. —Me señalo—. Estoy muy fea.

—Sigues pareciéndome la mujer más guapa del mundo —contesta sin dudar—. El médico dijo que no te quedarán marcas.

En ese momento aparece una auxiliar de enfermería con la bandeja de la cena. Reconozco que soy un poco quisquillosa para la comida. Arrugo la nariz al oler la sopa de pescado. Siento náuseas cuando Massimo destapa la bandeja.

—¿No tienes hambre?

—No —miento como una bellaca.

—Tienes que comer, Sofía.

—Odio la comida de los hospitales —confieso avergonzada. No quiero que piense que soy una mocosa malcriada—. Cuando tenía siete años me operaron de vegetaciones y me negué a comer. Ya sé lo que parece, pero... es superior a mí. Este lugar apesta a enfermedad y lejía.

Massimo se queda mirando la comida. Siento un ramalazo de vergüenza. Joder, pues claro que soy una mocosa malcriada. Por algo me llama princesa. Extiendo el brazo hacia el tazón de sopa, pero Massimo vuelve a cerrar la bandeja. Luego la coge y sale de la habitación. Siento un nudo de angustia por haberme quedado sola. Clavo las uñas en el colchón e intento respirar con normalidad. Solo me tranquilizo cuando regresa al cabo de un par de minutos.

—¿Y la comida?

—Está al llegar.

—No hacía falta que...

—Sé que la comida del hospital apesta. Estuve ingresado cuando era un crío. Mis padres ni siquiera me visitaron, así que no pude quejarme a nadie de que odiaba aquellas sopas. Hasta que Marcella vino un día libre y me trajo un bocadillo que me supo a gloria.

Me entristece que sus padres no cuidaran de él durante su ingreso hospitalario. ¿Qué clase de padres ignoran a su hijo?

—¿Por qué te ingresaron?

—Nací con una malformación en el oído interno derecho. Mi padre dijo que tenía cosas más importantes que hacer que estar en el hospital, y mi madre... —Massimo se mira los pies. Parece dolido, aunque intente disimularlo—. Se fue una semana de vacaciones a París. Dijo que mi estado de salud la agobiaba.

—Joder, Massimo —digo indignada—. ¡Tus padres eran unos cabrones! Ya sé que no debo hablar mal de dos personas que han fallecido, pero ningún hijo merece crecer sin amor.

—Tuve a Marcella y a Lucrezia. —Se encoge de hombros—. No fue para tanto.

—Te abandonaron en un hospital —insisto—. ¿Qué edad tenías?

—Seis años. Fue hace mucho tiempo, Sofía. No te lo he contado para que me tengas lástima. Está más que superado.

—Massimo —digo apenada—. Algo así no se supera. Tu padre era una mala persona. Respecto a tu madre, no entiendo cómo...

—Sufría depresión —la defiende—. Ni siquiera podía cuidar de sí misma. Se casó muy joven con mi padre. Creo que nunca lo quiso. Mi abuelo la obligó a pasar por el altar para unir a ambas familias. Tengo entendido que quería ser actriz, pero tuvo que casarse con un hombre que era mucho mayor que ella y renunciar a sus sueños. Supongo que también la obligaron a tener hijos. No puedo culpar a una mujer que no fue dueña de su vida.

—Visto así... —reflexiono.

—Apenas la conocía —admite cabizbajo—. Solo recuerdo que después de tener a Lucrezia pasaba largas temporadas fuera de casa. A mi padre dejó de serle útil cuando reafirmó su posición, así que hacían vidas separadas. La obligaba a asistir a algunos eventos y fiestas, pero pasó la mayor parte de mi infancia viajando de un lugar a otro. Nunca la entendí. Fue más una extraña que una madre.

—Dios, lo siento —digo con sinceridad—. Mi madre falleció cuando era muy pequeña, pero sé que me quiso. Y estoy muy unida a mi padre. Siempre me ha protegido. Puede que siga furiosa con él, aunque no considero que sea un mal padre. Ojalá los tuyos hubieran estado a la altura.

Massimo hace un gesto para restarle importancia. Va a decir algo en el momento que se abre la puerta. Stefano entra cargado con una bolsa de papel.

—Sofía. —Me dedica una sonrisa—. Me alegro de que hayas despertado.

—Hola, Stefano. —Me tapo con la manta hasta el cuello. No quiero que nadie me vea así.

Massimo nota mi malestar, coge la bolsa e intercambia una mirada con su hombre, que se marcha sin decir nada.

—¿A qué huele? —pregunto maravillada.

—Ensalada César, noodles con langostinos y bollos de arándanos.

Se me hace la boca agua.

—¿Cómo lo has sabido?

—Que seas amiga de mi hermana tiene sus ventajas. —Me guiña un ojo.

Doy buena cuenta de la ensalada y los noodles. Massimo también ha pedido comida para él, por lo que cenamos mientras vemos *Perdona si te llamo amor*, la película que echan en la tele. Lo veo fruncir el ceño cada dos por tres, por lo que tengo que hacer un esfuerzo para no reír.

—¿No te gustan las pelis italianas? —bromeo mientras le doy un bocado al bollo.

—No me gustan las películas románticas —contesta con desdén—. No son creíbles.

—Dijo el hombre que me ha secuestrado y ahora cuida de mí a pesar de que tiene cosas más importantes que hacer.

—Nada es más importante que cuidar de ti —dice con gravedad—. Ahora mi prioridad es que te recuperes.

Me sonrojo sin poder evitarlo. ¿Por qué de repente hace tanto calor en la habitación? Me gusta que cuide de mí, no puedo negarlo. No obstante, eso me obliga a preguntarme cuáles son sus razones.

—¿Te has quedado conmigo porque quieres o porque te sientes culpable? —inquiero con una punzada de decepción—. Si es por la segunda razón, puedes irte. Sigo pensando que no es culpa tuya.

—Pues claro que es culpa mía —determina con rotundidad—. Pero creí que a estas alturas ya sabías la razón que me ha obligado a quedarme.

—¿Cuál? —pregunto en voz baja.

—Tú —dice, como si eso fuera una respuesta normal—. Se me fue la cabeza cuando pensé que te perdía. La mayor parte del tiempo no comprendo por qué me importas tanto. Me sacas de mis casillas. A veces no te soporto. Pero, joder, me tienes loco.

—Massimo...

—No voy a despegarme de ti hasta que salgas del hospital. —Me limpia una mancha de glaseado de azúcar que tengo en el labio—. Déjame cuidar de ti, princesa. Eres importante para mí. No sé cómo ni cuándo ha sucedido. Es la pura verdad.

Trago saliva.

—Vale.

Massimo me sonríe de una forma que me llega muy dentro. Me aparta el pelo de la cara y deposita un beso cálido en mi mejilla. Quiero que me dé un beso de verdad. Supongo que estoy confundida. Tengo un traumatismo. No pienso con claridad, ¿no? Eso debe de ser...

—Siempre he querido tener un perro —suelto sin venir a cuento. Estoy nerviosa. Soy una persona a la que le da por contar chorradas cuando está inquieta. Massimo me mira con interés—. Normalmente suelo salirme con la mía. ¿Quiero un coche nuevo? Mi padre me lo regala. ¿Quiero irme de vacaciones a Bali? No tengo límite en la tarjeta de crédito. Pero nunca me ha dejado tener un perro, a pesar de que he insistido. A mi padre no le gustan los animales. Mi abuela me explicó que de pequeño le mordió un perro, así que supongo que les tiene miedo. Le pedí a Jorge que me dejase adoptar un perrito como regalo de boda. Me preguntó si no prefería un diamante o un viaje a algún lugar paradisíaco, pero yo estaba empeñada en el perro.

«No sé por qué te cuento esto. —Se me escapa una risilla. Massimo me observa sin decir nada—. Si tuviera un perro, lo llamaría Taco. Mi amiga Mónica cree que es un nombre ridículo. Yo sigo pensando que es un gran nombre. ¿A quién no le gustan los tacos?

Massimo sigue mirándome sin pestañear. Está poniéndome más nerviosa.

—Taco es un buen nombre —dice al fin—. A mí tampoco me dejaron tener una mascota. Te entiendo perfectamente.

—¿Y qué te impide ahora adoptar un perrito?

—Es una gran obligación. Paso mucho tiempo fuera de casa.

—Seguro que Marcella y Lucrezia lo cuidarían encantadas. —Le sonrío con franqueza—. ¿Crees que soy una malcriada? ¿Por eso me llamas princesa?

—La primera vez que te vi pensé que... —Le suena el móvil. Massimo observa la pantalla—. Lo siento, es importante.

Se encierra en el baño para responder. Me cruzo de brazos, muy intrigada para dejarlo estar. Por desgracia, la conversación dura demasiado y comienzo a sentir los efectos de los analgésicos. Al final me rindo al cansancio.

Capítulo 39

Massimo

No salgo del hospital. Le pido a Stefano que se encargue de todo en mi ausencia. Mi amigo muestra su disconformidad, pero lo ignoro. En este momento mi única preocupación es que Sofía se recupere. Ella está más tranquila si permanezco a su lado, así que no me muevo de aquí. Pido que me traigan una muda de ropa y me ducho en el cuarto de baño. Por las noches, Sofía tiene pesadillas. La despierto con delicadeza. Me duele ver el pánico en sus ojos hasta que vuelve a conciliar el sueño. Sé que tiene una herida con la que deberá lidiar durante el resto de su vida. Me preocupa que arrastre un trauma que no consiga superar.

—He pedido que te traigan algo que creo que va a hacerte ilusión —digo para animarla. Sofía esboza una pequeña sonrisa al ver el móvil que le entregué a Marcella—. Puedes llamar a tu amiga o a tu padre.

—¿A ambos?

—Sí.

—Te estás arriesgando.

No es algo que me preocupe. Sé que podría utilizarlo para contactar con la policía, pero no le serviría de nada. Tengo la impresión de que Sofía ya ha aceptado su destino.

—Te dejaré sola para que hables con ellos.

—Massimo —me llama antes de que salga. Su tono de angustia me duele. Odio que me necesite por las razones equivocadas—. No te vayas muy lejos.

—Tranquila, estaré al otro lado de la puerta.

Sofía se relaja. Aprovecho el momento para hacer algunas llamadas. No quiero que nadie crea que ya no estoy al mando por haberme tomado un par de días libres. Confío en Stefano, pero las cosas no van del todo bien entre nosotros. Incluso mi mejor amigo considera que he aparcado a un lado mis obligaciones para cuidar de Sofía. No puedo permitir que mis hombres me subestimen. Un Don débil es fácil de derrotar. Puede que mi padre fuera un cabrón sin escrúpulos, pero al menos me enseñó que no debes mostrar piedad si quieres que te respeten.

Al cabo de media hora asomo la cabeza por la habitación para cerciorarme de que Sofía ha terminado de hablar por teléfono. Me sorprende que haya tardado tan poco. No parece del todo contenta, algo extraño porque acaba de hablar con dos personas muy importantes para ella.

—He hablado con mi padre —dice con tono inexpresivo—. Ha llorado al escuchar mi voz. Le he asegurado que no me has hecho daño. No ha parado de disculparse. Estaba muy preocupado, aunque creo que he logrado tranquilizarlo.

—¿Y tu amiga?

—No la he llamado —responde para mi sorpresa—. Me conoce demasiado bien. Habría notado que me pasaba algo. No podría habérselo ocultado cuando indagara. No quiero que se

preocupe. Está muy lejos y sé que la verdad la destrozaría.

Me paso una mano por el pelo. Anoche me preguntó si consideraba que era una malcriada. Lo único que veo cuando la miro es a una joven valiente, con un gran corazón y que intenta proteger a aquellos que ama. Quiso dar su vida a cambio de la de su amiga cuando mis hombres la secuestraron. Incluso se ha hecho amiga de mi hermana, dejando a un lado sus prejuicios. Es una mujer maravillosa. No la merezco.

—¿Sabes por qué te llamo princesa? —Mi pregunta consigue captar su atención—. No lo hago porque piense que eres una malcriada, sino porque sé que estás completamente fuera de mi alcance. Eres preciosa, inteligente y desprendes bondad. Una princesa en toda regla. Como las que aparecían en los cuentos que Marcella me leía cuando era un crío. El caso es que en aquellos cuentos la princesa siempre se quedaba con el príncipe. Y yo, desde luego, no soy un príncipe.

—A veces las princesas eligen al ogro —comenta con timidez—. Ya sabes, como en *Shrek*.

—También hay princesas que no necesitan que nadie las rescate —puntualizo—. Entiendo que estés asustada, pero no me necesitas, Sofía. Eres una mujer muy fuerte. Superarás lo que ha sucedido y llegarás a la conclusión de que no te hago falta. De verdad espero que lo hagas. No quiero que te apoyes en mí por las razones equivocadas.

Sofía inclina la cabeza hacia un lado y me mira de una forma que no sé descifrar.

—Si quieres irte...

—No es eso. —Niego con la cabeza—. Por supuesto que quiero quedarme. Ese es el problema. Pero no soporto que tu miedo te condicione a elegirme. En otras circunstancias no...

—Estas son nuestras circunstancias —me interrumpe con gravedad—. Solo te pido que no me dejes cuando más te...

Su voz se quiebra. Me maldigo por haberla puesto contra las cuerdas. Joder, soy un insensible. Esta mujer ha vivido un infierno y necesita una mano amiga que la sostenga. ¿Qué más da por qué me ha elegido? Lo que importa es que yo puedo ser su apoyo, al menos hasta que abra los ojos y recuerde que me odia.

—No llores, por favor. —Le doy un abrazo. No sé muy bien dónde poner las manos para no hacerle daño. Sofía se aferra a mí con fuerza, lo que me obliga a estrecharla más—. Estoy aquí. No voy a ir a ningún lado. Me quedo contigo.

Le dan el alta al día siguiente. Sofía está de mejor humor cuando puede vestirse con su ropa. Se niega a dejarse ayudar por las enfermeras. Sonríe cuando me obliga a salir de la habitación. Esta es la mujer fuerte por la que he perdido la cabeza.

—No tengo ganas de hablar con nadie —dice mientras vamos en coche—. Sé que Marcella y Lucrezia estarán preocupadas. No quiero parecer insensible, pero creo que no voy a soportar sus miradas de compasión. No estoy preparada para ser una víctima.

—Les pedí que te concedieran espacio. No te preocupes por eso. Puedes quedarte en tu

habitación hasta que estés preparada para hablar con ellas. Nadie te molestará. Tienes mi palabra.

Sofía se relaja y me regala una sonrisa tímida. Ojalá sus sonrisas surgieran en otro momento. Sin embargo, anoche tuvo razón: estas son nuestras circunstancias. Tal vez no sean perfectas, pero tengo la oportunidad de hacer algo bueno por ella.

Tal y como le he prometido, no hay nadie en la entrada cuando bajamos del coche. Lucrezia protestó hace un par de horas, cuando le expliqué que seguramente Sofía querría estar sola. Ahora me alegro de haber tomado aquella decisión. Empiezo a conocer a Sofía. Sospechaba que necesitaría estar sola.

—¿A dónde vas? —pregunta cuando entramos en su habitación.

—Pensaba dejarte descansar —comento con prudencia—. ¿Quieres que me quede?

—No.

—De acuerdo.

—¡Espera! —grita antes de que abra la puerta. Se retuerce las manos con nerviosismo—. Ya sé que el hombre que me atacó está muerto. Es ridículo que tenga miedo. No sé por qué siento tanta angustia.

Me acerco a ella con cautela. Por supuesto que me gusta estar a su lado. De hecho, no me separaría de ella si no tuviera que hacerme cargo de mis obligaciones como Don. Pero detesto que me necesite por las razones equivocadas.

—Pondré un hombre delante de tu puerta si eso te hace sentir más segura.

—Fue uno de tus hombres quien me atacó —me recuerda con los ojos brillantes.

—Lo siento...

—No lo he dicho para hacerte sentir culpable. —Me aprieta el brazo con algo cercano al cariño—. Me tomaré un ansiolítico que me ha recetado la doctora. Estaré bien. Han sido muchas emociones en pocos días.

—¿Segura?

—Sí.

—Toma. —Le doy el móvil—. He grabado mi número. Hoy no saldré de casa. Puedes llamarme si necesitas cualquier cosa y no te apetece salir de la habitación.

—Vale —dice más animada.

—Para cualquier cosa —insisto—. ¿De acuerdo?

Sofía asiente. Me pilla desprevenido al ponerse de puntillas para darme un beso en la mejilla. Toda la sangre va al mismo sitio de mi cuerpo. Soy un mal hombre, eso está claro. No debería desear a una mujer que ha sufrido un intento de violación. Sin embargo, si por mí fuera, le arrancaría la ropa y le haría el amor.

Salgo a toda prisa sin despedirme. Necesito poner distancia entre nosotros. Llevo varios días conteniéndome. Sé que lo último que necesita es un beso. En el fondo me odia, aunque ahora no pueda recordarlo. Tarde o temprano recuperará su buen juicio y volverá a insultarme. Debo estar preparado para cuando eso suceda.

Capítulo 40

Sofía

No puedo dormir.

He visto tres comedias románticas en Netflix para matar el tiempo. Son las doce menos cuarto y tengo los ojos abiertos como un búho. Me doy por vencida y salgo de la cama. Me pregunto qué estará haciendo Massimo. No he contactado con él en todo el día, pues no quería molestarlo. Estaba convencida de que tenía cosas más importantes que hacer que preocuparse por mí. Podría haber llamado a Mónica, pero no quiero preocuparla. Me conoce demasiado bien y notaría que algo me pasa.

El corazón me va a mil por hora y me sudan las manos. Sigo muy inquieta. Se me ha pasado el efecto del ansiolítico y no puedo tomar otro hasta mañana.

«Joder, me rindo».

No sirvo para hacerme la fuerte, al menos en estas circunstancias. Por eso cojo el móvil y le envío un mensaje a Massimo. Tal vez ya haya ido a la cama. En ese caso, lo tomaré como una señal y no volveré a molestarlo.

Yo: *ey, ¿estás despierto?*

Massimo responde al cabo de medio minuto. El alivio que me invade no es ni medio normal. Debería sentir ansiedad al estar wasapeando con un mafioso que me ha secuestrado. Es oficial: he perdido la cabeza.

Massimo: *sí, ¿necesitas algo?*

Medito la respuesta. ¿Necesito algo que él pueda darme? Pienso en su boca carnosa y en la forma tan intensa que tiene de mirarme. Se supone que debería sentirme asqueada ante la posibilidad de que un hombre vuelva a tocarme. Sin embargo...

Yo: *no puedo dormir.*

Massimo no responde, lo que no me extraña. No sé qué pretendo que diga. Enviarle un mensaje a tu secuestrador a las tantas de la noche para decirle que no puedes dormir es de primero de haber perdido el juicio. Comienzo a agobiarme y salgo al balcón para tomar el aire.

—Buenas noches.

Doy un respingo y me llevo una mano al pecho. Massimo tiene los antebrazos apoyados

en la barandilla y el móvil en la mano derecha. Me mira de esa forma tan penetrante que me hace sentir desnuda y vulnerable.

—No quería asustarte.

—No pasa nada. —Hago un gesto para restarle importancia—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—Soy de acostarme muy tarde.

Se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón. Lleva una camisa blanca con los primeros botones desabrochados y va descalzo. Parece cansado, pero está muy guapo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado.

Me encojo de hombros porque una cosa es que sea una víctima y otra que me guste parecerlo.

—Estoy un poco intranquila —admito con una sonrisa forzada—. Me angustia cerrar los ojos y tener una pesadilla porque no tengo al lado a alguien que pueda despertarme si eso sucede.

—¿Quieres que duerma contigo?

Abro los ojos de par en par. Massimo aprieta los labios al notar mi reticencia. Estoy absolutamente convencida de que estar en la misma cama que él es una pésima idea.

—No lo he dicho en *ese* plan. Podría dormir en el sofá.

—No vas a dormir en el sofá de mi habitación. —Resoplo—. Tiene pinta de ser muy incómodo.

—No me importa.

—Massimo, si sigues sintiéndote culpable por lo que sucedió...

Me quedo callada cuando él salta la barandilla que separa nuestros balcones. Levanta los brazos al ver que retrocedo.

—Voy a dormir en ese sofá.

—No.

—Ya lo he decidido.

—Massimo —protesto.

—Sofía. —Me dedica una mirada burlona—. Vamos dentro. Estás helada.

Tengo los vellos de punta, por lo que lo acompaño. Siento que la temperatura ha subido de golpe al entrar en la habitación. Le cojo la mano antes de que vaya al sofá.

—¿Te apetece ver una peli? —pregunto para retrasar el momento—. No elegiré una comedia romántica.

—¿No tienes sueño?

—Ya no.

Es la pura verdad. El cansancio ha pasado a un segundo plano cuando lo he visto. No sé lo que siento, pero desde luego que no es sueño. Me tumbo de un salto en la cama y cojo el mando de la tele. Massimo se queda mirando el colchón como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué pasa?

—¿Quieres que me tumbe contigo?

Le tiro una almohada.

—No, tumbate en el suelo. —Pongo los ojos en blanco—. Pues claro que puedes tumbarte a mi lado. No seas ridículo, Massimo.

—Vale.

Está más reticente de lo que esperaba. No lo entiendo. Se supone que me desea. Podría aprovechar la oportunidad para intentar acercarse a mí. ¿De repente he dejado de gustarle? Una idea desagradable se instala en mi cabeza.

—No te atrevas a mirarme de otra forma porque un hombre estuve a punto de violarme —le recrimino dolida—. Sigo siendo la misma.

—Joder, Sofía. —Se pasa una mano por el pelo—. ¿Qué coño dices? No te miro de otra forma. Es solo que me parece mal acercarme a ti en un momento de debilidad. No quiero que parezca que me estoy aprovechando.

—Tumbate de una vez —respondo más relajada.

«No te entiendo, Massimo. Eres un mafioso. Una mala persona. Lo lógico sería que intentaras aprovecharte».

Massimo se tumba en el extremo opuesto de la cama. Es como si me tuviera alergia o creyera que voy a saltarle encima. Su rechazo me saca de mis casillas. Lo sé, ni yo misma me entiendo. Debería estar aliviada de que de repente me rechace. Una buena chica jamás querría llamar la atención de su secuestrador.

—¿Qué tipo de películas te gustan? —pregunto para distender la tensión que acaba de formarse entre nosotros.

—Soy un tío —responde como si eso lo dijera todo—. Obviamente me gustan las pelis de acción.

—¿Rollo Jason Statham o *Rápidos y furiosos*?

—Jason Statham —contesta sin vacilar.

Al final elegimos *The mechanic*. No soy muy fan de las películas de acción, pero al menos permanezco un buen rato sin pensar. Para mi sorpresa, Massimo sonríe en un par de ocasiones a causa de los chistes malos del protagonista. Me abstengo de comentar en voz alta que debería sonreír más a menudo, pues está muy guapo y se quita años de encima. Se me escapa un bostezo cuando la película termina.

—¿Estás cansada?

—Un poco. —Me tumbo de lado para mirarlo—. No muerdo, ¿sabes?

—Será mejor que vaya al sofá.

Le acaricio la mandíbula. Lo he pillado por sorpresa y noto como contiene el aliento. Su reacción me agrada, pues significa que me sigue deseando. Lleva una barba de dos días que aumenta su atractivo.

—Quédate conmigo. —Odio suplicarle, pero no quiero que se vaya de mi lado. Massimo se lo está pensando—. ¿De qué tienes tanto miedo?

—¿No es evidente? —pregunta con voz grave. La nuez de su garganta sube y baja—. Algún día recobrarás el buen juicio y recordarás lo mucho que me odias.

—No lo he olvidado.

—¿No? —Esboza una sonrisa socarrona—. Lo disimulas de maravilla, princesa.

—Vete al sofá —digo repentinamente irritada—. Sobreviviré sin ti.

—Vale, me quedo.

—Lárgate.

—No me moveré de tu lado.

—Eres insufrible —contesto sin poder contener una sonrisilla triunfal.

Massimo ríe y me entran ganas de darle un guantazo. Estira el brazo para apagar la luz y nos sumimos en la oscuridad. Lo único que se escucha son nuestras respiraciones pesadas. Me muerdo el labio y me acerco más a él. Uf, está calentito. Es una gozada. Y huele de maravilla, como deberían oler todos los hombres. Massimo no se aparta, así que me relajo. Solo necesito un poco de contacto humano para dormir. Pongo mi mano encima de su pecho y él se sobresalta.

—¿Qué haces? —pregunta con voz ronca.

—Me relaja sentir los latidos de tu corazón.

Massimo me acaricia la muñeca. Creo que mi respuesta le ha gustado. He sido sincera.

—Me lo pones muy difícil, princesa.

—¿Qué?

—No hacerme ilusiones contigo.

Un intenso calor sube por mis mejillas. Cierro los ojos con fuerza y no muevo ni un músculo. Pretendo fingir que me he quedado dormida. Sí, una actitud muy madura y adulta por mi parte. Pero cuando estás tumbada al lado del hombre más peligroso de Sicilia nadie puede culparte de no actuar con normalidad, ¿no?

Capítulo 41

Sofía

—¡Nooo! —grito aterrada—. ¡Suéltame! ¡No me toques!

Unos manos me agarran por los hombros. Me retuerzo y pataleo. Necesito quitármelo de encima antes de que consiga violarme. ¿Por qué no puedo defenderme? Soy tan débil, tan poca cosa...

—¡Socorroooo!

—¡Sofía, despierta!

—¿Massimo? —Abro los ojos de par en par. Massimo deja de zarandearme cuando lo miro. Estoy empapada en sudor y tengo los ojos vidriosos—. Massimo...

Rompo a llorar y me abrazo a él con desesperación. Ha sido una pesadilla horrible. Parecía muy real. Por eso tenía miedo de quedarme dormida. Me pregunto si a partir de ahora mis sueños se verán interrumpidos por el rostro malvado del hombre que intentó violarme. No creo que pueda soportarlo.

—Tranquila, ya ha pasado —dice Massimo con suavidad—. No es real. No puede hacerte daño.

—Quiero olvidar.

—Lo sé.

Massimo me estrecha entre sus brazos como si pudiera borrar de un plumazo mi amargura. Le mancho la camisa de lágrimas y me aferro a él. Huele de maravilla. A gel de baño y seguridad. No quiero que me suelte.

—No me dejes sola —le suplico sin poder dejar de llorar.

—Estoy aquí. No voy a ir a ningún lado.

—Massimo.

Se aparta un poco para mirarme a los ojos. Lo observo a través de las lágrimas. No se parece en nada al hombre de mis pesadillas. Es atractivo, amable y protector. Antes de que pueda ser consciente de lo que hago, lo agarro de la camisa y aprieto mi boca contra la suya.

—Sofía. —Se aparta con brusquedad. Su rechazo me escuece—. No puedo. Así no.

—Necesito olvidar —le ruego—. Por favor, Massimo.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

Está temblando encima de mí. Le acaricio la mejilla muy despacio y se estremece. Por supuesto que sé lo que le he pedido. Quiero refugiarme en sus besos para dejar de sentir este miedo que lo ensucia todo. Quiero perderme en su boca. Quiero sentir algo que no sea este miedo que me oprime el pecho. Quiero resolver esta atracción que me tiene completamente aturdida.

—Me dijiste que solo me besarías si te lo suplicaba —le recuerdo.

—Joder, Sofía...

Le rodeo el cuello con los brazos y lo atraigo hacia mi boca. Massimo clava una mirada anhelante en mis labios. No quiero que siga resistiéndose. No soporto que me mire como si estuviera hecha de cristal.

—Por favor, bésame —le suplico desesperada—. Hazme olvidar, Massimo. Necesito dejar de ver su cara.

—No pienso aprovecharme de ti. —Cierra los ojos como si le doliera mirarme—. No está bien.

Le acaricio la boca con la mía hasta que se estremece. Abre los ojos y me dedica una mirada ávida. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas. Creo que voy a volverme loca si no me besa.

—Bésame, por favor. Llévate mis pesadillas. Eres el único que puede...

Massimo captura mi boca en un beso feroz y urgente. Se me escapa un suspiro cuando lo hace. Posa su mano en mi mejilla y me acaricia con el pulgar. Su lengua lame mi labio superior y me obliga a abrir la boca. Cuando nuestras lenguas se enredan se desata una tormenta de emociones en mi interior. Es tan jodidamente bueno que no puedo pensar en otra cosa que no sean sus labios...

Jamás me habían besado así.

Ahora entiendo a lo que se refería Mónica.

No sé cómo he podido vivir tanto tiempo sin algo tan maravilloso.

—Qué bien sabes. —La boca de Massimo es experimentada y decidida—. No podía morirme sin probar tus labios.

Vuelve a besarme como si no tuviera suficiente de mí. Un ramalazo de deseo se cuele entre mis piernas. La sensación me sorprende tanto que se me escapa un gemido ronco. Pensé que era incapaz de experimentar placer. Con mi ex prometido lo único que tuve fueron orgasmos fingidos. Massimo se aparta para comprobar que todo va bien. Al ver mi expresión me regala una sonrisa cautivadora y su boca se pierde por mi cuello. Me lame la delicada piel mientras introduce la mano debajo de la camiseta de mi pijama.

—Me vuelves loco. —Me da un pequeño mordisco en la clavícula—. Joder, Sofía...

Le acaricio los brazos con manos temblorosas. Massimo vuelve a encontrar mi boca. Me besa con una mezcla de pasión y ternura que me desarma. Nunca imaginé que besarlo sería así. Pensé que se limitaría a arrancarme la ropa y a buscar con prisa su propio deseo.

—¿Por dónde puedo besarte? —pregunta mirándome a los ojos.

—Yo... no lo sé —respondo indecisa—. Por donde quieras.

—Es una invitación demasiado sugerente. Quiero besarte por todas partes.

Massimo me llena el rostro de besos y luego vuelve a perderse en mi cuello. Intercala besos cortos y húmedos. La mano que tiene debajo de mi camiseta me acaricia el abdomen.

—¿Puedo quitarte la camiseta?

—Sí —respondo con un suspiro.

En lugar de quitármela de prisa, la va subiendo poco a poco mientras me besa cada centímetro de piel. No noto una pizca de vergüenza cuando me quedo desnuda de cintura para arriba. De hecho, me siento muy poderosa cuando me observa como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida.

—Eres preciosa —dice con voz ronca.

Su mirada se clava en mis pechos, tal y como esperaba. Pero, en lugar de devorarlos como un animal, entierra la cabeza en mi vientre y me besa con reverencia. Cada beso me incendia un poco más. Cada caricia es un bálsamo para las heridas de mi alma.

—Tienes las tetas más bonitas que he visto en mi vida —dice a escasos centímetros de mis pechos—. ¿Puedo...?

—Sí, sí, sí.

Massimo me regala una sonrisa orgullosa antes de capturar mi pezón derecho con la boca. Se me escapa otro gemido. Me tapo la boca porque me da vergüenza que nos oigan, pero Massimo me agarra por la muñeca para que no lo haga.

—Quiero oírte.

Devora mis pechos como si fueran un caramelo muy apetitoso. Los acaricia y los lame. Succiona mis pezones hasta que grito de placer. Los aprieta, ejerciendo la presión perfecta. Me está llevando al límite.

—Desde la primera vez que te vi he soñado con tenerte así —me confiesa.

Busca de nuevo mis labios y me besa con calma. Me gusta que sea un amante paciente. Sé que está muy excitado, pues noto su erección presionando contra mi vientre. Envuelvo su cintura con las piernas y noto que contiene la respiración.

—Voy a correrme con los pantalones puestos si vuelves a hacer eso.

—¿No puedo tocarte? —pregunto extrañada—. Porque me muero de ganas.

—Joder, Sofía. —Massimo cierra los ojos y sacude la cabeza—. No sé qué he hecho para merecerte.

Me lo tomo como un sí, por lo que le desabrocho los botones de la camisa. Me muero por tocarlo. Massimo está más duro que una piedra. En serio, no sabía que un hombre pudiera tener unos abdominales tan perfectos. Le arranco la camisa con más prisa de la que él ha tenido conmigo. De todos modos, estoy segura de que mis caricias torpes le gustan, pues tiene los ojos entornados y respira con dificultad.

—Mi dulce Sofía. —Me da un beso en la punta de la nariz que me hace sonreír—. ¿Puedo quitarte los pantalones?

Me congelo cuando lleva la mano a la cinturilla de los pantalones del pijama. Massimo lo nota y aparta la mano. Me muerdo el labio. Lo deseo, no puedo negarlo. Pero me ha invadido un miedo primitivo que me ha dejado paralizada.

—Es que...

—Tranquila. —Se tumba bocarriba y me coge de la cintura para sentarme encima de él

—. ¿Mejor así?

Asiento mientras me acomodo en su erección. Massimo aprieta los dientes. Me muerdo el labio. No sé si ha sido una buena idea.

—Lo siento, ya sé que he sido yo quien te ha besado. Pero esta noche no estoy preparada para...

—No tenemos por qué hacerlo —me interrumpe con suavidad—. Para mí esto ya es un sueño. Está más que bien.

—Más que bien —repito con una sonrisilla tímida.

Agacho la cabeza para volver a besarlo. Su boca es tan suave y cálida que tengo la impresión de que nunca me cansaré de ella. El contacto de mis pezones contra su pecho desnudo me provoca otro ramalazo de placer. Quizá no estoy preparada para acostarme con él, pero eso no significa que ambos no podamos disfrutar. Me froto contra su erección y a él se le escapa un gruñido. A pesar de la fricción de la ropa lo he sentido absolutamente íntimo.

—Sofía —me advierte con tono ronco—. Lo de correrme con los pantalones puestos iba en serio.

—Vale.

Dejo de moverme y vuelvo a besarlo. No me imagino lo que debe de suponer para él que haya tomado la iniciativa, esté medio desnuda y lo haya frenado cuando quería dar un paso más. Sin embargo, no parece molesto o decepcionado. Voy a tener que creerlo cuando ha dicho que lo que estamos haciendo está más que bien.

—Quiero besarte hasta que me duela la boca.

—Me gusta la idea. —Me acaricia los labios con los suyos—. Tienes una boca perfecta.

Nos besamos muy despacio. El hecho de que Massimo sea inesperadamente tierno me tiene descolocada. Pensé que sería tan intimidante en el sexo como lo es en la vida. Pero me está dejando tomar el control porque sabe que es justo lo que necesito. De lo contrario, me habría invadido el pánico.

—Confío en ti —digo aturdida. Me separo para mirarlo a los ojos y le ofrezco una tímida sonrisa—. Confío en ti, Massimo.

—Lo sé.

Me mira emocionado mientras me acaricia los brazos. Sé lo que significa lo que acabo de decir para ambos. Ya no tengo miedo de dejarme llevar. Puede que me haya secuestrado, pero elijo creer que en el fondo es un buen hombre.

Me derrumbo encima de él y apoyo la mejilla en su pecho. Estoy agotada, pero todavía no quiero separarme de él. Massimo me acaricia la espalda con los dedos. Me gusta que sea tan tierno. Ha sido una sorpresa muy agradable.

—¿Estás incómodo?

—En absoluto.

—Creo que voy a quedarme dormida encima de ti.

Massimo coge la sábana para taparme. Es la respuesta que necesitaba.

—Buenas noches, Belcebú —digo sin poder dejar de sonreír.

Sé que él también sonríe.

—Buenas noches, princesa.

Me da un beso en la coronilla y me estrecha entre sus brazos. Me invade una inesperada oleada de paz. Estoy cómoda, calentita y a salvo. Lucrezia tenía razón. Ahora solo soy una mujer que se deja llevar por su corazón. No es tan terrible. De hecho, me parece maravilloso.

Capítulo 42

Massimo

Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. Tengo que frotarme los ojos para cerciorarme de que no ha sido un sueño. Estoy convencido de que soy el hombre más afortunado del mundo cuando Sofía es lo primero que veo al despertar.

Mi dulce, valiente y temperamental princesa. Tiene una sonrisa plácida en los labios y el cabello rubio desparramado por la almohada. Salgo de mala gana de la cama, pues me encantaría quedarme a vivir para siempre aquí con ella.

Le doy un beso antes de salir de la habitación. Sofía se tumba de lado y sigue roncando. Le aparto el pelo de la cara y le acaricio la mejilla. Anoche fue perfecto. Jamás había sentido algo parecido. Ni siquiera necesité acostarme con ella. Obviamente la deseo con todas mis fuerzas, pero puedo esperar a que esté preparada.

«Confío en ti, Massimo». Recuerdo sus palabras con orgullo. Haré todo lo que esté en mi mano para ser el hombre que ella merece, a pesar de que nunca podré brindarle una vida segura o estable.

Voy a mi habitación para darme una ducha y luego bajo a desayunar. Le pido a Marcella y Lucrezia que no molesten a Sofía. Ambas me miran con recelo, pero lo dejan estar. No sé si anoche nos oyeron. De todas formas, no es asunto suyo.

Tengo una reunión con mis hombres a primera hora. Tratamos diversas cuestiones, pero no estoy del todo centrado. Solo puedo pensar en la mujer que he dejado medio desnuda en la cama. Mi pene se sacude dentro de los pantalones. Me rasco la nuca con disimulo y finjo prestar atención. La reunión se hace interminable y no puedo evitar respirar aliviado cuando me quedo a solas con Stefano.

—Estás distraído.

—He dormido poco.

Stefano me mira serio.

—Entiendo —dice sin más—. ¿Estás muy cansado para hablar de Dominic Falsone?

Lo miro mal. No me gusta que ponga en duda mi capacidad para tomar decisiones.

—He recibido noticias de mi contacto de Calabria. Dentro de dos semanas tendremos una oportunidad perfecta. Solo espera tus órdenes.

Asiento pensativo. Sé que puedo desatar una guerra si tomo la decisión, pero no veo otra alternativa. Dominic me atacó. Si no me vengo de él, demostraré que soy débil. Todos los ojos están puestos en mí.

—Dile que lo haga.

—¿Estás seguro?

—¿Acaso tengo otra opción?

—No —responde convencido—. Pero esta decisión traerá consecuencias.

—Cuento con ello. —Me levanto para ir a la puerta. Stefano me mira contrariado. Ya sé lo que va a decir antes de que abra la boca—. No he olvidado mi reunión con Tomasso. Encárgate tú.

—Venga, Massimo —protesta—. No fastidies. ¿Acaso tienes algo más importante que hacer que reunirte con uno de nuestros mayores socios?

—Sí.

«Desde luego que sí».

Stefano se queda atónito cuando salgo del despacho. No delegaría semejante responsabilidad en él si creyera que no está preparado. Además, en este momento mi prioridad es otra.

Capítulo 43

Sofía

Al fin me atrevo a salir de mi habitación. No puedo vivir eternamente encerrada. Además, lo sucedido anoche con Massimo me ha dado fuerzas para enfrentar la vida desde otra perspectiva. Después de lo que hicimos, dormí como un lirón y no tuve ninguna pesadilla. Ni siquiera voy a pensar en lo que me deparará la vida a su lado, pues sé que este no es mi mundo y mi estancia en este lugar tiene fecha de caducidad. ¿Para qué poner freno a mis sentimientos si lo nuestro no va a ningún lado?

—Buenos días.

Marcella y Lucrezia no pueden disimular su alegría. Me acerco primero a Marcella, que está preparando huevos revueltos, y le doy un abrazo con el que le digo que estoy bien. Ella me llena la cara de besos, pero no dice nada. Luego me siento al lado de Lucrezia, que aprieta mi mano y me sonrío con circunstancia.

—¡Me muero de hambre! —exclamo para salir del paso.

—Huevos revueltos con Bacon para mis chicas favoritas. —Marcella nos sirve dos generosas raciones.

Acepto el zumo de naranja que me ofrece Lucrezia y comemos mientras charlamos. Me gusta que no me miren con lástima o me traten como si estuviera hecha de cristal. No soportaría su compasión. Sigo siendo la misma persona, aunque haya vivido algo terrible.

—Lo siento —me disculpo con Lucrezia cuando nos quedamos solas. Ella me mira extrañada—. Siento haberte dicho que tu hermano no tenía corazón y no podías ponerte en mi lugar. Fue cruel por mi parte. Desde que llegué has intentado hacer mi vida más cómoda.

—Oh. —A mi amiga se le llenan los ojos de lágrimas—. ¡No tienes que disculparte por esa tontería! Tienes derecho a estar enfadada por tu situación.

—Ya, pero... —Agacho la cabeza y entrelazo mis manos. No sé cómo decírselo. Simplemente no quiero que los secretos se interpongan entre nosotras—. Tenías razón. No sé cuándo ha sucedido, pero me siento muy atraída por tu hermano. —Lucrezia abre mucho los ojos, pero guarda silencio. Me muerdo el labio inferior. Si se lo cuento es porque creo que será la única persona que no me juzgue—. Al principio me sentía muy culpable. Iba a casarme con Jorge. Se supone que debería estar triste por mi ruptura y cabreadísima con Massimo. ¡Te juro que al principio era así! Pero, cuando estoy cerca de él... Uf, no lo sé. No puedo controlarme. Jamás había sentido algo igual. —Levanto la cabeza y la miro avergonzada—. Anoche vino a mi habitación y nos besamos.

—Oh.

Espero que diga algo más. Lucrezia se limita a observarme sin pestañear. Me está poniendo más nerviosa.

—¡Di algo!

—Sabía que le gustabas, pero pensé que solo te deseaba porque sabe que no puede tenerte. No tenía ni idea de que le gustaras tanto.

—No te entiendo.

—¿Solo os besasteis?

—No nos acostamos —aclaró abochornada—. No estaba preparada. Massimo fue muy respetuoso con mis límites.

—¿Qué pasó después?

—Dormimos abrazados. ¿Por qué me miras así?

Lucrezia se rasca la nuca. Parece en shock. Le doy un guantazo para que lo suelte de una vez.

—¡Lucrezia!

—Creo que mi hermano está empezando a sentir algo más que una atracción por ti.

Suelto un bufido.

—No digas tonterías. Me marcharé dentro de... —hago el cálculo—, quince días.

—¿Y? —replica con el amago de una sonrisa—. Massimo jamás ha dormido con una mujer después de acostarse con ella. De hecho, debes de ser muy especial para él si se ha conformado con unos simples besos.

—Beso de maravilla —digo con orgullo—. De simples no tuvieron nada.

—¡Vale! ¡Vale! —ríe—. No quiero saber los detalles. Prefiero no tener ni idea de la vida sexual de mi hermano.

—Ay, Dios. —Me tapo la cara con las manos—. Soy una persona horrible, ¿no? Debería odiar a Massimo. Pero, cuanto más intento odiarlo, más complicado me resulta. A su lado me siento protegida y jamás había experimentado tanta pasión en toda mi vida. Creo que estoy perdiendo la cabeza.

—El amor es una ecuación imperfecta. No trates de entenderlo.

Me sobresalto cuando pronuncia la palabra amor. Yo no he hablado de amor. Una atracción bestial e irresistible, de acuerdo. Pero ¿amor? Ni de coña. Jamás me enamoraría de un mafioso. Estoy a punto de aclarárselo cuando Massimo aparece en la cocina con una caja agujereada. Siento una descarga de energía ardiente cuando nuestras miradas se encuentran. Menos mal que estoy sentada, ya que me tiemblan las piernas.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta Lucrezia.

—Es un regalo para Sofía.

—Uy, ya hasta te hace regalitos —bromea su hermana, dándome un codazo suave—. ¿Qué será lo próximo? ¿Un anillo de pedida?

Massimo la ignora y centra su atención en mí. Parece nervioso. Me pongo de pie y me acerco a él. Me pica mucho la curiosidad. No sé lo que hay dentro de la caja, pero estoy deseando averiguarlo.

—Creo que te va a gustar —dice con prudencia.

Massimo deja la caja en el suelo. El corazón me late con fuerza. Destapo la caja y me llevo un lametazo en la mejilla. Suelto un chillido y retrocedo conmocionada. Un cachorro mestizo de color arena me mira con ojillos asustados. Ladea la cabeza y olfatea a su alrededor sin atreverse a salir de la caja. Lleva un collar con una plaquita en la que hay un nombre grabado: Taco. Mi corazón se ablanda como si estuviera hecho de plastilina.

—¿E-es... m-mío? —balbuceo emocionada.

—Sí —responde Massimo.

—¡Oh! —Se me llenan los ojos de lágrimas y me abalanzo hacia el cachorro. El animal se asusta y se agazapa dentro de la caja. Emite un aullido lastimero—. Tranquilo, no debes tener miedo. Cuidaré de ti.

Le acaricio el lomo para que sepa que no tiene nada que temer. Al principio me rehúye, pero luego se acerca a olfatearme con timidez. Le pido a Lucrezia que me dé un poco de pavo y extendiendo la palma de la mano. El cachorro lo devora con ansiedad. Su lengua me hace cosquillas.

—¿Dónde lo has encontrado? —le pregunto a Massimo.

—Llevaba un par de semanas en la perrera. Iban a sacrificarlo. En cuanto lo vi supe que tenía que ser para ti.

Cojo al cachorro en brazos, que me da un lametazo en la barbilla. Me echo a reír. Me tumbo bocarriba para jugar con él. Tiene muchísima energía y tardamos poco tiempo en congeniar. Lucrezia le susurra algo a su hermano, pero estoy demasiado feliz con mi pequeñín para poner la oreja.

—¡Taco! —lo llamo. Le doy un beso en la cabeza—. Te llamas Taco. Y yo soy Sofía, tu dueña.

Taco ladra en señal de asentimiento.

—¡Eres muy listo! —Lo dejo en el suelo para que corree a mi alrededor—. ¡Siéntate, Taco!

Taco ladea la cabeza y me mira sin entender. Lucrezia se parte de risa. Voy a enseñarle un montón de trucos, pero supongo que llevará su tiempo. Cojo a Taco en brazos y le pido a Lucrezia que me acompañe al jardín para jugar con él. De repente, recuerdo algo y le entrego el cachorro a Lucrezia. Regreso a la cocina y me planto delante de Massimo, que parece haberse quitado un gran peso de encima.

—Gracias.

—Solo quería verte sonreír.

Me aparta un mechón de la cara y me da un beso en la mejilla que me deja con ganas de más. Lucrezia no puede vernos desde aquí, así que me pongo de puntillas, rodeo su cuello y estampo mi boca contra la suya. No sé si le importará que tenga una muestra de afecto mientras alguno de sus hombres puede vernos. Descubro la respuesta cuando me empuja contra la pared y se apodera de mis labios como si estuviera muerto de hambre.

—Ven esta noche a mi habitación —me pide mientras desliza la lengua por mi cuello—. No tenemos que hacer nada. Pero necesito que estés en mi cama.

Tengo la vista nublada cuando se aparta para mirarme. El corazón me late desbocado.

Debería decirle que no. Lo que sucedió anoche fue un error con fecha de caducidad. Si voy a su habitación, algo me dice que jamás podré olvidarlo.

—Sí.

—Ve a jugar con Taco. —Massimo sostiene mi rostro y me da un beso más delicado que el anterior—. Ese cachorro es muy afortunado.

Salgo de la cocina dando saltitos, ignorando a la parte de mi cabeza que grita que estoy cometiendo una locura. Jamás había sentido tanto placer entre los brazos de un hombre. Estoy secuestrada. No puedo escapar. Elijo rendirme a la pasión. Tal vez sea un gran error, pero prefiero dejarme llevar antes que preguntarme qué habría pasado si hubiera sido valiente.

Capítulo 44

Sofía

Coloco la cama de Taco en el suelo de mi habitación. Hemos pasado todo el día jugando, por lo que está roncando plácidamente. Massimo se ha encargado de comprarle juguetes, comederos y un saco de pienso. El veterinario vendrá mañana para ponerle la primera vacuna. Soy tan feliz...

Le hago una foto al perrito y decido enviarle un wasap a Mónica. Quiero que sepa que estoy bien. La respuesta de mi amiga no se hace de rogar.

Mónica: *¿por qué tienes un perro? ¿te dejan tener móvil?*

Medito cómo explicárselo. No puedo contarle toda la verdad. Sé lo que diría.

Yo: *te lo contaré todo cuando regrese a Madrid. Solo quiero que sepas que no es tan horrible como parece. Estoy bien. Nadie me ha hecho daño. El perrito se llama Taco. Te quiero.*

Mónica me llama, pero me pongo nerviosa y cuelgo. Se pondrá a hacerme preguntas que no sabré cómo contestar. Me gritará que he perdido el juicio por confiar en Massimo. No puedo escucharla. De lo contrario, no haré lo que estoy a punto de hacer. Por eso dejo el móvil en la mesita de noche, respiro hondo y salgo de mi habitación. Estoy atacada cuando llamo a la puerta de Massimo.

—Pensé que habías cambiado de opinión —dice aliviado de verme.

Visto un camisón de encaje negro y no llevo ropa interior. Me acaloro al sentir su mirada ardiente en mi cuerpo.

—Estás nerviosa. —Pone las manos en mis hombros. Tiene razón. No puedo dejar de temblar—. Entra, te serviré una copa.

Massimo pone la mano en el centro de mi espalda para que pase. Tengo un nudo en la garganta cuando cierra la puerta. Me siento en el borde de la cama, con las manos cruzadas en el regazo. Tiene un pequeño minibar y me sirve una copa de Amaretto. Bebo la mitad de un trago ante su mirada atónita.

—¿Te encuentras bien? —pregunta con suavidad—. Sabes que puedes irte cuando quieras. No pretendo que...

—No quiero irme —digo con la voz atropellada—. Ese es el problema. Llevo todo el día deseando que llegara este momento. Dijiste que algún día recordaría lo mucho que te odiaba. Pero... no puedo, Massimo. Te deseo más de lo que llegué a odiarte. No entiendo lo que me pasa.

Massimo se sienta a mi lado y coge mi copa para dejarla en la mesita de noche. Durante un largo instante se limita a mirarme. Al final me rindo y le devuelvo la mirada. Lo que veo en sus ojos me desarma. Hay una ternura para la que no estoy preparada, mezclada con un fuego que sé que solo provocho yo.

—Debería pedirte que te alejaras de mí —reflexiona en voz alta—. Es lo que haría un buen hombre que desea lo mejor para ti. —Niega con la cabeza y esboza una media sonrisa repleta de vulnerabilidad—. Pero no soy un buen hombre. Soy un maldito egoísta que quiere tenerte desnuda en mi cama. Es lo que siempre he querido desde la primera vez que te vi. Por eso voy a darte la oportunidad de huir, princesa. Vete y no volveré a acercarme a ti. Sabes que es la decisión más sensata. Esta será la última vez que intento convencerte de que no te convengo.

—¿Y... —trago saliva. Me ahogo en sus ojos oscuros—... si quiero quedarme?

—Te daré más placer del que hayas experimentado en tu vida. —Pone una mano en mi muslo y me besa el cuello—. Veneraré cada centímetro de tu cuerpo. Compartirás mi cama todas las noches, al menos durante el tiempo que estemos juntos. Serás mía. Ningún hombre podrá tocarte.

—Tú tampoco podrás tocar a otra mujer —le aclaro indignada.

—No quiero a otra mujer —responde sin dudar—. Te quiero a ti.

Me derrito cuando su boca se apodera de la mía. Tiene una forma de besarme que me enloquece. Como si hubiera descubierto cuál es mi punto débil y lo estuviera utilizando sin piedad.

—Sofía...

Me muerde el labio inferior. Ese pequeño gesto salvaje me vuelve un poco más loca. Sus manos están ancladas en mi cintura. Son grandes y posesivas. Me gusta que me agarre como si creyese que voy a escapar.

Su siguiente beso es más rudo que el anterior. Se lo devuelvo con muchísimas ganas. Está claro que ninguno tiene suficiente del otro. Hunde una mano en mi pelo y tira de mi cabeza hacia atrás para besarme la garganta. Lame mi piel. Intercala besos húmedos y cálidos que me ponen más a cien de lo que ya estaba.

—Me encantas —susurra en mi oído antes de morderme el lóbulo de la oreja.

Sonrío sin poder ocultar mi satisfacción. Mis ojos se encuentran con los suyos. Me siento más poderosa y deseada que nunca. No sé en qué momento ha pasado a estar encima de mí. Estoy mareada por el deseo. No quiero que deje de besarme ni de tocarme, aunque tampoco hace falta que se lo pida. Parece saber lo que necesito en cada momento.

—Tócame —me suplica con la voz ronca.

En ese momento comprendo de verdad el poder que tengo sobre él. Le acaricio el abdomen por encima de la tela del pijama y noto cómo se le acelera la respiración. Entonces decido que necesito verlo desnudo. Ya. No aguanto más.

—Ansiosa —dice riendo, pero no se resiste cuando le quito la parte superior del pijama—. ¿Te gusta lo que ves?

Lo devoro con la mirada. Me trae sin cuidado parecer una perversa. Es una obra de arte.

No sabía que un hombre pudiera tener unos abdominales tan perfectos. Le acaricio el pecho moreno y cubierto de vello oscuro.

—Qué buenos estás, cabrón.

Massimo echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. No dejo de acariciarlo hasta que me agarra por las muñecas. Mascullo una protesta que acalla con un beso. Quiero preguntarle si he hecho algo mal, pero entiendo por qué me ha frenado al sentir su erección contra mi estómago. Está tan excitado que teme aguantar poco. Por mí no hay ningún problema. Me gusta tanto lo que estamos haciendo que tengo la intención de repetirlo durante el resto de la noche. O de mi vida. No lo sé.

—¿Qué quieres que te haga? —pregunta con voz ronca entre beso y beso.

—De todo —jadeo.

Massimo me dedica una sonrisa radiante antes de volver a besarme. Me gusta que no vaya directo al grano. Que sea un amante paciente que no me ha arrancado la ropa a la primera de cambio.

—Si te hago todo lo que quiero no vamos a salir nunca de esta cama...

—Me parece bien —consigo responder.

Massimo me da besos por todo el cuello. Luego desciende poco a poco. Besa mi clavícula, la base de mi garganta, los pechos por encima del camisón...

—No sabes lo que dices. —Niega con la cabeza. Su mano se introduce por debajo del camisón y me acaricia el pubis—. Siempre he querido masturbarte mientras te miraba a la cara. Quiero ver la expresión que pones cuando te corres.

—Massimo —balbuceo avergonzada.

Me muerdo el labio cuando me acaricia tal y como me gusta. No tengo ni idea de cómo lo ha sabido. Es muy bueno. Joder, es demasiado bueno. Separo las piernas y gimo muy bajito. Massimo me mira sin pestañear.

—No te contengas —me ordena—. Conmigo no.

Hay algo muy sincero en mirar a los ojos al hombre que te está masturbando. Soy incapaz de esconderle nada. Estoy tan mojada que no le cuesta penetrarme con dos dedos. Clavo las uñas en el colchón y gimo más alto. Mi respuesta parece encantarle.

—No tienes ni idea de cuántas veces he soñado con tenerte justo así...

Me folla con los dedos y, justo cuando creo que esto no puede ser más alucinante, su pulgar me acaricia el clítoris. Grito su nombre una y otra vez. Sé que quiere mirarme, pero lo que de verdad necesito es besarlo mientras me corro. Massimo me entrega lo que quiero y mi orgasmo estalla contra sus labios.

—No puedo aguantar más —se rinde.

Me arranca el camisón como si fuera una servilleta de papel. Ha sido un gesto tan violento y espontáneo que pego un grito. Massimo se baja los pantalones y termina de quitárselos de una patada. Luego alarga el brazo para coger el preservativo que hay en la mesita de noche. Se lo pone con rapidez, separa mis pierna y, entonces, me mira. Tengo el corazón acelerado y por unos segundos no comprendo qué pasa, hasta que descubro que me está pidiendo permiso.

Il Diavolo.

El Don más temido.

El jefe que solo necesita mirar a sus hombres para que estos agachen la cabeza. Está absolutamente excitado y me está suplicando con la mirada que deje que me folle. No soy mala, pero prolongo el momento unos instantes porque su expresión atormentada es tan sexy...

—Me estás matando —gruñe.

Rodeo su cuello con mis brazos para que sepa cuál es la respuesta. Juro que suspira aliviado antes de hundirse dentro de mí.

«Jo-der...».

—¿Estás bien? —pregunta con la voz ahogada.

—La tienes enorme...

Massimo me aparta el pelo de la cara con cariño. Sé que está haciendo un gran esfuerzo para permanecer quieto hasta que me acostumbre a su tamaño. Le doy un beso en el hombro y escondo la cara en su cuello. La mezcla de placer y dolor es increíble. La única razón por la que no le pido que continúe es que quiero prolongar este momento, pues sé que duraré muy poco.

—Más —le pido al fin.

Massimo comienza a moverse lento. Se agarra al cabecero de la cama con una mano mientras con la otra aprisiona uno de mis pechos. Envuelvo su cintura con mis piernas para hacer la penetración más intensa. No tengo suficiente de él. Se le escapa un gruñido y acelera el ritmo.

—Princesa...

Su voz grave es todo lo que necesito para llegar al orgasmo. Él se corre al cabo de unos segundos. Se desploma sobre mi cuerpo y luego rueda a un lado para no aplastarme. Su brazo descansa sobre mi abdomen. Ambos respiramos con dificultad. Tengo miedo de abrir la boca y estropear este momento. Por eso me pongo de lado y me limito a observarlo.

—¿Sabes? —murmura sin mirarme—. Acabo de descubrir que vas a ser mi puta perdición.

Sonrío como una boba y doy gracias de que no me esté mirando. No hace falta que vea cómo me afectan sus palabras. Si yo soy su perdición, él acaba de convertirse en la droga más tentadora y adictiva.

Capítulo 45

Massimo

Sofía está dormida en mis brazos cuando los primeros rayos de sol se cuelan por la persiana. No muevo ningún músculo, ya que no quiero despertarla. Calculo que serán las siete de la mañana, que es la hora a la que siempre me levanto sin necesidad de utilizar el despertador. A esta hora ya debería haber salido de la cama. Lo normal es que haga unos largos en la piscina, me dé una ducha, desayune como un campeón y tenga la primera reunión del día.

Supongo que hoy puedo hacer una excepción...

Sofía se tumba de lado, con la espalda pegada a mi pecho. Nunca he hecho la cucharita con una mujer. Lo normal es que les pida amablemente que se larguen después de haberme acostado con ellas. Si insisten en quedarse, las miro de tal forma que comienzan a vestirse. Me doy la vuelta y la abrazo por la cintura. A ella se le escapa un suspiro que vuelve a ponerme a cien.

«Joder, princesa, ¿qué cojones estás haciendo conmigo?».

Le doy un beso en el hombro y cierro los ojos. No puedo volver a conciliar el sueño, pero me gusta lo que hacemos. Compartir mi cama con una mujer, no solo para acostarme con ella, sino para abrazarla. Hace que me sienta menos solo.

Sofía se despierta al cabo de un par de horas. Se despereza y luego se da la vuelta para mirarme. Me dedica una sonrisa espontánea. La estrecho entre mis brazos y le doy un beso en la frente. Me gusta que no se arrepienta de lo que ha sucedido entre nosotros. Ambos sabemos que esto no puede salir bien, pero no tenemos por qué resistirnos durante el tiempo que permanezcamos juntos. Es la primera vez que quiero dejarme llevar con una mujer.

—Buenos días —dice con cierta timidez.

—No me habías dicho que estabas tan guapa por las mañanas.

—Tonto. —Me da un golpecito sin fuerza en el hombro—. Todavía no me he maquillado. Estoy espantosa.

—No te hace falta el maquillaje.

—Ya, claro. —Se sienta a horcajadas encima de mí. Su pelo me hace cosquillas en los hombros. Mi erección se alegra de tenerla tan cerca. Llevo dos horas excitado—. Pensaba que serías más fogoso por la mañana.

Su recriminación me obliga a fulminarla con la mirada. Sofía me dedica una sonrisa traviesa. Clavo las manos en sus caderas para que no se escape.

—No quería despertarte.

—La próxima vez no te cortes. —Se inclina para darme un beso rápido en la boca—. Tenemos que aprovechar el poco tiempo que tenemos juntos.

—Calla —le ordeno repentinamente malhumorado—. No quiero que vuelvas a

mencionarlo.

Sofía me mira con los ojos entornados. Arqueo las caderas para buscarla. Noto su humedad. Está preparada para mí y ni siquiera la he tocado. Joder, me gusta demasiado. La princesa va a ser mi perdición.

—No tengo preservativo —le advierto.

Anoche los utilizamos todos. Tendré que comprar más. Eso no evita que Sofía se siente en mi erección. Ambos contenemos el aliento cuando la penetro hasta el fondo. Ella deja caer la cabeza y entreabre los labios. Está preciosa.

—Sofía... —murmuro en un ruego—. No hagas algo de lo que te puedas arrepentir.

—No estoy en mis días fértiles. Córrete fuera por si acaso.

Es todo lo que necesito para levantar las caderas, de modo que hago la penetración más intensa. Dejo una mano en su cintura y subo la otra hacia sus pechos. La acaricio tal y como he descubierto que le gusta. Sus gemidos son música para mis oídos.

—Más deprisa, nena —le ordeno, o se lo suplico. No lo sé.

—¿Así?

Acelera el ritmo. Me está matando. No voy a durar ni cinco segundos como siga así. La pillo por sorpresa cuando la empujo para tumbarme encima de ella. Sofía protesta, por lo que aplasto mi boca contra la suya. La penetro con dureza mientras la acaricio el clítoris. Eso la vuelve loca y me clava las uñas en la espalda.

—¡Más! —exige—. Oh, Massimo, más...

«¿Más?».

Esbozo una sonrisa socarrona y me hundo todo lo que puedo en ella. No tengo suficiente. Creo que nunca lo será. Me encanta que me arañe la espalda. Me gusta que enrede las piernas alrededor de mi cintura para hacer la penetración más intensa.

—Mía —susurro a su oído—. Eres mía.

Mis palabras consiguen encenderla del todo. Sofía estalla de placer un par de segundos antes de que me corra en su interior. Me desplomo sobre su cuerpo, apoyando parte del peso en mis codos para no aplastarla. Me cuesta respirar. Necesito un minuto para volver a recuperar el control. De pronto, me aparto de ella y la miro avergonzado.

—Mierda, lo siento. —Me paso una mano por el pelo. No puedo creer que se me haya ido la cabeza de esa forma—. Me he corrido dentro. Dijiste que...

Sofía me acaricia el brazo de forma perezosa. No parece preocupada.

—Tengo una aplicación con mi calendario menstrual. Hoy no es uno de mis días fértiles. Prácticamente no hay ninguna posibilidad de que me quede embarazada.

—Lo siento —insisto abochornado—. Debería haber tenido más cuidado.

—Me gusta que pierdas el control conmigo. Al principio di por hecho que eras un capullo frío y calculador. Me encanta que te dejes llevar.

—Solo me pasa contigo —admito para su sorpresa—. Siempre utilizo preservativo. No soy un irresponsable.

Es la pura verdad. Soy el Don de la mafia siciliana, por lo que no puedo permitirme tener hijos ilegítimos. Jamás he sufrido ningún descuido. No sé cómo ha podido pasar. Debería haberla frenado cuando comenzó a ponerse cariñosa. No puede volver a suceder.

—¿Cuándo vas a abandonarme? —pregunta mientras me acaricia el pecho con el dedo índice.

—¿A qué te refieres?

—Pasas la mayor parte del día encerrado en tu despacho o fuera de casa. ¿Cuánto tiempo voy a poder disfrutar de ti?

—Todo el día —respondo para su sorpresa—. Hoy soy completamente tuyo.

—¿En serio? —Sofía apoya los antebrazos en mi pecho y me mira con una sonrisa que me derrite—. ¿Tus hombres no te echarán de menos?

—Stefano se encargará de todo.

—Podríamos dar un paseo por la playa.

—Lo que quieras.

—¿Pretendes consentirme?

—Sí.

Sofía sonríe de oreja a oreja. Mataría por cada una de sus sonrisas. Mi dulce princesa. Puede que dentro de poco deba dejarla en libertad, pero pretendo disfrutar los días que nos quedan.

Stefano no se ha tomado nada bien que haya relegado mis obligaciones en él. Que le den. Tengo derecho a tomarme unas vacaciones de vez en cuando. El mundo no se acaba porque me coja un día libre.

Sofía camina descalza por la orilla de la playa. Taco, el perro que le he regalado, corretea detrás de ella. La mira como si fuera Dios. No me extraña, es un cachorro muy afortunado.

Sofía le lanza la pelota y el cachorro trota con torpeza. Tiene dos meses, por lo que todavía no es muy ágil. Regresa con la pelota y la deja a sus pies. Sofía aplaude emocionada. Se vuelve para preguntarme si he visto lo listo que es. Sonrío y asiento.

—¡Corre, Taco!

El cachorro vuelve a salir disparado detrás de la pelota, pero a medio camino se distrae con un cangrejo al que persigue hacia la orilla. Se pone a escarbar en la arena ante la atenta mirada de su dueña, que le pide que no entre en el agua.

—Es muy espabilado —comenta orgullosa.

—Creo que todos los dueños piensan lo mismo de sus perros.

—¡Eh! —Me golpea con la cadera—. Es un bebé. Aprende muy rápido.

—Lo que tú digas.

—Mi padre no se quejará cuando regrese con Taco. Se siente tan culpable por mi secuestro que me consentirá cualquier cosa... —Se le escapa un suspiro pesaroso—. ¿Puedo preguntarte algo personal?

—No lo sé —respondo a la defensiva—. Depende de lo que sea.

Sofía me mira con cautela.

—¿Cómo murieron tus padres?

—Sofía... —Clavo la mirada en el mar. Nunca hablo del tema con nadie. A ella ya le he contado demasiado.

—No tienes por qué compartirlo conmigo si no quieres. —Entrelaza nuestros dedos. Me gusta lo bien que encajamos—. Creo que saberlo me ayudaría a comprenderte.

—¿Por qué quieres comprenderme?

—Porque no eres tan malo como aparentas —dice sin dudar.

Se me escapa una risa grave. No tiene ni idea. El único motivo por el que necesita creer que soy una buena persona es porque se ha acostado conmigo. De lo contrario, seguiría pensando que soy lo peor. Supongo que busca razones para la atracción que siente por mí, para no sentirse tan culpable por haberse acostado con el hombre que estuvo a punto de matar a su ex prometido.

—Soy el líder de una organización criminal —recuerdo con gravedad—. Trafico con armas. He extorsionado a personas inocentes. He cometido muchos crímenes. Mis manos están manchadas de sangre.

—Basta —suplica con voz temblorosa.

—No —respondo con frialdad—. Sigo siendo el mismo hombre que te secuestró. Espero que nunca lo olvides.

—¿Por qué eres tan capullo? —pregunta con incredulidad.

—Porque doy por hecho que sigues teniendo buen juicio. Solo una necia se enamoraría de mí.

—¡Para el carro! —exclama indignada—. Por supuesto que no voy a enamorarme de ti.

—Bien.

Nada está bien. Mis sentimientos por ella son tan poderosos y confusos que la posibilidad de que pueda llegar a quererme me llena de una esperanza que no sabía que necesitaba. Aun así, sé que solo un egoísta desearía que ella lo amase.

—Mi padre mató a mi madre —digo sin emoción.

Sofía retrocede conmovida. Si se lo cuento es porque necesito que entienda la familia de la que provengo. Alguien con unas raíces tan podridas como las mías no puede ser una buena persona.

—Ella tuvo una aventura con el líder de la mafia calabresa —le explico, intentando que no descubra mi dolor—. Mi padre no la amaba, pero aquello fue una afrenta que no podía quedar sin castigo. Primero asesinó brutalmente a Falsone y luego se vengó de mi madre. Aquello fue una tragedia. Mi padre necesitaba demostrarle al mundo que nadie se reía de él, así que pagaron justos por pecadores. —Chasqueo la lengua. Ojalá mi padre no hubiera tomado una decisión que

hoy seguimos pagando todos—. ¿Recuerdas el tiroteo?

—Cómo olvidarlo —balbucea.

—Dominic Falsone es el hijo del hombre con el que mi madre engañó a mi padre. El día que mi padre acabó con casi toda su familia, Dominic Falsone juró que se vengaría de la mía.

—¿Qué quieres decir con que acabó con casi toda su familia?

—A mi padre lo apodaban *El carnicero de Sicilia* —digo asqueado—. Para él, aquello de que los hijos no son culpables de los errores de sus padres no era cierto. No tenía remordimientos a la hora de arrasar con familias enteras. Primero asesinó a Enrico Falsone, el hombre con el que mi madre le fue infiel. Luego mató a mi madre. Pero estaba lleno de odio y no se conformó con sus muertes, así que acabó con la primogénita de los Falsone, la hija mediana y la prometida de Dominic. El único que se salvó fue Dominic, el hijo pequeño. Por aquel entonces estaba estudiando en Estados Unidos y los hombres de su padre lograron ponerlo a salvo. Luego mi padre enfermó y a mí me tocó hacerme cargo de las ruinas de su imperio. Ahora la mitad del país me odia y está de parte de Dominic Falsone. Ese cabrón no se detendrá ante nada para vengarse de mi familia. Da igual que mi padre muriese hace ocho años. Quiere acabar conmigo y con Lucrezia.

—Dios mío. —Sofía se lleva las manos a la cara. Está horrorizada—. No podéis ser enemigos por los errores que cometieron vuestros padres.

—Díselo a él. Ese desgraciado no atiende a razones. Hace un par de años intenté firmar la paz con él, pero mató a diez de mis mejores hombres a sangre fría.

Sofía se agacha para coger a Taco, que está lleno de arena. Lo abraza contra su pecho. Sé que está asustada. Quizá es bueno que lo esté. Necesito que entienda lo diferentes que son nuestros mundos. Nunca seré una buena persona, pues las circunstancias no me lo permiten.

—La vida no te ha dejado elegir —dice de pronto. Apoya la cabeza en mi hombro. Taco me da un lametazo en la mejilla—. No eres igual que tu padre.

—Sofía...

—Lo sé —insiste con vehemencia.

Soy incapaz de llevarle la contraria, quizá porque una parte de mí necesita que no me rechace. Ojalá viviéramos en un mundo en el que tuviéramos una oportunidad. Uno en el que no existieran hijos vengativos que quieren destruir a mi familia. Uno en el que pudiera mantener a salvo a la mujer de la que me estoy enamorando.

Capítulo 46

Sofía

La historia de la familia de Massimo me ha destrozado. Fue criado por una madre ausente y un padre horrible. Un tipo despiadado que asesino a casi toda una familia para vengarse de la infidelidad de una mujer a la que no amaba. Por su culpa, ahora Massimo tiene la responsabilidad de arreglar sus errores. Lo llaman *Il Diavolo*, pero empiezo a sospechar que, si lo hubieran dejado elegir, se habría alejado de un mundo como el suyo.

—¿A qué te habrías dedicado si no fueras un...? —Dejo la frase sin terminar.

Estamos en una heladería. Se supone que no admiten perros, pero nadie se ha quejado cuando hemos entrado con Taco. Supongo que salir con alguien tan poderoso como Massimo tiene sus ventajas. Nos han dado la mejor mesa del local y nos han atendido como si fuéramos de la realeza. Incluso una camarera ha traído un cojín para que Taco no tenga que tumbarse en el suelo.

—¿...si no fuera un mafioso? —concluye por mí.

—Sí —respondo con las mejillas encendidas. Me llevo a la boca una cucharada de helado de cereza—. Está delicioso.

—Te dije que aquí hacen los mejores helados de Sicilia. —Me borra una mancha de helado de la comisura y se lleva el pulgar a la boca. Mi estómago se contrae por el deseo—. Me habría gustado ser jardinero.

Abro los ojos de par en par. No puede hablar en serio. No lo imagino con un peto y unas tenazas. Siempre va impecable, con sus trajes a medida y sus camisas blancas.

—¡Venga ya!

—De verdad —responde muy tranquilo—. Ya te he dicho que mi madre y yo no teníamos una relación muy estrecha. Lo único que me transmitió fue su amor por las plantas. Mi padre decidió arrasar con su jardín cuando ella... —Massimo carraspea. Sé que todavía le duele hablar del tema. Es comprensible. Su padre asesinó a su madre y luego se desquitó con una familia inocente—. La primera decisión que tomé después de la muerte de mi padre fue volver a revivir el jardín. Contraté a los mejores jardineros. Aprendí todo lo que pude de ellos. Los rosales son obra mía. A ella le encantaban las rosas rosas.

Me emociono sin poder evitarlo. La casa está repleta de rosales. A pesar de que se crio sin el cariño de su madre, Massimo decidió hacerle un regalo post mortem. Cuanto más tiempo paso a su lado y me tomo la molestia de conocerlo, comprendo que no es el mal hombre por el que lo tomé. Sí, es imperfecto, pero eso no significa que carezca de corazón.

—Mis flores favoritas son las margaritas —digo para ocultar mi emoción.

—Las margaritas son flores muy alegres. Representan la esperanza y la inocencia de un niño. En la mitología nórdica están asociadas a Freya, la diosa de la belleza, el amor y la

fertilidad —explica como si fuera un erudito—. Además son flores muy resistentes, que crecen durante todo el año y combaten las plagas. Una flor tan salvaje y fuerte como tú, princesa.

—No has mentido con lo de ser jardinero —digo impresionada.

Massimo se encoge de hombros.

—El jardín es mi parte favorita de la casa. Lástima que no decidiera plantar margaritas.

Estoy a punto de responderle que me encantaría ayudarlo a plantarlas cuando Taco comienza a retorcerse y sollozar. Me da un vuelco el corazón al comprender que está teniendo una pesadilla. El pobre ha debido de vivir un infierno antes de que Massimo lo rescatase de la perrera. Lo habrían sacrificado de no ser por él.

—Taco —lo llamo con suavidad. Le acaricio la cabeza—. Taco, despierta, pequeñín.

El cachorro abre los ojos y me mira con inocencia. Salta a mi regazo y se hace una bola. Lo abrazo contra mi pecho. Massimo niega con la cabeza, pero me doy cuenta de que vuelve la cara para que no lo vea sonreír.

—Pobrecito, ya no tienes nada que temer. —Le doy un beso en la cabeza—. Mami cuidará de ti.

—No puedes mimarlo tanto. Vas a humanizarlo.

—Cállate, Belcebú.

—Empezaba a echar de menos tus insultos.

—Lo cruel sería no darle cariño. —Taco se queda dormido en mis brazos—. ¿Por qué lo elegiste? Seguro que había miles de perros abandonados...

—Demasiados —admite contrariado—. Me los habría llevado a todos. Hice una cuantiosa donación para que no los sacrificaran. Ahora soy el nuevo benefactor de la perrera.

—¿Lo dices en serio?

Se encoge de hombros para restarle importancia.

—Solo es dinero. Me sobra.

—Has cambiado la vida de esos pobres animales —insisto conmovida—. Les ha dado tiempo para que una buena familia se fije en ellos...

—O puede que solo haya prolongado su sufrimiento —reflexiona serio—. Muchos de los perros son viejos y tienen enfermedades. La mayoría de las personas quieren un perro de raza. Algo bonito de lo que presumir.

—Taco no es de raza y me parece el perro más guapo del mundo.

Mi pequeñín sigue roncando. A Massimo le suena el móvil. Mira la pantalla y se le cambia la expresión. Se excusa para levantarse y lo observo con curiosidad hasta que sale de la heladería. Seguro que es trabajo. No quiero imaginar de qué estará hablando. Quizá esté ordenando el secuestro o el asesinato de alguien. Me estremezco de solo pensarlo. Es tan diferente cuando estamos solos...

—¿Está ocupada? —Una mujer señala la silla que hay a mi lado.

—Puedes llevártela.

La mujer rondará mi edad. Tiene la mirada más triste que he visto nunca. Comprendo que la silla solo ha sido una excusa cuando se queda observándome. No la conozco, pues no soy de las que olvidan una cara.

—¿Te pasa algo? —pregunto con cautela—. ¿Te encuentras bien?

—¿Es tu novio?

—No te entiendo.

—El hombre que acaba de salir a atender una llamada.

—Ah... —Enderezo la espalda. No sé a qué viene su pregunta—. No, solo somos...

—Ten cuidado. —La mujer se inclina tanto hacia mí que me pongo nerviosa—. Massimo Morello es un demonio. Es el digno heredero de su padre. Huye antes de que sea demasiado tarde.

—¿Quién eres? —Me pongo de pie de un salto. Taco se despierta en mis brazos y comienza a ladrar a la mujer—. No lo conoces. Él no...

—Mató a mi padre —dice con los ojos llenos de lágrimas—. Mi pobre padre cometió el error de hacer negocios con la mafia. Massimo no mostró ni un ápice de piedad. Ahora mi padre está muerto y ese malnacido campa a sus anchas por nuestras calles.

Retrocedo conmovida. No quiero seguir escuchándola.

—Tengo que irme...

La mujer me agarra del brazo. Aprieta con tanta fuerza que esbozo una mueca de dolor.

—Eres joven y hermosa. Tienes toda la vida por delante. Cuando te he visto con él he sentido la necesidad de advertirte. Mi padre también confió en él y acabó desangrándose delante de la puerta de nuestra casa.

La mujer mete la mano en su bolso. Tengo miedo de que saque una pistola, por lo que retrocedo asustada. Entonces me entrega una foto de un hombre canoso y de sonrisa cálida.

—Si no me crees, puedes enseñarle la foto. —Me niego a cogerla, por lo que ella me aprieta la mano—. Te has enamorado de un asesino.

Me quedo paralizada cuando se marcha. Me cuesta respirar. Quiero borrar los últimos minutos de mi memoria. Las palabras de esa desconocida me aplastan como una pesada piedra. Guardo la foto en el bolsillo de mi pantalón y me dejo caer en la silla. Al cabo de unos minutos, Massimo regresa con un ramo enorme de margaritas. Estoy tan afectada que ni siquiera puedo forzar una sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —pregunta al notar que me pasa algo malo.

—He sufrido un pequeño mareo —digo. No es del todo mentira—. Me gustaría volver a casa.

—Por supuesto.

Me estremezco cuando Massimo me pasa un brazo por la cintura. El corazón me va a mil por hora. «Es un asesino», grita la voz de mi conciencia. «Te has acostado con un asesino».

—Son preciosas. —Hundo la nariz en el ramo para aspirar su olor, pero solo siento náuseas—. Gracias.

Massimo me da un beso en la mejilla y me ayuda a subir al coche. Abrazo a Taco contra mi pecho. Las palabras «asesino» y «huye» revotan en mi cabeza. Apoyo la frente en la ventanilla y cierro los ojos. No tengo nada claro. Solo sé que estoy muerta de miedo.

Capítulo 47

Sofía

Le digo a Massimo que no me encuentro bien y necesito descansar, por lo que me deja sola. Un resquemor ácido me sube por la garganta al contemplar el ramo de margaritas que hay en el jarrón que he colocado en la mesita de noche. En otro momento me habría parecido un gesto precioso, pero ahora no puedo parar de darle vueltas a lo que ha dicho aquella desconocida.

«Te has enamorado de un asesino».

Me tapo las orejas en un intento por dejar de escuchar su voz. No, no estoy enamorada de Massimo. No obstante, sé que podría llegar a quererlo. En sus brazos he sentido más pasión que durante los días que viví con Jorge. Cuando me mira siento que me ve de verdad. Con él nada es blanco o negro. Me enfurece y me hace arder de deseo. Nunca había experimentado algo tan intenso.

Salgo de la habitación y me dirijo al jardín. Taco sigue mis pasos como un fiel perro guardián. Lucrezia está sentada en el banco que hay enfrente de los rosales. Me pregunto si estará recordando a su madre. La foto que tengo guardada en el bolsillo del pantalón me quema a través de la tela. Ni siquiera lo pienso cuando se la enseño.

—¿Conoces a este hombre?

Lucrezia mira la fotografía. Aprieta los labios y aparta la vista. Su respuesta lo dice todo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tu hermano lo asesinó —digo con la voz ronca por culpa de la emoción—. ¿Verdad?

—Sofía. —Hay una advertencia en su tono—. ¿Quién te ha dado esa fotografía?

Me siento a su lado. Taco se tumba a mis pies. Lucrezia es la hermana de Massimo, pero es la única persona con la que puedo desahogarme. Una cosa no quita la otra.

—Una mujer me ha abordado en la heladería mientras Massimo hablaba por teléfono. Era la hija del hombre de la foto.

—¿Te ha hecho daño? —pregunta alarmada.

—No. Solo quería advertirme.

—Advertirte —repito irritada—. No debería haberse acercado a ti.

—¿Por qué? ¿Massimo también va a matarla? ¿No tuvo suficiente con haberse cargado a su padre?

—No conoces la historia, Sofía —dice agotada—. Mi hermano tuvo motivos para tomar aquella decisión tan drástica. A veces no te entiendo. Sabes quién es Massimo. ¿Crees que es el único hombre al que ha ordenado matar? ¿De repente lo has tomado por un príncipe porque os habéis acostado?

Aprieto los labios. Lucrezia exhala un sonoro suspiro. Tiene razón. No sé qué mosca me ha picado. Antes de acostarme con Massimo tenía clarísimo la clase de hombre que era. No sé

por qué de repente estoy tan horrorizada. Tal vez porque empiezo a sentir cosas por él.

—Lo siento, no quiero ser dura contigo. —Coge mi mano con cariño—. El hombre de esa fotografía trabajó durante un tiempo para nuestra familia. Massimo descubrió que nos había estado robando. Dos millones de euro, nada más y nada menos. Cuando los hombres de Massimo se enteraron, exigieron que mi hermano hiciera justicia. No habría podido perdonarlo aunque hubiera querido. De lo contrario, lo habrían tildado de ser demasiado compasivo. Algunos de los socios de Massimo querían que acabase con toda la familia, pero Massimo se negó. Dijo que él jamás sería la clase de Don que haría pagar a justos por pecadores.

—No quería ser igual que vuestro padre —digo en voz baja.

—¿Te ha contado la historia? —pregunta sorprendida—. Massimo nunca habla del tema. Ni siquiera conmigo.

—Sé que vuestro padre mató a vuestra madre y a casi toda la familia Falsone.

—Era un monstruo —contesta asqueada—. La mayoría de los hombres que apoyaban a mi padre esperaban que Massimo fuera como él. Se llevaron una gran decepción cuando mi hermano se desvinculó del pasado de nuestro padre. Eso le costó muchos apoyos. Incluso algunos hombres se revelaron. Para colmo, Dominic Falsone está empeñado en destruirnos. ¿Y tú culpas a mi hermano de haber matado al hombre que le robó? ¡Era lo mínimo que podía hacer! Si le hubiera perdonado la vida habría existido una lucha de poder para que otro con menos escrúpulos ocupara su puesto. Así es como funciona nuestro mundo.

—Dios. —Me tapo la cara con las manos—. No quiero entenderlo ni justificarlo. Me da igual que tuviera motivos para tomar aquella decisión. Sigue siendo un asesino.

—Sabes que tiene buen corazón.

—No, yo no...

—Veo cómo lo miras —comenta con prudencia—. Quizá deberías dejar de meterte en su cama si no quieres enamorarte de él.

—De todos modos me iré dentro de poco.

Taco nota que algo no va bien. Sube de un salto al banco y se sienta entre nosotras. Le da un lametazo en la mano a Lucrezia y le pone ojitos para que lo acaricie. Ella no puede resistirse.

—Me alegro de que te vayas pronto —dice para mi sorpresa. La miro dolida y Lucrezia añade—: La guerra entre los Morello y los Falsone es inevitable. Será mejor que estés lejos cuando estalle. Mi hermano ha olvidado algunas de sus obligaciones desde que tú estás aquí. No estoy diciendo que sea culpa tuya. Obviamente no lo es. Pero Dominic Falsone está rabioso y sería capaz de todo para vengarse de nosotros. Si descubre lo importante que eres para mi hermano, te utilizará sin piedad.

—¿No hay forma de que lleguen a un entendimiento?

—No conozco a Dominic Falsone, pero dicen que es el peor hombre de Italia. La muerte de su familia lo ha llenado de odio.

—No tiene sentido. Massimo y tú no tenías la culpa de la decisión de vuestro padre.

—Supongo que necesita odiar a alguien.

—Quizá podrían hablar como dos personas... —Me callo antes de pronunciar la palabra

«civilizadas». Son dos mafiosos. No sé cómo funciona su mundo—. Es ridículo que inicien una guerra por culpa de vuestro padre.

—He intentado disuadir a mi hermano. Incluso le dije que uniera nuestras familias para zanjar el conflicto.

—¿A qué te refieres con unir vuestras familias?

—Podría casarme con Dominic Falsone. Sería un matrimonio de conveniencia para limar asperezas.

—¡No! —chillo horrorizada—. No puedes casarte con ese hombre. Os odia. Convertiría tu vida en un infierno.

—Massimo jamás lo permitiría —dice derrotada—. Pero yo prefiero casarme con él antes de que estalle la guerra entre nuestras familias.

—Massimo nunca cambiará de idea. Eres su única familia —contesto aliviada—. Me alegro de que te quiera tanto. No podría soportar que te casaras con un hombre tan horrible.

Lucrezia y yo nos abrazamos. No me importa que forme parte de un mundo diferente al mío, pues la aprecio de verdad. Del mismo modo que empiezo a experimentar algo más que una atracción por Massimo. No importa las veces que me recuerde que es un criminal. Mi corazón se acelera cada vez que estoy cerca de él. Porque la pasión no entiende de límites.

Capítulo 48

Massimo

Sé que algo no va bien entre Sofía y yo. Noté que estaba afectada cuando volví a entrar en la heladería. Después de atender la llamada telefónica, no pude evitar cruzar la acera para entrar en la floristería que había enfrente y sorprenderla con un ramo de margaritas. La sorpresa me la llevé yo al ver su expresión desolada. Le he dado espacio durante todo el día, pero ya no puedo más. La incertidumbre me está matando.

—Buenas noches. —Lucrezia se despide de nosotros. Me da un beso en la mejilla y luego otro a Sofía—. Por cierto, desde mi habitación se escucha todo. ¡Cortaos un poco!

Sofía suelta una risilla avergonzada. Pongo los ojos en blanco, pero también sonrío. En cuanto nos quedamos solos cojo el tablero de ajedrez. Quizá se anime al jugar una partida. Supongo que echa de menos a su familia. ¿Acaso puedo culparla?

—¿Te apetece?

—Siempre es un buen momento para darte una paliza.

—No te vengas tan arriba, princesa.

Sofía se sienta en la otra butaca y elige las negras. Siempre juega con las negras. Ni siquiera tarda veinte minutos en vencerme. Mi ego está por los suelos. Antes de conocerla pensé que era un buen estratega. Estoy sopesando la posibilidad de leer algún manual de ajedrez para impresionarla. Así de patético soy.

—Jaque mate —dice sin una pizca de satisfacción.

Le doy un golpe a mi rey para dejarlo caer.

—¿Qué pasa, Sofía?

Ella se muerde el labio, pero al final mete la mano en el bolsillo de su pantalón y me enseña una foto. Reconozco al hombre que me robó dos millones de euros. Aprieto la mandíbula. Aquel idiota me causó muchos problemas. Mis socios exigieron que hiciera justicia y tuve que enfrentarme a ellos para que dejaran en paz a su mujer y a sus hijos. No iba a permitir que masacraran a una familia entera por culpa del error de aquel desgraciado.

—¿De dónde la has sacado? —exijo saber.

—Eso no importa. —Me mira afectada—. Quiero saber si te arrepientes.

—Me robó.

—Solo es dinero. Es lo que dices siempre.

—Maldita sea, Sofía. —Le doy un manotazo al tablero y las piezas caen al suelo. Ella se sobresalta y me arrepiento de inmediato. No pretendía asustarla—. ¿Crees que disfruto ordenando el asesinato de un hombre? Tengo que tomar decisiones muy complicadas. No espero que lo entiendas.

—Al menos dime que...

—No me arrepiento —la interrumpo con sequedad—. ¿Por eso llevas todo el día tan rara?

Sofía no responde. Entonces lo entiendo de golpe. No se ha acercado a mí porque me desprecia. Puede que su cuerpo no sea inmune al mío, pero somos muy diferentes. Ella es una princesa que necesita ver el lado bueno de todas las personas. Yo solo soy un vulgar asesino.

—¿Qué esperabas? —pregunto furioso. Separo los brazos para mostrarme sin careta—. ¡Soy el líder de la Cosa Nostra! Por el amor de Dios. No seas ingenua. La muerte de ese hombre no es el peor de mis crímenes. He hecho cosas mucho peores.

—No me creo que seas tan frío.

—Necesitas que sea una buena persona, pero te diré algo. —Le sostengo la barbilla para que me mire. Intento ignorar el dolor de sus ojos porque me parte el corazón—. No soy tu maldito proyecto. No vas a convertirme en un hombre del que puedas sentirte orgullosa. Soy el villano, no el puto príncipe.

Sofía se aleja de mí. La distancia que pone entre nosotros me duele, pero no la sigo cuando se dirige a la puerta.

—Tuviste unos padres de mierda —dice con voz temblorosa—. No te enseñaron lo que era el cariño ni el amor. Estás pagando por los errores de tu padre. Lo entiendo, Massimo. Sé que has tenido una vida muy dura y diferente a la mía. Sin embargo, me niego a creer que no sientes ni una pizca de remordimientos. Creo que tu actitud es la forma que tienes de protegerte.

—Ni siquiera me conoces. Que hayamos follado no significa que vayas a entenderme. No te equivoques, princesa. Dentro de unos días volverás a tu vida y yo buscaré a otra que caliente mi cama.

Me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca. Sofía me mira impactada. Tengo que contenerme para no ir detrás de ella y suplicarle que me perdone. La rabia ha hablado por mí, ya que ha dado en el clavo.

—Que te jodan, Massimo —espeta dolida—. No tienes por qué esperar a que me vaya. Puedes buscar a otra con la que divertirte. No volverás a tocarme.

Sé que debería correr tras ella y pedirle disculpas, pero no lo hago. Me levanto para servirme una copa. Tal vez sea mejor así. Sofía ha rasgado mi coraza. Si no pongo freno a lo nuestro, jamás permitiré que se vaya. Lo mejor para mi dulce y guerrera princesa es alejarse de mí. No soy ni nunca seré bueno para ella.

Capítulo 49

Sofía

Al día siguiente Massimo y yo no nos dirigimos la palabra. Todavía sigo atónita por lo que dijo. ¿Cómo se atreve a hablarme así? Por mí puede divertirse con todas las mujeres que le dé la gana. Bueno, vale, me fastidiaría que lo hiciera. Uf, lo odio. Y lo deseo. Ese hombre me vuelve condenadamente loca.

—Lo solucionareis —dice Lucrezia convencida.

—No tengo nada que solucionar con ese cretino arrogante. —Continúo removiendo la masa de galletas con demasiado brío—. Además, tiene razón. Dentro de unos días regresaré a Madrid.

—Nunca había conocido a dos personas tan cabezotas que se gustaran tanto —interviene Marcella. Me quita el cuenco de la masa de galletas y forma bolas que dispone en una bandeja engrasada del horno.

Ignoro el comentario de Marcella. No tengo ganas de discutir. El problema es que las únicas personas con las que puedo desahogarme son Marcella, que quiere a Massimo como si fuera su hijo, y Lucrezia, que adora a su hermano.

Uno de los hombres de Massimo va a abrir la puerta cuando suena el timbre. Lucrezia sale de la cocina para cotillear. Yo no estoy de humor. Ni siquiera me gusta cocinar, pero necesito estar distraída. Mi amiga regresa al cabo de unos minutos. Se le ha cambiado la expresión.

—¿Qué pasa? —inquiero alarmada.

—Nada. —Cierra la puerta de la cocina y fuerza una sonrisa—. ¡Deberíamos echar más chispas de chocolate!

Frunzo el ceño. Lucrezia es una pésima mentirosa. Sé que me está ocultando algo. De repente, una idea se instala en mi cabeza. Anoche le grité a Massimo que no perdiera el tiempo y se divirtiera con otras mujeres. Quizá me ha tomado la palabra. Salgo de la cocina hecha una furia. Quiero verlo con mis propios ojos.

—¡Sofía! —intenta detenerme Lucrezia.

Apenas doy un par de pasos cuando me quedo paralizada. Massimo estrecha la mano de un hombre de mediana edad y ambos entran en su despacho. Hay una mujer morena y voluptuosa detrás de ellos. La mujer se queda en el vestíbulo y se da la vuelta. Al verme me dedica una sonrisa triunfal.

¿Qué demonios hace ella aquí?

—Hola, querida. —Bianca se acerca a saludarme como si fuera la dueña de la casa—. Volvemos a vernos.

—¿Qué te trae por aquí? —exijo saber.

—Mi padre y Massimo son viejos amigos —me informa con petulancia—. ¿No te ha contado Massimo que su familia y la mía llevan toda la vida haciendo negocios?

—No perdemos el tiempo hablando de ti.

—Te aseguro que eso va a cambiar a partir de ahora —dice con tono afilado—. Todos sabemos que Massimo está con el agua hasta el cuello por culpa de Dominic Falsone. Necesita apoyos.

—Corta el rollo —exijo irritada—. ¿Qué quieres decirme?

—Mi padre ha considerado que un matrimonio entre nuestras familias sería ventajoso para todos. A Massimo no le quedará más remedio que aceptar. No es tonto. Y siempre lo hemos pasado de maravilla en la cama... —Me regala una sonrisilla presumida—. Seguro que ya sabes de lo que hablo. Es un amante de sobresaliente. Muy generoso y experto. Un hombre así no es fácil de encontrar.

Tengo ganas de vomitar. Massimo jamás aceptaría casarse con esta arpía, ¿no? Recuerdo lo que me gritó anoche y se me hace un nudo en la garganta: «Ni siquiera me conoces. Que hayamos follado no significa que vayas a entenderme». Tal vez lo he subestimado. En realidad no formo parte de su mundo. No sé de lo que es capaz con tal de proteger su posición.

—Es patético que aceptes casarte con un hombre que no te ama —comento con fingido desdén.

Bianca se mira la manicura perfecta.

—Me gusta follar con él. Seguro que me entiendes. El cabrón es muy adictivo. —Suelta una risilla que me produce náuseas—. Seré la señora de esta casa. Criaré a sus hijos. Tú solo serás la putilla española con la que jugó durante una temporada.

Contengo las ganas de abofetearla. No voy a rebajarme con ella. Si Massimo decide amarrarse a una mujer a la que no quiere no es asunto mío. Por más que me escueza.

—Mi hermano nunca se casará contigo —declara Lucrezia, que hasta entonces se había mantenido al margen.

Bianca le dedica una mirada despectiva.

—Tú deberías entender mejor que nadie cómo funciona nuestro mundo. El matrimonio de tus padres fue acordado. Es algo muy común. —Bianca la mira con rabia contenida—. Seremos buenas amigas. Aprenderás a apreciarme.

—No tengo tan mal gusto —responde Lucrezia.

Bianca abre la boca para protestar, pero en ese momento Massimo y su padre salen del despacho. Se despiden con un apretón de manos. Bianca me dedica una sonrisa satisfecha. Supongo que acaban de cerrar el acuerdo. Mi mirada se cruza con la de Massimo, que ni siquiera se inmuta. Me doy la vuelta y salgo de la casa a toda prisa. Tengo el corazón hecho trizas. Soy una imbécil. Massimo ni siquiera merece la pena. ¿Por qué sufro? Dentro de pocos días regresaré a Madrid. Allí me esperan mi padre y mi mejor amiga. Mi familia. Debería sentir alivio por separarme de Massimo, pero lo único que experimento es un profundo desconsuelo.

Capítulo 50

Sofía

La tensión se puede cortar con un cuchillo durante la cena. Lucrezia intenta sacarnos conversación, pero Massimo está taciturno y yo me limito a responder con monosílabos.

Soy una imbécil.

Una parte de mí creía que vendría a buscarme para explicarme que todo ha sido un malentendido. Sin embargo, ha permanecido encerrado en su despacho —haciendo cosas de mafioso importante, supongo—, y solo ha salido para cenar. Ya se lo podría haber ahorrado, pues soy incapaz de probar bocado, a pesar de que la lasaña de verduras de Marcella está deliciosa.

—¿No tienes hambre?

Me doy cuenta de que Massimo acaba de dirigirse a mí. Estoy a punto de mirar detrás de mi espalda, pues no nos hemos dirigido la palabra en todo el día. Soy una persona muy madura, por lo que ni siquiera respondo. Sonrío para mis adentros cuando respira hondo, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para no perder los nervios.

—Te he hecho una pregunta.

—Massimo —le pide su hermana.

—Dile a tu amiga que se alimente.

Suelto un bufido.

—He perdido el apetito. Mirarte me da náuseas —respondo sin dirigirle una mísera mirada.

—Come, Sofía —ordena—. Hoy no has probado bocado.

—¿Y cómo lo sabes? —me burlo—. ¿Has estado espiándome?

—No quiero discutir. Simplemente me preocupa que llegues desfallecida a Madrid. No me gustaría que tu padre creyese que no te hemos tratado como es debido.

Aprieto el tenedor con todas mis fuerzas. Así que ahora va a adoptar el rol del secuestrador indiferente. Lo que faltaba. Primero se acuesta conmigo y ahora finge que no le intereso.

—Preocúpate por la alimentación de tu futura esposa —replico con ironía—. Aunque supongo que ella sobrevive a base de maldad. En el fondo estáis hechos el uno para el otro.

Massimo enarca las cejas. Parece sorprendido. Por un instante albergo la esperanza de que el compromiso del que me habló Bianca sea una farsa. Sin embargo, Massimo no lo niega. Se limita a seguir comiendo mientras me sostiene la mirada.

—Massimo no va a casarse con Bianca —interviene Lucrezia. Su hermana le lanza una mirada suplicante—. ¿Verdad?

—No voy a tratar ese tema con vosotras.

Lo observo con incredulidad. Hace menos de un día hicimos el amor, me llevó a dar un paseo por la playa y me compró un ramo de margaritas. ¡Incluso me regaló un perro! ¿Y ahora me trata como si no valiera nada para él?

Me levanto de un salto, incapaz de seguir comportándome como si no me importara. El corazón me va a mil por hora y me pican los ojos. Él, mientras tanto, permanece impassible. Es un cabrón indiferente y manipulador. No sé cómo pude fiarme de él. Estoy furiosa conmigo misma.

—¿A dónde vas? —pregunta sin alterarse—. Siéntate y termina de cenar.

—Tengo el estómago revuelto.

Salgo del comedor sin mirar atrás. Subo las escaleras, pero él no me sigue. A una ridícula parte de mí le gustaría que lo hiciera y suplicara mi perdón. ¿En qué momento he pasado de odiarlo a estar tan colgada? Joder, no lo entiendo. Quiero volver a ser la mujer que estaba furiosa y lo ponía en su sitio.

Soy incapaz de conciliar el sueño, por lo que al cabo de un par de horas salgo de mi habitación. La casa está en silencio y a oscuras. Necesito una copa. Me apetece beber a morro de la botella de licor de almendras hasta caer grogui. Entro en el salón y voy directa al minibar. De repente se enciende la luz. Doy un respingo y me llevo una mano al pecho. Massimo está sentado en la butaca. Me observa como si pudiera ver dentro de mí.

—No es buena idea que te emborraches con el estómago vacío.

—Tú no me das órdenes, Belcebú.

—Sube a tu habitación, Sofía —ordena sin perder la calma—. Ambos sabemos lo que sucede cuando te emborrachas.

—Ya no estoy tan desesperada. —Ignoro su orden y voy al minibar. Cojo la botella, la abro y doy un trago—. Te odio con toda mi alma, idiota.

—¿Idiota? —Esboza una sonrisa sarcástica—. Ese insulto es nuevo.

—Es menos de lo que mereces.

—Para. —Se pone en pie y acorta la distancia que nos separa con tanta rapidez que no lo veo venir. Me agarra por la muñeca antes de que pueda volver a beber—. No voy a permitir que te emborraches.

—¡Suéltame! —Me zafo de su agarre y doy un largo trago sin dejar de mirarlo—. Quiero beber hasta olvidar que te metiste en mi cama. Me das asco. Me doy asco.

—Mentirosa.

—¡Egocéntrico!

—Sofía...

—¡Infeliz! ¡Amargado! —Le doy un empujón. Ni siquiera se defiende—. ¡Cobarde!

—Cuidado —me advierte con tono helado.

—¡Vas a casarte con una mujer a la que no amas! ¿Cómo llamarías a alguien así? —lo encaro. Lanzo la botella contra la pared. Se rompe en mil pedazos, dejando la huella de una mancha amarillenta. Contemplo mi obra de arte con satisfacción—. Seguro que te la follas mientras piensas en mí. Porque da igual a cuantas mujeres metas en tu cama, Massimo, nunca

vas a sentir por ninguna algo remotamente parecido a lo que sientes por mí.

Massimo traga saliva. Sus ojos se clavan en mi boca un segundo antes de mirarme. De repente veo todo lo que me ha estado ocultando: el miedo, las dudas, el anhelo y el deseo.

—Ya lo sé, joder —admite con voz ronca.

—No te cases con ella. —Odio que mi voz suene suplicante. Doy un paso hacia él. Estoy temblando—. A su lado vas a ser un desgraciado. No importa que no estemos juntos. No puedes elegir a una mujer tan horrible.

—¿No crees que haríamos una bonita pareja? —Pone su mano en mi mejilla. Me estremezco al sentir el tacto cálido de sus dedos. Massimo me sonríe con tristeza—. Yo también soy horrible, princesa.

—No, tú no... —Inclino la cabeza para que no deje de tocarme—. No eres como ella.

—No voy a casarme con Bianca.

Sus palabras me producen un poderoso alivio. Tengo ganas de echarme a llorar.

—Pensé que habías llegado a un acuerdo con su padre para salvaguardar tu posición.

—La familia de Bianca y la mía siempre han hecho negocios. Seguirá siendo así. Su padre no es estúpido. Nos necesitamos mutuamente. Es cierto que un matrimonio sería ventajoso para todos, pero jamás me ataría a una mujer que te faltó al respeto. Por eso le he dejado claro a su padre que nunca me casaré con su hija.

—Me hiciste creer que no te importaba —protesto con un hilo de voz—. Dijiste que encontrarías a otra que te calentara la cama.

—Soy un imbécil cuando me enfado. —Me acaricia la mejilla con cariño. Su pulgar recorre el contorno de mi boca—. No quiero a otra mujer en mi cama. Desde la primera vez que te vi no he tenido ojos para nadie más. Lo que siento por ti no es sano. Sabes que no puede ser, ¿verdad?

—Lo sé.

—Y, sin embargo... —Me estrecha entre sus brazos y me acaricia la boca con la suya—, pondría el mundo a tus pies si me lo pidieras.

Massimo aplasta su boca contra la mía. Me empotra contra la librería y algunos libros caen al suelo. El beso me roba la poca cordura que me quedaba. Nos besamos con rabia y necesidad. Nos arrancamos la ropa con prisa. Parecemos dos salvajes. No hay ni una pizca de ternura en lo que hacemos. Ninguno de nosotros la necesita en este momento.

Massimo tira de mí para alejarme de la librería, me baja las bragas de un tirón, me da la vuelta y me penetra con rudeza. Se me escapa un gemido grave. Lucrezia o Marcella podrían descubrirnos, pero me trae sin cuidado. Apoyo las palmas de las manos en la pared y cierro los ojos.

Esto es lo que quiero.

No sé si es lo correcto, pero es todo lo que necesito.

—Di mi nombre —me ordena al oído con voz grave.

—Massimo...

—Más alto. —Me da un mordisco en el cuello—. Dilo más alto.

—¡Massimo!

Acelera el ritmo, satisfecho por mi sumisión. Cojo una de sus manos y la llevo hasta mi sexo para que me acaricie. Él me masturba tal y como me gusta. No vamos a durar ni cinco segundos. Jamás había necesitado tanto algo. Es una puta droga.

Massimo entierra la cara en mi pelo y me huele. Ese gesto primitivo me vuelve loca. Antes de que pueda correrme, sale de mi interior. Me doy la vuelta para lanzarle una mirada asesina que contrarresta con una sonrisa arrogante.

—Capullo.

—No te enfades. —Aparto la cara cuando intenta besarme—. No quiero que sea tan rápido. No eres una cualquiera. Te mereces más.

—A lo mejor me gusta que me folles como...

Massimo me calla con un beso mientras me lleva hasta el sofá. Tira de mí para que me siente a horcajadas encima de él. Odio ser tan complaciente, pero en realidad no me arrepiento cuando me observa mientras lo hacemos. Porque nadie me había mirado antes de esa forma, como si fuera incapaz de renunciar a mí. Como si prefiriese acabar con todo antes de estar lejos de mí.

Apoya una mano en mi cuello y deja la otra en mi cintura. Su mirada me dice tantas cosas que me ahogo en sus ojos oscuros. Podríamos prometernos miles de cosas, pero nuestros ojos hablan por sí solos. Me dejo ir y él se aparta antes de correrse dentro. Apoyo mi frente contra la suya mientras él me abraza de esa forma tan posesiva que lo caracteriza.

—Si alguna vez vuelvo a alejarme de ti, te doy permiso para que me recuerdes que soy un completo imbécil.

Se me escapa una sonrisa. Massimo me acaricia la espalda y me da un beso en el hombro.

—Vale, pero luego no te enfades si te insulto.

—No te estrangulé cuando me llamaste Belcebú. Creo que ya ha quedado bastante claro que a ti puedo perdonártelo todo.

—¿Todo?

Massimo se aparta para mirarme con el ceño fruncido.

—Todo no —recula—. Deja que otro hombre te toque y serás la culpable de su muerte.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo mismo digo.

—Como si tuviera ganas de acostarme con otra mujer teniendo a semejante diosa viviendo bajo mi techo. —Niega con la cabeza, como si la idea de serme infiel le pareciera absurda—. Vamos a mi habitación. Quiero que duermas en mi cama.

Escondo la cabeza en su pecho para ocultarle mi sonrisa satisfecha. En este momento solo puedo pensar: «Jódete, Bianca. Este hombre es mío».

Capítulo 51

Massimo

Tener a Sofía en mis brazos es un privilegio. He intentado apartarme de ella, pero soy incapaz de poner freno a mis sentimientos. Sería fácil si se tratase solo de deseo. El problema es que lo que me une a ella es algo más que una poderosa atracción física. Todavía me cuesta digerir que creyese que iba a casarme con Bianca. En ningún momento se me pasó por la cabeza aceptar el compromiso. Ya sé que sería la opción fácil. De hecho, he discutido con Stefano, pues mi amigo considera que debo contraer matrimonio con una mujer que pertenezca a una familia poderosa. Tal vez lo habría sopesado antes de conocer a Sofía, cuando no tenía ni idea de que era capaz de albergar unos sentimientos tan fuertes por una mujer.

—¿En qué piensas? —Me acaricia la mandíbula con un dedo.

Tiene la mejilla apoyada en mi pecho y me mira con una sonrisa radiante. Después de acostarme con ella siempre me parece más preciosa. El brillo que adquieren sus ojos es de otro planeta.

—Quédate a mi lado —le pido dejándome llevar. Ella abre los ojos de par en par, pero su sorpresa no me impide sincerarme—. Me gustaría que no te fueras. Sé que podemos construir un futuro juntos. Las horas que he pasado sin hablarte ni poder tocarte han sido una agonía. Me vuelvo loco al pensar que dentro de poco te irás.

Sofía no dice nada. Le acaricio el pómulos con un cariño que solo me nace entregarle a ella, al igual que la promesa que acabo de hacerle. Quiero envejecer con ella. Quiero cuidarla. Quiero quererla hasta el fin de mis días.

—¿Y si quisiera irme? —pregunta indecisa al cabo de unos segundos.

Ni siquiera tengo que pensarlo.

—Si quieres marcharte te dejaré en libertad aunque tu padre no cumpla con el trato. Jamás te retendría en contra de tu voluntad. Ya no. —Respiro hondo y la miro sin reservas—. Para mí no tiene ningún sentido obligarte a permanecer a mi lado. Quiero que te quedes porque de verdad lo deseas. Jamás te haría sufrir a propósito. Espero que lo sepas.

—No puedes liberarme si mi padre no cumple el trato. Tus hombres se pondrían en tu contra.

—Tu felicidad es más importante para mí que la opinión de mis hombres. —Le pongo dos dedos bajo la barbilla para que me mire. Tiene los ojos vidriosos—. Me gustaría ser el buen hombre que te mereces, pero ambos sabemos que a lo largo de mi vida estaré obligado a tomar decisiones terribles. No quiero que me des una respuesta hoy. Ni mañana. Piensa en ti, Sofía. Si a pesar de todo decides que cabe la posibilidad de que seas feliz a mi lado, haré todo lo que esté en mi mano para merecerte. No será fácil y probablemente viviremos momentos complicados, pero te juro que haré que merezca la pena.

Sofía se incorpora para besarme. Sus labios son cálidos y dulces. Le devuelvo el beso con una voracidad que nace de lo más profundo de mi ser. Nunca me saciaré de ella. Esta mujer ha

robado hasta el último ápice de mi cordura. Mi alma, mi cuerpo, mi corazón; todo le pertenece.

—Una parte de mí quiere quedarse —susurra contra mis labios—, pero la otra no soporta la idea de separarse de la familia que tiene en Madrid. Sé que jamás entenderían mi decisión. No sé si puedo vivir con la idea de hacerles daño.

La comprendo, aunque me duele su reticencia. Guardo silencio porque no quiero presionarla. Deseo que me elija por los motivos adecuados. No le estoy ofreciendo una vida fácil. Soy el hombre que la ha secuestrado. Nada ni nadie podrá cambiarlo. Ojalá tengamos una oportunidad en un mundo que no está hecho para que estemos juntos.

Capítulo 52

Sofía

Massimo ya se ha marchado cuando despierto por la mañana. Odio que se vaya tan pronto. Me encanta abrir los ojos y descubrir que me está observando como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida.

Me desperezo sin poder dejar de sonreír. Nuestra historia no es perfecta ni mucho menos, pero en este momento no puedo imaginar que compartiese mi vida con otro hombre. Massimo me acelera el corazón con cada beso. Sus caricias me llevan al límite. Saca lo mejor y lo peor de mí. Con él he aprendido a conocerme mejor a mí misma. Y, sin embargo...

No sé cuál es el camino correcto. Tal vez haya momentos en los que no puedes tomar buenas o malas decisiones, sino aquellas que te hacen feliz. En este momento elegiría a Massimo sin dudar. Eso no significa que no tenga miedo, pero la idea de separarme de él me pesa demasiado. A pesar de que sé que mi padre y Mónica jamás me entenderán y no sé si puedo vivir sabiendo que les he hecho daño. Además, Massimo pertenece a un mundo en el que dudo que pueda llegar a encajar.

«Dios, todo es tan complicado...».

Al menos no va a casarse con Bianca. Sonríe de oreja a oreja. Taco sube de un salto a la cama y me lame la cara. Me da un ataque de risa. Juego con él hasta que me entra hambre. Luego voy al baño para darme una ducha, elijo un modelito con el que impresionar a Massimo y salgo de la habitación.

—¡Buenos días! —saludo a nadie en particular.

Marcella está horneando unas galletas. Me extraña que no haya rastro de Lucrezia, que suele despertarse muy temprano.

—Hoy estás de muy buen humor —comenta con una sonrisilla cómplice.

Cojo una fresa y le doy un bocado. No puedo decirle que follar con Massimo siempre mejora mi estado de ánimo.

Tengo mucho apetito. Marcella me mira impresionada cuando repito tres veces. Me encojo de hombros, pues me he levantado con muchísima hambre. Estoy terminando de comer cuando Lucrezia entra en la cocina de la mano de una niña que no para de llorar. Mi amiga tiene mala cara, aunque fuerza una sonrisa cuando me ve.

—Hola —digo con tiento. Observo a la niña, que no debe de tener más de ocho años. Está temblando y aferra la mano de Lucrezia con fuerza—. ¿Me he perdido algo?

—Eh... —Lucrezia se muerde el labio—. Esta es Antonella. Va a quedarse una temporada con nosotros.

—¡No! —protesta la niña. Suelta su mano y echa a correr. Lucrezia no puede detenerla cuando se encierra dentro de la despensa. Mi amiga respira hondo.

Me rasco la nuca. No entiendo nada. ¿Quién es la niña y porqué está llorando encerrada

dentro de la despensa?

—¡Quiero ir con mi tío! —suplica desde la despensa.

—¿Lucrezia? —pregunto sin entender.

Mi amiga se sienta en un taburete, apoya los codos en la encimera y se tapa la cara. Nunca la había visto tan disgustada.

—Es la sobrina de Dominic Falsone —me explica con voz ahogada—. Massimo ha decidido que la mejor forma de vengarse de él y tenerlo controlado es secuestrar a Antonella.

Retrocedo impactada. No puede ser. Marcella murmura una palabrota y comienza a limpiar la encimera como si así pudiera solucionar este disparate.

—Solo es una niña —comento horrorizada—. Está muerta de miedo.

—Lo sé —admite compungida—. Mi hermano me ha pedido que cuide de ella. La pobre no ha dejado de llorar desde que la ha dejado a mi cargo. No sé qué hacer.

Voy a la despensa y llamo a la puerta. Me parte el corazón escuchar los sollozos de la pequeña. Entiendo que Massimo deba cubrirse las espaldas con Dominic. Ese hombre lo odia y es su mayor enemigo. Intentó asesinarlos. Pero no es justo que una pobre niña inocente pague por los pecados de su tío. Massimo debería entenderlo mejor que nadie.

—¡Quiero volver con mi tío! —lloriquea Antonella.

—Muy pronto volverás a verlo —miento para tranquilizarla—. Pero tienes que salir de la despensa, tesoro. Mientras tanto cuidaremos de ti. ¿Quieres comer algo? ¿Te apetece leer un cuento o jugar con nosotras?

—¡Déjame en paz! ¡Eres mala!

—No soy... —Se me escapa un suspiro. No puedo discutir con esta cría—. Me llamo Sofía.

—¡Me da igual!

—Te prometo que puedes confiar en mí. A mí también me obligaron a estar aquí, pero una vez que te acostumbras no es un sitio tan terrible. Hay una piscina enorme y un jardín precioso. Podríamos recoger flores y hacerte una corona. ¿Qué te parece?

—¡Vete a la porra!

—Vale —me rindo—. Puedes quedarte ahí un ratito. Volveré luego por si has cambiado de opinión.

Marcella y Lucrezia me observan con impotencia. Lo he intentado. No me parece correcto sacar a la niña a la fuerza, pues eso incrementará su miedo.

—Deberíamos darle un poco de tiempo —sugiero—. Le entrará hambre o querrá hacer pis. Será mejor que la dejemos tranquila hasta que comprenda que nadie va a hacerle daño.

—Estoy muy enfadada con mi hermano —dice Lucrezia—. Cuando dijo que tenía la situación controlada no esperaba que secuestrara a la sobrina de nuestro mayor enemigo. Ahora sí que va a desencadenar una guerra.

—Voy a hablar con él —decido en un impulso.

—No sé yo si... —comienza a decir Marcella—, es lo más prudente en este momento.

—Déjala —interviene Lucrezia—. Es la única que puede cantarle las cuarenta a mi hermano.

Las dejo discutiendo y salgo de la cocina. Massimo no está en su despacho. Me cruzo con Luciano, que me mira como si me estuviera perdonando la vida. Que no se preocupe, pues el sentimiento de desprecio es mutuo. Encuentro a Stefano en la librería y le pregunto dónde está Massimo.

—No es un buen momento, Sofía —me advierte, pero se rinde cuando le lanzo una mirada llameante. Sabe que voy a montar un pollo si no me dice su paradero—. Está en el jardín.

Salgo hecha una furia. Me va a oír. ¿Cómo se le ocurre secuestrar a esa pobre criatura? ¡Hace pocas horas me estaba pidiendo que me quedase a su lado! ¿Esta es su forma de convencerme? ¡Se ha vuelto loco!

Lo encuentro observando ensimismado los rosales. Tiene los brazos cruzados detrás de la espalda y la expresión circunspecta. Toda mi rabia se esfuma al verlo. Empiezo a conocerlo. Sé que en este momento está sufriendo un conflicto interno.

—¿Esta es tu forma de demostrarme que harás todo lo que esté en tu mano para merecerme? —pregunto en voz baja.

—No mezcles, Sofía. No tiene nada que ver contigo.

—Massimo... —le toco el hombro. Ni siquiera se inmuta—. Solo es una niña. Está muerta de miedo.

—No hay otra opción. —Niega con la cabeza. Veo lo mucho que le tortura la decisión que ha tomado—. Dominic no se detendrá hasta acabar con mi familia. Esa niña es lo único que le impide atacarnos en este momento. Está atado mientras la niña permanezca en casa. No hay otra forma de firmar la paz.

—Podrías intentar hablar con él...

Massimo ríe sin ganas.

—No conoces a ese hombre, Sofía. Si yo no tengo escrúpulos, él carece de conciencia. Jamás se detendrá hasta vengarse. Está cegado por la rabia. —Se vuelve hacia mí. Me mira completamente roto—. Por favor, no me odies. No podría soportarlo justo ahora.

Tengo un nudo en la garganta. A estas alturas ya he comprendido que no puedo odiarlo aunque lo intente con todas mis fuerzas.

—No te odio —digo en voz baja—, pero no puedo aprobar lo que has hecho. Antonella es una criatura inocente.

—Cuidaremos de ella. Está mejor con nosotros que con el monstruo de su tío.

—Escúchate —intento convencerlo—. Estás intentando justificar el secuestro de una niña.

—Basta. —Se aparta de mí. Me está dando la espalda porque no soporta mirarme a los ojos. Ahora lo conozco—. Es mi decisión.

Massimo se aleja caminando. Lo veo marchar con impotencia. No lo sigo porque entiendo que ahora mismo no hay nada que pueda decirle para que cambie de opinión. Está entre la espada y la pared. Se ha visto obligado a tomar una decisión que no lo llena de orgullo. Ojalá

podría hacer algo para ayudarlo.

Capítulo 53

Sofía

La noche ha sido movidita. Antonella no ha parado de llorar y al final hemos tenido que sacarla a la fuerza de la despensa. No puedo olvidar su carita aterrorizada. Se ha negado a probar bocado en la cena y nos ha gritado a Lucrezia y a mí cuando la hemos arropado para dormir.

No puedo conciliar el sueño, así que salgo de la habitación para dar un paseo que me tranquilice. Hay luz en la cocina, por lo que voy a cotillear. Se me encoge el corazón al ver a la niña delante del frigorífico. Está de puntillas porque intenta alcanzar un cartón de leche. La pobre tiene que estar hambrienta.

—Hola.

La niña se asusta y corre a esconderse debajo de la mesa. Aprieto los labios. No sé qué hacer para que deje de tenerme miedo. Mantengo la distancia para no agobiarla y me agacho para que pueda verme. Está hecha un ovillo, con la cara enterrada en las rodillas.

—Tienes hambre —digo para ganarme su confianza—. Puedo prepararte algo de comer. ¿Qué te apetece?

—¿Sabes cocinar? —pregunta sin levantar la cabeza.

—No mucho —admito—. Pero las tortitas me salen riquísimas. Y hay un bote enorme de sirope de chocolate en la despensa. ¿Quieres ayudarme?

La niña me mira con desconfianza. Al menos algo es algo. Le ofrezco una sonrisa cálida que espero que la tranquilice.

—Dijiste que al principio tú tampoco querías estar aquí. ¿A ti también te ha secuestrado el hombre malo?

«El hombre malo es Massimo...».

—Sí —respondo con sinceridad. Tiene pinta de ser una cría muy espabilada. No quiero mentirle, pues creo que empiezo a ganarme su confianza—. Lo que pasa es que a veces juzgamos mal a las personas de forma precipitada. Yo también pensé que era un hombre malo. No es tan terrible como parece, ¿sabes? Podrías darle una oportunidad.

—Quiero volver con mi tío —insiste con los ojos llenos de lágrimas—. Lo echo de menos. Seguro que está muy triste.

No puedo hacerle falsas promesas. Me parte el corazón no poder decirle que dentro de poco tiempo volverá a casa.

—Mi padre solía decirme que los problemas es mejor enfrentarlos de uno en uno. Esta noche podemos hacer tortitas para que dejes de tener hambre. ¡Y mañana será otro día!

Antonella asiente de mala gana. Es obvio que está muerta de hambre. Sale de su escondite y se acerca a mí como un animalillo asustado. Sigo manteniendo la distancia para que no se asuste. Saco los ingredientes de la nevera y le pido que vaya a buscar la harina, que está en

el tercer cajón. Quiero que se sienta útil y pase un rato divertido. Me pongo a tararear una canción de Lali Expósito y la niña me mira de reojo.

—¿No la conoces?

—¡Sí!

—Puedes cantar conmigo si quieres.

Al principio se muestra reticente, pero luego se anima. Le pido que me ayude a batir la masa y le digo que tiene muchísima fuerza, lo que la hace sonreír.

—¿Puedo ayudar? —pregunta una voz grave desde la entrada.

Antonella deja de batir las tortitas y se aferra a mi cintura. Massimo nos observa con una mezcla de regocijo y pesar. Sé que le escuece la reacción de la niña. Le acaricio el pelo a Antonella, que me está abrazando con mucha fuerza.

—Tranquila, ya te he dicho que no es malo. Solo ha venido a ayudar.

—El hombre malo tiene una cicatriz en la mejilla derecha —murmura sin dejar de abrazarme—. A este no lo conozco.

Oh, claro. Debí de suponer que se refería al imbécil de Luciano. Seguro que no ha tenido ningún tacto con ella.

—Ese hombre obedece mis órdenes —dice Massimo con el tono más suave que le he escuchado utilizar—. No tienes nada que temer. Le he dicho que sea bueno contigo. Incluso puedes subirte a su espalda a caballito.

Antonella lo mira con recelo y luego me observa en busca de mi aprobación. Asiento y le ofrezco una sonrisa tranquilizadora.

—¿Tú eres el que manda? —le pregunta a Massimo.

—Sí.

—Quiero que me envíes de vuelta con mi tío —dice con agallas.

—Vas a pasar una temporada con nosotros —responde Massimo sin perder la paciencia—. Entiendo que estés enfadada, pero te prometo que no será tan malo como parece.

—Bueno. —La niña se cruza de brazos—. Cuando vuelva a casa de mi tío le voy a dar un gran abrazo.

Massimo no dice nada. Antonella se acerca a la encimera para seguir removiendo la masa. Le digo que lo hace muy bien. Massimo coge una sartén y la unta con mantequilla sin que se lo pida. Va friendo una a una las tortitas mientras Antonella lo observa relamiéndose. Luego los tres nos sentamos delante de la encimera. Antonella coge el bote de sirope de chocolate y echa un buen pegote en su plato.

—¡Están muy buenas! —exclama después de probarla.

—Los tres formamos un gran equipo. —Le guiño un ojo.

—Él no me cae tan bien como tú.

—Es normal. —Massimo termina de masticar un pedazo de tortita—. Ella es más guapa.

Antonella se ríe. Me alegro de que la niña consiga disfrutar en una situación tan terrible.

—Ojalá fuera rubia como tú.

—¡Oh, qué dices! —Le aparto un mechón de la cara—. Tienes un pelo precioso.

—¿Mañana podemos hacer una corona de flores? —pregunta ilusionada.

—Pues claro.

La niña me pilla desprevenida al darme un abrazo. La envuelvo y aspiro su olor. Su pelo desprende un aroma a champú de fresas. Me percató de que Massimo nos observa con el amago de una sonrisa. Le doy un beso en el pelo a Antonella, que no protesta. Sé que algún día tendré un hijo. O tal vez dos. Me encantan los críos.

—¿Tienes sueño?

—¡Sí!

La niña me da la manita para que la acompañe a su habitación. Antes de salir de la cocina se vuelve para mirar a Massimo y le tiende la otra mano.

—Quiero que me arropes tú —suelta con atrevimiento—. Eres alto y fuerte, como mi tío. Él siempre mira dentro del armario y debajo de la cama para comprobar que no hay monstruos.

Massimo se queda paralizado, como si le hubiera pedido que le bajara la luna. Se nota que no está acostumbrado a tratar con niños. Pongo los ojos en blanco. Mi reacción consigue que mueva los pies. Le da la mano a la niña y los tres nos dirigimos a la habitación. Parecemos una improvisada familia. Marcella y Lucrezia no lo van a creer. Una vez en la cama, Antonella no se queda conforme hasta que Massimo abre la puerta del armario.

—No hay monstruos por aquí —dice con tono serio. Suelta un suspiro cuando le toca agacharse para mirar debajo de la cama. Tengo que aguantarme la risa—. Aquí tampoco.

—Vale. —Antonella se tumba de lado. No parece del todo tranquila—. Echo de menos a Budy.

—¿Quién es Budy? —pregunto con curiosidad.

—Mi osito de peluche.

—Mañana te compraré uno —promete Massimo.

A la niña se le llenan los ojos de lágrimas. Massimo la observa agobiado y luego me mira a mí para que lo solucione. Me muerdo el labio. Entiendo lo importante que es Budy para la niña. Son las tres de la madrugada, así que no vamos a poder conseguirle un osito de peluche. Pero en realidad puedo ofrecerle algo mejor.

—¡Ahora vuelvo!

—Sofía, ¿dónde vas? —Massimo me agarra el brazo. De repente parece muy nervioso. Me mira y baja la voz—. No me dejes solo con la niña. No sé qué hacer.

—Solo es una cría. —Intento contener la risa—. Cuéntale un cuento.

—No sé ningún...

Salgo a toda prisa de la habitación. Tendrá que apañárselas sin mí. No puedo creer que tenga miedo de una niña de siete años. Es el Don de la mafia siciliana. Se supone que no le teme a nada. Cuando regreso al cabo de unos minutos, Massimo está sentado en el borde de la cama. Lo observo con los ojos muy abiertos.

—Y la niña, que era muy valiente, luchó con el dragón hasta que consiguió vencerlo.

—¿Qué pasó con el malvado hechicero? —pregunta Antonella con curiosidad.

—El malvado hechicero se marchó asustado al ver lo poderosa que era la niña.

—Uhm... —reflexiona Antonella—. No me ha convencido del todo el cuento.

Se me escapa una carcajada. Massimo pone cara de circunstancias cuando me mira. Sé que se ha esforzado. Al menos lo ha intentado. La niña extiende los brazos cuando ve a Taco. El cachorro está dormido. He pensado que le vendría bien dormir con él.

—¿Quieres cuidar de mi pequeñín? —pregunto con seriedad para que sepa que le estoy encomendando una tarea muy importante—. Tienes que abrazarlo y acariciarlo si tiene alguna pesadilla. ¿Podrás cuidar de él?

—¡Sí, sí, sí! —exclama contenta.

—Se llama Taco.

Antonella le da un beso en la cabeza. Taco ni siquiera se inmuta.

—Es muy bonito —dice en voz baja—. Tenéis que iros. Vais a despertarlo.

—Ya la has oído —le digo a Massimo.

Ambos salimos de la habitación.

—Apaga la luz —me pide Antonella—. Tengo siete años. No soy una cría.

—Vale. —Me aganto la risa y apago la luz—. Duermo en la habitación de al lado. Por si necesitas algo.

—Taco y yo estaremos bien. Ya soy una niña mayor.

—Desde luego.

Dejo la puerta encajada y por fin suelto la risilla que estaba conteniendo. Qué cría tan maravillosa. Massimo está apoyado en la pared y me mira con intensidad. No sé qué hay dentro de esa cabeza tan dura. A saber. La verdad es que está guapísimo con el pijama. Tiene el pelo despeinado y los ojos hinchados a causa del cansancio. No puedo evitar la tentación de acariciarle el pelo. Él entrecierra los ojos y disfruta del contacto.

—No sabía que se te daban tan bien los niños.

—No sabía que podías contar cuentos —me burlo de él.

—Guárdame el secreto o atente a las consecuencias. Tengo una reputación que mantener.

—En el fondo eres un blando. —Massimo atrapa mi brazo y me da un beso en el dorso de la mano—. Quiero tener un montón de hijos. Mi instinto maternal está por las nubes en este momento.

Massimo me empuja contra la pared y me roba un beso que me deja sin aliento. Luego desliza su boca por mi cuello hasta que se me acelera la respiración. Debería estar furiosa con él, pero soy incapaz de resistirme a su cuerpo. El condenado lo sabe y piensa utilizar nuestra atracción.

—Serás una buena madre. —Me da un beso en la barbilla—. ¿Me odias?

—No —respondo sin vacilar—. Sabes que no puedo. Pero odio esta situación. Sufro por

la niña. Quiero que regrese a su casa.

—Lo sé. —Massimo me abraza y apoya la frente contra la mía—. Estoy intentado buscar una solución.

—¿En serio? —pregunto esperanzada.

—Sí.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

—No soporto decepcionarte. Me parte el corazón que me mires como si fuera el peor hombre del mundo.

—Massimo, yo no...

Me besa con una urgencia devastadora. Me rindo sin oponer resistencia. Tal vez no funcionemos en muchos aspectos, pero nuestros cuerpos encajan de maravilla.

—Ven a mi cama esta noche.

Lo sigo a su habitación mientras nos besamos. Massimo ya me ha quitado el pijama cuando cierra la puerta. Me besa por todas partes. Me hace el amor con una delicadeza que no sabía que necesitaba en este momento. Me mira a los ojos cuando se hunde dentro de mí. Me acaricia la mejilla y murmura con voz ronca:

—Creo que me estoy enamorando de ti.

Al principio pienso que no lo he escuchado bien, pero Massimo me dedica una sonrisa vulnerable y cargada de algo muy poderoso. Mi pecho se hincha por culpa de la emoción. Si no le digo que empiezo a sentir lo mismo es porque tengo la garganta atenazada por las lágrimas. No sé qué nos deparará el futuro, pero en este momento quiero que sea a su lado.

Capítulo 54

Massimo

Desde mi despacho puedo ver a Sofía y Lucrezia jugando con Antonella. Sonrío como un imbécil. Ya sé que no debería mirarlas como si fuéramos una familia idílica. Tanto Sofía como Antonella están secuestradas. Sin embargo, no me arrepiento de haberle abierto mi corazón a Sofía.

Sí, me estoy enamorando de ella. De esta mujer fuerte, valiente y temperamental que me hace arder tanto dentro como fuera de la cama. Y por ella, joder, por ella soy capaz de todo.

—¿Estás seguro? —pregunta Stefano.

Asiento en silencio. Sé que mi amigo está disgustado por la decisión que he tomado. Antes de conocer a Sofía no habría puesto en duda mi decisión. Ahora no soporto que me mire decepcionada. Ella ha visto algo en mí. Cree que puedo ser un hombre mejor. Maldita sea, quiero serlo por ella. Que sea el Don no significa que carezca de escrúpulos. Tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para lidiar con esta situación de mierda y conseguir que Lucrezia y Sofía, las mujeres más importantes de mi vida, me vean como un hombre decente.

—Tenemos agarrado por los huevos a ese cabrón —insiste Stefano—. Vas a echarlo todo por la borda por un par de tetas...

—Cuidado —le advierto—. No sigas por ahí.

Stefano suspira sonoramente.

—Lo siento, no pretendía insultarla. Sé lo importante que es para ti. Pero sigo pensando que no puedes basar una decisión política en la opinión de una mujer.

—Creo que ella tiene razón —admito en voz alta lo que he estado reflexionando por la noche—. Quizá esta decisión consiga que firmemos la paz con Dominic. Ahora mismo está asustado. Sabe de lo que somos capaces.

—Y vas a devolverle a la niña. Es una estupidez, Massimo.

—Con una serie de condiciones —lo contradigo sin perder la calma—. Si las incumple, perderá muchos apoyos. En nuestro mundo es importante mantener la palabra. Nadie volverá a confiar en Dominic si me la juega.

—Estamos hablando de Dominic Falsone. Es un hijo de puta. Una bomba de relojería que siempre va un paso por delante de todos. Sabes que no es de fiar.

—Reúne al consejo —digo decidido—. Quiero que todos estén al tanto de lo que voy a hacer.

—Vas a echarte a los hombres encima.

—No soy como mi padre.

—¡Eso ya lo sé! —exclama alterado—. Nadie te pide que lo seas. Nuestros ingresos se han duplicado desde que estás al mando. Los hombres confían en ti. Tu padre los obligaba a

hacer cosas con las que no estaban de acuerdo. Tú nos has traído la paz...

—Salvo por Falsone —puntualizo—. ¿Qué clase de Don sería si no hiciera todo lo posible para firmar la paz con nuestro mayor enemigo? Todos saldremos ganando.

—Te diría que tienes razón si no se tratase de Dominic. A su lado tú eres un ángel caído del cielo. Crees que Dominic te agradecerá que le devuelvas a su sobrina, pero ahora mismo te odia más que nunca. Mientras tú intentas firmar la paz él está tramando la forma de destruirte.

—Reúne al consejo —insisto—. Ya he tomado una decisión.

Stefano se rinde. Sabe que no doy mi brazo a torcer, excepto si se trata de una española rubia y de armas tomar que me vuelve loco. No quiero ser como mi padre. Esa niña no debe pagar por los errores de su tío. Quiero hacer las cosas bien aunque corra un gran riesgo.

—Una cosa más —dice mi amigo antes de marcharse—. El padre de la chica ya ha cumplido su parte del trato. Tienes que liberarla.

Mi cuerpo se enfría de golpe. Mi amigo me mira impaciente.

—Massimo.

—Se irá si ella quiere.

—No jodas. —Stefano me mira incrédulo—. No puede quedarse.

—Ahora es libre de tomar una decisión. Se quedará si así lo desea.

—No puedes casarte con ella —me lee la mente.

—Me importa una mierda lo que pienses, Stefano —le aclaro irritado—. Voy a casarme con ella si acepta. Y será la madre de mis hijos.

—Te has vuelto loco. Si tanto de gusta puedes tenerla de amante.

—No es una cualquiera —ladro furioso—. Si vuelves a decir que me case con otra y la trate como mi amante, te corto la lengua.

—Eres un idiota —espeta mi amigo—. Deberías casarte con Bianca o con la hija de alguno de tus socios. Ese matrimonio no será bien recibido por nuestros hombres.

—Tendrán que conformarse —zanjo—. Estoy cansado de vivir para los demás. No me casaré con una mujer por una cuestión política. Nunca seguiré los pasos de mi padre. Si no lo entiendes deberías replantearte nuestra amistad.

Stefano retrocede como si lo hubiera golpeado.

—Solo intento protegerte.

—Necesito que me apoyes —lo contradigo—. ¿Puedes hacerlo?

Mi amigo tarda unos segundos en asentir. Su reacción me relaja. No sé qué haría sin mi principal apoyo.

—Siempre.

—Eres un buen hombre, Stefano.

—Soy idiota —responde todavía contrariado—. Sé que te estás equivocando, pero te aprecio demasiado para no permanecer a su lado. Solo espero que estés preparado para cuando las cosas se tuerzan.

Stefano se marcha. Es un buen hombre y un gran confidente. Casi siempre he seguido sus consejos, pero esta vez necesito apostar por aquello en lo que creo. Ojalá la vida me brinde la oportunidad de hacer las cosas bien. Quizá soy un iluso por desear que exista un final feliz para todos los implicados en esta historia. Definitivamente la princesa me ha cambiado.

Capítulo 55

Sofía

—¡Con todos ustedes Antonella, la princesa del bosque! —exclamo con teatralidad.

La niña nos hace una reverencia. Lucrezia y yo aplaudimos. Hemos improvisado un disfraz de princesa con un trozo de tul rosa y la corona de flores que lleva en el pelo. A Antonella le encanta pavonearse. Hace un pase de modelos mientras Taco salta a su alrededor. La verdad es que lo estamos pasando en grande. De pronto, me percaté de que alguien nos está observando. Mis ojos se encuentran con los de Massimo. Me está sonriendo de una forma genuina y sincera. Si alguien me hubiera dicho hace un mes que *Il Diavolo* era capaz de sonreír lo habría tildado de loco.

—Dais asco —susurra Lucrezia—. Ve a por él, boba.

Me acerco a él fingiendo despreocupación. Massimo está sentado en el murete de la fuente. Se levanta sin perder la sonrisa. Está guapísimo.

—¿Te gusta espiarme? —bromeo.

—Me encanta mirarte —responde con sinceridad—. ¿Te apetece dar un paseo?

Me cuelgo de su brazo y nos adentramos en el jardín. Sin duda es el mejor lugar de la casa. Massimo no tuvo unos buenos padres, pero aun así decidió restaurar el jardín en honor a su madre. Es mejor persona de lo que cree.

—Voy a liberar a Antonella.

Me quedo parada y lo miro con incredulidad. Sé que no es un hombre dado a hacer bromas, pero me cuesta descifrar si habla en serio. El otro día parecía muy convencido de haber tomado la decisión correcta.

—¿Por qué? —pregunto sin entender.

—Pensé que te alegrarías.

—¡Por supuesto que me alegro! —Salto a sus brazos y le lleno la cara de besos—. Me hace muy feliz que hayas cambiado de opinión. Estás haciendo lo correcto, Massimo.

—Eso espero —murmura pensativo—. Mis hombres están muy descontentos, pero es lo que hay. Me has ayudado a ver las cosas desde otro punto de vista. Por eso voy a intentar llegar a un acuerdo pacífico con Dominic.

Me sorprende que mi opinión sea tan importante para él. Hace que me sienta valiosa y querida.

—Acabo de hacerle llegar mis condiciones para liberar a la niña. Si de verdad quiere a su sobrina, las aceptará y firmaremos la paz. Es lo mejor para todos.

Le doy un abrazo que me sale del corazón. Massimo me lo devuelve con ganas. Me refugio en su olor y en sus brazos fuertes. Me siento de maravilla.

—Hay algo importante que debo decirte.

Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Está preocupado. Mi dulce Belcebú. Por fuera es muy duro, pero yo conozco su interior. Es un hombre apasionado y vulnerable.

—Tu padre ha cumplido el trato. Eres libre de irte, Sofía. —Veo cómo traga con dificultad. Me acaricia los brazos sin dejar de mirarme—. Hoy mismo si así lo deseas. Uno de mis hombres te llevará al aeropuerto. Esta tarde podrás abrazar a tu padre.

Retrocedo conmovida. Es lo último que esperaba oír. Debería sentir alegría y alivio, pero solo experimento pena. Voy a echar muchísimo de menos a Lucrezia y a Marcella. Sobre todo, no sé cómo voy a hacerlo para vivir sin los besos y las caricias de Massimo.

—No sé si...

—Quédate —dice con vehemencia. Sostiene mi rostro y me regala una mirada cargada de desesperación—. Podrás viajar a Madrid siempre que quieras. Tendrás un avión privado a tu disposición. Entiendo que quieras ver a tu familia, pero eso no significa que no puedas volver a mi lado. Siempre habrá un sitio para ti en mi casa.

—Massimo —pronuncio su nombre con la voz ronca por la emoción.

—Quiero que te quedes a mi lado para darte la vida que mereces —insiste. Me acaricia las mejillas con los pulgares—. Quiero consentirte. Quiero despertar contigo todas las mañanas. Quiero que seas mía. Quiero darte la boda de tus sueños. Quiero que seas la madre de mis hijos. Quiero cocinar tortitas por las noches y que vayamos a la playa a jugar con Taco.

Me derrito como un caramelo a fuego lento. Massimo me estrecha entre sus brazos como si no estuviera dispuesto a soltarme. Ambos sabemos que me dejará ir si se lo pido. Quizá esa es la razón más poderosa para quedarme a su lado. Ahora soy una mujer libre. Tengo la posibilidad de elegir.

—¿De verdad quieres casarte conmigo? —pregunto ilusionada.

—Joder, sí. —Me da un beso en los labios—. Lo quiero absolutamente todo contigo.

—¿Incluso los momentos malos y las discusiones que seguro que tendremos?

—Las reconciliaciones serán alucinantes. Podré soportarlo.

Me echo a reír. En el fondo siempre he sabido cuál sería mi elección. Solo la he estado postergando porque tenía miedo de defraudar a las personas que quiero. Sin embargo, no hay nada peor que decepcionarte a ti misma.

—Me quedo contigo.

—No tienes que darme una respuesta hoy...

—Me quedo contigo —repito sin dudar—. Y ahora bésame, Belcebú.

—Te voy a grapar esa boquita, princesa.

Intento protestar, pero Massimo me calla con un beso. En ese momento comprendo que he tomado la decisión correcta. No es el hombre perfecto, ya lo sé. No necesito que lo sea. Porque cuando encuentras a alguien que te acelera el corazón con una simple mirada, dejarlo escapar no es una opción.

Capítulo 56

Sofía

No puedo seguir posponiendo el momento, así que tres días después de decirle a Massimo que me quedo a su lado, marco el número de mi amiga Mónica. Me sudan las manos y el corazón me va a mil por hora. Sé que voy a disgustarla, pero no tengo más remedio que ser sincera con una de las personas más importantes de mi vida.

—¡Sofía! —grita aliviada—. Tu padre dice que dentro de poco volverás a Madrid. No sabía si creerlo porque no habíamos vuelto a hablar. ¿Va todo bien? ¿Te han hecho daño?

—No —murmuro, sintiéndome culpable por no haberla llamado antes—. Estoy bien, Mónica.

La escucho suspirar fuerte. Me muerdo el labio inferior. Lo último que quiero es hacerle daño, pues sé que no va a entenderme.

—¿Cuándo vuelves?

—Yo... —Me siento en el borde de la cama—. Iré de visita dentro de poco.

—De visita —repite incrédula—. ¿A qué te refieres?

—Necesito que te sientes.

—Sofía, ¿qué pasa? —pregunta enfurruñada—. Acabo de sentarme. ¿Se puede saber qué me estás ocultando?

—No quiero que te enfades ni que me tildes de loca. Te juro que nadie me ha coaccionado a tomar esta decisión. Ha sido una elección muy meditada.

—No te entiendo.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos antes de que me secuestraran?

—No, ¿de qué hablas?

—Intentaste convencerme de que no me casara con Jorge. Dijiste que me conformaba con un hombre supuestamente perfecto y una vida aburrida. Que nunca me interpondría entre él y un bala, ni cometería una locura por amor... —le recuerdo—. Tenías razón, Mónica. No estaba enamorada de Jorge. Nunca debí quedarme estancada en una relación que no me llenaba del todo.

—No. —La voz de mi amiga es un gruñido de rabia—. No, no y no.

—Mónica, ni siquiera lo conoces.

—¡No puedes quedarte con él! —grita escandalizada—. ¿En serio, Sofía? ¿Qué coño te pasa en la cabeza? Estamos hablando del hombre que te ha secuestrado. Uno de sus matones me pegó un tiro, ¿o ya lo has olvidado?

—Por supuesto que no —respondo con un hilo de voz—. No lo estoy defendiendo. Ha cometido un montón de errores. Pero a su lado me siento más viva que nunca. Y si lo conocieras... ¡Podrías venir a visitarnos! Entenderías a lo que me refiero.

—Has perdido la puta cabeza si crees que voy a ir a ver a ese matón que te tiene secuestrada. No te reconozco, Sofía. Vas a romperle el corazón a tu padre. —Sus palabras son como puñales que se clavan lentamente en mi estómago—. Necesitas ayuda, Sofía. Tienes síndrome de Estocolmo. No quiero ni imaginar los horrores que has vivido. Ese miserable te ha manipulado para que no sepas vivir sin él.

—No es eso, Mónica. Ya sé lo que parece, pero te juro que tengo plena libertad para marcharme si así lo deseo. Massimo jamás me retendría en contra de mi voluntad.

—¡Te secuestró! —me recuerda fuera de sí—. ¿Cómo has podido olvidarlo? Por el amor de Dios, incluso apuntó a Jorge con una pistola y lo obligó a anular vuestro compromiso. El pobre Jorge me lo contó llorando.

—Eso no estuvo bien, pero...

—Tienes que volver.

—No voy a volver —digo categórica—. Si lo hago, me impediríais regresar. Me quedo aquí por el momento. Tal vez viaje a Madrid más adelante.

—Te ha lavado el cerebro.

—Mónica, te quiero. Esto no cambia nada. Sigo siendo la misma de siempre.

—Qué va —responde asqueada—. Mi mejor amiga era una mujer fuerte y luchadora que jamás se habría dejado engañar por un criminal.

—Por favor, necesito que lo entiendas.

—¡No voy a entenderlo! Eres mi amiga y te quiero. Nunca voy a aceptar que tires tu vida por la borda.

—Es mi decisión. Te aseguro que estoy en mi sano juicio —digo con vehemencia—. Ojalá vinieras a conocer a Massimo y su familia. Sé que cambiarías de opinión.

—No me relaciono con criminales —responde con tono despectivo—. ¿Ya se lo has contado a tu padre?

—No —digo con voz estrangulada—. Esperaba que tú me allanaras un poco el terreno antes de llamarlo.

—Si eres tan valiente para ser la novia de un criminal, también deberías serlo para llamar a tu padre.

Mónica cuelga. Me derrumbo en la cama y rompo a llorar. Sé que tiene razón. No respecto a la decisión que he tomado, pues es irrevocable, sino al hecho de llamar a mi padre. Es una obligación que solo me concierne a mí. No puedo inmiscuirlo en mis decisiones.

Unos minutos después alguien llama a la puerta. Massimo asoma la cabeza y me mira preocupado. Me limpio las lágrimas y fuerzo una sonrisa. No quiero que me vea llorar. Sé que se sentirá culpable.

—¿Qué tal ha ido? —se interesa.

—Regular —contesto para salir del paso—. Sabía que se lo tomaría así. La llamaré dentro de unos días. Necesita tiempo para digerir la noticia.

—¿Y tu padre? —pregunta con tacto.

—Lo llamaré mañana —decido. Por hoy ya me he enfrentado a una situación muy complicada—. Lo soy todo para él. Se echará la culpa por haber hecho negocios contigo. No lo entenderá, pero creo que con el paso del tiempo aceptará mi decisión. Lo único que quiere es que sea feliz.

—¿Y lo serás a mi lado? —Se sienta y coge mi mano—. No quiero causarte problemas con tu familia.

—A veces es inevitable herir a las personas a las que amamos para conseguir nuestra propia felicidad —reflexiono. Apoyo la mejilla en su hombro y él me da un beso en la sien—. Si regresase a Madrid, me pesaría demasiado estar separada de ti. Sé que he tomado la decisión correcta. Supongo que algún día lo entenderán.

Massimo aprieta mi mano con cariño. Ojalá mi padre y Mónica se tomen la molestia de conocerlo. Detrás de *Il Diavolo* hay un hombre cariñoso y protector que lo da todo por las personas a las que ama.

—Siento que las cosas sean tan complicadas.

—Que sean complicadas no significa que no merezcan la pena —respondo con una pequeña sonrisa.

Massimo me abraza y siento que a su lado todo es posible. Me duele que mi mejor amiga se haya enfadado, pero no voy a renunciar a mi felicidad para no herir a mis seres queridos. En ocasiones, la única opción correcta es ponerte en primer lugar.

Capítulo 57

Sofía

Antonella se aburría dentro de casa, por lo que Massimo le ha dado permiso para que salga a la playa custodiada por varios de sus hombres. Lucrezia iba a acompañarme, pero se ha despertado con destemplanza y ha preferido quedarse en la cama. Así que la niña y yo pasamos la mañana jugando y corriendo en la orilla ante la atenta mirada de Luciano y varios hombres de Massimo. No soporto a Luciano y hubiera preferido que fuera Stefano, pero por lo visto está ocupado con otra tarea.

—¿Jugamos al escondite? —suplica Antonella.

No hay muchos lugares donde esconderse en la playa, salvo la cueva y un par de piedras enormes. Finjo pensarlo durante unos segundos. Me hace gracia la cara de ilusión de Antonella. Adoro a la niña y por eso me alegra tanto que dentro de poco vaya a volver con su tío. Massimo me ha explicado que llegar a un acuerdo pacífico con Dominic está siendo muy complicado. Ese tipo debe de ser horrible, pues cualquiera en su lugar aceptaría sin dudar con tal de tener de regreso a su sobrina.

—Contaré hasta quince. —Me doy la vuelta y me tapo los ojos—. Uno, dos...

La niña echa a correr. Estoy convencida de que se ha escondido en la cueva. Después de terminar de contar doy un paseo por la playa mientras la llamo. Quiero darle la oportunidad de ganar. Su carita de ilusión no tiene precio.

—¿Dónde se habrá metido Antonella? —pregunto en voz alta para que me escuche.

Me parece raro que no haya salido disparada hacia la meta, así que me adentro en la cueva. Uno de los hombres de Massimo viene detrás de mí, por lo que levanto la mano para que se detenga. Estamos solos y no quiero que nos arruine la diversión.

—¿Antonella? —la llamo al entrar en la cueva—. ¡Hoooola!

Sé que algo va mal cuando escucho un sollozo. Desde aquí no puedo ver a los hombres de Massimo. Tal vez debería regresar y pedirles que me ayuden, pero probablemente la niña se haya tropezado con alguna roca. No quiero ser la princesita en apuros que ha hipnotizado a Massimo. Sé lo que piensan de mí. Así que me adentro en la cueva para buscar a la niña.

—Antonella, tesoro, ¿qué ocurre?

Doy un respingo al ver a un hombre tirado encima de una roca. Tiene la camisa manchada de sangre, una cicatriz en la mejilla y la mirada vacía. Es Luciano. Alguien lo ha asesinado. Me tapo la boca para ahogar un grito.

—No hagas ningún ruido. —Una mujer a la que conozco demasiado bien sale de su escondite y me apunta con una pistola—. Por fin voy a hacer que te arrodilles, zorra egocéntrica.

—Bianca —digo con voz temblorosa—. ¿Qué has hecho con la niña?

Bianca señala con la cabeza hacia el otro extremo de la cueva. Antonella está tendida en el suelo. Tiene los ojos cerrados. Oh, Dios míos.

—No te muevas —me ordena cuando estoy a punto de echar a correr—. No está muerta. La he drogado con cloroformo.

—Estás loca.

—¿Una loca habría conseguido capturar a la nueva puta de Massimo y a su rehén máspreciado? —me contradice con tono orgulloso—. ¿Quieres saber cómo lo he hecho?

—Los hombres de Massimo están en la playa. No tardarán en darte caza.

—Les van a tender una emboscada mientras nosotras huimos. Esta cueva tiene un montón de salidas, ¿no lo sabías? El idiota de Luciano me las enseñó una vez que vinimos a follar. Míralo ahora. —Bianca le da una patada al cadáver—. Los hombres no valen para nada. Este cretino odiaba a Massimo. Adoraba al antiguo Don y consideraba que su hijo no estaba a la altura. No me costó utilizarlo para que me ayudara. Pero ya no me sirve. He aprendido que prefiero trabajar sola.

—Eres...

Bianca me apunta al centro del pecho. Su mirada está cargada de odio.

—La única razón por la que no te he pegado un tiro es que él te quiere con vida.

—¿Quién?

—Quién va a ser. —Bianca pone los ojos en blanco—. ¡Dominic Falsone! Qué tonta eres. No te enteras de nada. No sé por qué le gustas tanto a Massimo. Ese maldito desagradecido se arrepentirá de haberme desechado como si fuera basura. Yo podría haber ocupado su cama y ser su mano derecha, pero un cabrón arrogante como él nunca valora a las mujeres. Prefiere conformarse con una rubita de mirada inocente que no pertenece a nuestro mundo.

Miro a mi alrededor para sopesar mis opciones. No hay nada con lo que pueda defenderme. Bianca enarca una ceja. Parece que acaba de leerme el pensamiento.

—Adelante, estoy deseando pegarte un tiro.

—Todavía estás a tiempo de corregir este grave error —intento hacerla entrar en razón—. Cuando Massimo se entere de lo que has hecho...

—¡A la mierda Massimo! —me interrumpe hecha una furia—. No debería haberme conformado con el segundo capo más importante de Italia. Dominic Falsone es una presa más jugosa. Se casará conmigo y seré la señora Falsone. Me lo debe.

—No creo que Falsone vaya a casarse contigo. He oído lo que dicen de él. Solo te está utilizando.

—¡Cállate, estúpida!

En ese momento, Antonella se despereza. Abre los ojos con dificultad y se asusta al ver a Bianca apuntándome con el arma. Bianca se acerca a ella sin dejar de vigilarme y le da una patada en el tobillo.

—¡No le pegues!

—Levanta, mocosa —le ordena Bianca—. Nos vamos con tu tío.

—No le hagas daño a Sofía —lloriquea la niña.

Bianca deja escapar un gruñido de exasperación.

—No sé qué demonios le veis todos a esa zorra —dice malhumorada. Se vuelve hacia mí. Sé que está deseando dispararme—. Ayúdala a levantarse. Caminad por ese pasillo. No estoy de humor para tonterías. Si intentas algo, te pego un tiro. Seguro que Dominic puede prescindir de ti. La que le importa es la niña.

Hago lo que ordena porque no tengo otra opción. Estamos en un espacio reducido y ella va armada. Si disparase podría herir a la niña por equivocación. Ahora lo único que me importa es proteger a Antonella.

Bianca no iba de farol cuando me dijo que el imbécil de Luciano le enseñó la cueva. Nos conduce hasta una salida que desemboca en otra cala. No hay rastro de los hombres de Massimo, por lo que deduzco que lo de la emboscada iba en serio. Hay un coche blindado esperándonos a pie de carretera. Un hombre trajeado y de semblante serio sale del asiento trasero e inspecciona a la niña. A mí ni siquiera me presta atención.

—Le dije a tu Don que podía conseguirlo —se jacta Bianca.

—Buen trabajo —responde el hombre con sequedad. Le abrocha el cinturón a Antonella y acto seguido me agarra del brazo para que entre en el coche.

—¡Un momento! —se queja Bianca cuando se percata de que no hay espacio para ella—. ¿Y yo qué?

—Falsone te agradece tus servicios.

—¡No puedes dejarme aquí! ¡Teníamos un trato!

—Mi jefe tiene cosas más importantes que hacer que ocuparse de ti en este momento. Ya has recibido tu pago.

—¡El dinero no es lo que me interesa!

El hombre le pide al chófer que arranque. El tipo que hay en el asiento del copiloto apunta a Bianca con su pistola para que a ella no se le ocurra hacer ninguna tontería. Si no sonrío con satisfacción cuando la dejan ahí tirada es porque estoy muerta de miedo. Incluso Antonella, que va a reunirse con su tío, me da su manita y me mira preocupada.

—Tranquila, le diré que no te haga daño —me susurra al oído.

No estoy segura de que una niña pueda convencer al mayor mafioso de Italia de no vengarse del hombre al que ha jurado destruir. Es evidente que Dominic Falsone piensa matarme para hacerle daño a Massimo.

Capítulo 58

Massimo

Estoy fuera de mí. Uno de mis hombres me ha dado la noticia hace veinte minutos y Stefano ha tenido que intervenir cuando casi lo estrangulo. No entiendo nada. ¿Cómo ha podido suceder? Sofía y Antonella estaban en una cala privada, protegidas por unos hombres que se supone que son profesionales.

—¡Joder! —bramo enfurecido.

Han muerto cuatro de mis hombres y no hay rastro de Antonella ni de Sofía. Estoy que me subo por las paredes. El miedo me atenaza la garganta. El único motivo por el que no rompo a llorar como un crío es que sé que no solucionaría nada con las lágrimas. Tengo que salvar a Sofía. Es lo único que importa.

—Luciano ha muerto —me informa Stefano—. Creemos que la persona que las secuestró las obligó a escapar por la cueva. Tal vez Luciano intentó impedirlo y esa persona acabó con él.

—Hay algo más, Don —interviene otro de mis hombres—. Se rumoreaba que Luciano estaba viéndose a escondidas con Bianca.

—Me trae sin cuidado lo que hiciera en su tiempo libre con esa mujer.

—Se veían en las cuevas —me explica Federico—. Tenemos motivos para pensar que Luciano le enseñó todas las salidas a Bianca. Uno de nuestros hombres la ha encontrado en la carretera justo cuando estaba a punto de huir en su coche. Le ha preguntado qué hacía allí y ella se ha puesto nerviosa. Estaba armada y ha intentado pegarle un tiro, pero el hombre ha sido más rápido. A su pistola le faltaba una bala. Creemos que fue ella quien asesinó a Luciano.

Me acaricio la barbilla. Se trata de Bianca, una mujer despechada y sin escrúpulos. Aun así me cuesta creer que haya llegado tan lejos. Supongo que dio por hecho que iba a aceptar el compromiso que me ofreció su padre.

—Traedla.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Stefano cuando nos quedamos solos.

—Algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—Es la hija de uno de tus mejores socios. No puedes...

—Voy a salvar a Sofía. Ahora ella es lo único que importa. Y si para salvarla tengo que deshacerme de esa maldita mujer, que así sea —le advierto para que no me contradiga.

Stefano guarda silencio. Sabe que en este momento soy capaz de todo. Me siento culpable por no haber podido proteger a la mujer de la que me he enamorado. Bianca entra temblando en mi despacho. Nada más mirarla a los ojos comprendo que es culpable. Tengo que contenerme para no abalanzarme sobre ella y partirla el cuello. Si no lo hago es porque quizá me sea útil.

—Cuéntamelo todo y tal vez te perdone la vida —le ordeno con frialdad.

—¡No he hecho nada! —se defiende llorando—. Solo estaba dando un paseo...

Cojo la pistola y le pego un tiro a la lámpara de pie que hay a su lado. La lámpara estalla en mil pedazos que le producen cortes en el brazo. Bianca chilla aterrorizada. Sus ojos llenos de lágrimas se encuentran con mi mirada vacía. Quiero que sepa que no voy a perder el tiempo tragándome sus mentiras.

—Dominic Falsone me obligó —dice con la cabeza gacha—. Me dijo que asesinaría a toda mi familia si no lo ayudaba.

—Has matado a Luciano.

—No te era leal —intenta defenderse—. Estaba confabulando contra ti. Te he hecho un favor. Haría cualquier cosa por ti, Massimo.

Sé que Luciano no estaba de acuerdo con algunas de mis decisiones, pero le faltaban agallas para traicionarme.

—Te acostaste con él. Lo utilizaste. Y, cuando dejó de servirte, le pegaste un tiro —concluyo con una calma peligrosa—. ¿A dónde se han llevado a Sofía y Antonella?

—No lo sé. No me lo dijeron. —Bianca camina hacia mí, pero frena al ver la mirada que le lanzo—. Te juro que no les hice daño. Eran o ellas o yo. Tienes que entenderme. Yo nunca...

—¿De verdad no sabes dónde están?

—No, Massimo. Lo juro, yo no...

—O sea, que no me sirves de nada —respondo exasperado—. Primero me robas a la mujer de la que estoy enamorado para llevarla a manos de mi mayor enemigo, y ahora te quedas ahí llorando como si fuera a servirte de algo. Deberías haberme hecho caso cuando te ordené que la dejaras en paz. Podría haberte perdonado si lo hubieras pagado conmigo, pero cometiste un grave error al hacerle daño a ella.

—Massimo...

Bianca abre los ojos de par en par cuando la apunto con el arma. Sabe lo que va a suceder. Ni siquiera siento una pizca de remordimientos cuando aprieto el gatillo. Al menos tengo la amabilidad de ofrecerle una muerte rápida. Es menos de lo que se merece. Por su culpa Sofía ha caído en manos del ser más despreciable del mundo. Stefano ni siquiera se inmuta cuando Bianca se desploma en el suelo.

—Ordena que limpien esto —digo asqueado—. No quiero que Marcella y Lucrezia la vean.

—Te diría que has cometido un error al matar a la hija de uno de tus mayores socios, pero te entiendo perfectamente. La traición se paga con la vida. —Mi amigo me pone una mano en el hombro—. Vamos a encontrarla con vida, Massimo.

—No me digas lo que quiero oír.

—Es una mujer muy fuerte.

Tiene razón. Sofía sobrevivió a un secuestro y un intento de violación. Es una mujer increíble. Por desgracia, Dominic Falsone es un hombre sin escrúpulos que le hará daño para vengarse de mí. Es la primera vez que no sé qué hacer. Estoy muerto de miedo.

Capítulo 59

Sofía

Me tiemblan las piernas cuando me obligan a salir del coche. Por fin voy a conocer al famoso y temido Dominic Falsone. Antonella se resiste a soltar mi mano cuando uno de los hombres de su tío le pide que la acompañe. La niña se niega y se abraza a mi cintura. No quiero involucrarla en esto, así que le acaricio el pelo.

—Tranquila, tesoro. Todo irá bien.

—No te harán daño si estás conmigo. —Me envuelve con sus bracitos—. Mi tío siempre me concede lo que pido.

La cosa pinta muy mal si incluso su pequeña sobrina teme por mi vida. El hombre que conducía el coche la coge en brazos pese a las protestas de la niña. Aparto la vista porque me duele mirarla. En el fondo es mejor así. La pequeña ya ha sufrido demasiado.

—Acompáñame —me ordena el hombre que ha viajado pegado a nosotras.

No intento huir. He visto la seguridad de este sitio. Hay hombres armados por todas partes. Si algo he aprendido en mi cautiverio es que intentar defenderse no sirve de nada. Probablemente Dominic me matará para vengarse de Massimo, pero no pienso suplicar ni agachar la cabeza. Al menos conservaré mi dignidad.

—Quédate aquí —dice el hombre antes de dejarme en un pequeño salón con una enorme cristalera con vistas a las montañas.

El tiempo transcurre demasiado lento. Supongo que Dominic estará comprobando que su sobrina está sana y salva, o tal vez me esté castigando con su ausencia para que le tenga más miedo. Creo que llevo una hora encerrada cuando se abre la puerta. No es para nada lo que esperaba. Es un hombre bellísimo, de espeso pelo rubio y ojos de un frío azul. Alguien tan horrible no debería ser tan apuesto. Retrocedo de manera instintiva pese a que me prometí que no le mostraría miedo.

—Así que tú eres la famosa mujer que ha robado el corazón de *Il Diavolo* —dice con sorna. Me repasa de arriba abajo y esboza una mueca—. Qué decepción. Esperaba algo más.

Levanto la barbilla para enfrentarme a él.

—¿Qué quieres de mí?

—Si eres un poco lista, seguro que ya lo has descubierto. —Se apoya en la pared con los brazos cruzados. Está molesto, como si yo no fuera lo suficientemente interesante—. Solo pretendía recuperar a mi sobrina. Dudaba de las habilidades de Bianca. Este giro de los acontecimientos ha sido más de lo que esperaba. Ojalá hubiera podido ver la expresión de Massimo cuando le contaron que su amante y su rehén habían desaparecido. Habría pagado por ver su cara de perro rabioso.

—Eres un psicópata que disfruta haciéndole daño a un hombre inocente.

Dominic cambia de postura. Su rostro se transforma en una máscara de odio. Sus ojos

azules son dos icebergs.

—¿Un hombre inocente? —repite con rabia—. Vuelve a decir que Massimo Morello es un hombre inocente y haré que te corten la lengua.

—Él no es su padre —insisto desesperada—. No tuvo la culpa de...

—La primera en morir fue mi dulce madre —me explica dándome la espalda—. A aquel cabrón no le importó que mis padres llevaran muchos años separados de manera amistosa. Ella no tenía nada que ver con su venganza, pero le cortó el cuello y dejó que se desangrara delante de mis hermanas. Luego mató a mis preciosas hermanas una a una, dejando que fueran testigos del horror que se avecinaba. Dejó a mi padre para el final. El único error que cometió mi pobre padre fue enamorarse de una mujer a la que él tenía desatendida. Pero no se conformó con esa barbarie... —Dominic se vuelve hacia mí. Sus ojos destilan dolor—. Mi prometida era la secretaria de mi padre. Él lo sabía y ordenó a sus hombres que la violaran por turnos.

Dejo escapar una exclamación de horror. No puedo entender cómo alguien es capaz de cometer una atrocidad semejante. A Dominic le brillan los ojos. Está completamente roto.

—Dejó que Fiorella se desangrara como si no valiera nada. Cuando llegué ya era demasiado tarde. Era el amor de mi vida. Llevábamos juntos desde los catorce años. Íbamos a casarnos cuando terminara la universidad —relata con amargura—. ¿Sabes cómo nació Antonella?

—No —respondo con un hilo de voz.

—Mi hermana mayor intentó proteger a Fiorella y le pegaron un tiro. Cuando la encontré todavía estaba con vida. Estaba embarazada de ocho meses. Yo era su único pariente con vida, pues aquel miserable había masacrado a toda mi familia. Los médicos no podían salvar al bebé y a la madre, así que me obligaron a elegir. —Dominic tiene la voz ronca y los ojos vidriosos—. Elegí salvar a mi sobrina porque sabía que Chiara jamás me habría perdonado que no lo hiciera. Aquel día tuve que matar a mi hermana. Eso es lo que me obligó a hacer la familia Morello.

—No fue culpa tuya —digo en un susurro.

—Solo tenía dieciocho años. A aquella edad perdí a todos mis seres queridos y tuve que encargarme de una niña. No estaba preparado para ser padre, pero me prometí que siempre protegería a Antonella. ¿Y ese cerdo pensó que podía arrebatármela? —Sus ojos adquieren un brillo casi diabólico.

—Le has declarado la guerra. Solo intentaba proteger a los suyos. Intentaste asesinarlos, Dominic. —Él me mira sin una pizca de arrepentimiento—. De todos modos, Massimo se dio cuenta de que era un error culpar a Antonella por tus crímenes y decidió entregarla. ¡Ibais a llegar a un acuerdo pacífico!

Dominic ríe sin ganas.

—Jamás confiaré en ese cabrón. Sé que lo único que pretendía era reunirse conmigo para matarme. No soy tan estúpido.

—¡No!

—Pierdes el tiempo intentando manipularme. Ni siquiera te encuentro atractiva o interesante. No soy Massimo.

—Desde luego —respondo asqueada—. Él jamás culparía a un hijo de los pecados de su padre.

—¡Él es tan culpable como su padre! —grita furioso—. ¿Sabes qué edad tenía cuando su padre masacró a toda mi familia? ¡veintiséis jodidos años! ¡Podría haberlo detenido! Se limitó a mirar para otro lado como un cobarde. ¿Y pretendes que no lo culpe? Es igual de miserable que su padre. Un vulgar asesino de personas inocentes.

—No sabes si intentó detenerlo —digo con cautela.

Dominic me mira son sorna.

—Eres una idiota.

—Ríete de mí si te hace sentir mejor, pero lo conozco. No es un mal hombre. Él no ha iniciado esta guerra absurda. Acabar con él y con todas las personas que le importan no traerá de vuelta a tu familia.

—La venganza es lo mínimo que se merece mi familia. Voy a hacer justicia.

—Mátame. —Extiendo los brazos para que sepa que no voy a oponer resistencia—. No voy a llorar ni a suplicarte. Siento lo que le sucedió a tu familia, pero yo soy un daño colateral, al igual que Massimo y los suyos. Estás tan lleno de odio que te ha impedido pasar página.

—Cállate.

—Antes de morir pienso gritarte un par de verdades que nadie te ha dicho nunca, sospecho que porque todos te tienen miedo.

—Hacen bien en temerme.

—¡Tío Dominic! —chilla Antonella.

Dominic se sobresalta al ver entrar a la niña en su despacho. Una mujer uniformada viene corriendo detrás de ella. Supongo que debe de ser su niñera. Le lanza una mirada asustada a Dominic, que se limita a suspirar exasperado.

—¡No le hagas daño! —le suplica la niña a su tío—. Sofía ha sido muy buena conmigo. Jugábamos a las princesas, cocinábamos tortitas y me hacía coronas de flores. ¡Es mi amiga! Por favor, tío Dominic.

Su tío se abrocha la americana para que la niña no pueda ver la pistola. Hace algo que creía imposible. Le sonrío con dulzura. Es evidente que ama a la niña, aunque esté podrido por el odio.

—Solo estábamos hablando, pequeña —la tranquiliza.

Antonella lo mira con recelo.

—Eres malo cuando te enfadas —dice en voz baja.

Dominic se arrodilla para quedar a su altura. Le acaricia las mejillas y luego le da un beso en la frente. Me cuesta entender lo que acabo de ver. Es imposible que un tipo tan despreciable se muestre tan cariñoso con una niña. Se nota que es su gran debilidad.

—Te he dicho que no puedes interrumpirme cuando estoy reunido —la sermonea.

—Si le haces daño no volveré a hablarte.

—Me partirías el corazón, pequeña.

—Sofía es mi amiga. Tú siempre tratas bien a mis amigas.

Dominic abraza a la niña para que no pueda verle la cara. Me lanza una mirada malhumorada, como si de repente me hubiera convertido en un inconveniente. Quiere matarme para hacerle daño a Massimo, pero no soporta decepcionar a su sobrina. Me pregunto cómo va a solucionarlo.

—La he contratado para que sea tu nueva niñera —dice al fin.

Lo miro con los ojos abiertos de par en par. No puedo hablar en serio. ¿Pretende que sea la niñera de su sobrina hasta que me mate sin que ella lo sepa? Dominic me reta con la mirada a que lo contradiga. No soy tan idiota para llevarle la contraria. En realidad no sé qué pensar de este hombre. Lo único que tengo claro es que está lleno de odio. Un odio que lo ha alimentado durante los últimos ocho años. Un odio que ha dirigido, de manera equivocada, hacia un hombre que en este momento está buscando la forma de rescatarme. Porque no me cabe la menor duda que Massimo vendrá a por mí.

Ojalá sea capaz de frenar la guerra.

Capítulo 60

Sofía

Llevo cinco días encerrada y estoy empezando a perder la esperanza. A estas alturas pensé que Massimo ya habría venido a rescatarme, pero la mansión está en un lugar inexpugnable, rodeada de montañas y custodiada por hombres armados las veinticuatro horas del día. Dominic Falsone es un hombre extremadamente inteligente y calculador. Seguro que Massimo no ha logrado dar con nuestro paradero porque estamos en mitad de la nada.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Antonella.

Le hago un gesto para que siga jugando y corro hacia el baño. Vomito el contenido de mi escaso desayuno. Hace un par de días que tengo náuseas y poco apetito. Supongo que habré pillado algún virus.

Antonella llama a la puerta. Le he cogido muchísimo cariño a la niña. Al menos Dominic no me ha hecho ningún daño. No sé qué estará tramando. Me sorprende que todavía no me haya pegado un tiro y le haya enviado mi cadáver a Massimo. Sé que quiere a su sobrina, pero no me entra en la cabeza que el amor que siente por la niña lo haya disuadido de vengarse de su mayor enemigo.

—¡Ahora salgo! —Abro el grifo y me limpio la boca—. Sigue jugando, tesoro.

Antonella vuelve a llamar a la puerta. Supongo que la pequeña está muy preocupada por mí. Fuerzo una sonrisa y abro para demostrarle que va todo bien. Mi sonrisa se esfuma al ver a Ludovica, el ama de llaves de Dominic. Es una mujer de unos sesenta años con el semblante adusto y que nunca me quita la vista de encima.

—¿Qué quieres? —espeto.

—Toma. —Me entrega una cajita. Al verla frunzo el ceño. No puede hablar en serio—. Tienes náuseas, vomitas cada dos por tres y estás muy pálida.

—No estoy embarazada —respondo irritada. Si lo estuviera tampoco sería asunto de esta mujer tan desagradable—. Déjame en paz.

—Es una orden del señor. Puedes hacerlo de manera voluntaria o puedo llamar a un par de hombres para que te obliguen a orinar en un vaso. Tú verás.

Odio a Ludovica. Se comporta como si yo fuera lo peor mientras besa el suelo que pisa Dominic. Siempre me está lanzando miradas censuradoras y no se corta a la hora de halagar a su Don. Tiene complejo de madre.

—Supongo que lo has criado desde que era un niño —elucubro—. No es el angelito por el que lo tomas. Me ha secuestrado, Ludovica. Es una mala persona.

—El hombre del que estás enamorada también te secuestró —me recuerda con tono mordaz.

Le arrebató el test de embarazo.

—No es lo mismo.

—Dominic ha sufrido demasiado —lo defiende, dedicándome una mirada acerada—. No espero que una niña mimada y protegida como tú lo entienda.

—Ya conozco su historia. La venganza no le devolverá a sus seres queridos. Si de verdad lo quisieras, intentarías convencerlo de que frene esta guerra absurda.

Ludovica aprieta los labios. Sé que mi comentario le ha escocido. Hace el amago de entrar conmigo al baño y le cierro la puerta en las narices. Lo que faltaba. Será mejor que termine con esto cuanto antes. No estoy embarazada. Es cierto que me acosté con Massimo sin utilizar preservativo, pero no estaba en mis días fértiles. ¿Cuántas posibilidades hay de haberme quedado embarazada? Recuerdo la charla que me dio mi ginecóloga sobre los ciclos menstruales irregulares y la posibilidad de quedar embarazada si no utilizaba un método de protección incluso en mis días supuestamente no fértiles.

«Mierda».

Orino en el vaso de plástico y luego introduzco el test de embarazo. Lo dejo en el lavabo y espero los minutos de rigor. No puedo estar embarazada. Es el peor momento de mi vida. Dominic lo utilizaría para hacerle daño a Massimo. Camino de un lado a otro del cuarto de baño. De pronto, la puerta se abre y Ludovica se abalanza sobre el test de embarazado. Intento arrebátárselo, pero ella es más rápida. Comprueba el resultado y sale a toda prisa del baño.

—¡Eh! —protesto furiosa—. ¿A dónde vas? ¡Devuélvemelo!

Ludovica corre hacia el despacho de Dominic como la sirvienta fiel y sumisa que es. Argh, la odio. Me fastidia que Dominic conozca el resultado antes que yo. Se le cambia la expresión. Sus ojos azules brillan con una perversa satisfacción. Me agarro a una silla porque me sobreviene un mareo.

—Enhorabuena, Sofía —dice con tono burlón—. Vas a ser mamá. Dentro de unos meses te dejaré en libertad.

—¿Qué? —parpadeo confusa. Todavía no he digerido la noticia del embarazo, pero el tema de mi puesta en libertad me preocupa más.

—Dentro de unos meses ya no te necesitaré. —Acorta la distancia que nos separa y pone una mano en mi vientre. Me aparto asqueada—. La criatura que se está gestando en tu interior es más preciada. No te ofendas, querida. Así son las cosas. Antonella siempre ha querido un hermanito. Me quedaré con el futuro hijo de Massimo y lo criaré como un Falsone. No se me ocurre una mejor forma de hacerle daño a *Il Diavolo*. Tendrá que vivir sabiendo que su hijo está en mi poder.

—¡Estás loco! —Protejo mi vientre con las manos—. ¡No voy a permitir que me robes a mi hijo!

—Deberías alimentarte como es debido —me ignora—. Hacer algo de ejercicio y escuchar música clásica. Ya sabes, las típicas chorradas que hacen las embarazadas. Mañana vendrá el doctor a hacerte un chequeo.

—Massimo no permitirá que...

Dominic me pone un dedo en los labios.

—Sé buena y no me des dolores de cabeza. Ahora tienes mucho que perder. Los que me conocen saben que soy un hombre imprevisible. No te conviene cabrearme, querida. Podría cansarme de ser tan benévolo contigo. Tal vez te raje el vientre y te obligue a ver cómo se desangra tu hijo no nato.

—Eres un monstruo... —balbuceo intentando contener las lágrimas.

—Me aburres —dice con desagrado—. No sé qué ha visto *Il Diavolo* en ti.

Estoy tan conmocionada y asustada que no respondo. Ni siquiera opongo resistencia cuando Ludovica me agarra del brazo para sacarme de su despacho. La mujer cierra la puerta y me mira. Juraría que hay una pizca de compasión en sus ojos.

—Conozco a Dominic desde que era un bebé —explica con tono mecánico—. No iba de farol. Obedece sus órdenes y tú y el niño salvaréis vuestras vidas.

—¿Qué clase de vida le espera a mi bebé si es él quien lo cría? —pregunto horrorizada.

—Dominic ha sido un buen padre para Antonella —responde indignada—. ¿Responde eso a tu pregunta?

Ludovica me hace un gesto para que la acompañe a la cocina. No consigo que mis piernas se muevan. Me lanza una mirada exasperada que me hace reaccionar. No quiero darle motivos a Dominic para que me haga daño. Ahora tengo mucho que perder. Hay una vida inocente gestándose en mis entrañas.

—Tienes que comer —dice sin emoción. Sirve un zumo de naranja y me entrega un cuenco repleto de almendras. Se me cierra el estómago al ver la comida y hago un gran esfuerzo para reprimir una arcada—. No seas tonta. Acepta tu destino. No puedes huir y Massimo no vendrá a rescatarte. Lo único que puedes hacer es cuidarte para que el bebé nazca sano.

«Te equivocas —pienso—, mi hijo estará mejor muerto que siendo criando por Dominic».

Ese pensamiento me repugna porque debería hacer todo lo que esté en mi mano para proteger a mi bebé. Sin embargo, sé que estoy en lo cierto. Dominic ha criado a Antonella porque es sangre de su sangre. No quiero ni imaginar lo que le haría al descendiente de Massimo Morello. Supongo que sometería a mi hijo a un montón de vejaciones para vengarse de su padre. Quizá el bebé y yo estemos mejor muertos. Sería un acto de piedad teniendo en cuenta lo que nos espera...

Capítulo 61

Massimo

Me estoy volviendo loco. Tengo tan malhumor que incluso Lucrezia y Marcella me evitan. Desde que Dominic secuestró a Sofía no he podido dormir ni comer. Vago por la casa como un alma en pena mientras ordeno a mis hombres que den con su paradero. Joder, no ha podido tragársela la tierra. ¿Dónde cojones la retiene?

—Massimo.

—Ahora no, Stefano.

Mi amigo permanece de pie en el umbral del despacho. No tengo ganas de oír lo que haya venido a decirme. Me importa una mierda haber desatendido mis obligaciones como Don. En este momento lo único que me importa es rescatar a Sofía. Cada vez que recuerdo que Dominic la tiene prisionera pierdo diez años de vida. Mi dulce princesa. ¿Qué le estará haciendo? Me cambiaría por ella sin dudarlo. La culpa me aplasta el pecho y me impide respirar.

—Tenemos algo.

Miro a mi amigo con ansiedad. He utilizado todos los recursos que hay a mi alcance para dar con el paradero de Sofía. He contratado a los mejores mercenarios. Ni siquiera me ha importado suplicar a los líderes de las organizaciones criminales de Europa para que me ayuden a dar con ella. No exagero si digo que daría todo lo que tengo para salvar a Sofía.

—No me des falsas esperanzas, Stefano —le pido derrotado.

—Crean haber visto a Dominic en Suiza. Uno de nuestros contactos asegura que tiene una casa en un pueblo recóndito de los Alpes. No tenemos la certeza de que sea verdad. Solo es un rumor. Tal vez...

—Es lo mejor que tenemos. —Me pongo de pie con renovada energía—. Reúne a nuestros mejores hombres. Voy a llamar a Dorian Schneider. Me debe un favor.

Dorian es un contrabandista suizo con el que he hecho varios negocios. Es un hombre muy poderoso e influyente en Suiza. Me debe una y es el momento de que pague el precio.

—No deberías venir —objeta Stefano. Ignora la mirada llameante que le dedico—. No puedes arriesgarte. Eres el futuro de los Morello. Sabes que daría mi vida por ti y las personas que te importan. Puedes dejarlo en mis manos.

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras cabe la posibilidad de que Sofía esté en Suiza. No me conoces si crees que voy a enviarte a una misión suicida para que rescates a la mujer que amo. No soy la clase de hombre que ordena a otros que libren sus batallas.

—Tenía que intentarlo.

No hemos perdido el tiempo. Tres horas después mi avión privado aterriza en Zúrich.

Desde allí viajamos a un recóndito pueblo de los Alpes Suizos. Dorian respondió a mi llamada y desplegó a su equipo. Tenemos la casa de Dominic rodeada. Es una mansión cercada por muros de cinco metros de altura. Desde el exterior no podemos ver nada, pero eso no me impide idear una emboscada. Sé que es una misión kamikaze, pero no voy a quedarme de brazos cruzados mientras Sofía sufre las vejaciones de Dominic.

—El helicóptero está a punto de llegar —me informa Dorian—. No sabemos lo que encontraremos en la casa, pero teniendo en cuenta que se trata de Dominic, estará rodeado del mejor equipo de seguridad.

—Tenemos más de cincuenta hombres.

—No creo que sea suficiente. Ese cabrón siempre tiene un as bajo la manga.

—Conozco a los tipos como Dominic. Creen que van un paso por delante de todo el mundo. Ni siquiera se plantea la posibilidad de que estemos aquí —digo convencido. Dominic es un hombre muy peligroso, pero le pierde la arrogancia—. Prepara a tus hombres. Entraremos en cinco minutos.

Dorian ladra órdenes en suizo. Stefano y yo intercambiamos una mirada que lo dice todo. Sé que hoy habrá muchas bajas. He intentado evitar la guerra. Por desgracia, Dominic la desató cuando decidió secuestrar a la mujer que amo. No tengo la culpa de los crímenes de mi padre, pero ya va siendo hora de que ese miserable pague por sus pecados.

Capítulo 62

Sofía

Estoy en el salón fingiendo que me divierto con Antonella cuando se desata el caos. De repente dos hombres de Dominic entran y me ordenan que los acompañe al sótano. Al principio acepto sin rechistar porque me he vuelto más sumisa desde que supe que estoy embarazada, pero freno de golpe al mirar por la ventana. El jardín se ha llenado de hombres armados. Reconozco a algunos de ellos porque los vi en casa de Massimo. Entonces comprendo lo que está sucediendo: ha venido a rescatarme. Puedo refugiarme en el sótano como una cobarde y desaprovechar mi oportunidad de huir, o puedo pelear con uñas y dientes para salvar mi vida y la del bebé.

Elijo la segunda opción.

Levanto los brazos para fingir que no voy a suponer ninguna amenaza. Los esbirros de Dominic se lo tragan y abren la puerta del salón. Calculo mis movimientos. Sé que no voy a tener una segunda oportunidad. Desde el salón a la entrada principal hay unos diez metros. Puedo llegar a tiempo si soy muy rápida, pero necesito una distracción.

—¡Ah! —Me tiro al suelo y me llevo las manos al vientre—. ¡Me duele!

—¿Qué haces? —El hombre más alto me observa impaciente—. Vamos, levanta.

—No puedo, me duele muchísimo —miento lo mejor que puedo—. Estoy sangrando. Creo que estoy sufriendo un aborto. Por favor, llama a un médico.

Antonella rompe a llorar. Me da pena utilizar a la niña, pero no tengo otro remedio.

—¡Ayudadla! —les ordena—. ¡Se lo diré a mi tío!

Se miran el uno al otro sin saber qué hacer. Es obvio que tienen miedo de tomar la decisión equivocada. Dominic no es la clase de jefe que tolera un error. Aprovecho que se han quedado paralizados por el miedo para levantarme a toda prisa y salir corriendo. Mi reacción los pilla desprevenidos.

—¡Corre, Sofía! —grita la niña.

Veo como le pone la zancadilla al que tengo más cerca. En serio, adoro a esta cría. Consigo abrir la puerta y ni siquiera lo pienso. Salgo pitando y me encuentro con un paisaje desolador. Hay una guerra de balas y hombres desangrándose en el suelo. No puedo refugiarme en el interior, así que voy a esconderme detrás del primer árbol que encuentro. Diviso a Stefano a un par de metros. En cuanto me ve hace un gesto para que permanezca donde estoy. Odio no poder hacer nada, pero tampoco tengo otra opción mientras los hombres de Massimo disparan a los de Dominic. Parece que la emboscada ha pillado por sorpresa a Dominic, pues los superan en número. Seguro que se creía a salvo en este bunker en mitad de la nada.

Busco a Massimo con la mirada. Espero que esté bien. No podría soportar que saliera herido por mi culpa.

—Ven aquí. —Dominic, que no sé de dónde ha salido, me agarra del pelo—. Mira la que

has liado. Eres tan importante para ese idiota como pensaba.

Aúllo de dolor, pero eso solo consigue que Dominic tire con más fuerza. Presiona el cañón de la pistola contra mi espalda y me obliga a andar. Se ha vuelto loco. Estamos en mitad del jardín. Vamos a morir acribillados por las balas.

—¡Massimo! —grita como un loco—. ¡Ven a ver a tu puta!

Los disparos cesan de golpe. Dominic acaba de conseguir el efecto deseado. Me obliga a girar la cabeza para mirarlo. Tiene la suficiente maldad para guiñarme un ojo. No entiendo cómo es capaz de disfrutar de la situación. Está enfermo.

—Eres despreciable —digo asqueada.

—Aún no has visto nada. —Deja de prestarme atención y observa al hombre que se acerca hacia nosotros—. Massimo, qué de tiempo.

—Déjala, Dominic —le pide Massimo. El temblor de su voz lo traiciona—. Tu guerra es conmigo, no con ella.

Massimo me mira con evidente angustia. Intento transmitirle calma con mi expresión. No quiero que perciba mi miedo. No voy a darle el gusto a Dominic.

—Tu padre también tuvo una guerra con el mío, pero no le importó llevarse por delante a toda mi familia antes de asesinarlo —le recuerda Dominic con rencor. Me da un empujón que me pillas desprevenida y me tira de boca. Apoya el pie en mi cabeza y me apunta con la pistola—. Supongo que fue así como acabó con mi madre y mis hermanas.

—¡Basta! —ruge Massimo con impotencia—. ¡Mátame a mí!

—¿Qué gracia tendría que acabara contigo? —replica Dominic con ironía—. Mi intención nunca ha sido matarte, *Il Diavolo* de pacotilla. No sé por qué la gente te respeta tanto si es evidente que eres un imbécil. ¿Qué sentido tendría ahorrarte el sufrimiento? —Dominic chasquea la lengua. Presiona su pie contra mi mejilla hasta que se me escapa un gemido de dolor—. Quiero arrebatarte a todas las personas que amas. Quiero que vivas lo mismo que yo. Quiero que sientas la impotencia y la rabia. Que te quedes solo y te atormente la culpa porque no pudiste salvarla.

Massimo me mira con lágrimas en los ojos. Sé lo que me está diciendo. Intento decirle que todo está bien. Me está pidiendo perdón, pero no quiero morir sabiendo que cree que ha sido culpa suya.

—¡Eres un sádico! —le grito a Dominic—. Estás podrido por el odio. Tu madre y tus hermanas se avergonzarían de ti. ¿De verdad crees que están orgullosas de tu venganza? A mí me daría asco tener algo que ver contigo. Eres tan horrible como el padre de Massimo.

—¡Cállate! —Dominic deja de observar a Massimo y centra su mirada desquiciada en mí—. Cállate, joder.

—¿O qué? ¿Vas a matarme? —replico con audacia—. Adelante, dispara. Luego Massimo acabará contigo. Al menos me iré de este mundo sabiendo que tú vienes detrás de mí. No sabes cuánto me alegro de que Antonella se libre de ser criada por un hombre tan miserable. Esa pobre criatura merece el amor de un buen hombre. Massimo podría encargarse de ella.

Dominic retrocede impactado. Su coraza se resquebraja durante unos segundos. Supongo

que estaba tan desquiciado por el odio que no ha pensado en ello. Nada impedirá que Massimo acabe con él en cuanto me pegue un tiro. Entonces no podrá proteger a Antonella del hombre al que tanto desprecia.

—Tiene razón. —Massimo da un paso hacia delante—. Mataré a tu querida sobrina después de acabar contigo.

Sé que está marcándose un farol. Sería incapaz de hacerle daño a la pequeña. Sin embargo, Dominic no lo sabe. Para él, Massimo es el mismo monstruo que su difunto padre. Le tiembla la mano con la que me apunta.

—Deja a Sofía en libertad —le pide Massimo—. Me entregaré a cambio. Acaba conmigo. Zanjemos de una vez esta guerra que se ha llevado a tantas personas inocentes.

—¡No! —suplico angustiada—. Massimo, por favor...

No quiero que se sacrifique por mí. Dominic parece sopesar la idea. Desvía la mirada de Massimo a mí.

—Tentador —admite con una sonrisilla malévola—. Muy tentador, lo reconozco.

Massimo se agacha para dejar la pistola en el suelo mientras lo observo con impotencia. Dominic silba impresionado.

—Pues sí que estás enamorado —dice con desagrado—. Eres patético, Massimo. En lugar de *Il Diavolo* deberían llamarte *Il Piangente*.

—Ríete todo lo que quieras —responde Massimo sin inmutarse—. No espero que alguien como tú lo entienda.

—Te acabo de perder el poco respeto que te tenía. —Dominic me da una patada para que me levante—. Al menos te alegrará saber algo antes de que acabe contigo, Massimo.

Massimo lo mira con recelo mientras me pongo de pie.

—Enhorabuena, vas a ser papá.

Al principio Massimo lo mira sin entender. Luego lo ignora y se centra por completo en mí. Asiento para darle un motivo por el que luchar. No quiero que se rinda con Dominic. Hemos vivido muchas cosas juntos en un corto periodo de tiempo. Este malnacido no puede acabar con nosotros.

—No soporto los dramas. —Dominic me da un empujón para que camine hacia Massimo—. Vamos, eres libre.

Me niego a andar y Dominic vuelve a empujarme. Massimo aprieta los puños. Está deseando golpearlo, pero sabe que no puede hacerlo sin poner mi vida en peligro.

—Sofía —me llama—. Está todo bien.

—No, Massimo...

—Sofía —insiste—. Por favor, solo por una vez... haz lo que te pido.

—Qué bonito —se burla Dominic—. Conmovedor...

Dominic me da otro empujón. El único motivo por el que camino es para poder abrazar a Massimo. Tengo que pensar en el bebé, lo sé. Sin embargo...

—Puedes hacerlo —insiste Massimo.

—No intentes nada raro —le advierte Dominic.

Camino muy despacio porque sé que en el momento que acorte la distancia que nos separa, Dominic le pegará un tiro. Intento reprimir las lágrimas. No quiero que la última imagen de Massimo sea la de una mujer llorosa y atemorizada. Estoy a punto de llegar a él cuando Dominic suelta una carcajada que me deja paraliza.

—¡Sofía! —grita como un poseso—. ¿De verdad creías que iba a ser tan fácil? Joder, Massimo. Pensé que me conocías de verdad. Prefiero verte sufrir antes que acabar con tu vida. Antonella está a buen resguardo mis mejores hombres. A estas alturas ya debe de estar de camino a un lugar seguro. ¿En serio crees que soy tan tonto? Moriré satisfecho después de arrebatarte lo que más quieres...

Y entonces dispara.

Capítulo 63

Massimo

Sofía cae desplomada al suelo con un aullido de dolor. Me quedo congelado por el pánico. Por primera vez en mi vida no siento que sea el hombre más temido de Italia, sino un tipo muerto de miedo que no sabe cómo proteger a la mujer que ama.

—¡Hijo de puta! —bramo fuera de mí.

—Massimo...

La voz débil de Sofía me impide abalanzarme sobre Dominic, que contempla la escena con perversa satisfacción. Hago lo único que es razonable dada la situación. Me tiro encima de ella para protegerla con mi cuerpo. Creo que la bala solo le ha rozado la pierna. Dominic tendrá que acribillarme para tocarla. Confío en que mis hombres sean más rápidos y acaben con él.

—¡No, por favor! —le suplica Sofía cuando Dominic se relame los labios. Hasta entonces ha mostrado una gran entereza—. Dominic, por favor, por favor...

—Mírame a mí. —Sostengo su rostro para que sea lo último que vea—. Te quiero.

Sofía me observa emocionada. Le sonrío con una mezcla de tristeza y paz. Sé que he hecho todo lo que estaba en mi mano para salvarla. No voy a darle el placer a ese bastardo de mirarlo con miedo. De lo único que me arrepiento es de no haber tenido tiempo de conocer a mi futuro hijo.

—¡Alto! —grita Stefano.

Mi amigo y mis hombres nos rodean al mismo tiempo que los hombres de Dominic hacen lo mismo con él. Los superamos en número. Dominic calcula la situación. Sabe que si me dispara acabarán con él. Veo su lucha interna. Me odia tanto que está dispuesto a morir con tal de acabar conmigo.

—¿De verdad tu maldita guerra te importa más que tu sobrina? —le pregunta Sofía—. No te mereces el amor de la niña.

—No sabes de lo que hablas —le responde Dominic sin apartar su mirada rabiosa de mí.

—Para bien o para mal, eres lo único que tiene —insiste Sofía.

—Ya sé lo que intentas. —Dominic tuerce el gesto—. No soy tan manipulable como tu perro.

—Tira el arma, Dominic —le pido en un último intento—. Si disparas, mis hombres acabarán contigo. Os superamos en número. Puedes salvar tu vida y evitar la muerte de tus hombres. Lo único que quiero es marcharme con Sofía.

Uno de los hombres de Dominic, que al menos le saca veinte años, se acerca a él. Su Don levanta el brazo para que se detenga.

—Dominic —le pide—. Tenemos que irnos.

—Cállate, Marco.

—Tu padre me pidió que te protegiera.

—¡Te he dado una orden! —exclama Dominic fuera de sí.

Marco, que supongo que es su hombre de confianza, resopla de forma sonora. Y acto seguido hace algo que ninguno de nosotros esperaba. Tira el arma y levanta los brazos. Lo miro casi tan anonadado como su Don, al que solo le falta echar espuma por la boca.

—¿Qué cojones haces? —le espeta.

Marco lo ignora y camina hacia él sin que mis hombres dejen de apuntarlo. Se queda parado al llegar a su lado. Dominic lo observa con una mezcla de impotencia y miedo, algo que creí que era incapaz de sentir.

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras te suicidas, hijo —lamenta Marco con tristeza—. Prefiero que me peguen un tiro después de que acaben contigo.

—¡Marco! —brama Dominic. Se pone delante del hombre para protegerlo y nos observa con rabia. Sabe que no puede pegarme un tiro y salvar a Marco. Mis hombres los acribillarán en cuanto cumpla su venganza—. ¡Joder!

Estoy alerta por si ese lunático dispara en el último momento. Protejo a Sofía con mi cuerpo y le hago un gesto a Stefano para que dispare ante el menor riesgo. Mi amigo asiente sin dejar de apuntar a Dominic. Al cabo de lo que me parece una eternidad, Dominic masculla una maldición y retrocede apuntándonos mientras protege a Marco.

—Esto no acaba aquí —me promete.

«Lo sé». Sin embargo, estoy demasiado aliviado para preocuparme por él cuando se marcha con sus hombres. Ahora solo tengo ojos para Sofía. Tengo que sacarla de aquí antes de que ese desquiciado cambie de opinión.

—Princesa, ¿estás bien? —pregunto angustiado. Evalúo la herida de su pierna, pero no tiene mala pinta—. Creí que te perdía...

—¡Massimo! —grita Stefano—. ¡Vamos, joder! Tenemos que irnos.

Sé que tiene razón. Cargo a Sofía en brazos y los sigo hasta el helicóptero. No me quedo tranquilo hasta que despegamos. Entonces cojo el botiquín que hay debajo del asiento y le vendo la pierna. Será suficiente hasta que lleguemos al hospital y le cosan la herida.

—Massimo...

—Shhh —la tranquilizo mientras le acaricio el pelo—. Estoy aquí. Nos vamos a casa.

—Massimo...

—Todo ha terminado.

—¡Massimo!

Abro los ojos de par en par. Ella me mira casi indignada, lo que me haría gracia en cualquier otra ocasión.

—Antes has dicho que me querías. ¿Ha sido fruto de la emoción del momento o...?

Sostengo su rostro y le doy un beso largo y apasionado que espero que responda a su pregunta. ¿En serio lo duda? Joder, cuánto la he echado de menos. Han sido los peores días de

mi vida. Pensé que nunca volvería a verla.

—Por supuesto que te quiero —declaro a escasos centímetros de su boca—. Creo que me enamoré de ti en el primer momento que te vi, princesa. Desde ese instante no hubo otra mujer para mí.

—Massimo —responde con la voz llena de lágrimas—, yo también te quiero.

Apoyo mi frente contra la suya y cierro los ojos. No sé qué he hecho para merecer a esta mujer, pero voy a pasar el resto de mi vida haciendo todo lo posible para que no se arrepienta de haberme elegido. De repente, recuerdo las palabras de Dominic y pongo una mano en su vientre con delicadeza.

—¿Vamos a ser padres? —pregunto ilusionado.

Sofía asiente con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya sé que no lo habíamos planeado. Tal vez el bebé va a llegar en el peor momento. Y todavía tengo que convencer a mi padre y a Mónica de que no he perdido la cabeza. Entiendo que necesites tiempo para hacerte a la idea, pero...

—No necesito tiempo —la contradigo con suavidad—. He querido a ese bebé desde el primer momento que supe que existía.

Es la pura verdad.

Sofía me mira emocionada antes de abrazarse a mí. Hundo la cabeza en su pelo y aspiro su olor. Le susurro una y otra vez al oído que la amo, como si dos simples palabras pudieran ponerle nombre a lo que siento. Porque, ahora sí, este es el principio de nuestra historia.

Seis meses después...

Sofía

La vida te da unas cartas con las que debes intentar ganar la partida. Puedes quejarte, rendirte o ir a por todas. La primera vez que vi a Massimo supe que aquel hombre de mirada penetrante al que apodaban *Il Diavolo* iba a ser mi perdición, pero tardé algo de tiempo en aceptar mis sentimientos.

Ahora, sin embargo, no tengo miedo ni dudas.

Esta es mi vida. No es perfecta, pero es la que he elegido. Sé que juntos nos enfrentaremos a un montón de peligros. Principalmente uno llamado Dominic Falsone, que nunca nos dejará en paz.

—Este conjunto es precioso —dice Mónica.

Me abstengo de comentar que no me gusta el color amarillo. Ha venido cargada de ropa de bebé con su mejor intención. No quiero disgustarla.

Hace un par de meses, mi amiga se presentó en casa de Massimo sin avisar. Antes tuve que enviarle cientos de mensajes. Estaba a punto de darme por vencida, pero decidí enviarle la ecografía del bebé. Le dije que si no se dignaba a conocer a mi hijo sentenciaría nuestra amistad. Una semana después vino de visita.

No ha sido fácil que acepte la situación. Al principio intentó convencerme de que estaba experimentado el síndrome de Estocolmo. Hasta mi padre aceptó la situación mejor que ella. A ver, no es que le agradara la idea de ser el suegro del hombre que me secuestró, pero supo que no podía hacerme cambiar de opinión. Ahora Massimo y él tienen una relación cordial y distante que espero que vaya mejorando con el paso del tiempo. Respecto a Mónica, ha aprendido a apreciar a Massimo poco a poco. El hecho de que se diera cuenta de que él solo tiene ojos para mí y que me cuida como si fuera lo máspreciado que tiene la ayudó a cambiar de opinión.

—Ahí viene tu diablillo —se burla cuando Massimo viene caminando hacia nosotras.

Me agunto la risa como puedo. Mónica puso el grito en el cielo cuando le conté cómo llamo a Massimo. Ahora se ha convertido en nuestra broma particular.

—Hola, Belcebú —lo saludo con voz melosa.

Massimo finge poner cara de disgusto.

—No puedes llamarme así —me sermonea—. Tengo una reputación que mantener.

Me rio porque ambos sabemos que es mentira. Sus hombres lo respetan, pero saben que soy su debilidad. Incluso Stefano dice que le agrada más esta faceta alegre de su mejor amigo. Hablando de Stefano, creo que entre él y Mónica ha habido un flechazo. Pobrecillo, no sabe lo que le espera.

—Hola, Allegra. —Massimo se arrodilla para besar mi vientre—. ¿Qué tal está mi pequeña?

Di por hecho que Massimo preferiría un varón, pero se puso loco de contento cuando el doctor nos dijo que era una niña. Desde entonces no para de fardar de su futura princesa.

—Tu princesita no deja de darme patadas.

—No sé a quién habrá salido con ese carácter tan guerrillero —bromea.

Mónica le ríe la gracia, por lo que hago un mohín.

—No va a llamarse Allegra —le aclaro—. Es un nombre horrible.

—No te gusta ningún nombre —dice con tiento—. ¿Qué tal Cecilia?

—Tienes un gusto horrible, Belcebú.

Massimo finge ofenderse antes de darme un beso. Dejamos a Mónica ordenando la ropita del bebé y vamos a dar un paseo por el jardín. Desde aquí me llega el olor de los bollos que está horneando Marcella. Esta mujer no para de consentirme.

—¿Dónde se ha metido tu hermana? —pregunto extrañada—. Mónica quiere ir de compras. Podría acompañarnos. Últimamente está muy rara. Creo que le vendría bien airearse un poco.

—Tienes razón —admite Massimo—. No sé qué le pasa.

Lucrezia está más taciturna de lo normal. Es cierto que es muy tímida, pero la última semana ha estado demasiado callada. Yo creo que se ha enamorado, pero cualquiera se lo dice a Massimo, que la trata como si tuviera quince años.

—Voy a buscarla —decido.

—Sofía. —Tira de mi mano para que me dé la vuelta—. Te quiero.

Sonríó como una boba. Nunca me cansaré de oírlo.

—Y yo.

Massimo me da un beso que me deja sin aliento. A Mónica le encanta escuchar que tenía razón respecto a su concepto del amor. Nunca debería haberme conformado con menos. Nuestra relación no es perfecta, pero es lo más real que me ha pasado en la vida.

—¡Lucrezia! —la llamo a gritos—. ¡Lu! ¿Puedo entrar?

Llamo a su habitación. Me extraña no obtener respuesta, por lo que entro al cabo de unos segundos. Sé que algo va mal en cuanto veo la nota que hay en la cama. Estoy convencida de que esa nota contiene la respuesta al cambio de actitud de mi cuñada. No sé si estoy preparada para leerla. Respiro hondo y hago acopio de valor.

Queridos Massimo y Sofía:

Espero que podáis perdonarme al cabo de un tiempo. Sé que os enfadaréis mucho después de leer esta carta, pero no puedo mirar para otro lado mientras Dominic Falsone intenta destruir a nuestra familia. Sois todo lo que tengo, os quiero demasiado. Por eso he decidido zanjar esta absurda guerra de la única forma posible: voy a casarme con Dominic Falsone.

Massimo, por favor, no temas por mí. Soy más fuerte de lo que crees. Te juro que estaré bien.

Sofía, mi gran amiga. Sabes que por mi futura sobrina soy capaz de todo. Ni se te ocurra culparte de mi decisión. Soy una adulta (espero que consigas explicárselo a mi hermano).

No me busquéis ni tratéis de detenerme. Cuando leáis esta carta ya estaré subida al avión.

Os quiero,

Lucrezia.

¿Te has quedado con ganas de más?

No te preocupes, dentro de poco publicaré la historia de Lucrezia. Si quieres estar al tanto de mis novedades, te animo a seguirme por Instagram **@Becca.devereux** o enviarme un email beccadevereuxautora@gmail.com

Tu opinión es muy importante para mí, por lo que te animo a dejar una valoración en Amazon. Espero de corazón que hayas disfrutado con la historia de Massimo y Sofía. Es un libro muy diferente a todo lo que he publicado hasta la fecha, pero me ha encantado salir de mi zona de confort.

¡Muchas gracias por darle una oportunidad!

Mis libros

AQUÍ TIENES UN LISTADO CON TODAS MIS HISTORIAS ORDENADAS POR FECHA DE PUBLICACIÓN.

1. Querido plan b.
2. ¿Por qué no?
3. Sms: Soltera Muy Selectiva
4. La pareja imperfecta
5. Sms: Sigo muy soltera
6. ¡Este highlander no es para mí!

El club de las solteras

1. Cuánto más lejos mejor, mi amor.
2. ¡No te enamores del vikingo!
3. Un caballero para Lola.
4. El italiano.
5. Irresistiblemente tú.

Los hermanos Anderson

1. Las siete reglas de Bruce
2. El chico perfecto

